JUNE FERREIRO

UNA BROMA DE MAL GUSTO

LA CONDENA

Una broma de mal gusto

June Ferreiro

La condena

Una broma de mal gusto.

Propuestas y cartas de amor:
Twitter: @juneferreiro

© June Ferreiro, 2023
Todos los derechos reservados
Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del COPYRIGHT. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Todos los acontecimientos, lugares, personajes y relaciones entre los mismos son ficticios y en ningún caso pretenden retratar sucesos reales. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

"I find writing really hard and really painful."

Phoebe Waller-Bridge

Al fandom de Killing Eve,
por todo lo que han sufrido.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 1

—Noticias frescas, hay nueva información sobre el paradero de Gabriel —dijo Samuel entrando por la puerta.

—¿Qué Gabriel? —preguntó Sofía mientras leía los papeles que estaban en su mesa. En realidad, no estaba leyendo nada, cogía un folio, lo miraba unos segundos, lo soltaba y volvía a hacer lo mismo con el siguiente. Estaba agotada desde hacía varios días porque el perro de los vecinos la había despertado cada mañana ladrando al oír a sus dueños irse a trabajar.

—Gabriel, tu querido Gabriel —respondió él con sarcasmo. Sofía lo miró y frunció el ceño confundida—. ¡Gabriel! ¡El príncipe! El hijo del Santo, ¿qué Gabriel va a ser?

—Ah, sí. —Sofía suspiró con cansancio y volvió a dirigir la mirada hacia sus papeles. Llevaba media hora fingiendo que trabajaba y todavía ni siquiera sabía qué había estado leyendo. De repente volvió a escuchar las palabras de Samuel en su mente—. Un momento… ¿qué? ¿Gabriel, Gabriel? ¿El Gabriel que llevamos buscando meses?

—Estás que no estás, ¿eh? ¿qué te pasa? —preguntó Samuel preocupado por los síntomas que presentaba su amiga. No sabía muy bien si se trataban de tristeza o, lo que

—Estás que no estás, ¿eh? ¿qué te pasa? —preguntó Samuel preocupado por los síntomas que presentaba su amiga. No sabía muy bien si se trataban de tristeza o, lo que era más probable, estrés por la situación de trabajo tan intensa que habían llevado estos últimos meses, el caso es que Sofía parecía agotada.

—¿Qué me va a pasar? Pues que no he podido descansar —contestó malhumorada.

—Vaya, qué sorpresa —comentó Samuel. Sus ojos apuntaron

hacia el techo y frunció los labios sin atreverse a mirar la cara de Sofía, pues sabía que cuando su amiga cargaba con ese malhumor, el sarcasmo no era la mejor herramienta para combatirlo.

Entre todas las aficiones de Samuel, molestar a Sofía se encontraba en las primeras posiciones del ranking, sabía que casi siempre andaba estresada o de malhumor, así que tampoco le dejaba muchos momentos seguros para hacer bromas, por lo que, a menudo, se atrevía a tensar la cuerda y a poner a prueba la paciencia de su compañera de trabajo. Sofía era su superior, pero también era una de sus mejores amigas, con ella compartía una relación casi fraternal, así que las consecuencias de los comentarios del detective nunca podrían ser demasiado severas.

Fernando, el padre de Sofía, había contratado a Samuel cuando acababa de salir de la universidad. El muchacho ni siquiera había terminado la carrera cuando Fernando le ofreció un puesto en su agencia de investigación. Fernando era el dueño y fundador de SOMBRA, la agencia de investigación que había creado tras la muerte de Amelia, su esposa y madre de Sofía. Contrató a Samuel bajo la insistencia de Sofía que no había parado de recomendar a su amigo para formar parte de la agencia. Ella mejor que nadie sabía lo difícil que era encontrar un puesto de trabajo estable sin experiencia previa, y más con un título como el suyo, así que se solidarizó con su mejor amigo enchufándolo en el mercado laboral.

En realidad, ni Sofía ni su padre tenían ninguna expectativa sobre el desempeño que iba a realizar Samuel, pero como era tan cercano a la familia y sobre todo a su hija, Fernando decidió darle una oportunidad, tanto por Sofía como por él mismo porque llegado a cierto punto, Fernando no creía que pudiera seguir soportando las súplicas de la joven detective.

Pero el muchacho los había sorprendido gratamente a los dos. Sofía ni siquiera había empezado a trabajar en SOMBRA cuando ya escuchaba las alabanzas de su padre hacia Samuel. Fernando estaba sorprendido por la efectividad que mostraba el chico a la hora de trabajar. Sabía cómo ganarse a la gente con ese carisma natural y esa simpatía que le caracterizaban y eso les venía muy bien a todos, sobre todo a la hora de negociar y sonsacar información. Sofía a veces pensaba que, aunque Samuel se topara con el criminal más peligroso del mundo y este amenazara con matarlo, su amigo acabaría convenciéndolo de que no merecía la pena y acabarían yéndose a tomar unas cervezas.

—¿Y bien? ¿Dónde está? —preguntó ella. Estaba empezando a ponerse nerviosa. El sarcasmo de Samuel estaba surtiendo efecto.

—¡Tachán! ¡Sorpresa! —dijo Samuel colocando su teléfono móvil en el escritorio de Sofía.

En la pantalla se veía a un chico moreno con gafas de sol, tenía el pelo negro y engominado. Llevaba una camisa a rayas ajustada y aunque la imagen se cortaba a la altura de su cintura se podían ver unos vaqueros azul claro con un cinturón tan hortera como llamativo. Era un hombre joven y guapo, en la foto parecía alto, tenía una barba morena y una sonrisa de un blanco nuclear.

No era necesario esforzarse demasiado para darse cuenta del lujo del que disfrutaba aquel joven, de su cuello colgaban varias cadenas de oro que parecían ser de lo más pesadas. Poder llevar unas joyas tan robustas debía haber requerido años de práctica.

Sofía pensó que Gabriel Mendoza tenía cara de idiota y que no podía esperar a capturarlo.

En el resto de la imagen se podían ver varios edificios que le resultaban de lo más familiares, y del mismo modo un parque y una calle que Sofía había visto ya en repetidas ocasiones. Si a la detective le quedaba alguna duda de dónde se había hecho la foto, aquella luz natural tan característica que iluminaba la ciudad le dio toda la información que necesitaba.

—¿En serio? ¿El Puerto de Teira? —preguntó Sofía con decepción.

—Hogar, dulce hogar —dijo Samuel a modo de respuesta.

Ella, Samuel y algunos compañeros acababan de trasladarse a California, Estados Unidos, siguiendo unas pistas que los habían llevado a pensar que El Santo, cabecilla de La Salvación, podría tener una operación entre manos en el continente americano.

—O sea, que hemos cruzado el océano para nada y encima me he dejado el sueldo en el viaje. —Resopló.

—Bueno, te llevas quejando unos meses de que no viajas —dijo Samuel, tensando un poco más la cuerda.

—Es que esto no es viajar, esto es trabajar —replicó derrotada.

—Bueno, torres más altas se han caído. Al menos nos ha dado un poco el aire. —Esta vez habló en serio, intentando quitarle hierro al asunto.

—Supongo —dijo aceptando el comentario de su amigo—. Bueno, ¿y sabemos qué hace ahí? —preguntó.

—Pues nada bueno, imagino. Todavía no sabemos nada seguro, pero he puesto a investigar a los que están en El Puerto de Teira para no perder tiempo mientras nosotros vamos para allá —respondió él.

—Me alegra comprobar que sirves para algo —bromeó ella y se le dibujó una sonrisa de medio lado. Por fin había encontrado la energía para devolverle el sarcasmo a su amigo, llevaba un rato esperando el momento para actuar y no había desperdiciado la ocasión.

Samuel respondió con otra sonrisa, le alegró ver cómo su

compañera recuperaba las fuerzas.

Capítulo 2

Tan pronto pusieron un pie en El Puerto de Teira, Sofía se preguntó si merecía la pena continuar con las investigaciones y profundizar en las nuevas pistas sobre el paradero de Gabriel.

Hacía un calor insoportable, llevaba una americana de color negro que no se había podido quitar ni siquiera durante el vuelo, el frío del avión le había calado hasta los huesos, por eso el contraste con las temperaturas del exterior fue de lo más desagradable. En cuanto salió del aeropuerto, la frente se le perló en sudor, su piel se volvió de lo más grasienta y notó cómo la nuca se le había humedecido. Se lamentó por no llevar protección solar, pero, a decir verdad, durante su viaje no había sido necesario.

Agradeció, sin embargo, llevar a sus fieles compañeras, las gafas de sol. Estaban bastante desgastadas, Sofía casi siempre las llevaba colocadas en la cabeza o en el cuello de su camiseta porque bastaba con que las guardara en su funda para que comenzara a echarlas en falta. En las patillas habían dejado huella los dientes de su perro, pero la detective se negaba rotundamente a renovarlas. Su situación económica no era la ideal y lo último en lo que pensaba era en gastar el dinero en tonterías.

Samuel y ella caminaron hacia la oficina, lo que no mejoró los problemas con el calor. No hablaron mucho durante el camino, solo comentaban de vez en cuando algo sobre el trabajo y las nuevas pistas.

Las oficinas de SOMBRA eran amplias y anticuadas.

En la sala principal había diez u once escritorios y aproximadamente veinte trabajadores, siempre había gente entrando y saliendo y las mesas casi nunca estaban ocupadas.

Sofía no pretendía controlar el trabajo ni los horarios de sus

compañeros, más que una jefa, —odiaba esa palabra—, era una especie de orientadora a la que le contaban cualquier tipo de avance o dato y ella se encargaba de dar instrucciones sobre cómo dirigir las investigaciones y sobre cómo proceder ante ciertos hechos.

Los detectives lograban mantener SOMBRA con vida gracias a los pequeños trabajos de clientes que sospechaban infidelidades por parte de sus parejas y a las desapariciones de personas cuyos familiares estaban desesperados y no podían quedarse de brazos cruzados viendo cómo la policía no hacía nada para buscarlos. Pero, en realidad, SOMBRA había nacido por otro motivo.

El de acabar con La Salvación.

La Salvación era una familia mexicoespañola que operaba principalmente entre los dos países. Habían empezado como un pequeño negocio familiar en México, donde El Santo, el padre y dueño de todo, comenzó a trapichear con distintos tipos de drogas. Al ver lo fácil que se vendía en las calles de su barrio y lo solicitadas que estaban en el resto del mundo, gracias a su visión empresarial, después de casarse con una española, con una rapidez asombrosa, creó todo un imperio al que acabó llamando La Salvación.

A Sofía siempre le había irritado ese nombre, sabía que de salvación no tenían nada y que muchas de las personas más crueles eran las más apegadas a la santidad y a lo beato.

Los pequeños trapicheos del Santo se convirtieron muy rápido en barcos, coches y avionetas cargadas de narcóticos; en corrupción, sobornos y tráfico de influencias que le permitían operar casi con total tranquilidad. Sofía no podía creer la facilidad que tenía para cometer crímenes y hacer lo que quisiera con la vida de tantas personas.

No era ningún secreto a lo que se dedicaba esta organización criminal y no es que nadie quisiera hacer nada para frenarlos, es que era imposible, quién metía las narices en sus asuntos, quién rechazaba sus propuestas de trabajo y quién los mencionaba cuando no debía acababa muerto o muerto y previamente torturado. Además, era bien sabido que el dinero lo puede todo, por eso La Salvación compraba a cualquiera que pudiera ser una amenaza. Era más fácil sobornar que matar y así podían seguir ampliando el negocio y operando con tranquilidad.

Amelia, la madre de Sofía, estuvo en el lugar equivocado en el momento equivocado. Cansada de la situación de criminalidad que asolaba su barrio, contactó con la policía, sin tan siquiera saber quién era La Salvación y tres días más tarde apareció muerta en un piso abandonado después de haber sido torturada. Aquella era una escena tan espantosa que hizo que el forense y el equipo de la policía no pudieran evitar alegrarse de que familiares y amigos no estuvieran presentes.

Como era de esperar este suceso despertó la ira de Fernando, su marido, quien tras pasar el luto dejó su puesto de trabajo en la policía para fundar SOMBRA. Esta ira y profunda tristeza infectaron la vida de Sofía del mismo modo, la joven decidió cambiar todos sus planes de vida para entrar en la agencia de investigación de su padre y acabar con El Santo con sus propias manos.

A Sofía, el nombre «El Santo» le gustaba tan poco como el de La Salvación, le parecía un nombre demasiado inocente para el jefe de una organización criminal que ocupaba España y parte del extranjero. Un apodo que eligió él mismo. Cuando era niño los vecinos de su barrio en México lo llamaban por su nombre real, Carlos o Carlitos. Pero eso no le importaba demasiado a Sofía, lo único que quería era tenerlo de frente y hacer con él lo mismo que había hecho con su madre.

Hacía años de aquello, Fernando se había jubilado hacía mucho tiempo y había dejado SOMBRA en manos de la persona en la que más podía confiar. No solo se trataba de confianza y del hecho de que Sofía fuera su hija, Fernando tenía la certeza de que ella se sentía exactamente igual que él por la muerte de su madre, o incluso peor, y eso la impulsaría a poner fin al cartel. Perder a una madre a una edad tan joven en unas circunstancias tan violentas había traumatizado a Sofía de la peor manera.

Antes de que aquella tragedia familiar ocurriera, Sofía ya era una persona seria e introvertida, estaba acostumbrada a sufrir en silencio y a darle vueltas a todo, tenía un ruido constante en la cabeza que le impedía vivir con tranquilidad, así que la muerte de su madre terminó de robarle la poca cordura que le quedaba. La detective sentía que se iba a volver loca. Su carácter empeoró. Se encerró aún más en sí misma, casi no hablaba sobre ella y mucho menos sobre lo que sentía. Sofía solía ser una persona bromista, utilizaba su sentido del humor para combatir los momentos difíciles y de alguna manera exteriorizarlos, pero tras la muerte de Amelia esto también cambió, se convirtió en un alma en pena que apenas salía de la cama. Pasaba las horas en su habitación, a oscuras con la televisión encendida y todo hecho un completo desastre y cuando lograba salir de allí era una muerta en vida, siempre pálida y con las ojeras negras que a partir de ese entonces la caracterizarían de por vida. Intentaba evitarlo a toda costa, pero durante esa época siempre acababa rompiendo a llorar en algún sitio público y terminaba huyendo a su casa y volviendo a encerrarse durante días.

Por suerte aquello se había terminado y aunque quedaban secuelas imborrables, había recuperado el sentido del humor y la fuerza para dedicar su vida a buscar a La Salvación. Cuando acabó la universidad, decidió que no le importaba lo que había estudiado o a lo

que se había querido dedicar siempre, sentía que debía trabajar en SOMBRA, no tanto por su madre sino como por ella misma. Quería venganza, o más bien pararle los pies a La Salvación y arrebatarles todo lo que habían tenido siempre a costa de las vidas de los demás. Sabía que tenía madera de sobra para hacerlo y ponerse al frente de la agencia y de todos los peligros que ello conllevaba. Casi nunca tenía miedo, la rabia y dolor que sentía eran el combustible que la empujaba a tomar cualquier riesgo y a mantenerse en su puesto de trabajo.

Sofía y Samuel entraron a la oficina sudando y respirando con dificultad, no habían caminado demasiado, pero el sol les había estado golpeando todo el camino e irrumpieron en la sala en busca del refugio que les proporcionaba el aire acondicionado.

Mientras recuperaba el aliento, Sofía miró a su amigo y vio que todavía tenía puesta su chaqueta, no entendía por qué, Samuel estaba sudando tanto como ella, pero supuso que, como el camino desde el metro a la oficina no era tan largo, hubiera tardado más en pararse a quitarse la chaqueta que en llegar a su lugar de trabajo.

—¡Vaya! Por fin llegáis —dijo Hugo.

Sofía tenía aún las manos apoyadas en las rodillas y la espalda encorvada, todavía estaba intentando recuperar el aliento, había estado mirando al suelo hasta que Hugo habló. Cuando alzó la vista no puedo evitar lanzarle una mirada que hizo que al muchacho se le borrara la sonrisa de la cara. Se habían dado tanta prisa como habían podido para volver de California, no habían tenido ni un momento para relajarse y lo último que les apetecía era escuchar al graciosillo de Hugo.

Samuel lo miró para advertirle que no era el mejor momento para bromas.

—¿Y bien? ¿Nos cuentas para qué hemos vuelto? —dijo Samuel cambiando de tema.

—Sí. Vamos para adentro —respondió Hugo haciendo un gesto con la cabeza. Tenía ambas manos ocupadas con unos folios.

Mientras caminaban hacia la sala de briefing, Hugo les fue explicando.

—Resulta que Gabriel está en El Puerto de Teira, el fotógrafo le hizo las fotos que os han enviado. No sabemos por qué está aquí, pero tenemos que averiguarlo. —Hugo soltó los folios en la mesa. Habían llegado.

La oficina estaba en la cuarta planta de un antiguo edificio. Era bastante amplia, en parte porque no tenían muchos trabajadores ni equipamiento. Era una oficina vieja con el suelo y las paredes de dos tonos distintos de marrón, no era muy luminosa, apenas había tres

ventanas grandes. Era visible que necesitaba una reforma, o quizá una demolición. El suelo de madera estaba desgastado y levantado en algunas zonas, las paredes tenían moho, las luces tenían que estar encendidas la mayor parte del día y muchas de las bombillas titilaban. No había presupuesto para hacer una reforma tan grande, pero nadie se quejaba, al fin y al cabo, SOMBRA era un proyecto independiente nacido en unas circunstancias muy complicadas por parte de un padre de clase media. Sofía y Fernando se contentaban con poder permitirse el alquiler de un sitio tan espacioso. Y con tanto eco, para qué mentir.

—A lo mejor solo ha venido a hacer turismo —dijo Samuel.

—¿Y eso qué más da? Tenemos al hijo del mayor cabrón de la historia en la misma ciudad que nosotros. Algo tendremos que poder averiguar —protestó ella.

—Así es. Hemos estado investigando y sabemos que mañana va a tener una reunión en un hotel cerca del centro. Claudia puso cámaras en uno de los pisos vacíos de enfrente, así que vamos a estar observando —dijo Hugo.

—Perfecto. Eficacia. Eso es lo que quiero —dijo Sofía con una sonrisa celebratoria. Chasqueó los dedos y apuntó con el índice a Hugo. —Voy yo.

—Sabemos lo de la reunión, pero no sabemos la hora, así que vas a tener que ir temprano y esperar —añadió Hugo—. El hotel se llama El Claro del Puerto.

—Bueno, pues a madrugar se ha dicho.

—Pero antes, unas copas. Ya sabes, para coger bien el sueño —interrumpió Samuel.

—Ni de coña, yo me voy a dormir —respondió ella.

—Venga, Sofi, vente con nosotros —dijo Hugo.

—¿Sofi? —Sofía enarcó la ceja de tal manera que el muchacho entendió que no debía volver a llamarla así.

Sacó las llaves del bolsillo y antes de introducir alguna en la cerradura Sofía ya estaba escuchando a su perro ladrar y rascar la puerta. Si algo la mantenía en pie a esas horas con ese agotamiento que sentía, era la alegría con la que su mascota la recibía

siempre. Lo que más le divertía era que su perro tenía exactamente la misma reacción sin importar que su dueña hubiera estado ausente diez minutos o diez días.

Abrió la puerta y correspondió el recibimiento, acarició y besó a su mascota. Colocó las llaves en la mesita que había al lado de la puerta, la casa estaba completamente a oscuras. Comenzó a subir las persianas, a abrir algunas ventanas y, finalmente, recogió las cosas que su perro había dejado por el suelo para que aquello volviera a parecer una casa normal. Estaba agotada, tenía sueño, y cada vez que recordaba que al día siguiente tenía una misión tan importante como

intentar espiar al hijo del Santo se despertaba de golpe, sabía que aquella noche iba a ser imposible conciliar el sueño.

Últimamente Sofía estaba siempre cansada, casi nunca dormía bien y cuando lo hacía se despertaba varias veces en mitad de la noche. No es que fuera la primera vez que experimentaba el insomnio, pero sabía que mientras siguiera trabajando en SOMBRA intentando dar caza a La Salvación iba a ser difícil descansar y estar tranquila, el estrés al que estaba sometida se había apoderado de su vida y de su descanso. A la detective le preocupaba realmente no volver a poder descansar, pero se negaba rotundamente a dejar el trabajo y dedicarse a otra cosa, así que, preocupada, acudió a la consulta de su médica.

Aquella conversación le venía a la mente todos los días varias veces al día, recordaba las palabras de su especialista que validaban y justificaban que Sofía no lograra descansar, se sugestionaba con el diagnóstico y volvía a quedarse despierta toda la noche. Era una espiral de la que era difícil salir, aunque sabía que no era el motivo principal de sus desvelos, tenía la sensación de que su cerebro le jugaba una mala pasada y utilizaba el recuerdo del diagnóstico en su contra para sabotear el descanso de Sofía.

Recordaba perfectamente cada palabra.

—Estoy exhausta. Me agota no solo el cansancio físico y el hecho de no dormir bien sino también saber que van a pasar las noches y los días y no voy a poder conciliar el sueño, y que cuando lo haga dormiré unos minutos y vuelta a empezar —dijo Sofía con un nudo en la garganta. Le temblaba la voz. No quería echarse a llorar en plena consulta.

—Tranquila, Sofía. Todo lo que me cuentas es completamente normal y vamos a trabajar para que te recuperes. —La doctora colocó su mano sobre la de su paciente para intentar transmitirle un poco de tranquilidad.

—Es que siento que estoy perdiendo meses de vida. Como no duermo, tomo café para mantenerme despierta, eso me hace dormir aún menos, entonces me estreso, como estoy estresada no puedo dormir, no puedo dormir y entonces me pongo a pensar en el trabajo que me estresa aún más. ¿Sabes? Es un bucle del que no puedo salir. —Sofía se sentía vulnerable, era la primera vez que acudía a una consulta médica por algo que no era una dolencia física. Sentía que estaba perdiendo el tiempo y que también se lo estaba haciendo perder a la doctora.

—Entiendo. Por todo lo que me estás contando, debes tener algún tipo de disomnia —informó la especialista.

—¿Y eso vendría a ser…?

—Bueno, es un término general para referirse a trastornos del sueño, no solo a la cantidad, sino a la calidad y a los horarios también.

Cuando no duermes nada o duermes en exceso, cuando solo piensas en dormir… todo eso está relacionado con los trastornos del sueño. Quizá no te esté quitando años de vida, pero sí que puede afectar a tu salud y a las actividades que llevas a cabo todos los días. Descansar bien es tan importante como comer bien, no fumar o hacer ejercicio, así que, sí, es normal que te encuentres mal —dijo la doctora.

Esas palabras tranquilizaron un poco a Sofía, saber que no estaba sola en todo lo que le estaba pasando y que tenía una explicación coherente hizo que se sintiera mejor.

—¿Desde cuándo estás así? —preguntó su médica.

—Pues creo que no he dormido bien desde que se murió mi madre. Pero todo ha ido a peor desde que mi padre se jubiló y me puse al frente de su agencia —contestó.

—Mantener el estrés a raya es fundamental para poder descansar. Si estás sometida a mucha presión por tu trabajo es difícil llevar una vida tranquila. Te voy a recetar unas pastillas para que puedas descansar mejor, pero además de eso es importante que lleves a cabo una rutina de descanso. Utiliza tu habitación solo para dormir, no hagas otras actividades como trabajar o comer y si no puedes conciliar el sueño no cojas el móvil ni enciendas la tele, haz algo tranquilo con poca luz como leer —le recomendó la doctora.

—Supongo que no tengo más remedio. Así lo haré —respondió Sofía desganada.

Desde que había bajado del avión, la detective no podía aguantar las ganas que tenía de ducharse y meterse en la cama, aunque dormir fuera a ser una tarea ardua necesitaba estar tumbada y darle un poco de descanso a su cuerpo y, con suerte, también a su mente. Empezó a coger unas toallas y el pijama, no podía creer que por fin hubiera llegado el momento de acabar con el día y poder relajarse un poco, el día siguiente iba a ser largo y necesitaba dormir por poco que fuera.

Seguía fantaseando con tumbarse en la cama mientras preparaba todo para la ducha cuando de repente sonó el teléfono. No lo podía creer, ¿es que ese día no se iba a acabar nunca? Suspiró con agotamiento antes de comprobar quién llamaba a esas horas. Miró el teléfono y vio que se trataba de Marta. Claro, quién si no.

Marta era la mejor amiga de Sofía, la conocía desde el instituto, concretamente desde que las dos se metieron en una pelea con otras dos alumnas que no paraban de acosar y hacerle la vida imposible a una compañera de clase.

Las dos amigas tenían el sentido de la justicia siempre a flor de piel. A menudo se metían en asuntos que no eran de su incumbencia para defender al más débil y como es de suponer eso les había traído

problemas en más de una ocasión. Sofía aún conservaba una pequeña cicatriz en la ceja. Ni siquiera recordaba en qué momento se la había hecho, pero estaba segura de que fue en alguna pelea. Marta no tenía ninguna cicatriz visible, pero durante un tiempo estuvo llegando a su casa con moratones por todas partes. Eso no le importaba tanto como la cantidad de gafas que había destrozado en algunas de sus míticas peleas en la ceja. Ni siquiera recordaba en qué momento se la había hecho, pero estaba segura de que fue en alguna pelea. Marta no tenía ninguna

cicatriz visible, pero durante un tiempo estuvo llegando a su casa con moratones por todas partes. Eso no le importaba tanto como la cantidad de gafas que había destrozado en algunas de sus míticas peleas en compañía de Sofía, estaba segura de que eran más de tres, y aunque ahora les divertía recordarlo, Marta se sentía mal por haber hecho que sus padres tuvieran que invertir tanto dinero en su salud ocular.

La mejor amiga de Sofía tenía el don de llamar cuando no debía, pero no le importaba lo más mínimo. Ignoraba reiteradamente las advertencias de su amiga sobre no llamarla a ciertas horas de la noche. Sofía siempre estaba ocupada y lo último que le apetecía era salir después de trabajar, por lo que Marta la llamaba cada vez que tenía un plan o le apetecía salir sin importar las horas que fueran, ya decidiría Sofía si quería contestar el teléfono o no. Su amiga podía ser muy insistente y persuasiva, y si se proponía sacar a la detective de casa casi siempre lo lograba, aunque fuera necesario arrastrarla hacia un bar o cualquier otra parte.

En realidad, le alegraba ver que Marta nunca dejaba de llamar a pesar de que Sofía casi nunca la buscaba a ella. Marta era la única persona de confianza que no tenía nada que ver con el trabajo, verla era siempre un soplo de aire fresco y cada vez que se encontraban dejaban de lado sus andanzas profesionales y se dedicaban tiempo a ellas mismas, estar con Marta significaba reír genuinamente y eso era algo que necesitaba, por eso cuando cogió el teléfono dijo:

—Si no te estás muriendo no me interesa.

—Me encanta esa simpatía que te caracteriza y el cariño que me profesas.

Sofía sonrió al escuchar la voz de Marta.

—¿Qué pasa? ¿de qué me quieres convencer esta vez?

—De que ayudes a tu mejor amiga a relajarse después de un duro día de trabajo.

—Marta, estoy muerta. Lo único que me apetece es dormir y no salir de mi casa en una semana.

—Ya, pero hay que ser realistas, eso no va a pasar. La vida es dura y tú te vas a venir conmigo ahora mismo a El Clavel.

—Bueno —dijo Sofía con agotamiento—. Pues ven a por mí porque paso de conducir.

—A sus órdenes, señorita. Tendrá a una limusina y a su chófer en la puerta dentro de media hora.

—Mas les vale ser puntuales. —Sofía colgó el teléfono.

El Clavel era el bar al que Sofía y Marta acudían cuando no sabían a dónde ir, era su zona de confort cuando no les apetecía debatir qué tomar. Se encontraba cerca de la casa de Marta y cuando había que salir a tomar algo después del trabajo casi siempre acababan yendo allí. Era un lugar tranquilo y pequeño, la carta no tenía mucho que ofrecer, pero para acabar tomando unas cervezas tampoco necesitaban mucho más. Casi siempre estaba bastante vacío, sobre todo entre semana, de hecho, en parte solían frecuentarlo por la tranquilidad que se respiraba. Bueno, por eso y porque a Marta le gustaba el camarero.

Mario era el hijo del dueño del bar y casi siempre estaba solo tras la barra, lo que le daba un aspecto aún más solitario al establecimiento. Siempre vestía con ropa negra a modo de uniforme, tenía los brazos llenos de tatuajes, una cadena plateada al cuello y una frondosa barba perfectamente afeitada. Su aspecto era rudo, pero nada más lejos de la realidad. Era un muchacho bastante tranquilo, siempre con una sonrisa amable que podría confundir a algunas personas, como a Marta, y dar a pensar que podría estar ligando y no haciendo su trabajo, pero en realidad se comportaba así con todo el mundo.

Amabilidad o marketing, a Marta no le importaba. Cuando iban a El Clavel se pasaba el tiempo escuchando a Sofía y mirándolo a él a partes iguales.

—Joder, qué bueno está —dijo Marta mientras observaba cómo preparaba sus cervezas.

Sofía llevaba un rato pensando que su amiga estaba tardando mucho en hacer algún comentario.

—Eres TAN hetero —respondió Sofía.

—Y tú tan lesbiana —contraatacó.

—Afortunadamente —dijo Sofía sonriendo.

—Bueno, por suerte o por desgracia. Es el drama de tu vida.

—Hala, qué exagerada. Solo me han dejado hecha mierda un par de veces. Un trauma más un trauma menos…

—Mira, mira, mira, mira qué bien tira las cañas —dijo Marta distrayéndose.

Sofía puso los ojos en blanco, recordó las feromonas sexuales que se apoderaban de Marta cada vez que acababa yendo a El Clavel.

Mario llegó con sus cervezas.

—Aquí tenéis chicas.

—Gracias —dijeron al unísono.

Marta le guiñó un ojo y el muchacho respondió con una sonrisa tímida.

—Tampoco hace falta que acoses al pobre —dijo Sofía.

—¿Qué dices? Le estaba lanzando una indirecta.

—¿Una indirecta? Un poco más y lo conviertes en el padre de tus hijos.

—Bueno, padres aparte, ¿qué tal con Lola? —se interesó Marta.

—¿Lola? —Sofía sonrió incómoda. No le había contado las noticias a su amiga y sabía que eso le iba a molestar—. Rompimos la semana pasada.

—¿Que qué? —preguntó Marta apoyando ambas manos en la mesa. Como esperaba Sofía, se había sorprendido—. ¿Pero por qué?

—Me engañó con un tío.

—¿Con un tío? ¿Pero no era lesbiana?

—Parece que no, pero bueno ya sabes que el espectro es muy amplio, es difícil etiquetarlo todo. —Sofía hablaba de aquello con una tranquilidad asombrosa.

—¿Pero a ti qué te pasa? ¿No tienes sangre en las venas?

Te veo muy tranquila —dijo Marta molesta. Parecía que había sido a ella a quién le habían sido infiel.

—Bueno, a decir verdad, me lo esperaba, he estado un poco ausente estos últimos meses. Bueno, años —explicó—. Tampoco es un crimen buscar un poquito de amor en otro lado. Además ¿quién soy yo para decirle con quién se puede acostar? Eso de la fidelidad es una cosa muy abstracta. Y anticuada.

—Tía, yo flipo contigo. Si estás con una persona no estás con otra, no es tan difícil.

—¿Ves? Eres tan hetero —dijo Sofía restándole importancia al asunto.

—Vete a la mierda —contestó Marta sin poder evitar ocultar la sonrisa que se le estaba dibujando—. ¿Entonces la has perdonado?

—Pues sí. Teníamos un acuerdo, me gustaría que me lo hubiera dicho antes de

hacerlo, pero no creo que pueda culparla de nada. Realmente, lo que más me entristece es el distanciamiento emocional que se estaba abriendo paso entre nosotras. Lo de acostarse con otra persona no me parece tan grave.

—Ya, la verdad es que si estás con alguien que no está presente poco se puede hacer por una relación.

—Exacto. Brindo porque hayas abierto tu mente —dijo Sofía alzando su cerveza.

—Tss. Bueno, eso lo vamos viendo. —Marta chocó el vaso contra el de su amiga en señal de paz.

Capítulo 3

Era un atardecer precioso, la puesta de sol estaba a punto de comenzar, la brisa ligera movía el agua de la piscina produciendo un sonido relajante que acompañaba perfectamente al momento. El chalé era de ensueño, el jardín parecía infinito y el césped estaba cortado al milímetro. Había varios árboles repartidos por la zona aportando la sensación de naturaleza necesaria y la música tenía el volumen indicado para no perturbar la paz que se respiraba en el exterior de la casa.

Todos estaban sentados alrededor de la mesa. Una mesa grande de un blanco grisáceo que parecía antigua y muy cara.

Los vasos estaban casi vacíos, en algunos quedaban restos de coñac y whisky, los ceniceros estaban a rebosar ya que cada vez que se apagaba un cigarrillo se encendía otro. El humo rodeaba a los invitados. Los sofisticados platos estaban llenos de restos de comida, ocasionalmente, los perros se hacían con algún hueso de pollo con el que se escapaban para devorarlo en soledad.

El ambiente era sereno, despreocupado, los invitados parecían de lo más tranquilos y de vez en cuando se oían varias risas al unísono mientras que las empleadas domésticas entraban y salían para ofrecer más bebida al grupo.

En el baño se escuchaban golpes a un ritmo continuo, los botes de cremas y geles estaban esparcidos por el suelo, así como cuchillas de afeitar, cepillos y otros utensilios para el cuidado personal. Él estaba empujando el cuerpo de ella contra la puerta mientras las toallas caían al suelo. La habitación estaba llena de vapor, los cuerpos sudados no podían despegarse, los besos húmedos en el cuello revoloteaban sobre ella intentando atraparla y aunque conseguía escaparse, los labios de ambos volvían a encontrarse una y otra vez.

Los tirantes de su camiseta se habían caído por debajo de los hombros, tenía la falda remangada y su ropa interior se había perdido por algún lugar de la habitación. Él cargaba con todo el peso de ella en sus brazos, si no hubiera tenido tanta fuerza hace rato que hubiera cedido y la hubiera dejado caer. No fue hasta ese momento que comenzó a cansarse, cada vez le dolían más los brazos y los bajó poco a poco. Ella le miró con miedo, sentía que se iba a caer en cualquier momento.

—No, no, no, no. Aguanta —le suplicó entre jadeos.

Sacando fuerzas de donde no tenía él la levantó tan fuerte como pudo y ella perdió el equilibrio, pero consiguió apoyarse en el lavabo y ninguno de los dos cayó. Él dio un paso hacia atrás intentando mantenerse en pie y golpeó un bote de perfume con el codo. Ambos se miraron esperando a que cayera al suelo, el tiempo se paró y el recipiente descendió lentamente. El bote de perfume estalló contra el suelo rompiéndose en mil pedazos y en el jardín todos giraron la cabeza hacia el sonido. Ella se llevó la mano a la boca intentando evitar hacer cualquier tipo de ruido y ambos se quedaron congelados esperando a que aquel silencio interminable llegara a su fin, hasta que escucharon unos pasos acercándose con brío hacia el baño.

Tocaron a la puerta.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —dijo la voz de una mujer.

—Sí, sí. Todo bien —contestó aún con la respiración entrecortada.

—¿Quiere que le ayude con algo? —insistió la voz tras la puerta.

—No, no. He tirado un vaso sin querer. Ya me encargo yo de recogerlo —respondió.

—Como quiera. Si necesita algo avíseme —dijo amablemente antes de retirarse.

—Sí. Gracias, Elsa.

Dentro del baño suspiraron los dos aliviados.

Una vez despegaron sus cuerpos, él salió cerrando la puerta tras de sí. Mientras se dirigía al jardín se peinó el cabello con los dedos y se subió la cremallera del pantalón vaquero, se abrochó los últimos botones de la camisa y salió por la puerta trasera de la casa. Sonrió incómodo al resto del grupo y volvió a unirse a ellos. Nervioso, cogió el paquete de tabaco y se llevó un cigarrillo a la boca, más por distraerse y no mirar a nadie a la cara que por fumar.

En la mesa, el dueño de la casa observó cómo se encendía el cigarro y lo miró con los ojos entrecerrados tras las gafas de sol, era como si su invitado estuviera ocultando algo.

En el baño, ella se ajustó la falda con prisa, se retocó el pintalabios frente al espejo, buscó su ropa interior en el suelo y se la

volvió a poner, se acicaló el cabello y comprobó que seguía llevando sus pendientes. Salió con confianza dejando tras de sí los cristales rotos y los restos de perfume por el suelo. Cogió una botella de coñac y se

dirigió al jardín.

—Bueno, ¿alguien tiene sed? —dijo ella colocando la botella sobre la mesa.

Mientras volvía al sitio que había estado ocupando todo el día, el dueño del chalé la observó realizar el mismo ritual que acababa de hacer el otro muchacho.

—Adriano tampoco vendrá solo y habrá alguien de los suyos vigilándonos. Nada de disparos ni gritos. Es una reunión de negocios, tienen que estar de nuestro lado para lo que haga falta —dijo uno de los reunidos distrayendo al anfitrión de sus sospechas—. Cuando lleguemos a un acuerdo les informaremos del lugar del intercambio.

—Eso es. Tan pronto cerremos el trato nos vamos sin ningún escándalo —intervino otro de los asistentes.

Gabriel estaba escuchando la conversación cuando de repente sonó el teléfono. Sin moverse de allí, dirigió la mirada a su móvil y comprobó quién era, después se levantó de la mesa para apartarse del ruido y descolgó el teléfono mientras que los invitados continuaban absortos en su conversación y ocasionalmente estallaban en carcajadas.

El Príncipe estuvo al teléfono durante apenas dos minutos.

—De acuerdo. Espero que así sea —dijo para dar por finalizada la conversación y colgó el teléfono sin decir una palabra más.

Lentamente se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la mesa. Se llevó la mano al bolsillo trasero de su pantalón y se quedó de pie. Sin titubear, alzó el brazo y apuntó el arma que acababa de sacar. Nadie se había dado cuenta de lo que estaba pasando, los invitados seguían hablando y riendo.

La mujer que había salido del baño de repente vio a aquella figura apuntando a uno de los invitados.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó asustada.

Todos giraron la cabeza hacia Gabriel que seguía encañonando a uno de ellos.

Sin mediar palabra, apretó el gatillo antes de que nadie pudiera reaccionar. La bala atravesó la cabeza de aquel hombre provocando un estallido de sangre que bañó a todos los que estaban sentados.

Todos quedaron atónitos ante aquella escena tan desagradable, boquiabiertos, no se atrevían a mirar a la cara a Gabriel.

Los amantes que habían salido del baño se miraron espantados, eran incapaces de pestañear. Si Gabriel acababa de matar a uno de los suyos sin explicación aparente, no eran capaces de imaginar qué haría

con el amante de su hermana cuando se enterara de que llevaban meses viéndose a escondidas.

Gabriel siempre había tenido un gran instinto protector con la familia, pero sobre todo con su hermana Nicole. Ambos habían entrado en el negocio de su padre desde bien jóvenes y conocían el peligro al que estaban expuestos. Él era mayor que Nicole y durante toda su infancia y adolescencia se había fijado en cómo su padre cuidaba de su hija menor. Su padre había sido su modelo a seguir no solo en los negocios sino también en la sobreprotección que ofrecían a la menor de la familia. Gabriel nunca permitiría que su hermana anduviera sola de noche y mucho menos que estuviera por ahí con cualquier hombre que pudiera hacerle daño de alguna manera u otra. Ella jugaba a hacerse la inocente cuando se trataba de relacionarse con hombres para no levantar sospechas y para que su hermano no metiera las narices en sus asuntos amorosos.

Por lo demás tenían una gran relación personal y laboral, ambos eran herederos directos de La Salvación, la organización crimina que había construido El Santo. Sin embargo, ella prefería mantenerse en la sombra ayudando a enriquecer el negocio y lucrarse de los crímenes que su familia había estado cometiendo durante años. Eso sí, a pesar de disfrutar de su anonimato, Nicole quería ejercer la función que le correspondía, por ello siempre hacía todo lo posible por estar al tanto de todo lo que ocurría dentro de La Salvación, para así poder dar las instrucciones que ella creía convenientes.

El cuerpo de la víctima resbaló por la silla y su cuello se fue hacia atrás violentamente, hacia la misma dirección que había tomado la bala. Nadie se atrevía a preguntar a qué venía todo aquello.

Tras unos segundos de silencio e incomodidad Gabriel finalmente habló.

—Doctor, deshazte de él y llama para que limpien esto —dijo con frialdad.

El Doctor y otro de los hombres cogieron el cadáver y lo retiraron del jardín.

—¿Por qué lo has matado? —dijo Nicole aún recuperándose de la impresión.

—Estaba pasándole información sobre nosotros a El Dorado —contestó su hermano—. Esta ha sido la primera y última vez que eso pasa.

El resto de los asistentes seguían impactados, nadie se atrevía a intervenir, todos se limitaban a contemplar aquella escena espantosa y a seguir las instrucciones de su jefe. Volvieron a caer en el silencio, un silencio parecía eterno hasta que Gabriel finalmente habló.

—Que no decaiga la fiesta. Voy a cambiarme —dijo estirando

su camisa y mirando las manchas de sangre que acababa de recibir. Volvió a colocar la pistola en su sitio y entró en la casa.

Capítulo 4

Eran las siete de la mañana, la cafetería del hotel estaba a rebosar y a Sofía no le había quedado más remedio que sentarse sola en una mesa para cuatro personas.

Estaba nerviosa, no había podido comer nada y no paraba de escuchar cómo su estómago demandaba alimentos. Los platos repletos de bollería, frutas, carnes y huevos colocados en el bufé libre para el desayuno no ayudaban, mientras esperaba, les echó un vistazo y notó como el sonido de su estómago se volvió más ruidoso. Pero era incapaz de comer nada, estaba demasiado nerviosa y por si fuera poco el sol apenas había salido, era demasiado temprano no solo para desayunar sino también para hacer cualquier cosa que no fuera dormir.

En su mesa la acompañaba una taza de café, el que todavía no había sido capaz de probar, se estaba dedicando más bien a juguetear con la cucharilla, la taza y los sobres de azúcar. Era una forma de hacer tiempo mientras Gabriel o alguno de sus hombres aparecían.

A Sofía le había sorprendido ver la cafetería tan llena, pero supuso que se debía al tiempo limitado en el que se podía disfrutar del desayuno gratis para los huéspedes del hotel. A decir verdad, solo lo los turistas estaban aprovechando la ocasión y se sentía un poco avergonzada de ser la única local presente.

Era el hotel más lujoso en el que había estado nunca, cuando entró lo primero que pensó fue en que ella no sería capaz de pagar una noche en ese sitio por mucho que pasara el resto de su vida trabajando y que el establecimiento solo tenía cinco estrellas porque no era posible tener más. La cafetería se encontraba al lado de la recepción, sin puertas que separasen las mesas donde desayunaban los clientes del recibidor. Se trataba de un recibidor sorprendentemente

amplio, con un techo muy alto y unos decorados dorados que adornaban las cuatro columnas que había frente al mostrador de recepción. El suelo era resplandeciente, de color verde, el mismo que el de las paredes. Los botones caminaban por todas partes cargados de maletas de los ricachones que apenas daban las gracias cuando recibían ayuda por parte de los empleados y Sofía pensó con tristeza que jamás había estado en un hotel en el que hubiera botones que le ayudaran con su equipaje ni más empleados que un recepcionista y el personal de limpieza.

Sofía todavía no había visto a Gabriel y ya sabía que no lo soportaba, no solo por los delitos que habría cometido ni el pasado que lo relacionaba con su familia, sino también por el lujo que le rodeaba. No le importaba tanto que fuera una persona adinerada, de hecho, no le causaba ninguna envidia, lo que le enfadaba era saber que casi nadie conseguía tanto dinero de manera ética y menos él, una persona cuyos padres tuvieron el más humilde de los orígenes ahora se estaba aprovechando de gente en situaciones de pobreza para sembrar el terror y hacer que sus negocios siguieran proliferando, infectando las calles de su ciudad y del resto del mundo.

Sofía llevaba una fina camisa de color azul claro que claramente no era de su talla, le estaba grande porque se trataba de una antigua camiseta de su padre que había decidido robarle cuando había empezado la universidad. En la parte inferior llevaba unos pantalones negros y unas zapatillas del mismo color, su pelo castaño estaba cada vez más aclarado por los rayos de sol del verano y algunos mechones rubios ya se dejaban entrever. Su fieles gafas de sol las tenía colocadas sobre la cabeza y el reloj de siempre en la muñeca derecha.

De vez en cuando, miraba su móvil fingiendo interés mientras se aventuraba a dar minúsculos sorbos al café que había estado removiendo desde hacía media hora. Recordó que nunca había visto a Gabriel en persona y sintió un pinchazo en el estómago, seguía nerviosa, pero de algún modo se sentía protegida al pensar que las cámaras de Claudia estaban apuntando hacia el hotel y que probablemente sus compañeros estarían mirando la grabación en directo. Aunque era imposible que las cámaras pudieran ver el interior del hotel Sofía tenía la salida cerca y si pasaba cualquier cosa sus compañeros la verían al instante, así que no tenía nada que temer.

Había pasado más de una hora cuando por fin ocurría algo interesante, Sofía vio a un grupo de cuatro hombres bajando por las escaleras de recepción y sintió cómo todos los músculos de su cuerpo se tensaban a la vez, pero con la profesionalidad que le caracterizaba continuó con su tapadera a la perfección. A ojos de todas aquellas personas era una huésped cualquiera tomando un café. Siguió dando sorbos a su bebida mientras miraba su móvil, de vez en cuando alzaba

la vista para observar al grupo que acababa de bajar. Uno de ellos estaba hablando con la recepcionista, parecía de lo más simpático y sonriente, pero desde donde estaba sentada era imposible tan siquiera adivinar de qué podrían estar hablando.

Paula, una agente del equipo, acababa de llegar. Se había sentado unas mesas más atrás y había empezado a retransmitir imágenes del interior del hotel con una minicámara. Ahora, los agentes que se encontraban en el piso de enfrente podían ver lo mismo que Sofía.

—Sofía, ¿me escuchas? ¿Puedes oír de qué hablan? — dijo la voz de Samuel al otro lado del auricular.

—¿Cómo quieres que oiga nada si me he tenido que sentar en la mesa más lejana a la recepción? —replicó ella.

—Limítate a observar, no te preocupes si ahora mismo no escuchas nada, lo importante es que no te vean —dijo Hugo poniendo paz a la discusión que estaba a punto de comenzar—. Además, ni siquiera sabemos si son ellos, Gabriel no ha aparecido.

Sofía volteó la cabeza y vio a un grupo de hombres atravesar la gigantesca puerta de la entrada. Tenían un aspecto muy elegante, camisas, corbatas, pantalones de traje y chaquetas. A pesar de que el hotel estaba lleno de esnobs y gente muy bien vestida, Sofía notó algo extraño en ellos que les hizo destacar entre la multitud. Quizá fue el hecho de que andaban en un grupo liderado por uno de ellos, los demás a detrás de él, como si de sus guardaespaldas se tratasen. Parecían gente de alta alcurnia, el líder era el más joven, llevaba una camisa azul y unos pantalones negros de traje, el cabello repeinado hacia atrás como parecía ser costumbre y unas gafas de sol. El joven entró al hotel con una sonrisa resplandeciente con el grupo de matones a sus espaldas, todos tenían cara de pocos amigos menos él.

—¿Habéis visto a esos? Tienen pinta de no tramar nada bueno —dijo Sofía alertada por lo que estaba viendo.

—Sí, tranquila. Podrían ser huéspedes simplemente—intervino Claudia.

El grupo de hombres se sentó en los sillones de la entrada, junto a una mesita de café. Charlaron brevemente y el más corpulento de ellos se levantó, Sofía vio de reojo como se dirigía directo hacia ella, así que para intentar mantener la compostura dio un sorbo a su café. Aquel hombre pasó por su lado, se acercó a la barra y pidió unos cafés. Claudia, Hugo y Samuel estaban observando la escena en silencio a través de la minicámara de Paula. El desconocido recogió las bebidas que acababa de pedir y dio media vuelta, mientras volvía a la mesa miró a Sofía. Ambos se sostuvieron la mirada y la detective notaba cómo se le estaba acelerando el pulso. El hombre pasó por su lado y continuó su camino hacia el grupo. La detective se relajó

cuando aquel hombre dejó de mirarla y no pudo evitar lanzar un pequeño suspiro.

Aquellos hombres charlaban relajados mientras Sofía los observaba con disimulo, cuando de repente escuchó la voz de Claudia a través del auricular.

—Ahí están. En la puerta.

Sofía no se movió, siguió dando sorbos a su café y con el rabillo del ojo vio como el nuevo grupo se dirigía al que había llegado antes.

—¡Mi príncipe! ¡Qué bien verte! —exclamó el cabecilla del primer grupo con un acento italiano muy marcado.

Gabriel se acercó sonriente y lo saludó con un abrazo. Todos se sentaron alrededor de la mesa y comenzaron a hablar mientras Sofía intentaba poner todo de su parte y escuchar al menos partes de la conversación.

—Perdona, ¿tienes fuego?

La voz desconocida desconcentró a Sofía que se encontraba absorta en sus pensamientos y en aquella conversación entre desconocidos. Alzó la mirada y vio a una mujer joven de pie al lado de su mesa. Tenía una melena larga rizada de color azabache que le llegaba a la altura del pecho, llevaba un vestido corto blanco que hacía resaltar el color de su piel morena. Sus ojos verdes brillaban con diversión y sus labios carnosos estaba comenzando a dibujar una sonrisa de medio lado. Sofía contempló lentamente todas las marcas en su rostro, las pecas que le salpicaban la nariz, el lunar cercano a la ceja, las manchas que el sol le había dejado y una pequeña cicatriz blanca en la mejilla. Sus dedos largos decorados con unos anillos dorados sujetaban un cigarro, las uñas rosas parecían recién salidas de una manicura. Continuó el recorrido con su mirada hacia arriba y vio unas pulseras de color dorado que adornaban sus muñecas, al igual que los pendientes que colgaban de sus orejas. Todo dorado.

Sofía todavía no había pestañeado cuando volvió a oír una voz en alguna parte lejana de su mente.

—¿Hola? ¿Tienes un mechero? —La desconocida sonrió confundida, no entendía por qué aquella mujer no respondía una pregunta tan simple. Quizá era una turista extranjera.

Parecía que la detective había vuelto al planeta Tierra y había salido de aquella especie de hipnosis. Parpadeó varias veces, balbuceó y consultó su bolso. Qué tontería, ella no fumaba y sabía perfectamente que no iba a encontrar ni un mechero ni nada que se le pareciera, no sabía ni por qué estaba comprobando si llevaba fuego encima. Lo que sí sabía era que estaba nerviosa, más nerviosa de lo que había estado en toda la mañana. La desconocida seguía ahí de pie esperando y eso no la estaba ayudando. Sofía rebuscó en su bolso e hizo un gesto con las manos para indicar que no llevaba nada encima

que pudiera ofrecerle.

—No, lo siento —respondió un poco más tranquila.

Aquella chica era tan guapa que Sofía no pudo evitar sentirse mal por su aspecto. «Menudas pintas llevas a trabajar, hija», se dijo a sí misma. Pensó en sus ojeras y en su pelo mal peinado, en el cansancio que dominaba su rostro y en su espantosa manicura. Se lamentó por no haber puesto un poco más de esmero al acicalarse aquella mañana.

—Gracias —dijo la desconocida antes de alejarse.

Sofía no apartó su mirada de ella y vio cómo se acercaba a otra mesa a pedir fuego. Mientras lo hacía, la detective no pudo evitar fijarse en cómo le bailaba la parte inferior del vestido mientras caminaba, su pelo rizado se balanceaba al ritmo de sus pasos y sus complementos dorados la hacían brillar dentro del hotel. Sonreía amable a los desconocidos que le estaban prestando fuego, con una sonrisa encantadora les devolvió el mechero y se dirigió hacia la salida. La detective no pudo evitar suspirar con anhelo, lo que no pasó desapercibido para sus compañeros detrás del auricular.

—Era guapa, ¿eh? —dijo Samuel con una sonrisilla juguetona.

—La verdad es que sí —contestó Hugo.

Sofía recordó que estaba trabajando y recordó que estaba en una misión fundamental para la historia de SOMBRA y de su vida. No se podía creer que no hubiera escuchado nada de la conversación de Gabriel y que tampoco hubiera visto nada de aquella reunión. Aquella desconocida había llegado sin previo aviso y la había distraído completamente de su cometido. Sofía apoyó los codos en la mesa y se llevó las manos a la cabeza con desesperación.

—Joder, no he visto nada. Menuda pérdida de tiempo —refunfuñó.

Antes de que alguno de sus compañeros pudiera decir nada, Sofía escuchó un estruendo, giró la cabeza hacia el grupo de Gabriel y se quedó perpleja. Los dos grupos que acababan de reunirse y parecían de lo más amigables estaban disparándose entre sí.

Todas las personas en la entrada del hotel entraron en pánico, algunos corrían por todas partes intentando alcanzar la salida, otros se escondían debajo de las mesas. Sofía vio como la recepcionista se agachó tras el mostrador con el rostro lleno de pánico. Ella sin embargo estaba petrificada, sintió como se le congeló el cuerpo y un nudo se apoderó de su garganta. «¿Qué haces? Muévete», se dijo a sí misma. No era la primera vez que presenciaba un tiroteo, pero sin duda no era algo que esperara de aquella mañana tan tranquila.

—¡Sofía, agáchate! —gritó Samuel.

Afortunadamente, la detective pudo reaccionar y se escondió debajo de la mesa rápidamente. Se tapó los oídos con las manos, cerró

los ojos y deseó que aquello acabara rápido. El corazón le iba a mil y no pudo tranquilizarse hasta que no se hizo el silencio. De un momento a otro ya no se escuchaba ningún ruido.

Sofía abrió los ojos y se armó de valor para asomarse. No quedaba ni rastro de aquellos hombres que casi provocan una matanza, ni siquiera una gota de sangre. El suelo estaba lleno de balas y el aire impregnado de olor a pólvora. Se puso de pie y vio a varias personas temblando, otras lloraban y algunas se animaban a salir de sus escondites. Se miró las manos y vio cómo ella tampoco podía dejar de temblar. Estaba ahí de pie sin poder hacer nada cuando escuchó el sonido de unas sirenas aproximándose.

Un grupo de agentes de la policía irrumpió en el lugar y comenzó a socorrer a todos los presentes.

De repente pensó en la chica del cigarro, la última vez que la vio estaba saliendo por la puerta del hotel, se preguntó si estaría bien y si habría logrado escapar. Miró por las ventanas que rodeaban todo el edificio con esperanza de ver algún rastro de ella, pero no tuvo suerte. La desconocida se había esfumado. Se alegró de que al menos no le hubieran alcanzado ninguna de las balas.

—¡Sofía! Sofía, ¿me oyes? —la voz de Samuel apenas se oía por el pinganillo que estaba tirado en el suelo.

La detective alzó la mirada y vio a una agente de policía frente a ella, no sabía en qué momento se le había acercado tanto.

La mujer zarandeó a Sofía y la arrastró consigo hacia la salida.

◆◆◆

Todos respiraban con dificultad como si acabaran de correr una maratón, a diferencia de cuando entraron en el hotel, ahora todos estaban despeinados, con las camisas mal colocadas y varios rasguños por todo el cuerpo.

El ambiente era tenso, nadie había abierto la boca aún. Gabriel tenía las manos apoyadas en la mesa del jardín en el que habían planeado todo la noche anterior, estaba de pie y miraba hacia abajo con cansancio. Nadie quería decir la primera palabra, todos temían la reacción del Príncipe.

Habían fracasado, no lo podían creer, parecía que todo estaba a punto de salir tal y como habían planeado, sin embargo, en el último momento, todo se había torcido inesperadamente y habían acabado provocando un tiroteo en la recepción de un hotel de lujo. Desde luego no era lo ideal para mantener un perfil bajo y lograr discreción. Los hombres de Adriano lo habían estropeado todo y habían obligado a Gabriel y a sus hombres a poner fin a una negociación que no estaba llegando a ninguna parte de la peor de las maneras.

Gabriel Mendoza estaba furioso, todos estaban esperando su

reacción, mientras, este se lamentaba por no haber podido alcanzar con ningún disparo a ese cabronazo de Adriano.

—¡Esto no va a volver a pasar! ¡¿Me estáis escuchando?! —dijo a gritos dando un golpe con las dos manos. La mesa se tambaleó. Todos asintieron con decisión—. Si ese hijo de puta no quiere llegar a un acuerdo por las buenas, le vamos a quitar todo lo que nos pertenece y vamos a acabar con quien se ponga de por medio — añadió.

—¡Eso es! Ya está bien de que intenten tomarnos el pelo — añadió Bruno.

Bruno miró a Nicole y se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no intervenía. Normalmente era una persona charlatana que no se tomaba nada demasiado en serio, pero las cosas se habían puesto feas en el hotel y supuso que su chica debía estar un poco nerviosa, eso o quizá ya estuviera planeando algún tipo de venganza.

Nicole era una persona muy alegre, quizá demasiado teniendo en cuenta a lo que se dedicaba. No le temía a nada y a menudo quería estar presente en todas las operaciones que llevaba a cabo su hermano. Tampoco le causaba ningún remordimiento dedicarse a algo tan ruin como lo era trabajar para una organización criminal de semejante calibre, ella culpaba a su padre por haberla criado en un ambiente así. En el fondo no tenía elección o eso era lo se decía para convencerse de que lo que hacía no estaba tan mal. No solo era culpa de su padre, también lo era de sus circunstancias, si no hubiera entrado en el negocio, la pobreza y el hambre hubieran atormentado su vida, y quién sabe, quizá hubiera acabado haciendo algo peor. Nicole no era una persona temerosa y pasaba a la acción cada vez fuese necesario, si tenía que acabar con algún rival de La Salvación lo hacía sin dejarse intimidar y si tenía que hacer algún trabajo más físico como un gran robo, no le suponía ningún problema, de hecho, lo disfrutaba, pero a pesar de ello, le gustaba dedicarse a la parte más administrativa de la organización. De ese modo no tenía por qué exponerse si no lo deseaba y su vida no correría peligro. A diferencia de su hermano, su cara no estaba por todas partes, la prensa prácticamente no la conocía y mucho menos la policía.

Era una persona muy inteligente que sabía perfectamente lo que hacía, llevaba casi quince años de su vida encubriendo el origen de todos los beneficios que hacía La Salvación. Había encontrado su lugar en el blanqueo de capitales y no pensaba dejarlo. Todo eran ventajas, tenía un trabajo, colaboraba con la familia y no tendría que preocuparse de tener dinero durante el resto de su vida. Aunque sabía que si alguna vez su imperio se desmoronaba ella podría estar condenada a toda una vida en prisión, eso no la asustaba, por no hablar de que era algo casi imposible, su familia tenía las espaldas

bien cubiertas en todo momento.

Nicole no había dicho ni una sola palabra desde que habían vuelto del hotel, parecía impactada, o más bien distraída. Sin que se hubiese percatado, Bruno la seguía observando, mientras ella tenía la mirada perdida.

Nicole estaba absorta en sus pensamientos y ni siquiera se había parado a pensar que la vida de su hermano y la de Bruno habían estado en peligro. No podía dejar de pensar la mujer de la cafetería. Había estado observándola un rato antes de que llegara su hermano, parecía inquieta y le divirtió verla remover el café durante tanto tiempo sin darle tan siquiera un sorbo. No tenía ninguna fe en que aquella chica fumara, pero decidió probar suerte y lanzarse a pedirle fuego como excusa para hablarle. No le salió del todo bien y al ver la reacción de la desconocida sentía que la había incomodado. Parecía molesta por haberla distraído de aquello en lo que sea que estuviera pensando, pero no pudo evitar sentir cierta ternura al ver lo nerviosa que se había puesto intentando buscar un mechero en su bolso.

Nicole sonrió de medio lado y Bruno frunció el ceño, no entendía como ella podía estar sonriendo después de lo que acababan de vivir.

—Bruno.

Bruno seguía observando a Nicole intentando descifrar aquello que le pasaba por la mente cuando escuchó que Gabriel llamaba su nombre. El joven se tensó y tragó saliva con dificultad.

—Bruno, tú pasas mucho tiempo con Nicole y eres mi mano derecha. Quiero que ahora más que nunca te encargues de cubrirle las espaldas. Si es necesario la vas a proteger con tu vida, si le llega a pasar algo por un descuido tuyo voy a ir a por ti, ¿queda claro? —dijo Gabriel mirándolo a los ojos.

Bruno asintió con decisión, como si hubiera estado esperando esa orden toda la vida.

Nicole no podía creer que su hermano, el líder de una de las organizaciones criminales más temibles del mundo, la persona más inteligente que conocía, pudiera ser tan inocente a veces. Si ella y Bruno pasaban tanto tiempo juntos no era precisamente porque él fuera la mano derecha de su hermano, ni porque les gustara charlar. A veces, casi le hacía sentir avergonzada ver que su hermano pasaba por alto sus encuentros, sus miradas, sus conversaciones. No entendía cómo una persona tan avispada para algunas cosas podía ser tan despistado para otras. Pero en el fondo era mejor así, Nicole no sabía cómo podría reaccionar Gabriel al enterarse del romance entre ella y Bruno y francamente no quería arriesgarse a saberlo.

—El resto, podéis iros. A partir de ahora tenéis que estar más despiertos que nunca. Pronto planearemos el robo.

Todos asintieron y se despidieron de su jefe.

Gabriel entró a la casa sin decir nada más y ordenó a una de las sirvientas que preparara algo de comer. Ella asintió obediente y se retiró.

Nicole y Bruno caminaron juntos hacia adentro.

—¿Se puede saber qué te hacía tanta gracia? —preguntó él molesto. Podían haber muerto y a Nicole no se le ocurría otra cosa que reírse.

—¿Qué? ¿Qué dices? —dijo ella frunciendo el ceño. No entendía a qué se refería. Ella también había estado muy preocupada por todo lo que había ocurrido.

—Antes, en el jardín. Estábamos todos hablando de lo que ha pasado en el hotel y tú echándote unas risas —le recriminó.

Entonces se acordó. Nicole no había escuchado prácticamente nada de lo que habían estado diciendo los demás. Había estado más pendiente de la mujer del café que de otra cosa, de hecho, todavía no entendía a qué se refería su hermano con «el robo».

—¿Qué…? Ah, eso. No me estaba riendo. Yo también estaba muy asustada, solo que me estaba acordando de una cosa que me ha hecho gracia, nada más.

—Ya… pues a ver si estás más concentrada la próxima vez, se nos viene algo muy serio y tenemos que estar atentos —respondió Bruno.

—Menos mal que en la cama no eres tan serio —bromeó Nicole empujando a Bruno cariñosamente—. Si lo fueras me aburriría mucho.

Bruno sonrió de medio lado.

—Hablando de camas…—dijo él.

—Uy, no. Ya has oído a mi hermano, tenemos que estar frescos.

—A la próxima no te escapas.

—Eso ya lo veremos —respondió Nicole dando por finalizada la conversación.

Nicole sintió un escalofrío. No sabía hasta qué punto ella bromeaba. Si se acostaba de vez en cuando con Bruno no era precisamente por su inteligencia, ni porque fuera el hombre más maravilloso del mundo, sino por el entretenimiento que le proporcionaba. El problema era que a Nicole últimamente le preocupaba que el muchacho desarrollara sentimientos más profundos hacia ella y se acabara enamorando. En realidad, Bruno la hacía reír y la trataba bien. A veces era celoso, pero debido al escaso compromiso que Nicole tenía con aquella relación no era algo que le preocupara demasiado.

Se habían conocido hacía unos tres años, cuando Gabriel había presentado a Bruno al resto de sus hombres, pero no fue hasta hacía poco menos de un año que habían empezado a tener encuentros. A

Nicole no le gustaba estar expuesta ni arriesgarse a que su cara estuviera por todas partes como la de su hermano y su padre, ella era el gran misterio de La Salvación y pretendía que siguiera siendo así, era difícil que se dejara ver y por ese motivo no conocía a nadie que no perteneciera a la organización, así que tenía que conformarse con Bruno. Al menos de momento.

Capítulo 5

Por suerte las temperaturas habían disminuido en El Puerto de Teira, corría una agradable brisa, el sol brillaba y se presentaba una mañana tranquila. Sofía estaba contenta de poder ir caminando al trabajo sin tener que coger su botella de agua continuamente y sin tener que fantasear con el aire acondicionado, estaba tan relajada que era como si no hubiese presenciado un tiroteo la mañana anterior. Mientras paseaba hacia la agencia, las imágenes de aquel acontecimiento tan desagradable se repetían en su mente una y otra vez, recordaba los gritos, el pánico, la gente corriendo de un lado a otro, el ruido de los disparos… Debió ser muy impactante para todas aquellas personas presenciar un acontecimiento tan traumático, probablemente aquellos turistas ni siquiera habían escuchado disparos en la vida real y habían estado a punto de contemplar una masacre. Afortunadamente no hubo que lamentar muertes, lo que alegró enormemente a Sofía y a su equipo.

La detective «era una tía dura» o eso decía Samuel, ella no estaba tan segura, pero desde luego no se derrumbaba ante cualquier situación, perseguir a una organización criminal hacía que su vida y la de sus seres queridos corriera peligro por lo que no se podía permitir el lujo de tener miedo ni de salir corriendo cada vez que las cosas se pusieran feas. Aunque ponerse al frente de una agencia de investigación nunca había sido su vocación, jamás se arrepentía de haberlo hecho, además de realizar un trabajo justo que le hacía sentir realizada profesional y moralmente, había que reconocer que desempeñar sus tareas día a días se le daba realmente bien.

Por supuesto que el tiroteo fue un momento tenso en el que sintió miedo, pero como siempre había logrado salir ilesa. No solo ella, todos sus compañeros temieron por su vida y eso le impacientaba

a la hora de llegar al trabajo y poder hablar sobre la situación para indicar cuáles iban a ser los siguientes pasos.

Mientras seguía con su camino, la detective vio el cartel de un estanco delante de ella. Frenó el paso unas milésimas de segundo dudando si debía entrar o no, hasta que finalmente se decidió, aceleró la marcha y entró en el establecimiento. Con cierta culpabilidad cogió un mechero del mostrador, pidió un paquete de tabaco al azar y los metió en su bolso, ella nunca había sido adicta a la nicotina, no sabía muy bien qué estaba haciendo. Pagó a aquel anciano que regentaba el estanco y sin mirar atrás, como si acabara de cometer un crimen, salió del local para continuar con su camino.

Cuando llegó a SOMBRA, Sofía vio a Samuel apoyado en uno de los escritorios, estaba hablando con Hugo, intercambiaban impresiones sobre lo que había ocurrido el día anterior, ambos parecían serios pero relajados.

El día anterior habían conseguido unas imágenes valiosas con las caras de distintos criminales cuya existencia desconocían, era una información muy valiosa que en el futuro les podría ser de gran utilidad, además, aunque ya sabían qué aspecto tenía Gabriel, aquellas imágenes de vídeo tan actuales les ayudarían a identificarlo con mucha más facilidad en el futuro.

Precisamente aquellas grabaciones eran las que Claudia estaba analizando en su mesa. Nadie tenía ningún escritorio asignado, pero Claudia acostumbraba a sentarse siempre en el mismo, decía que le ayudaba a concentrarse.

Era una persona muy metódica y un poco maniática, no le gustaba que le hablaran mientras estaba trabajando, y en muchas ocasiones era como si no estuviera en la oficina, por eso la mayoría de veces sus compañeros ni siquiera se molestaban en saludarla al llegar, sabían que cuando su compañera estaba implicada con algo y no levantaba la vista del ordenador era mejor no perturbar su ensimismamiento. Por eso mismo, al entrar, Sofía miró de reojo a Claudia y fue directamente a hablar con Hugo y Samuel.

Los dos jóvenes se irguieron al ver llegar a su compañera, llevaban esperándola toda la mañana para recibir nuevas instrucciones.

—¿Sabemos algo nuevo? —preguntó la detective a modo de saludo.

La oficina estaba repleta de gente, Sofía no recordaba cuando había sido la última vez que la había visto así. El personal entraba y salía por todas partes, papeles revoloteaban en el aire, todos los ordenadores estaban encendidos, la mayoría de las mesas estaban ocupadas y por primera vez en mucho tiempo se oía ruido dentro de

aquel viejo y oscuro lugar, lo que alegró enormemente a la detective.

Aquello solo podía significar una cosa, por fin tenían algo, después de tantos años de investigación sin descanso habían logrado ver a Gabriel en persona, presenciar una reunión del cartel y obtener información clave. SOMBRA acababa de renacer y con ella el deseo de poner fin a la dictadura de una organización criminal que envenenaba las vidas de todos ellos.

Ahora solo podían seguir hacia delante, habían dado comienzo a la caza de La Salvación.

—Por ahora no, Claudia está volviendo a mirar las imágenes de ayer para ver si encuentra algo que nos pueda ayudar —respondió Samuel.

—Bueno, entonces manos a la obra. Tenemos que averiguar qué traman Gabriel y sus hombres para la próxima —dijo Sofía dando una palmada para indicar que se pusieran a trabajar.

Paula entró de repente por una de las puertas interiores.

—He estado investigando toda la noche y parte de esta mañana. Ya sé quién es el otro bando que se reunió ayer con La Salvación.

Hugo y Samuel se giraron repentinamente y miraron a Paula con sorpresa. Sofía tampoco pudo esconder el asombro en su mirada.

—Se trata de El Dorado. Son mafiosos y sospecho que lo que les ha traído aquí son los negocios. Está claro que lo de ayer era una reunión para llegar a algún tipo de acuerdo, parece que los dos bandos no se conocían muy bien y por eso decidieron encontrarse en un sitio público, para que ninguno de los dos se atreviera a montar un espectáculo.

—Pues no les salió muy bien —apuntó Samuel.

—Sí, no brillaron por su discreción —añadió Sofía.

—Creemos que llegaron a un desacuerdo y decidieron resolverlo a tiros —dijo Paula—. Ahora se trata de averiguar cuáles van a ser los siguientes pasos que van a dar, porque está claro que ninguno de los dos bandos se va a quedar quieto.

—Van a buscar venganza —comentó Hugo.

—Así es. Y por eso hemos ideado un plan —dijo Paula creando expectación en la sala—. Es muy arriesgado y de hecho no sabemos si va a servir de algo, pero lo cierto es que no se nos ha ocurrido nada mejor —explicó.

—Dilo —ordenó Sofía.

Paula asintió obediente.

—Creemos que la manera más eficaz de averiguar qué trama La Salvación es que uno de nosotros se haga pasar por uno de ellos.

—Ya… ¿y cómo vamos a hacer eso? Digo yo que se conocerán entre ellos y sabrán cuando una cara es desconocida. —intervino Hugo.

—Sí, por eso hemos inventado toda una historia. Seguidme. —Paula hizo un gesto con la mano a sus compañeros para indicar que la siguieran.

Dio media vuelta y caminó hacia uno de los despachos, los demás la siguieron. Paula introdujo una de las llaves del conjunto que llevaba siempre y abrió la puerta, se puso a un lado y estiró el brazo hacia adentro de la habitación para invitar a sus compañeros a que pasaran.

La habitación era pequeña, estaba oscura y las persianas bajadas, parecía que no se utilizaba con demasiada frecuencia.

Sofía, Hugo, Samuel y Claudia tomaron asiento en las sillas blancas y Paula se quedó de pie frente al único escritorio que ocupaba el despacho. Al encender el proyector encandiló a sus compañeros que gesticularon con fastidio después de ser deslumbrados por la luz que había aparecido tan repentinamente sobre la pantalla. En ella vieron algunos rostros que les resultaban ligeramente familiares.

—Estos son los que se reunieron ayer con Gabriel, El Dorado, ¿no? —preguntó Sofía.

—Los mismos —respondió Paula—. Tras lo sucedido ayer en el hotel se han convertido en el enemigo número uno de La Salvación, por lo que a Gabriel le interesará especialmente todo lo que tenga que ver con ellos y con sus próximos movimientos —añadió con un tono misterioso.

—¿Qué sugieres? —intervino Samuel.

—El Dorado no supone demasiado misterio para nosotros, tienen una larga trayectoria, mayor que la de La Salvación, no es difícil encontrar información de dominio público sobre ellos. Además, ya estamos en contacto con otras agencias italianas que nos están ayudando a recabar información, se trata de meterse muy bien en el personaje y no salirse del guion.

—¿Quieres que uno de nosotros se haga pasar por un desertor de El Dorado? —preguntó Samuel.

—De hecho, queremos que ese seas tú —contestó Paula.

Sofía y Hugo que hasta ahora parecían de los más atentos con la presentación de su compañera, se irguieron de repente y miraron a Samuel, ambos boquiabiertos.

Samuel estaba asombrado, hizo un gesto hacia atrás con el cuello y parpadeó con sorpresa.

—Ni de coña —dijo Sofía. Paula miró a su compañera desconcertada y Samuel hizo lo mismo—. Es que ni de broma, que lo haga otro. Hugo, por ejemplo.

Hugo frunció el ceño, no sabía si sentirse ofendido o halagado con las palabras de su superior.

Se creó un breve silencio incómodo dónde ninguno sabía qué

más aportar a aquella discusión. Paula no sabía si seguir hablando por temor a la reacción de Sofía.

—Sofía, entiendo que estés preocupada por él, pero te aseguro que no se nos ocurre nadie mejor para hacer algo así —dijo finalmente.

Samuel sonrió orgulloso, tenía que reconocer que esos comentarios le estaban inflando el ego.

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Es que quieres que te maten? —Sofía se estaba enfadando, no entendía a qué venía la sonrisa de su amigo.

—Lo mismo podría decir yo de ti ayer, siempre estamos en peligro —replicó él.

Hugo se sentía el hijo en mitad de una discusión de sus padres, no sabía qué decir ni qué hacer.

—Esto es distinto, es meterse en la boca del lobo. Al mínimo error te van a matar, es una organización criminal, no se van a andar con tonterías. —Sofía estaba alzando el tono de voz cada vez más.

—Bueno, en eso consiste mi trabajo. El nuestro. Sabíamos a lo que veníamos —respondió Samuel.

Su mejor amiga se echó hacia atrás en la silla, cruzó los brazos y negó con la cabeza. Sabía que si pretendía ganar una discusión a Samuel lo tenía difícil, ambos eran muy tercos cuando querían algo.

Paula volvió a rellenar aquel silencio.

—Creo que sabemos de sobra que Samuel tiene un gran don de gentes, es carismático y sabe llevarse a cualquiera a su terreno. No tendrá ningún problema para desenvolverse en cualquier situación por dura que sea.

—¿Y qué va a hacer cuando le hagan demostrar su lealtad? ¿Si te piden matar a alguien lo vas a hacer? —preguntó Sofía mientras gesticulaba con energía.

Todos volvieron a quedarse en silencio. Sofía tenía razón, Samuel ni siquiera había pensado en una situación de ese tipo.

—No hay por qué sacar las cosas de quicio, no tiene por qué pasar algo tan desagradable. En el peor de los casos nosotros intervendremos.

—Haced lo que queráis.

Sofía se levantó indignada, salió de la oficina y dio un portazo. Caminó a la sala principal donde se encontraban el resto de sus compañeros, se sentó en una de las mesas y suspiró.

Ella sabía que su mejor amigo tenía razón, en eso consistía su trabajo, sus vidas podrían correr peligro en cualquier momento, pero llevaban años persiguiendo a La Salvación y se les había presentado esta oportunidad en bandeja, no la podían dejar pasar. Sin embargo, no podía evitar estar preocupada por Samuel. El día anterior presenció un tiroteo y hoy estaba de lo más tranquila, pero pensar que Samuel

se iba a meter en las vidas de Gabriel Mendoza y que podría estar cerca de él y de sus hombres la ponía muy nerviosa. Si su amigo se salía del guion o hacia una de sus bromas que al alguno de los miembros no les gustase podía poner en peligro su vida y la de SOMBRA.

Por otra parte, coincidía con Paula, Sofía sabía que, si alguien podía llevar a cabo una misión con esas características, ese era Samuel. No conocía a nadie como él, fuera a donde fuera, el muchacho gustaba a todos, su simpatía lograba hazañas que a ella le parecían impensables. Sofía era siempre reservada, seria, no era una persona demasiado sociable y en muchas ocasiones le costaba relacionarse, le resultaba difícil caer bien, por eso tener a Samuel era todo un lujo. Tenían una dinámica perfecta, lo que no era capaz de conseguir uno, lo podía obtener el otro, por eso solo el pensamiento de que Samuel pudiera desaparecer de su vida le ató un nudo en la garganta. Tenía el corazón dividido.

La detective intentó pensar con claridad, dejó que su mente se enfriara y pensó en todas las cualidades de su compañero. Efectivamente, de todos los empleados que formaban parte de SOMBRA, Samuel era el candidato perfecto.

El muchacho los había sacado a todos de más de un apuro, siempre que había que hacer algún tipo de negociación o convencer a clientes y colaboradores de algo, Samuel lo conseguía. Además de la simpatía que generaba en todos, era una persona realmente amable, no importaba de quién se tratase, siempre era atento y cortés. Entonces, ¿por qué no dejar que fuera él quién se infiltrase?

Sofía sabía que sus compañeros tenían razón, era como si todos estuvieran tirando del lado de una cuerda y en el otro extremo se encontrara ella sola intentando hacerlos caer. No tenía ningunas posibilidades de ganar y lo sabía.

Escuchó el golpe de la misma puerta por la que había salido, lo que la sacó de sus pensamientos repentinamente. Vio a Samuel caminando hacia ella con una sonrisa amable que le fue correspondida de inmediato. Se levantó de la silla y se colocó frente al escritorio, apoyándose en él, Samuel hizo lo mismo. Se quedaron unos segundos en silencio, solo observándose mientras se sonreían. Él le dio un golpecito con el codo y Sofía miró al suelo riendo.

—¿Me permitiría usted poner en peligro mi vida para salvar esta agencia, mi sargento?

—Solo si me traes la cabeza de Gabriel —respondió ella.

Sofía tenía una expresión cansada, aquella pequeña discusión con su amigo le había consumido más energía que el tiroteo del día anterior.

Eso era normal en ella, sus enfados podían pasar de cero a cien

en un segundo, tan rápido como se encendía la llama de un mechero al girar la rueda, pero por fortuna, aquel malhumor desaparecía con la misma velocidad que la llama al soltar la horquilla del encendedor.

—Con mucho gusto. Antes de que acabe el año El Príncipe estará muerto o en prisión —dijo Samuel.

—¿El Príncipe? Menudo nombre de mierda. ¿A quién se le habrá ocurrido? —se burló ella.

—A juzgar por sus pintas pondría la mano en el fuego por que ha sido a él mismo —respondió con sorna.

Aquel comentario logró sacarle una sonrisa a Sofía.

Paula y Hugo salieron de aquel despacho buscando a su superior con la mirada y cuando la encontraron se dirigieron hacia ella.

—¿Tenemos luz verde? —preguntó Paula.

—Sí. Ahora tenemos que preparar el acercamiento a La Salvación lenta y cuidadosamente —respondió la detective.

Al oír esas palabras no pudieron evitar dar un saltito de alegría.

—Claudia, vamos a necesitar un número de teléfono que nos lleve hasta Gabriel. También hay que averiguar dónde vive. —dijo Sofía a su compañera que permanecía tan concentrada como antes.

Sin decir una palabra, Claudia levantó el pulgar y comenzó con la búsqueda.

Era una persona inteligente y eficaz, estaba muy preparada y aunque era una incorporación reciente había demostrado su valía en numerosas ocasiones. Hasta que no se había unido a SOMBRA, nadie había reunido las capacidades y formación que tenía la informática, por lo que tareas tan simples como encontrar la ubicación de una persona eran toda una odisea.

Estaba claro que Gabriel no tendría cualquier teléfono móvil con una ubicación disponible para que la viera todo el mundo, pero cualquiera de sus hombres sí podrían cometer ese error, y así, escalando poco a poco, lograrían llegar hasta su ansiado príncipe.

Sofía sentía un enorme orgullo, que no profesaba muy a menudo, por el equipo que había logrado reunir.

En sus inicios, SOMBRA estaba constituida por Fernando y dos personas más, y aunque sonara a poco, les había costado horrores mantener la agencia con vida. Tampoco hicieron ningún avance real con las investigaciones sobre La Salvación, para cuando comenzaron a obtener resultados, el agotamiento y la edad hicieron que Fernando no tuviera más opción que jubilarse, dejando a su hija al mando de aquel barco sin rumbo.

Cuando la joven tomó el control de la agencia, esta seguía siendo un desastre que generaba más pérdidas que beneficios, así que, si no lograban dar caza a esos desgraciados, se verían obligados a

cerrar.

Afortunadamente, el talento natural de Sofía estaba consiguiendo constituir un equipo de ensueño cada vez más preparado y eso la llenaba de felicidad. Sofía los miró mientras charlaban entre ellos y no pudo evitar sentirse muy satisfecha con su trabajo.

Claudia siempre estaba encargada de los asuntos informáticos como averiguar ubicaciones o colocar cámaras de seguridad. Paula, en muchas ocasiones hacía más el papel de jefa que la propia Sofía, orientaba a sus compañeros, investigaba el pasado de las organizaciones criminales a las que se enfrentaban y siempre se mantenía al día sobre los últimos delitos que estas habían cometido. Hugo era una especie de pelota de ping-pong que sus compañeros golpeaban y mandaban donde querían, era el chico de los recados, el policía, el informático, el investigador o lo que necesitaran en ese momento, siempre estaba disponible y siempre cumplía con su cometido. Y Samuel… Samuel era Samuel y no necesitaban mucho más.

La oscuridad de aquella oficina hacía que el calor de junio pareciera el frío de enero, la temperatura del exterior no se correspondía con la del interior y Sofía, que hacía tan solo unos minutos que venía de la calle, sintió un escalofrío que le provocó un estornudo.

Samuel alcanzó rápidamente el bolso de su amiga que estaba colocado en la silla para coger un pañuelo, el bolso no estaba cerrado y las pertenencias de Sofía cayeron al suelo.

Sofía mantenía su mano tapándose la nariz mientras observaba cómo su Samuel recogía todas sus cosas. El muchacho estaba colocando todo en su lugar cuando de repente vio un paquete de tabaco a estrenar en el suelo. Samuel frunció el ceño, no había visto fumar a Sofía en todos sus años de amistad, ¿por qué guardaba un paquete de tabaco y un mechero en su bolso?

—¿Y esto? ¿Desde cuándo fumas? —preguntó.

Sofía sintió como una oleada de pánico recorría su cuerpo. Arrebató su bolso de las manos de Samuel y recogió lo que quedaba en el suelo con una rapidez sorprendente.

Ella no fumaba, ni siquiera sabía muy bien por qué había decidido comprar cigarrillos, ¿qué le iba a responder? Sintió la misma culpabilidad que había sentido al entrar en el estanco aquella mañana, no quería que su amigo tuviera una imagen de ella distinta a la realidad.

—¿Qué dices? Sabes de sobra que no fumo —respondió con una actitud defensiva.

—¿Y eso? —dijo Samuel apuntando con el mentón al paquete de tabaco que Sofía estaba sujetando.

Su amiga balbuceó.

—Es… de …se lo estoy guardando a Marta. Me ha escrito esta mañana para pedirme que se lo comprara, ya sabes lo vaga que es.

—Mmm.

No sabía por qué, pero a Samuel aquella respuesta no le había convencido en absoluto. Tampoco entendía qué tenía de malo llevar cigarros y un mechero en el bolso ni por qué era necesario ocultarlo, pero no quiso indagar más, notaba a Sofía nerviosa y prefirió dejarla estar.

Su amiga se quedó mirándolo incómoda como intentando descifrar si aquella respuesta había sonado creíble.

De repente escuchó una musiquilla en el interior de su bolso. Salvada por la campana. Sofía metió la mano buscando su teléfono y vio el nombre de Marta en la pantalla. Reprimió un suspiro de alivio, su amiga la estaba llamando como caída del cielo, parecía que los había estado escuchando hablar y había decidido llegar al rescate.

Mirando al suelo, Sofía descolgó el teléfono.

—¿Marta? ¿Me oyes?

La detective caminó hacia el exterior de la oficina mientras Samuel veía cómo se alejaba poco a poco.

Capítulo 6

—¿Entonces lo tienes claro?

A la vez que mantenía una expresión seria, Paula estaba ajustando la camisa de Samuel. Si se iban a infiltrar dentro de una peligrosa organización criminal, lo mínimo que podían hacer era prestar atención a la vestimenta.

Sofía ocultaba una sonrisilla detrás de su mano, le divertía ver a su amigo con esa ropa, intentando parecerse a un criminal sacado de una película, nunca había visto a Samuel con un conjunto así y un aspecto como ese. A Sofía le recordaba a un muñeco Ken cuya dueña estaba vistiendo y desvistiendo a su antojo para tener una cita con Barbie. Samuel permanecía quieto con los brazos abiertos esperando a que su compañera le pusiera o quitara distintas prendas y los recuerdos de su madre vistiéndolo para ir al colegio aparecían por su mente una y otra vez.

Era de noche, en la oficina había un lámpara encendida que por más que lo intentara apenas conseguía iluminar el escritorio sobre el que estaba colocada. Estaba nublado, y aunque no se podía ver nada, la humedad se había hecho con El Puerto de Teira. Durante el día la llovizna había contribuyendo a acabar con la sequía. El calor había desaparecido por completo y todo el mundo dentro en SOMBRA estaba notando el entumecimiento en sus huesos. Las gotas de lluvia estaban volviendo a golpear los inmensos cristales de la oficina.

—Sí, solo espero que Gabriel se presente y no nos haga perder el tiempo —dijo Samuel. El muchacho parecía de lo más tranquilo, quizá no era consciente del peligro al que se enfrentaba o quizá no le importaba demasiado su vida—. ¿Habrá leído la nota?

—Sí, no estaba donde la dejamos así que alguien la ha recogido y se la ha llevado —contestó Paula ajustando el cuello de la camisa de

su compañero.

Tras investigar las zonas que frecuentaban los hombres de Gabriel, los agentes de SOMBRA habían ido a dejar una nota con unas instrucciones para El Príncipe y Samuel se iba a reunir con él para ofrecerle información sobre El Dorado. Habían sido unos duros meses de preparación en los que habían tenido que estar extremadamente concentrados, pero el momento más peligroso finalmente había llegado, se iban a ver las caras.

Como era de esperar ni Gabriel ni sus hombres confirmaron su asistencia, pero a Sofía y a sus compañeros no les cabía la menor duda de que se iban a presentar. Pisar el territorio de La Salvación y tener el atrevimiento de dejar una nota había sido toda una provocación que ningún líder como Gabriel dejaría pasar. Precisamente por ese mismo motivo también estaban preocupados, Gabriel no debía estar muy contento de que alguien hubiera tenido el valor de entrar en su zona y temían que en lugar de dialogar intentara agredir a Samuel o hacerle algo peor. Pero ya era demasiado tarde para preocuparse por eso. Estaban a punto de dirigirse al lugar del encuentro y ahora solo podían continuar con su cometido.

Sofía sentía un pinchazo en el estómago cada vez que recordaba lo que estaban a punto de hacer.

—Venga, el coche ya está aquí —dijo Claudia consultando su teléfono.

Paula planchó con las manos el cuello de la camisa de Samuel, tiró de su chaqueta hacia abajo y le dio unos golpecitos en los hombros para quitar cualquier resto polvo que pudiera existir, después, los cuatro se dirigieron a la salida y mientras lo hacían, Samuel se desabrochó el último botón de la camisa en busca de oxígeno.

Salieron por la enorme puerta del edificio antiguo y vieron un coche negro rociado por la lluvia que les estaba esperando junto a las escaleras, los cristales eran tintados y era imposible ver el interior del vehículo. La ventanilla delantera comenzó a bajarse lentamente y Hugo, que estaba al volante, asomó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Han pedido un taxi? —preguntó.

—Sí, pero esperábamos a un conductor más preparado —se burló Samuel.

Hugo le respondió mostrándole el dedo corazón.

—Anda, entra —dijo Sofía mientras agarraba a su amigo del brazo y lo empujaba hacia el interior del coche.

Claudia se sentó en la parte delantera, dejando a Paula, Sofía y Samuel los asientos traseros. Tan pronto iniciaron la marcha la lluvia empezó a caer con más fuerza, las gotas chocaban violentamente contra el parabrisas haciendo que la visibilidad se volviera borrosa e

impidiendo que Hugo pudiera aumentar la velocidad.

A pesar de seguir tensa, Sofía se encontraba mucho más calmada que en el pasado. Los meses anteriores habían preparado el encuentro con cautela, confiaba y en todo su equipo, pero al mismo tiempo era difícil ignorar todo lo que podría salir mal.

La detective miraba cómo las gotas de lluvia se deslizaban por su ventanilla y se fusionaban entre sí para desaparecer al llegar al final del cristal. Se apoyó en este y observó las luces del exterior con cierta melancolía en el rostro, qué fácil sería todo si esa noche fuera una noche cualquiera y pudieran volver a casa con toda tranquilidad, como de costumbre, ahora no sabía si iba a volver a ver a su mejor amigo ni qué pasaría con el gran equipo que había formado.

Como si estuviera leyendo su pensamiento, Samuel arropó con su mano la de Sofía y la apretó, ella giró la cabeza y lo miró sorprendida, que le hubiera dado la mano justo cuando su mente estaba yendo por los peores derroteros posibles le hizo dudar de los poderes telépatas de su amigo. Samuel le dedicó una sonrisa tierna que ella le devolvió, era capaz de imaginar todo lo que estaba pasando por la mente de la detective, la conocía demasiado bien, por eso la intentó tranquilizar con ese gesto.

—Samuel, ten —dijo Claudia interrumpiéndolos. Le entregó una pequeña caja que el muchacho abrió. En el interior se encontraba un pinganillo minúsculo—. No podemos ponerte micrófonos ni vamos a poder grabar, pero al menos póntelo para que nos puedas escuchar —añadió.

Samuel obedeció e introdujo el auricular en su oído.

Claudia tenía razón, ya lo habían hablado con anterioridad, cualquier intento de grabar era demasiado arriesgado, si Gabriel o alguno de sus hombres se llegaba a enterar de que aquel plan era una trampa para acabar con ellos, ni se imaginaban de lo que serían capaces, pero era de esperar que no se quedaran de brazos cruzados. Una vez entrara a La Salvación, si era aceptado como miembro, Samuel se las tendría que apañar solo para no cometer ningún error y mantenerse con vida, sin embargo, era impensable ir ahí, reunirse con Gabriel y correr todo ese riesgo sin proporcionarle un pequeño respaldo al detective y sin escuchar nada de aquel encuentro, por ello, todos habían estado de acuerdo en entregarle aquel pinganillo a su compañero, de ese modo estarían preparados para intervenir si su vida corría peligro.

El coche se estaba adentrando en un camino cada vez más oscuro y turbio, la carretera iba empeorando su estado poco a poco, la calle larga y ancha estaba muy sucia, se cruzaron con perros abandonados, vieron a varias personas sin hogar en las aceras, algunas con jeringuillas usadas a su alrededor y las farolas emitían una tenue

luz anaranjada que, en lugar de mejorar la visibilidad, lo único que conseguían era dañar la vista.

Sofía nunca había estado en aquella parte de El Puerto de Teira y cuanto más profundizaban en el camino más le apetecía volver a casa. Al mismo tiempo deseaba volver a ver a Gabriel en persona, observarlo detenidamente y escuchar qué tenía que decir, quería enfrentarse a él, a sus hombres, sabía que iba a tener que resistir el impulso de bajarse del coche y pegarle un tiro en la cabeza pues aquello no solucionaría nada, el perro moriría, pero la rabia seguiría infectando las calles.

Cuando Samuel se bajara del coche y quedara en manos de La Salvación no habría alternativas, solo podrían seguir adelante y deshacerse de cualquier estorbo que se interpusiera en el camino de SOMBRA y su cometido, sus preocupaciones se habían convertido en adrenalina y si era necesario, la detective pondría en peligro su vida para recuperar a su compañero y detener al cartel.

Hugo giró el volante hacia la derecha y el asfalto se convirtió en gravilla, el coche temblaba por las dificultades del terreno, detrás del vehículo se levantaba una

nube de polvo, a lo lejos se divisaba el mar y algunas barcas, el lugar estaba repleto de contenedores marítimos y había bolsas de basura por todas partes. El lugar estaba tan sucio y descuidado que parecía abandonado. Una potente luz titilante era la única encargada de iluminar el puerto.

El coche se detuvo repentinamente.

—No puedo seguir avanzando o nos van a ver —dijo Hugo.

—Está bien, coged todas vuestras cosas y salid del coche —respondió Paula—. Samuel, dirígete al lugar de la reunión.

Samuel asintió y tragó saliva, sus ojos hablaban por sí solos, ahora sí que parecía preocupado por lo que iba a hacer. Miró a Sofía y esta asintió intentando transmitirle seguridad.

Todos cogieron sus pertenencias y salieron del vehículo. Samuel caminó en dirección contraria a la de sus compañeros y los demás se dirigieron al edificio abandonado que tenían enfrente.

Era un edificio a medio construir, formado solo por ladrillos y cemento, tenía unos grandes agujeros a modo de ventana en lo que Sofía supuso que era la fachada. Si todo salía como estaba previsto, desde ahí podrían ver a Samuel a la perfección. Entraron y subieron un par de plantas, la habitación estaba vacía, excepto por algunos escombros y varios bloques de ladrillos.

Sofía giró sobre sí misma recorriendo cada pared con la mirada, lentamente se dirigió a una de las gigantescas ventanas y se asomó, divisó a lo lejos la fuerte luz blanca titilante que iluminaba el punto exacto del encuentro, el puerto era inmenso por lo que alrededor de

aquel foco solo había oscuridad. Vio a Samuel caminando hacia aquella luz, parecía tranquilo.

Sofía se agachó y le hizo unas señas a sus compañeros para que se colocaran en las demás ventanas e hicieran lo mismo.

No apartó la mirada, estaba muy atenta, todas las preocupaciones por su amigo se habían disipado, había llegado la hora del encuentro con La Salvación y estaba más que preparada para intervenir. Confiaba en Samuel, sabía que era una persona muy astuta y podría desenvolverse en una situación en la que la mayoría de la gente no lo lograría.

Sofía miró a sus compañeros, los tres estaban tan concentrados como ella, Paula tenía la pistola en sus manos, Hugo estaba apoyando una de sus manos en la ventana y con la otra tocaba la funda de su arma, ambos estaban agachados y asomaban lo justo para ver a su compañero, Claudia estaba sola en una de las ventanas, estaba preparando su micrófono, en cualquier momento podría ser necesario comunicarse con Samuel.

De repente vieron dos figuras acercarse a la luz.

—Vale, ahí están —dijo Sofía con un susurro.

Samuel, que estaba de espaldas al edifico desde el que le observaban sus compañeros, vio a dos sombras acercándose lentamente. Cuando la luz del foco reveló los rostros de los desconocidos todos los músculos de su cuerpo se tensaron y no pudo evitar apretar los dientes. Ninguno de aquellos hombres era Gabriel.

—Joder —dijo Sofía llevándose la palma de la mano a la cara.

—No puede ser —añadió Paula.

—Estaba claro —concluyó Hugo.

Gabriel había mandado a dos de sus hombres para hacer el trabajo sucio. Era algo que los agentes habían contemplado, pero, en el fondo, había confiado en que se presentara en el lugar de la reunión. El Príncipe era una persona a la que le gustaba estar en control de todo, siempre observaba de cerca su negocio y cuidaba de él como si de un niño pequeño se tratase, por ello se sorprendieron al ver que no había aparecido. La idea de llegar ahí y retener a Gabriel sonaba demasiado buena para ser verdad, ahora Sofía se sentía estúpida por habérselo siquiera planteado. Aquello era un contratiempo, pero no era nada concluyente, todavía podían llegar a La Salvación.

—Vale, que no cunda el pánico. Estos dos también pueden sernos útiles —le comunicó Claudia a Samuel a través del pinganillo.

Samuel se recompuso rápidamente y procuró que aquellos hombres no notaran la frustración en su rostro cuando se percató del cambio de planes. Se mentalizó para hacer el papel de su vida y mantener la compostura.

—Qué poco respeto para la gente que tiene información para vosotros. Casi media hora tarde —dijo Samuel frunciendo los labios y negando con decepción.

—Tampoco te pongas chulo, no sabemos qué intenciones tienen —dijo Sofía al pinganillo.

—Bueno, si habéis venido hasta aquí supongo que os interesa lo que os puedo contar —añadió Samuel.

Aquellos desconocidos se mantenían muy serios, con una cara de pocos amigos que estaba logrando intimidar a Samuel.

A Sofía, aquel silencio interminable se le estaba haciendo insoportable, Samuel hablaba, pero los hombres se mantenían quietos como estatuas.

—Están intentando intimidarte, Samuel, no cedas —dijo Claudia intentando que su compañero mantuviera la seguridad en sí mismo.

A Samuel, aquel silencio tan ruidoso le estaba resultando de lo más incómodo. Normalmente sus interacciones sociales eran fluidas, nunca tenía problemas para comunicarse y aún menos para que sus interlocutores se comunicaran con él, pero por primera vez se estaba quedando sin tema de conversación

—Desde luego, hay que reconocer que los tienes bien puestos —fue lo primero que dijo uno de los hombres de Gabriel—. Pisar nuestro territorio y presentarte aquí solito…

—Encima de que os estoy haciendo un favor, tampoco es para ponerse así —respondió el muchacho.

—Que no les vaciles —interrumpió Sofía, esta vez con un tono más exigente.

A Samuel siempre le funcionaban las bromas, creía que con su simpatía natural bastaba para llevarse a cualquiera a su terreno y generalmente así era. En realidad, su intención no era provocar a los delincuentes, simplemente no sabía de qué otra manera gestionar una situación tan tensa. Esperaba que quitándole hierro al asunto aquellos dos bajaran un poco la guardia y pudieran conversar como personas civilizadas.

—Si tuvieras dos dedos de frente no se te hubiera ocurrido venir aquí —dijo el otro.

La situación se estaba desarrollando muy rápidamente y la tensión escalaba a toda velocidad.

Uno de aquellos hombres se llevó la mano a la chaqueta, haciendo un gesto que alertó tanto al detective como al resto del equipo. Samuel tragó saliva. Todos en el edificio se agazaparon en las ventanas como dispuestos a saltar en cualquier momento, entonces, con suma lentitud aquel hombre abrió su chaqueta y dejó ver un arma, la miró y después miró a Samuel con una sonrisa malvada.

Hugo y Paula se abalanzaron sobre la ventana.

—Quietos. No os mováis —ordenó Sofía.

Claudia observaba con serenidad la escena.

Samuel se llevó la mano a la parte trasera de su pantalón y sacó una pistola.

—Venga, no es para tanto. ¿De verdad queréis jugar a esto en lugar de escuchar lo que tengo para vosotros?

Los desconocidos se quedaron quietos mirando amenazantes al detective y apretaron los dientes con impaciencia.

Samuel comenzó a andar de lado a lado jugando con su pistola con un aire teatrero mientras aquellos dos hombres no le quitaban la vista de encima.

—Pues veréis, como ya sabéis a estas alturas, he dejado mi antiguo trabajo. No me valoraban y he pensado en hacer algo útil con toda la información que tengo sobre ellos. ¿Qué mejor que entregársela a La Salvación? —dijo sin parar de moverse.

El muchacho iba de un lado para otro, sin rumbo, hacía alguna pausa dramática y de vez en cuando establecía contacto visual con los hombres de Gabriel. Mientras recitaba su monólogo, sin darse cuenta miró hacia atrás y durante una milésima de segundo dio las espaldas a sus enemigos.

—Pero, ¿qué hace? —pronunció Sofía.

—¡Samuel, cuidado! —gritó Claudia con urgencia por el micrófono.

Todo pasó muy rápido y en menos de lo que tardaron en pestañear, uno de los hombres se abalanzó sobre Samuel con una rapidez asombrosa para asestarle un golpe en la cabeza con la culata de la pistola.

Sofía apoyó un pie en el borde de la ventana con intención de saltar sobre uno de los contenedores marítimos, pero antes de que le diera tiempo a hacer nada vio por el rabillo del ojo el estallido de una luz acompañado de un estruendo que golpeó la pared muy cerca de su cara. Aquel ruido hizo que se llevara la mano a su oreja para cubrírsela, perdió el equilibrio logrando evitar una caída apoyando su otra mano en el suelo cuando, sin previo aviso vio otra luz. Se dejó caer y rodó en el suelo.

No estaban solos.

Los demás se giraron de golpe, estaba todo demasiado oscuro, apenas podían ver de dónde venían los disparos. Paula disparó su arma hacia la silueta que había atacado a Sofía consiguiendo acertar en el hombro de aquel hombre que lanzó un gruñido.

—¡Cubríos! —alertó Paula a sus compañeros.

Sofía logró ponerse de pie y echó un vistazo por la ventana, vio como aquellos hombres golpeaban a Samuel. Revisó el lugar con

rapidez y vio unos bloques de ladrillo apilados de la obra que nunca acabó. Corrió hacia ellos, pero algo la ralentizó. Comenzó a notar un ardor en el tobillo, sintió un dolor espantoso que la derribó hacia el suelo. Si quería salir viva de allí tenía que dar más de sí misma. Sin miramientos se levantó y cojeó hacia el bloque de ladrillos dejando un rastro de sangre tras de sí.

«Joder, ¿dos tiroteos en dos semanas?», pensó con incredulidad.

Logró alcanzar los bloques y se sentó, echó un vistazo y vio que estaba perdiendo mucha sangre, se agarró la pierna apretando su piel con los dedos dejando soltar un quejido. Hugo vio el gesto de dolor de su compañera. Sofía se quitó la chaqueta con suavidad, evitando hacer movimientos bruscos, arrancó un trozo de tela, rodeó su tobillo con el mismo y lo ató con fuerza.

A sus espaldas se estaba desatando el caos, no paraba de escuchar disparos, hacía un tiempo que no comprobaba el estado en el que se encontraba el resto del equipo. Volvió a coger su arma y asomó la cabeza, pero antes de poder encontrar a sus compañeros vio un hombre corriendo hacia ella. Sofía no se lo pensó dos veces y disparó, haciendo caer a aquel hombre de espaldas. De repente notó cómo alguien le tocaba la pierna haciendo que se sobresaltase.

—Sofía, ¿estás bien?

Era Hugo, comenzó a palparle la extremidad con urgencia buscando la herida, remangó el pantalón y vio una perforación rodeada de sangre, Hugo abrió los ojos con sorpresa.

—Vale, no es nada. Vamos a sacarte de aquí —dijo el muchacho tratando de sonar convincente.

—Samuel… no sabemos nada de él.

Sofía tenía la respiración agitada, pronunció aquellas palabras con dificultad, tenía la frente perlada en sudor y notaba cada vez más humedad en el tobillo.

—No te preocupes por eso ahora —respondió.

No hacía falta que Hugo la tratara de convencer, aunque quisiera, su estado no la permitía que se preocuparse demasiado por su amigo, estaba rabiando de dolor, bañada en sangre, sudor y suciedad, no podía pensar con claridad.

Detrás de ellos el caos seguía desatándose, parecía que aquellas armas tenían un cargador con balas infinitas incorporado, ¿es que no se iba a terminar nunca?

Hugo asomó la cabeza por encima del bloque de ladrillos y disparó su pistola, acertando en la cabeza de uno de los hombres.

—Quédate aquí.

Sin decir nada más, el muchacho salió corriendo de allí para desplazarse a otra posición dejando a Sofía a su suerte que seguía lidiando con el dolor.

—¡Samuel! ¡Samuel! ¿Puedes oírme? —Claudia gritaba desesperada mientras se sujetaba el pinganillo al oído.

Pero Samuel no oía nada, se encontraba demasiado aturdido por los golpes que estaba recibiendo. Ya en el suelo, logró levantar la vista y vio numerosos destellos de disparos a través de las ventanas del edificio donde se encontraban sus compañeros, no pudo evitar temer por sus vidas, pero una patada en el estómago lo distrajo completamente, haciéndolo volver al infierno que estaba viviendo.

—Suficiente. Levántalo —dijo uno de los desconocidos.

El otro hombre recogió al detective del suelo e intentó mantenerlo en pie, Samuel no se valía por sí mismo, las piernas no le respondían. Estaba deseando que todo aquello acabara rápido, si lo iban a matar que lo hicieran ya. Tenía la vista nublada, no podía distinguir el rostro del hombre que lo estaba encañonando y la sangre que bañaba su cara tampoco ayudaba a mejorar su visibilidad.

En el edificio abandonado continuaba la pelea de ambos bandos.

Sofía finalmente logró ponerse en pie para inspeccionar el lugar con la mirada. Se encontró con varios cadáveres de hombres corpulentos en el suelo, había sangre por todas partes, vio a Claudia escondida tras un bloque de ladrillos intentando hacer funcionar sus dispositivos para contactar con Samuel, su compañera estaba visiblemente angustiada, miraba a sus espaldas una y otra vez para comprobar que no venía nadie.

Vio a Hugo forcejeando con otro de los hombres cuando de repente algo desvió su atención, un matón con aspecto de portero de discoteca agarró a Paula por el cuello y la empujó contra la pared con tanta fuerza que a la detective se le cortó la respiración. Paula estaba desesperada, con la mirada llena de pánico intentaba coger un poco de aire, pero las manos de aquel hombre en su cuello la habían anulado completamente.

Sofía levantó rápidamente su arma y apuntó a la cabeza del matón, pero antes de que pudiera apretar el gatillo notó una presión fortísima en su cuello que también la dejó sin respiración, uno de los hombres la había agarrado por el cuello y la estaba arrastrando hacía atrás. La detective comenzó a pensar que ya era demasiado tarde y que no iba a poder salir de allí cuando, de repente, fue liberada y pudo volver a respirar con normalidad.

Claudia había conseguido derribar a aquel hombre disparándole en la pierna, se encontraba de rodillas a espaldas de Sofía, esta se giró y le dio un golpe seco en la cabeza con su arma dejándolo en el suelo. La detective recordó la escena que había presenciado hacía tan solo unos segundos y buscó a Paula con la mirada, la vio pataleando en la misma pared, seguía sujetada por el

cuello y tenía la cara completamente roja.

Con toda la velocidad que logró reunir, Sofía corrió hacia ellos y disparó a la cabeza del desconocido acertando de pleno, Paula notó una explosión de sangre en su cara y cayó al suelo, estaba muy sobresaltada. Vio a su atacante muerto en el pavimento e intentó coger aire, estaba teniendo dificultades, se llevó la mano al cuello de la camisa y se desabrochó varios botones, hasta que logró recuperar el oxígeno poco a poco.

Sofía corrió hacia ella.

—¡Paula! ¿estás bien?

Sofía se arrodilló a su lado y despojó a Paula de su chaqueta, empujó su hombro intentado que se incorporara y pusiera la espalda recta, la apoyó contra la pared para que descansara. Su compañera estaba volviendo a respirar con normalidad.

Hugo se acercó y se arrodilló al lado de sus compañeras. Los tres escucharon unos pasos que se dirigían lentamente hacia ellos. Se giraron y vieron a Claudia, parecía exhausta, toda su ropa era una mezcla de tierra, polvo y sangre, igual que la de los demás.

Finalmente, los disparos cesaron, ahora todo estaba en calma.

Se miraron los unos a los otros, todos estaban bien.

—¡Ah! —exclamó Sofía repentinamente.

La adrenalina del momento se había terminado y la detective recordó que había sido herida. Sintió el dolor en el tobillo, pero afortunadamente el torniquete improvisado que había hecho había logrado detener la hemorragia, ahora era necesario que un profesional tratara la lesión.

—¿Cómo está tu tobillo? —preguntó Hugo.

—Bien, bueno, no mal del todo —contestó ella.

—Vamos a acompañarte al hospital —dijo Claudia.

Sofía asintió con un gesto de molestia provocado por el dolor. De pronto recordó cuál era el motivo por el que todos estaban allí, hacía mucho que no sabían nada de Samuel, le podría haber ocurrido cualquier cosa.

La detective intentó ponerse de pie apresuradamente, pero se tambaleó, Hugo y Claudia la sujetaron.

—Cuidado, no hagas movimientos bruscos —aconsejó su compañero.

—Samuel. No sabemos nada de él. Rápido, a la ventana —pronunció Sofía.

Sus compañeros la sujetaron cada uno de un brazo y la acercaron a una de las ventanas, Sofía cojeaba. Paula se levantó y los siguió.

Cuando llegaron a la ventana no vieron nada, tan solo unas manchas donde había estado su compañero que no se distinguían

demasiado bien en la distancia. El rostro de la detective tornó pálido, notó sudores fríos, el corazón bombeaba la sangre a sus oídos ruidosamente, impidiéndole oír nada más. Se abalanzó sobre la ventana y miró a derecha e izquierda, Hugo y Claudia la sujetaron con fuerza, no había rastro de Samuel ni de aquellos hombres.

—Mierda, mierda, ¡joder! —Sofía se llevó las manos a la cabeza. —¡Sabía que esto iba a pasar, os los dije! ¡No podía salir nada bueno de una misión así!

La lluvia volvió con fuerza, empapando el rostro de Sofía y el de sus compañeros.

—Tranquila, Sofía. Esto era algo que sabíamos que podía pasar.

Sofía giró la cabeza lentamente y miró a Paula furiosa.

—¿Que me tranquilice? ¡Todo esto ha sido idea tuya!

Paula se quedó quieta en silencio, miró al suelo con cierta culpabilidad.

—Vamos, no seas injusta. Esto ha sido cosa de todos —dijo Claudia.

Sofía se zafó de los brazos de sus compañeros y cojeó hacia las escaleras, todos corrieron hacia ella.

—Sofía, no está todo perdido —dijo Hugo.

—Hugo, ni siquiera sabemos si está vivo —replicó ella.

—Por eso vamos a encontrarlo —dijo Claudia apoyando su mano en el hombro de su compañera.

Sofía miró hacia atrás y vio a Paula que no sabía muy bien qué decir. Extendió la mano hacia la de su compañera y Paula la recibió intentando transmitirle ánimo.

Todos bajaron las escaleras lentamente hasta que lograron salir de aquel sitio que ahora solo les produciría amargos recuerdos. La lluvia los bañó al instante liberando a sus rostros de toda la suciedad que habían acumulado.

Sofía caminó despacio hacia el único foco que había iluminado la escena, se acercó y vio un charco de sangre que poco a poco se estaba mezclando con el agua. Mojó su dedo en él y contempló la sangre que había recolectado. Cuando bajó la mano vio el pinganillo de Samuel en la distancia, lo recogió y lo observó, se le debió haber caído mientras lo golpeaban.

—Tenemos que ir tras ellos, todavía podemos alcanzarlos —dijo la detective.

—Sí, pero primero te tienes que recuperar o no servirá de nada —contestó Claudia.

—¿Qué dices? No hay tiempo para eso ahora —replicó.

—Sofía, te aseguro que todos queremos encontrar a Samuel lo antes posible, pero con esa herida no vas a ser de mucha utilidad. —Paula empleó cierta dureza en sus palabras para que su compañera

entrara en razón.

—Tiene razón, Sofía —intervino Hugo.

Sofía lanzó un suspiro agotada, sabía que sus compañeros estaban en lo cierto y que no le iba a aquedar más remedio que obedecer.

—No sufras, nosotros nos vamos a encargar de todo mientras tanto —dijo Claudia convencida.

Si de algo estaba segura la detective era de que podría estar tranquila si sus compañeros tomaban el control mientras ella se recuperaba, estaban más que capacitados y nunca le habían fallado.

—Está bien. Paula, estás al mando mientras yo no esté —dijo Sofía.

Su compañera asintió.

Sofía se levantó y se dio la vuelta, se acercó a sus compañeros y juntos caminaron hacia el coche, todos estaban cabizbajos, se mantenían en silencio, habían ocurrido demasiadas cosas en muy poco tiempo, probablemente ninguno sabía qué decir. Pensaban en Samuel, en el tiroteo, en Gabriel, en la sangre que habían dejado atrás y en cómo actuarían a partir de ahora.

Sofía giró la cabeza y vio cómo apenas quedaban restos de sangre de su amigo, la lluvia había deshecho cualquier prueba y la detective se juró que aquel derramamiento de sangre no iba a ser en vano.

Cuando llegaron al coche sus compañeros le abrieron la puerta y la ayudaron a subir. Hugo puso en marcha el vehículo y se marcharon de aquel lugar.

En el camino la detective pensó en su recuperación, estaba frustrada por tener que retirarse temporalmente en un momento tan importante de la investigación, aunque en cierto modo le alivió pensar en poder descansar unos días.

Se dio cuenta de que estaba amaneciendo, no podía creer lo rápido que había pasado el tiempo en aquel lugar, estaba exhausta, todos esos acontecimientos la habían mantenido despierta, pero ahora comenzaba a notar el peso de sus párpados y el dolor de sus músculos.

Contemplaba cómo las calles habían recuperado su vida, veía a la gente yendo a trabajar, bicicletas, maletines, trajes, personas malhumoradas dentro de sus coches, niños de camino al colegio con sus diminutas mochilas… El agotamiento se estaba apoderando de ella, los ojos se le cerraban poco a poco, recordó a su madre llevándola a la escuela todas las mañanas cuando Sofía era solo una niña, aquel recuerdo la llenó de paz y nostalgia, la detective se apoyó en el cristal, cerró los ojos con esa imágenes en su mente y en apenas unos segundos se durmió.

Capítulo 7

—¡Eh! ¡Baja de ahí!

El animal estaba apoyado en el escritorio con sus patas delanteras mientras olisqueaba el café de su dueña, cuando Sofía lo vio sufrió por la integridad de su ordenador y de los documentos que estaba revisando. El perro obedeció y bajó sus patas para colocarlas en el suelo, agachó la cabeza y se acurrucó en su cama.

—Tienes frío, ¿eh?

La detective le dio un trozo de pan caliente a su mascota que recibió con mucho gusto. Sofía miró por la ventana y no puedo evitar sonreír al ver el sol radiante entrando en su hogar, los días de lluvia habían llegado a su fin mejorando el ánimo de todos los habitantes de aquella ciudad.

Habían pasado varios días desde que la hirieron en la pierna, pero gracias a una pequeña cirugía y a unos calmantes se encontraba mucho mejor y ahora llevaba un pequeño vendaje en el tobillo, todo un alivio después de haber estado conviviendo con un par de muletas por primera vez en su vida. Ya casi no cojeaba y aunque no era recomendable que caminara grandes distancias, de vez en cuando se animaba a pasear.

Llevaba encerrada demasiado tiempo y aunque adoraba su casa y a su perro, tenía que reconocer que pasar tanto tiempo sin salir le estaba generando cierta angustia.

Como era de esperar, la detective había desobedecido todas las recomendaciones de sus compañeros de trabajo y no se había apartado de la investigación, al menos no del todo. Durante todos los días de su recuperación había estado revisando documentos, haciendo llamadas y buscando información por internet, sus compañeros la habían mantenido informada todo ese tiempo para que estuviera tranquila,

pero no le habían dado demasiados detalles para que la detective pudiera recuperarse con calma, sin recibir novedades que pudieran alterar su estado. Había intentado mantenerse ocupada con distintos pasatiempos, lectura, videojuegos, series de televisión y hasta había probado con el dibujo, pero nada de aquello era lo suficientemente atrayente por lo que su mente siempre la llevaba por el mismo camino y al final acababa volviendo a sus papeles y a su investigación particular.

Samuel no se le había ido de la mente en ningún momento, le constaba que Paula estaba haciendo un gran trabajo durante su ausencia, pero inevitablemente, el recuerdo de su amigo era algo que la mantenía inquieta y no le permitía descansar al cien por cien. Seguían sin saber nada de su paradero, pero la investigación iba por buen camino y estaban estrechando opciones.

Sofía dio un mordisco a su desayuno cuando de repente sonó el teléfono. ¿Iba a recibir noticias importantes sobre su amigo? Miró la pantalla y puso los ojos en blanco, cuando vio una vez más aquel nombre en su teléfono. Descolgó y se llevó el móvil a la oreja, pero antes de que pudiera decir nada escuchó la voz de su mejor amiga al otro lado.

—¿Cómo está mi lisiada favorita?

Sofía sonrió. Si algo le gustaba de Marta es que siempre lograba distraerla de aquello que estuviera padeciendo.

—Bueno, pronto dejaré de ser una lisiada así que cuida tus palabras.

—Uy, qué miedo.

—¿Y bien? ¿Qué propuesta indecente vienes a hacerme esta vez?

—Solo me preocupo por ti, así que me he propuesto sacarte de tu casa, ¿qué te parece?

—Pues… justo hoy estaba trabajando.

—Di que sí, tú nunca hagas caso a las recomendaciones de amigos y profesionales —dijo Marta con sarcasmo—. Ahora sí que te vienes conmigo.

—¿Sabes qué? Tienes razón, estoy harta de estar en mi casa, ni siquiera tiene sentido que esté trabajando, no estoy haciendo avances reales —dijo Sofía cerrando su ordenador portátil de golpe—. ¿Y a dónde vamos? Déjame adivinar, ¿a El Clavel?

—Por una vez no. —Marta se lamentó y dejó salir un suspiro—. Vamos a ir al cine. Están poniendo una peli que quiero ver desde hace un tiempo.

—No sufras, estoy segura de que la vida nos acabará llevando a tu bar favorito —respondió Sofía fingiendo tristeza.

—Bueno, pero por ahora vístete que te recojo.

Marta colgó el teléfono.

Cuando escuchó el motor de un coche en su puerta, Sofía cogió todas sus pertenencias rápidamente y salió dando un portazo. Marta había tardado apenas quince minutos en aparecer en su casa, si vivir tan cerca la una de la otra tenía alguna ventaja

era que los planes improvisados se podían desarrollar con facilidad.

Sofía entró en el coche y su amiga bajó el volumen de la radio.

—Qué guapa estás, se te ve descansada, te deberían disparar más a menudo.

Sofía ahogó una risa y golpeó a su amiga con el bolso. Marta sonrió e inició la marcha.

—¿Y qué tal Samuel? ¿Se sabe algo?

—No… Ojalá. —Sofía agachó la cabeza e hizo un gesto de frustración con los labios—. Todos están investigando, confío en que pronto se sepa algo.

—Vaya. Bueno, a veces lo mejor es dejar de insistir, seguro que en cuanto te olvides del tema aparecerá información nueva.

—Supongo. En cualquier caso, necesitaba un poco de aire fresco, así que no me vendrá mal salir.

Sofía se encontraba mucho mejor estos últimos días que en los momentos previos a la reunión con los hombres de Gabriel, aunque su mejor amigo no abandonaba su mente, estar lejos de SOMBRA le había permitido pensar con claridad y calmarse un poco. En parte se sentía culpable por ello, Samuel podría estar viviendo la peor situación de su vida y ella estaba yendo al cine con Marta. Trató de borrar ese pensamiento con rapidez, si la detective estaba descansando era para poder dar lo mejor de sí misma y encontrarlo cuanto antes, que ella sufriera al mismo tiempo que Samuel no iba a ayudar en nada a su amigo, tenía que estar despierta y serena. Al menos durante esa tarde iba a intentar divertirse y pensar en otra cosa.

Marta aparcó el coche en un lugar lejano al cine, era impensable encontrar alguna plaza libre cerca del casco antiguo, así que ahora tendrían que dar un paseo hasta alcanzar su destino.

A Sofía aquello no le importó, todo formaba parte de su recuperación, incluso se podía decir que estaba encantada de poder pasear sin preocuparse de nada, hacía mucho tiempo que no salía a la calle por gusto, tener siempre tanto trabajo casi nunca le permitía disfrutar de los placeres de El Puerto de Teira. Llevaba muchos años viviendo allí, pero cuando pisaron aquel barrio, la detective llegó a creer que había olvidado completamente la ciudad en la que habitaba.

Hacía un día maravilloso, la temperatura era agradable, el cielo finalmente estaba despejado y una brisa ligera acariciaba el rostro de Sofía logrando incluso sacarle una sonrisa.

Las amigas caminaban tranquilamente, aquel día no existía la prisa ni nada que perturbase la paz que se respiraba. Las calles estaban llenas de vida, los adultos paseaban con calma y los niños correteaban de un lugar a otro. Todo estaba sorprendentemente calmado, no había ruidos fuertes ni desagradables, parecía que todo el mundo se había puesto de acuerdo en descansar.

—Dios mío, esto es lo que yo necesitaba —dijo Sofía aliviada, dejando caer el peso de sus hombros e inspirando profundamente.

Marta la miró y sonrió. Últimamente no veía demasiado a su amiga y cuando lo hacía, la detective siempre andaba estresada, cuando no era por un nuevo caso, era por su ex, y cuando no era por su ex, era por algún problema familiar, así que se alegró enormemente por Sofía que le estaba transmitiendo toda aquella paz que mostraba su cara.

—Bueno, y ¿qué tal tu madre? —preguntó la detective.

—Está mejor, pero bueno, todavía tiene que ir a rehabilitación así que tengo que estar todo el día pendiente de ella y del teléfono —contestó su amiga con un gesto de fastidio.

La madre de Marta había sufrido una caída absurda desde una escalera mientras intentaba cambiar una bombilla, pero el susto había sido lo suficientemente grande como para acudir al hospital y dar un giro radical a su vida, al menos durante unos meses.

—Menos mal, me alegro de que se esté recuperando. —Sofía forzó una sonrisa para animar a Marta. Sentía que con esa pregunta tan inoportuna acababa de estropear el momento.

—Sí… bueno, ahora tengo a mi padre todo el día metido en casa, mi hermano también viene a vernos constantemente y…

Pero Sofía ya no escuchaba nada de lo que decía Marta, notaba un ruidito minúsculo en la lejanía de su mente, como el motor de una pecera, pero no distinguía ni una sola palabra de lo que fuera que estuviera diciendo su amiga. Por un momento sintió que se quedaba inmóvil, notó un pinchazo en el estómago, como una explosión que acababa de liberar mil mariposas en su interior y frenó el paso.

Marta giró la cabeza y vio a su amiga quieta como un pasmarote. Frunció el ceño.

—¿Qué haces? Venga, vamos.

Sofía sacudió la cabeza y reanudó la marcha.

—¿Qué te pasa? ¿Has visto algo raro? ¿Tenemos que huir? —bromeó Marta, aunque no sabía hasta qué punto aquello era una broma, era como si su amiga hubiese visto un fantasma.

Marta siguió hablando y Sofía siguió sin escuchar, aunque había recuperado el funcionamiento de sus pies, seguía sin poder apartar la mirada de lo que la distraía. Parecía que aquella chica tenía una fijación con la ropa blanca y los complementos dorados, pero ¿y

eso qué importaba? Le quedaban tan bien. Desde luego, tenía que saber el efecto que provocaba cuando seleccionaba esas prendas. Sofía intentó ocultar la sonrisa que se le estaba dibujando sin ningún éxito porque su amiga la cazó al instante.

—Pero, ¿qué pasa? ¿qué me he perdido? —Marta sonrió confundida y miró a un lado y a otro para buscar lo que sea que estuviera haciendo actuar a Sofía de aquella manera.

—¿Qué? ¿Qué dices? No pasa nada. —Sofía se mordió el labio inferior insistiendo en su intento de ocultar su sonrisa.

—Sofía. Habla.

Aquello fue una orden que Sofía acató al instante, agarró a Marta del brazo y la acercó para sí misma.

—No sé si recuerdas, hace unos días fuimos a espiar a Gabriel Mendoza a un hotel…

—Ajám, el día que acabó en un tiroteo, ¿no?

—Sí, bueno, ¿te acuerdas que te dije que una chica se acercó a pedirme fuego?

—¿Cómo no me voy a acordar del amor de tu vida? —dijo Marta con sorna.

No quería herir los sentimientos de su amiga, pero le divertía recordar la emoción con la que Sofía había descrito a la misteriosa chica del hotel.

—Bueno, tampoco te pases —respondió la detective dándole un golpecito en el brazo.

—¿Que no me pase? ¿Por eso los ojos te hacían chiribitas?

Sofía miró hacia arriba y se llevó el índice a los labios pensativa, trató de recordar aquella situación, puede que su amiga estuviera en lo cierto, quizá había estado demasiado efusiva describiendo a aquella desconocida o quizá fuera lo vacía que había quedado su casa tras la marcha de Lola, en cualquier caso, las dos únicas veces que había visto a la chica del hotel Sofía había dejado de funcionar como una persona normal.

Recordó que estaba manteniendo una conversación con Marta.

—Está ahí. —Sofía indicó con el mentón.

Su amiga dejó toda discreción de lado y giró con ímpetu la cabeza buscando a la desconocida.

—¡Marta, joder! Disimula un poco. —La detective agarró a Marta del brazo en un intento de rogarle discreción.

—¿Esa? No sé… no me da buena espina.

—Muchas gracias por los ánimos, ¿eh?

Si Marta tenía un don para algo, era para calar a la perfección a todo desconocido y así frustrar cualquier intento de entablar una relación, aunque fuera cordial, por parte de Sofía.

—Bueno, que no me dé buena espina no quiere decir que no te

pueda dar un poco de vidilla a ti —dijo guiñando el ojo a su amiga.

De repente ambas vieron algo que, efectivamente, iba frustrar la relación ficticia que Sofía ya estaba planeando. Un hombre se acercó a la desconocida, tenía ambas manos ocupadas con unas tazas que colocó en la mesa, cuando lo hizo, depositó un beso tierno en los labios de la chica de blanco, tomó asiento y se sonrieron mutuamente. La detective chasqueó la lengua y negó con decepción, como era costumbre ya en su vida, su relación imaginaria había acabado por tierra en apenas unos segundos.

—¿Ves? Muy heterosexual para ti —dijo Marta también con cierta decepción.

—Eso ya lo veremos —respondió Sofía fingiendo confianza. En realidad, le molestaba que una vez más su amiga tuviera la razón, pero le molestó aún más que aquella chica tuviera pareja.

Sin previo aviso, mientras las amigas seguían contemplando la escena, la desconocida clavó su mirada en Sofía, haciendo que esta dejara de saber cómo comportarse una vez más.

La detective apartó la mirada e hizo un intento absurdo de ocultarse tras su amiga, cuando vio que aquello no tenía sentido, volvió a mirarla dedicándole una sonrisa incómoda y la morena agachó la cabeza intentando ocultar la sonrisa que se le estaba dibujando.

—¿Soy yo o te ha reconocido? —preguntó Marta con sorpresa.

—No sé, pero vámonos por favor —rogó Sofía avergonzada.

—Eh…vale, un momento, voy a comprar una botella de agua en ese bar —dijo Marta apuntando al establecimiento en el que se encontraba la chica de blanco y su supuesto novio—. Ve y compra las entradas mientras tanto.

Sofía obedeció y siguió con su camino. No se atrevía a volver a mirar a aquella muchacha, se sentía avergonzada sin saber bien por qué. Aceleró el paso y se dirigió al cine ella sola.

◆◆◆

—No entiendo, ¿me he perdido algo? —preguntó Bruno extrañado. Aquellos días, Nicole parecía más contenta que de costumbre.

Nicole intentó desdibujar rápidamente la sonrisa que mostraba sin mucho éxito, Bruno la había estado observando desde que había vuelto a la mesa y había visto cómo se le iluminaba la cara a su chica, había mirado a todos lados buscando algo que pudiera estar haciendo que Nicole se comportase de aquella manera, pero no vio nada raro.

—¿Por qué lo dices? Haces unas preguntas un poco raras últimamente. —Frunció el ceño confundida. Sabía perfectamente a lo que se refería Bruno, pero ni ella misma entendía muy bien por qué le

divertía ver a aquella mujer, así que Bruno lo iba a entender aún menos.

—No sé, te veo muy relajada teniendo en cuenta todo lo que tenemos encima.

—¿Cuándo nos ha salido algo mal a nosotros? Somos los dueños de medio mundo. —Sonrío triunfante y depositó un beso en los labios de Bruno en un intento de hacerle callar—. Además, si hemos salido hoy ha sido precisamente para despejarnos y no pensar en el golpe —dijo susurrando.

Nicole tenía razón, a La Salvación raramente le salían mal los planes, se trataba de un negocio que no paraba de crecer, cada vez contaban con más personal y más recursos, el dinero no era un problema ni tampoco las armas y lo que no se conseguía por la fuerza se podía obtener a golpe de tarjeta y viceversa.

Estaba de lo más tranquila, como siempre, era Bruno el que siempre terminaba por estresarla por un motivo u otro, ella intentaba quitarle importancia a las preocupaciones del chico, su razonamiento era que si pensaban que las cosas podrían salir mal, acababan saliendo mal. Nicole nunca se paraba a pensar que el negocio se podría venir abajo en cualquier momento, además, ella era una persona muy discreta así que tampoco le preocupaba que pudieran reconocerla. Confiaba en su hermano y en la gente que la rodeaba, estaba convencida de que nada podría parar a La Salvación jamás.

—¿Vamos? Llegamos tarde —dijo Nicole levantándose de la silla.

—Sí, pero voy a hacer unas llamadas antes. Ve tú, ahora te alcanzo.

Nicole agarró su bolso, se dio la vuelta y caminó hacia su destino.

◆◆◆

El cine estaba abarrotado, las filas infinitas de personas se perdían por la puerta de entrada, las parejas se abrazaban mientras esperaban y los niños correteaban dejando caer palomitas por todas partes.

Sofía estaba incómoda, no soportaba a los niños, le resultaba muy difícil interactuar con ellos y cada vez que se topaba con alguno, este estaba gritando, corriendo, llorando o molestando a la gente que le rodeaba.

Uno de los niños corría despistado mientras sus amigos lo perseguían, miraba hacia atrás una y otra vez buscándolos y en uno de esos momentos, el chico chocó con la pierna herida de Sofía y derramó sus palomitas, el niño cayó al suelo y empezó a llorar. La detective chasqueó la lengua molesta e hizo un gesto de fastidio, aquel

niño había tenido una precisión asombrosa para golpear su lesión. Se llevó las manos al tobillo y comprobó que todo estuviera bien, mientras tanto, el padre de la criatura se acercó y recogió a su hijo del suelo, miró a Sofía con desprecio por no haber atendido al niño y se fue.

«Hay que joderse», pensó Sofía devolviéndole la mirada a aquel hombre.

Como siempre, Marta llegaba tarde y Sofía comenzaba a impacientarse. Miró a un lado y a otro en busca de su amiga, ¿cuánto se podía tardar en comprar una botella de agua? No había rastro de ella así que comprobó su teléfono en busca de algún mensaje, pero no hubo suerte, le escribió indicándole que se diera prisa, guardó su móvil y esperó reuniendo toda la paciencia que le quedaba.

—¿Aún no fumas?

Aquella voz le resultaba familiar, no sabía dónde ni cuando la había escuchado, pero no era la primera vez. Miró a un lado y ahí estaba, con una sonrisa radiante y unos ojos tan encendidos que la detective creyó ver chispas crepitando en ellos.

Sofía sonrió fascinada, aquella era una agradable sorpresa, no cabía duda. Analizó todos los rasgos de aquel rostro que ya había visto antes, esta vez de cerca. Las pestañas, las cicatrices, las pecas, todo era cómo lo recordaba, aprovechó para descubrir nuevos atributos tomándose su tiempo en cada uno de ellos, la miró a los ojos y cayó en la cuenta de que la chica de blanco estaba esperando una repuesta, Sofía se recompuso rápidamente y tartamudeó.

—¿Qué? Ah, no… lo siento.

No sabía qué más decir, se castigó por aquella respuesta tan seca, ahora por su culpa no podrían continuar con la conversación.

—Vaya, es una pena, se me acaban las excusas para acercarme a ti.

Tanta honestidad pilló a la detective con la guardia baja, así que intentó corresponder a la desconocida con la misma sinceridad.

—¿Eso es todo lo que se te ha ocurrido? Venga, seguro que puedes pensar algo mejor —dijo Sofía desafiante.

La chica del hotel sonrió de medio lado, no se esperaba ese tipo de respuesta así que asintió aceptando la derrota.

—¿Y tienes nombre o eso tampoco? —preguntó sarcástica.

—Sofía, un placer —dijo extendiendo la mano.

La desconocida la apartó, se acercó y le dio dos besos.

—Dalia, encantada —respondió manteniendo la sonrisa.

Por fin, la chica del hotel había dejado de ser la chica del hotel, la chica de blanco o una desconocida, tenía nombre y era Dalia. Sofía no se podía creer la facilidad con la que había conseguido averiguarlo, ni siquiera había tenido que esforzarse, ni aproximarse a ella, Dalia

había llegado solita como caída del cielo.

Ambas se observaban sin decir nada, la tensión se palpaba en el aire, ninguna quería estropear el momento con alguna palabra torpe, Sofía quería pedirle su número de teléfono o su apellido, cualquier dato que la pudiera llevar a hasta ella y volverla a ver cuándo se separasen, pero algo la estaba frenando. Dalia la miraba de arriba abajo y si su intención era intimidarla lo estaba consiguiendo.

—Tenemos que irnos, hay trabajo.

Aquella voz hizo que las dos giraran la cabeza al mismo tiempo, el hombre que estaba compartiendo mesa con Dalia hacía unos minutos llegó apurado y agarró a la chica del brazo tirando de ella hacia sí mismo. La muchacha se zafó y frunció el ceño.

—¿Qué dices? ¿A dónde? —preguntó.

Desde luego aquel chico había llegado en el peor momento posible, Sofía reprimió un gesto de fastidio y se limitó a observar la escena, Dalia parecía tan molesta como ella. Su novio, o lo que fuera, había interrumpido todo, si Sofía tenía algo que decir ya era demasiado tarde.

—Vamos, es urgente —insistió el hombre.

Dalia lo miró a la cara y después a Sofía, parecía dubitativa, hasta que finalmente suspiró y dio un empujoncito al chico para que se pusieran en marcha.

Mientras los veía alejarse, Sofía no pudo evitar sentirse estúpida por no haber averiguado nada más sobre ella, ahora se volverían a separar y solo quedaba confiar en que el azar volviera a juntarlas. Dalia giró la cabeza y observó a Sofía mientras se marchaba, su mirada hablaba por sí sola, pero la detective no lograba identificar qué quería decirle.

Tan pronto desapareció la pareja por la puerta, Marta entró a toda velocidad, tenía el pelo revuelto, parecía acalorada y peleaba con su bolso intentando mantenerlo en el brazo. Se acercó a Sofía jadeando.

—Perdón, es que había mucha gente en el bar y no me atendían y… —dijo sin aliento—. ¿Qué pasa? No me digas que ya ha empezado la película y llegamos tarde.

—No, no, no te preocupes. Llegas justo a tiempo —contestó con un tono de voz apagado.

—¿Entonces? ¿Y esa cara de circunstancias? —preguntó Marta señalando la cara de su amiga.

—Te lo cuento al salir. Vamos, la peli está a punto de empezar.

◆◆◆

Por fin había llegado a casa, era tarde y estaba agotada, ahora que había dejado de caminar y se había enfriado un poco, Sofía volvió

a sentir molestias en su herida y se preguntó si había sido buena idea salir a caminar durante tanto tiempo, quizá no había sido la mejor decisión para su forma física, pero sin duda su estado de ánimo ya estaba notando los beneficios de aquel día de ocio, así que concluyó que el balance había sido positivo.

Cogió una tarrina de helado y se dejó caer en su largo y cómodo sofá, encendió la televisión y comenzó a ver una serie al azar, no le estaba prestando mucha atención, aquello era una excusa para finalizar el día con algo dulce y recordar todo lo que había pasado.

Sofía sonreía al recordar los comentarios y la poca discreción de Marta, se lamentó al pensar en Dalia y en lo poco acertada que había estado al no pedirle su número de teléfono o alguna red social, pero ¿qué iba a hacer? Aquel hombre no le había dejado tiempo para reaccionar, había aparecido de la nada reclamando a la chica, ni siquiera había mirado a la cara a Sofía.

Se preguntó por qué Dalia tampoco le había pedido su número a ella, ¿acaso le estaba tomando el pelo a Sofía y lo hacía todo por diversión? Parecía que tenía novio así que puede que todo fueran imaginaciones de la detective y aquella chica solo estuviera pasando el rato, o quizá algo peor, puede que estuvieran buscando a un tercero para ampliar la relación. Pero no, esas cosas no le iban a Sofía, si aquellos dos querían avivar la llama estaban yendo por un mal camino y sería mejor que se buscasen a otra persona.

El sonido de notificación del teléfono móvil distrajo a Sofía del amasijo de pensamientos que estaba por agotarla, agradeció que Marta, una vez más, le escribiera y la sacara de su propia mente.

Cogió el móvil y frunció el ceño, lo último que esperaba a esas horas de la noche era un mensaje de un número desconocido. Se sorprendió aún más al ver lo que decía.

+347895412382:
¿Qué haces mañana por la noche?

Sofía:
¿Hola? ¿Quién es?

+347895412382:
Soy Dalia, hemos estado hablando en el cine.

Sofía dio un salto del sofá, hubiera esperado antes un mensaje del presidente del gobierno para tomar un café que de Dalia. La alegría que estaba sintiendo se esfumó cuando cayó en la cuenta de que ella no le había dado su número de teléfono, ¿acaso era una acosadora? ¿una hacker?

Sofía:
¿Cómo has conseguido mi número?

+347895412382:
¿Eso es que ya tienes planes?

Sofía:
Depende de lo que me ofrezcas, podría consultar mi agenda.

+347895412382:
¿Tiene tu agenda un hueco para cenar conmigo?

Sofía estrechó el móvil entre sus manos y comenzó a dar saltitos de alegría, realmente le estaban pidiendo una cita. Se serenó y escribió una respuesta ya más calmada.

Sofía:
Casualmente estoy libre mañana, así que sí, podríamos cenar.

Sofía añadió el número a sus nuevos contactos.

Dalia:
Genial, ¿mañana a las 21:00 en el Japan Palace?

Sofía:
¿Pasas a recogerme? Es que he tenido un problemilla y…

Dalia:
Será un placer.

Sofía colocó el móvil en el sofá y se quedó unos segundos mirando el techo con una sonrisa de oreja a oreja, hasta que el móvil volvió a sonar.

Dalia:
Por cierto, dale las gracias a tu amiga. Ella me ha dado tu número.

Claro, ahora todo tenía sentido, por eso Marta había tardado tanto en comprar aquella botella de agua inexistente y había dejado sola a la detective esperando en el cine. Sofía no sabía si quería matar a su amiga o ir a su casa y comérsela a besos, pero bueno, eso era algo que decidiría más tarde, ahora solo podía pensar en que tenía una cita y en que su cita era la misteriosa chica del hotel, Dalia.

Capítulo 8

¿Qué tal están? Continuamos con la predicción meteorológica. La lluvia llega a su fin en casi toda la península, se acabaron las fuertes tormentas en el norte, el huracán que nos acompañaba…

Sofía apagó la radio con un golpe seco, acostumbraba a escucharla como actividad pasiva mientras se dedicaba a hacer otras cosas, llevaba un buen rato escuchando música, pero sus oídos no aguantaban más, así que decidió poner algún programa en el que hablaran para sentir la compañía de un ser humano.

No había parado de acudir al baño en toda la tarde, estaba muy nerviosa y no podía creer que finalmente fuera a pasar un rato con Dalia a solas, no había dejado de pensar en ella tras haberla visto por primera vez en el hotel, mientras trabajaba, cocinaba o intentaba conciliar el sueño la imagen de aquella mujer aparecía espontáneamente en sus pensamientos y con la misma facilidad con la que llegaba se iba.

Sofía ni siquiera se planteaba la posibilidad de volver a cruzársela jamás, pero de manera inevitable, la joven siempre acababa volviendo al recuerdo de Sofía como algo que ya había dejado de existir. Pero sí existía y la prueba de ello era el ritual que Sofía llevaba ejecutando varias horas para acudir a su encuentro. Se ponía una prenda y se la volvía a quitar para luego volvérsela a poner, se peinaba y se despeinaba, se maquillaba y se desmaquillaba, en el baño, había formado una nube de gas tóxico accidentalmente al mezclar distintos perfumes y otros productos de belleza.

Finalmente optó por un maquillaje sencillo, una camiseta negra y unos pantalones del mismo color, encima se colocó una chaqueta de color marrón, se dejó el pelo suelto y seleccionó un perfume al azar.

Mientras se daba los últimos retoques escuchó el claxon y vio un coche parado en su puerta, metió todas sus pertenencias rápidamente en el primer bolso que vio y salió de su casa fingiendo tranquilidad.

Dalia estaba de pie apoyada en una de las ventanillas de su coche, tenía un cigarro entre los dedos y observaba el paisaje que rodeaba la casa, parecía tranquila y confiada, aún no se había dado cuenta de que Sofía acababa de salir por la puerta.

Llevaba una chaqueta vaquera y una falda por encima de las rodillas. Al verla, Sofía sintió que le iban a fallar las piernas, pero era demasiado pronto para eso, así que intentó pensar en otra cosa mientras caminaba hacia ella.

Cuando Dalia la vio sonrió con dulzura, colocó su mano en la cintura de la detective y la saludó con dos besos, abrió la puerta del asiento pasajero para que pudiera entrar en el coche, se colocó al volante e inició la marcha.

Llegaron al restaurante y estaba vacío, lo que alegró profundamente a Sofía. Las luces eran tenues, no se escuchaba nada que no fuera la música ligera que arropaba el lugar, las mesas, los carteles, los cubiertos y casi todo lo se encontraba en el restaurante era una combinación de color negro y rojo.

En una esquinita, una mesa parecía iluminada solo para ellas, no había nadie alrededor, tan solo una vela encendida y unas flores que la adornaban. Uno de los empleados se acercó a las dos mujeres e indicó con la mano que ya podían pasar al interior, las acompañó a la mesa que Sofía acababa de ver y tomaron asiento.

—¿Por qué has hecho una reserva si no hay nadie? —preguntó Sofia susurrando. El restaurante estaba tan tranquilo que no fue capaz de levantar la voz.

—Me gusta este sitio —respondió Dalia imitando el susurro de Sofía haciendo que esta sonriera tímida—. Una botella de vino, por favor —dijo alzando la mano para conseguir la atención del camarero.

Sofía tenía que reconocer que se sentía un poco cohibida esa noche, la presencia de Dalia lograba cortarle las palabras e impedía que saliera algo por su boca que tuviera sentido o que no hubiera pensado decenas de veces antes de hablar. Mil ideas cruzaban su mente por minuto, le hubiera gustado decirle lo guapa que estaba o lo bien que olía, pero una vez más no fue capaz. Se limitó a mirarla de arriba abajo, se movía con gracia y cualquier pequeño gesto que hacía se volvía interesante.

Dalia parecía contenta, una persona alegre, siempre que la había visto estaba sonriendo a todo el mundo. A Sofía le dio la sensación de que era una persona sin demasiadas preocupaciones,

justo lo contrario a ella ¿eran quizá demasiado diferentes? La detective sacudió la cabeza y se propuso dejarse llevar aquella noche y que el vino la ayudara a soltarse.

—Estás muy guapa. —Dalia apoyó los codos en la mesa y miró a Sofía.

Era como si le hubiera estado leyendo el pensamiento, Sofía sonrió y asintió aceptando el cumplido, pero antes de que pudiera decir nada los platos llegaron interrumpiendo el intercambio de miradas que estaban teniendo.

—Aquí tenéis. Que aproveche —dijo el camarero antes de retirarse.

Ambas dieron las gracias al unísono.

—Y ¿a qué te dedicas? Todavía no nos han dejado intercambiar más de dos palabras seguidas —dijo Dalia.

—Soy contable en una empresa —respondió Sofía.

Era la excusa perfecta, nadie hacía demasiadas preguntas si alguien decía que se dedicaba a la contabilidad, nadie sabía muy bien en qué consistía y a nadie le interesaba. Por el contrario, si Sofía decía que era detective la gente solía hacer todo tipo de preguntas indiscretas, que si se puede vivir de eso, que si ha atrapado a algún asesino, que a quién espiaba y un sinfín de preguntas estúpidas que nunca le apetecía contestar. No es que no quisiera compartir con Dalia a lo que se dedicaba, es que le convenía mantener la máxima discreción posible o su trabajo se podría ver perjudicado, además prácticamente no la conocía, así que era demasiado arriesgado desvelar ciertos datos sobre sí misma.

—A mí también se me dan bien los números, tengo una tienda —dijo Dalia dando un sorbo a su copa.

—Así que empresaria, ¿eh? —Sofía parecía sorprendida.

—Algo así —contestó girando la cabeza hacia un lado.

La noche transcurría lenta y fluidamente, las dos mujeres se habían pasado horas conversando sin dejar tiempo a silencios incómodos o a dudas. Para cuando llegó la madrugada Sofía había perdido la cuenta de las veces que había cazado a Dalia mirando sus labios y también de las veces que ella se había quedado embobada analizando su rostro. Cada vez que una daba un sorbo a su copa de vino miraba a los ojos de la otra con deseo. Sofía no era una persona especialmente engreída, pero por el modo en que la miraba Dalia sabía que esta quería tenerla cerca cuanto antes.

Aquella mesa se había tornado inmensa, parecía un muro inquebrantable que impedía que se tocaran, en más de una ocasión había visto cómo la morena había contraído los dedos de su mano cada vez que la piel de Sofía estaba cerca, evitando hacer un contacto inoportuno que pudiera estropear la noche.

Quizá fuera el vino, pero la detective había perdido todo rastro de timidez y de vez en cuando se atrevía a torturar a Dalia con algún roce casual o con un gesto provocativo, haciendo que fuera la morena la que adoptara un recato insospechado.

—¿Y tu novio? ¿A qué se dedica? —preguntó Sofía con chulería. En realidad, no le interesaba lo más mínimo, ni siquiera

le importaba cómo se llamara aquel hombre, pero la detective quería tantear el terreno y comprobar que aquella tensión sin resolver no era imaginación suya y que Dalia la deseaba tanto como ella.

Dalia casi se atragantó con el vino al escuchar esas palabras, no se esperaba esa pregunta y menos aún que viniera de Sofía.

—Novio es una palabra un poco fuerte, ¿no te parece? —dijo la morena quitándole importancia.

—Ah, así que eres de esas, ¿no te va lo del compromiso?

—¿A ti sí?

—Mmm. No me molesta, dejémoslo ahí —dijo Sofía dubitativa —. ¿Entonces nunca has tenido pareja?

—Claro que sí. —Rio Dalia—. Pero no me gustan las ataduras, soy cautelosa con lo desconocido.

Sofía se preguntó si Dalia decía la verdad, le hubiera gustado preguntarle si con ese hombre también mantenía la cautela o si simplemente no era capaz de conformarse con una persona, pero no quería parecer celosa, así que ahogó sus palabras en un trago de vino y asintió.

Ambas opciones eran válidas, la detective no estaba de acuerdo con pedirle exclusividad a nadie, si alguna de sus parejas quería irse con otra persona era decisión de las mismas y no había nada que ella pudiera hacer al respecto. No es que Sofía estuviera de acuerdo con que sus parejas tuvieran otras parejas, pero no se veía capaz de decirle a una persona adulta lo que tenía que hacer o con quién debía estar, eso sí, si no existía comunicación, confianza, si alguien la dejaba tirada constantemente o le mentía, la detective se acababa aburriendo y no esperaba volver a encontrarse con alguien así.

Sin embargo, la atracción que sentía hacia Dalia nublaba sus pensamientos, en esos instantes no le importaba que tuviera novio, novia, o una familia secreta en alguna parte del mundo, en el fondo de su mente sabía que si su relación avanzaba iba a esperar cierta fidelidad por su parte, o al menos la madurez suficiente para comunicarse y llegar a algún tipo de acuerdo, pero ese era un tema complicado al que no le gustaba dar vueltas, en esos momentos solo quería estar a solas con ella y que no las separase ni aquella mesa ni un centímetro de tela.

—¿Te ha molestado lo que te he dicho? —preguntó Dalia con cierta preocupación ante el silencio que estaba guardando la detective.

Sofía negó con la cabeza.

—Pues entonces termínate eso —dijo señalando su plato. —Vamos a bailar.

—¿A bailar? —preguntó Sofía alarmada.

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo la música? —preguntó con una sonrisa de medio lado.

Antes de que pudiera responder, Dalia se levantó, agarró su bolso y cogió a Sofía del brazo obligándola a levantarse para llevarla hasta la salida.

—¿No pagamos? —preguntó Sofía extrañada.

—No te preocupes por eso.

Salieron del restaurante con altas cantidades de alcohol en sangre, tambaleándose, se tropezaron varias veces sujetándose la una en la otra, bromeaban y se reían por todo, parecía que se conocían de toda una vida, a veces se miraban y quedaban en silencio sin saber muy bien qué decir, ninguna se atrevía a dar el paso, aunque la dos estaban impacientes por ir más allá.

Cuando Sofía vio el neón enorme que colgaba de aquella especie de nave industrial no pudo evitar hacer un gesto de desagrado. La discoteca no estaba demasiado lejos del restaurante, por suerte habían logrado llegar hasta ella a pie, pero no había nada más alrededor, excepto suciedad y algunas personas con un aspecto un tanto turbio, la detective llegó a pensar que si entraba probablemente no lograría salir, aquel sitio se asemejaba más a un burdel o a un club de striptease que a una discoteca.

—¿Aquí? ¿Estás segura? —preguntó frunciendo el ceño. Tenía la esperanza de que Dalia se hubiera confundido de sitio o de que se arrepintiera y se marcharan de allí cuanto antes.

Dalia asintió entusiasmada, volvió a agarrar a Sofía del brazo y la arrastró hacia dentro. Afortunadamente, el aspecto de aquel local no era tan terrible como la mente de Sofía le había querido hacer creer, era una discoteca al uso, como cualquier otra que hubiera podido visitar a lo largo de su vida, aunque siendo honesta, aquello no sucedía muy a menudo. La gente bailaba y saltaba como si fuera el último día de su vida, los láseres y el humo de las máquinas dificultaban la visibilidad, la oscuridad se había apoderado del lugar y solo se veían siluetas.

Ella no acostumbraba a visitar pubs, discotecas, ni clubs de ninguna índole en los que la música superara los decibelios que su cabeza podía soportar, prefería la tranquilidad de una conversación en un bar con algún allegado y si tenía que beber alcohol el vino y la cerveza eran las mejores alternativas.

Si le gustaban poco los sitios concurridos, la idea de bailar la ponía nerviosa hasta el punto de querer huir, nunca le apetecía, no le

gustaba y en lugares tan abarrotados como ese sentía que estaba intentado luchar por su vida más que divirtiéndose, al intentar moverse lo único que recibía eran golpes a cambio o algún que otro líquido derramado sobre su ropa.

Sin embargo, aquella noche todo era diferente, Sofía solo veía a Dalia y si le hubieran dicho que tenía que subirse a la barra a bailar para pasar otra noche con ella lo hubiera hecho sin pensarlo dos veces. Su acompañante bailaba y bailaba sin importar la canción que estuviera sonando mientras Sofía intentaba seguirle el ritmo a lo largo de la velada.

Cuando apartaba la vista de ella y miraba a su alrededor podía ver cómo muchos de los hombres en la barra y en la pista la devoraban con la mirada como si de un grupo de depravados se tratase, pero a Dalia eso no le importaba, o quizá no se había percatado, se movía al ritmo de la música mientras las gotas de sudor le resbalaban por todo el cuerpo. La detective sin embargo quería huir de allí y ocultar a la morena del resto del mundo, no por celos sino porque sentía que si hubiera estado sola se hubieran lanzado a ella como una manada de hienas atacando a su presa.

Dalia continuaba sumergida en la música, celebraba cada vez que ponían una canción que le gustaba y a veces incluso cerraba los ojos como si así la melodía se le fuese a meter hasta las entrañas.

Mientras se movía como si no hubiese nadie a su alrededor alguien la empujó contra el cuerpo de Sofía haciendo tropezar a ambas, Dalia la sujetó de las manos y le sonrió a modo de disculpa.

—¿Estás bien? ¿Quieres un poco de agua? —preguntó la detective preocupada, parecía que su acompañante había bebido demasiado.

—Yo lo que quiero es a ti, pero no sé cómo decírtelo. —Tan pronto salieron aquellas palabras de su boca, Sofía pudo ver el arrepentimiento en los ojos de Dalia que se alejó de la detective.

Se quedaron observándose en silencio durante unos segundos, la música hacía temblar las paredes de aquel sitio, pero ninguna podía oír nada que no fueran sus corazones bombeando sangre.

Sofía agarró a Dalia y la atrajo hacia sí, jugó a colocar y descolocar el cuello de su chaqueta, una y otra vez, mientras miraba ocasionalmente a sus ojos. La morena la estaba observando sin saber qué hacer, a Sofía la mirada le brillaba y no apartaba la vista de ella, parecía perdida en otro mundo. Después de todo, puede que dos botellas de vino hubieran sido excesivas.

Dalia se quedó quieta esperando a que la detective reaccionara y terminara de juguetear con sus prendas. Entonces Sofía deslizó su mano por el cuello de la morena y sujetó su mejilla con delicadeza. Dalia cerró los ojos y expiró con pesadez esperando que la detective se

acercara aún más a su boca. Cuando comenzó a notar el calor que emanaba de sus labios, antes de que estos pudieran alcanzarla, todo se volvió oscuro.

Sofía se alejó repentinamente y Dalia miró a su alrededor confundida. Ninguna de las dos pudo ver nada, la gente murmuraba, la música había dejado de sonar y algunas personas estaban comenzando a entrar en pánico. Todas las personas allí dentro comenzaron a empujar y algunas intentaron alcanzar la salida. El personal de la discoteca intentó calmar a la gente y evitar que saliera del local para prevenir arrollamientos. Sofía y Dalia se sujetaban de las manos sin dejarse ir por miedo a que la oscuridad se llevara a alguna de las dos y no pudieran reencontrarse más tarde. Recibían golpes y empujones de los clientes por todas partes, pero permanecían sujetas la una a la otra.

Algunas personas lograron salir, al fondo del local se conseguía divisar una tenue luz que provenía de la puerta de entrada, donde se acumulaban las siluetas que intentaban escapar a toda costa.

La luz volvió repentinamente encandilando a los dos mujeres que no pudieron evitar entrecerrar los ojos molestas por la claridad. Se miraron con timidez tras recuperar la visibilidad y finalmente se soltaron las manos.

—Que no cunda el pánico, en unos minutos recuperaremos la música —dijo el DJ animando a la clientela que respondió con un grito festivo.

—¿Nos vamos de aquí? —dijo la morena con suavidad.

Sofía asintió y esta vez fue ella quien cogió de la mano a su acompañante y se la llevó a la salida.

Dalia tenía dificultades para andar, pero era impresionante la manera en la que estaba logrando mantener el equilibrio durante toda la noche. Sofía la miraba desde atrás con diversión, su acompañante se reía por todo, no paraba de hacer bromas en el camino hacia el coche. La detective no podía parar de sonreír, le enternecía ver a la morena pasarlo bien con cualquier cosa. Nunca habría pensado que el alcohol podía hacer a alguien parecer tan adorable. Pensó que era una persona realmente divertida y que conseguía sacar a relucir el lado más animado de Sofía, algo que no sucedía muy a menudo.

Dalia aún no se había ido y la detective ya estaba pensando en cuando sería la próxima vez que podría verla, ansiaba que llegara ese momento, se moría de ganas de volver a sentirse tan en calma consigo misma. Comenzaba a sentir cómo los efectos del alcohol se disipaban de su sistema poco a poco, justo al contrario que su acompañante que cada vez parecía más ebria.

Llegaron al vehículo y Dalia le lanzó las llaves a Sofía, esta logró atraparlas al vuelo y las miró confundida.

—Claramente no estoy para conducir, así que llévalo tú, por favor —dijo Dalia dejándose caer con pereza en el asiento del copiloto.

Sofía obedeció y arrancó el vehículo.

—¿Y a dónde vamos?

—Al mejor sitio del mundo —respondió arrastrando todas las consonantes de la frase—. Yo te indico.

La detective inició la marcha y Dalia encendió la radio, cuando sonó aquella melodía familiar dio un salto de alegría, haciendo que Sofía se sobresaltase.

—¡Dios! ¡Me encanta esta canción! —exclamó girando la rueda del volumen de la radio—. *And I wonder if you know, how it really feels, to be left outside alone, when it's cold out here…*—La morena gritaba a todo pulmón. Sofía la miraba ocasionalmente riendo, nunca había visto a nadie disfrutar con tanta pasión de una canción así—. *All my life I've been waiting for you to bring up fairytale my way*. —Aquella música había revivido a Dalia que cantaba a la detective intentando transmitirle la emoción que le producía.

La morena pulsó alguno de los tantos botones que se encontraban en el salpicadero y la capota del vehículo comenzó a plegarse para ocultarse en el maletero. Una ráfaga de aire empujó sus melenas hacia atrás. Dalia se deshizo del cinturón de seguridad y se levantó, dejando que el viento golpeara su rostro mientras la música sonaba a todo volumen. Sofía disminuyó la velocidad para evitar que ambas salieran volando por los aires.

La madrugada las había alcanzado, no había nadie en las calles, se respiraba tranquilidad en el ambiente. La detective no tenía ni idea de a dónde estaban yendo, pero no le importaba.

Mientras guiaba el vehículo lo observó con más detenimiento, estaba impecable, tenía todo tipo de botones y características que no había visto nunca. Parecía un coche lujoso, lujoso y extremadamente caro. Se preguntó qué clase de tienda podía tener su acompañante para poder permitirse un vehículo de tan alta gama.

—Puedes aparcar aquí, ya hemos llegado—indicó Dalia.

Sofía bajó del vehículo en inspeccionó la zona, si en las calles no había gente, en aquella colina no había rastro de vida humana ni de sus almas. Era un sitio completamente desconocido para ella, todo estaba despejado y en completo silencio. Enfrente se divisaban lejanos los edificios y las luces de la ciudad, pero en aquel lugar no había nada que pudiera iluminar la zona. Tanta calma asustó por un momento a Sofía.

Escuchó la puerta del coche cerrarse y los pasos de Dalia acercándose.

—¿Te gusta? —preguntó apoyándose en el vehículo al lado de

Sofía.

—¿Aquí traes a todos tus ligues? —Sofía la miró de arriba abajo con los brazos cruzados. En realidad, no le importaba lo más mínimo, le daba exactamente igual ser una de tantas o la primera persona que había pisado ese lugar.

—Solo a los que me gustan mucho —bromeó la morena.

Las dos mujeres observaban la ciudad sin decir nada, ninguna quería romper aquel silencio tan pacífico. Sofía miraba al frente sin apartar la vista cuando comenzó a sentir el peso de los ojos de Dalia sobre ella.

—¿Qué miras tanto? —dijo la detective inmóvil con una sonrisa tímida.

—Nada —respondió con calma sin dejar de observarla.

Sofía giró finalmente el cuello y apuntó directamente a los ojos de Dalia. Le dio un repaso con la mirada, era ligeramente más baja que ella. Guardaron silencio mientras se contemplaban mutuamente.

—No quisiera romper la magia, pero llevo un rato esperando a que te animes a besarme —dijo Dalia bajando la voz con un tono seductor.

Sofía la miró boquiabierta.

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¿se te ha olvidado? Estaba a punto de hacerlo antes, en la discoteca. Lo que pasa es que nos han interrumpido. —Sofía fingió estar indignada.

—¿Y qué te está frenando ahora? —dijo Dalia desafiante.

La morena no temía lanzarse a los labios de Sofía y besarla durante toda la noche, de hecho, estaba bastante segura de que, si lo hacía, la detective no tendría ningún inconveniente. El problema era que hasta el momento era ella quien había estado llevando la iniciativa y quería ver un poco de reciprocidad por parte de Sofía.

La detective no supo qué contestar, absolutamente nada la estaba frenando. Tenía a Dalia a escasos centímetros de su cuerpo y esta le estaba dando la oportunidad de hacer lo que llevaba queriendo hacer desde que la vio por primera vez. Así que lo hizo.

Sin dejar de mirarla Sofía giró su cuerpo hacia el de su acompañante y la tomó por la cintura. Esta le sonrió y la miró de arriba abajo incrédula. Pensaba que Sofía no se iba a lanzar nunca. Se dejó desplazar hacia donde la detective quiso y terminó sintiendo el cristal de la ventanilla contra su espalda. Sofía buscó los labios de Dalia y los encontró. Los apretó contra los suyos, sosteniendo un beso largo, largo y ansiado. Permitió a la morena liberarse de su boca para pegarla aún más a su cuerpo, con un movimiento rápido que sorprendió a Dalia. Estaba atrapada entre el vehículo y Sofía, pero no estaba segura de querer que la liberasen.

Sofía la volvió a besar lentamente, con delicadeza, como si la

morena estuviera hecha de cristal y no quisiera romperla, pero al mismo tiempo era incapaz de despegarse de sus labios.

Dalia se dejó llevar a donde la boca de la detective quería, buscándola todo el tiempo para no perderla. Sofía la rodeaba por la cintura con los brazos y la morena sujetaba el cuello de la detective para impedir que se marchara, acariciando ocasionalmente su rostro con las yemas de los dedos. Acercaban sus caderas y sus vientres la una a la otra, uniéndose hasta tal punto que ni el aire se abría paso entre ellas. Se sostenían suavemente, pero con firmeza, como si temieran que una de las dos fuera a soltarse.

Las respiraciones de ambas se volvieron agitadas, casi no tenían aliento, pero dejarse ir ahora era impensable. Sofía creyó escuchar un quejido de la morena mientras enredaba los dedos en su cabello. Había demasiada tela de por medio y era menester encontrar un remedio cuanto antes.

Sofía cogió la mano temblorosa de Dalia y la llevó consigo a la parte delantera del coche. La morena se sorprendió por aquella separación tan repentina, llegando a temer que Sofía se estuviera arrepintiendo de todo aquello.

Caminaron juntas y volvieron a unir sus bocas. Sofía no podía más, le ardía todo el cuerpo. Sentía que estaba a punto de perder la cordura si la piel de Dalia no entraba en contacto con la suya en ese instante. La miró dubitativa durante un segundo y deslizó sus manos hasta sus muslos. La agarró con fuerza y la obligó a sentarse en el capó del coche. Dalia se ayudó con una mano y fue apoyando su espalda en el vehículo lentamente mientras Sofía colocaba el peso de su cuerpo sobre ella.

La detective deslizó hacia abajo ambas manos por sus piernas y cuando encontró la piel desnuda de Dalia

las volvió a deslizar hacia arriba colando sus dedos por debajo de la falda de la morena. Dalia abrió sus piernas para facilitarle la tarea a Sofía que la agarraba fuerte de las caderas y la mantenía cerca de ella.

De repente notó una leve humedad manchando su ropa interior y no pudo evitar soltar un gemido, esta vez más audible, que hizo que Sofía le mordiera el labio a modo de respuesta.

—Vamos… adentro… del… coche… —Dalia tenía la respiración entrecortada. Cada vez le costaba más hablar. No podía pensar con claridad, no podía moverse de allí. Le estaba rogando a Sofía que se la llevara al interior del vehículo y acabara lo que había empezado.

Sofía tardó unos segundos en procesar la petición de Dalia, estaba tan concentrada en explorar hasta el último milímetro de su boca que le costó reaccionar. Finalmente, sus neuronas despertaron y oyeron las palabras de la morena con retraso.

—Sí… vamos —pronunció con dificultad.

La detective no lograba entender qué estaba haciendo. No era el tipo de persona que se atrevería a mantener relaciones sexuales en un lugar público por el que podía pasar algún extraño en cualquier momento y sorprenderla en unas circunstancias tan íntimas, pero estaba completamente obnubilada, a merced de Dalia y de sus largas piernas que la retenían contra su cuerpo. Se sintió animada por la idea de avivar su vida sexual y sin miramientos llevó a la morena a los asientos traseros del coche.

Dalia se sentó sobre las piernas de Sofía y comenzó a mover sus caderas adelante y atrás con movimientos ondeantes mientras la detective la sujetaba por el final de su espalda y la acercaba a su cuerpo.

Sofía no paró de besarla ni para quitarle su chaqueta vaquera que venía molestando desde hacía demasiado tiempo.

Dejó a la morena en tirantes, con una camiseta interior blanca tan ajustada que hizo que reparara por primera vez en sus pechos.

Dalia impidió que Sofía se parara a contemplar la belleza de cualquier otro atributo de su cuerpo empujándola violentamente contra el asiento. Fue su modo de indicarle que se concentrara en lo que se tenía que concentrar en ese momento. Sofía, obediente, volvió a unir sus labios con los de la morena, que se deshizo de su camiseta interior revelando su sostén.

—Bonitas vistas —bromeó la detective. Fue toda la inteligencia que pudo reunir en ese instante, en un momento tan intenso en el que estaba ajetreada cumpliendo los deseos de Dalia y tocando todos los rincones de su piel.

—Cállate. —Su respiración era tan pesada que creyó que se iba a quedar sin oxígeno.

A la morena no le quedaba ni una gota más de paciencia por lo que desvistió el torso de Sofía dejándola en una situación de igualdad. Despegó sus labios de ella solo para besar otras zonas de su cuerpo.

Descendió por su cuello mordiendo y lamiendo cada milímetro de piel con el que se topaba. Consiguió arrancarle un gemido a la detective lo que hizo que se excitara aún más y continuara con la labor de humedecer su tez blanca.

Se fue colocando de tal manera que obligó a Sofía a tumbarse, quedando ella encima impidiendo que fuera a ninguna parte. Dalia se acercó lentamente a los labios de Sofía y su collar dorado comenzó a oscilar cerca del rostro de su acompañante.

Volvió a besarla mientras se incorporaba, obligando a la detective a incorporarse para no perder sus labios. Dalia volvió a recuperar su posición dominante y llevó sus manos a la cremallera del pantalón de Sofía, bajándola en un solo movimiento. Le quitó los

pantalones hábilmente, teniendo en cuenta el espacio tan pequeño del que disponían, después introdujo su mano en la ropa interior de la detective y los cristales no tardaron en empañarse.

Era imposible ver el interior del coche, la humedad que reinaba dentro había tintado las ventanillas de manera natural y el vehículo se tambaleaba suavemente mientras que su interior ahogaba los gemidos cada vez más frecuentes de las dos mujeres.

Capítulo 9

Nicole se despertó resacosa y antes de levantar los párpados comenzó a sentir las consecuencias de la enorme ingesta de alcohol de la noche anterior. Sentía náuseas y la cabeza le daba vueltas, aún tenía el sabor de los licores en la garganta que subían y bajaban por su esófago haciéndola fantasear con la idea de vomitar solo por acabar con aquella tortura. Abrió los ojos y vio los restos de su maquillaje manchando las sábanas de aquella cama. Subió la mirada y contempló a la mujer que descansaba a su lado.

Sofía dormía plácidamente con un gesto de paz absoluta y Nicole se preguntó cómo demonios podía parecer tan tranquila considerando todo lo que habían bebido la noche anterior. Aunque claro, quizá su acompañante había sido más precavida con lo que había tomado.

Se giró con dificultades hacia la mesita de noche que había a su izquierda y buscó su teléfono móvil para consultarlo.

El brillo de la pantalla la deslumbró y cuando su visión dejó de ser borrosa pudo distinguir varias notificaciones. Algunas eran llamadas perdidas de Bruno, otras de su hermano y las demás eran mensajes de texto de varias personas, todas ellas insistían en que se apresurara al volver porque tenían asuntos importantes de los que hablar. Nicole se llevó el móvil al pecho y resopló con fastidio, apenas había estado una noche fuera y ya exigían que volviera cuanto antes, como si no tuviera vida propia aparte de su trabajo.

Lo cierto es que así era la mayoría de veces, Nicole casi no salía del círculo de La Salvación, siempre estaba rodeada de familiares pertenecientes a la organización o de los siervos de su hermano y cada vez que intentaba salir de ahí para tomar aire fresco, rápidamente le cortaban las alas.

A Gabriel no le importaba tanto lo que hiciera su hermana o con quién estuviese siempre que no se desconcentrara de sus labores y se mantuviera junto a él en los momentos decisivos. Bruno, en cambio, estaba tomando unas costumbres que a Nicole no le hacían ninguna gracia, como preguntar dónde había estado y qué había estado haciendo. Ella era un alma libre, o eso quería ser, pero desde que había entablado una relación algo más que amistosa con aquel muchacho todo era un poco más difícil. Tenía que esquivar sus preguntas envenenadas y buscar excusas continuamente para disfrutar de un poco de libertad y que Gabriel permaneciera ocupado de los asuntos del La Salvación y continuara dejándola en paz a ella como siempre había hecho.

La poca vida social de la que disfrutaba y las ataduras laborales que la anclaban a un mismo sitio con unas mismas personas era quizá la parte más negativa de dedicarse a ciertas actividades ilegales, pero a ella le compensaban. Disfrutaba del dinero y de todos los lujos que le proporcionaba su trabajo, también de la seguridad que sentía al estar constantemente rodeada de personas que darían la vida por ella solo por ser una de las manos que les daba de comer. Se sentía tranquila la mayor parte del tiempo y si algún día sentía que se ahogaba siempre podía escaparse momentáneamente como solía hacer.

Sin embargo, a veces no podía evitar fantasear con dejar todo aquello atrás, pero ¿qué iba a hacer con su vida entonces? No. Abandonar el cartel era impensable, además no se lo permitirían por mucho que lo intentara. La estabilidad que tenía no la pensaba cambiar por nada del mundo.

Se giró y volvió a ver a Sofía que descansaba como un bebé. No pudo evitar sentir cierta envidia del sosiego que transmitía su rostro, seguro que su mayor preocupación era que los números en los sueldos de los trabajadores de su empresa encajasen. Le enterneció verla dormir lo que le generó cierta culpabilidad al pensar en irse de su casa sin despedirse.

Miró a su alrededor en busca de algo y barajó la posibilidad de dejarle una nota, no quería parecer demasiado intensa ni darle un aire dramático a su partida, pero dado todo lo que habían compartido la noche anterior concluyó en que no era una mala idea, así que se levantó de la cama en busca de un bolígrafo y un trozo de papel.

Se acercó al escritorio y no tardó en encontrarlos, vio una libreta y arrancó una pequeña porción de una de sus páginas. Cogió el boli y comenzó a escribir. Colocó la nota en el lado de la cama que había ocupado la noche anterior con esperanza de que Sofía no se moviera demasiado y el papel no se perdiera entre las sábanas. Recogió su ropa del suelo, y salió en silencio con las zapatillas en la

mano. Cerró la puerta con suavidad para evitar desvelar a Sofía.

Nicole aparcó su coche frente al lugar al que le habían indicado que fuera. Era una casa que había visitado en numerosas ocasiones por lo que sabía que lo que estaba a punto de pasar no iba a ser bueno. Se colocó unas gafas de sol negras que encontró en el vehículo con la intención de ocultar su rostro cansado, las ojeras que lo gobernaban y el maquillaje desparramado por toda su cara. Se echó hacia atrás en el asiento y suspiró, mentalizándose para salir del coche que ahora era un búnker que la podía proteger de todo y de todos.

Abrió la puerta y bajó, hizo un gesto de fastidio tan pronto pisó el asfalto al ser encandilada por los rayos de sol que aquella mañana parecían ser especialmente brillantes.

Todavía no había puesto un pie en el camino empedrado que conducía a la puerta de la casa, cuando vio a Bruno acercándose con demasiada energía. Sintió que el alcohol subía con fuerza por su garganta y tuvo que reprimir una arcada.

—¿Dónde estabas? Te hemos estado llamando.

—Hola a ti también —respondió con desgana guardando las llaves en su bolso.

Nicole continuó caminando hacia la entrada mientras sentía la mirada juzgona de Bruno, que para su fortuna dejó pasar su respuesta seca y su aspecto de haber trasnochado. El muchacho se limitó a andar junto a ella.

Abrió la puerta de entrada y se topó con varios hombres armados que fumaban y comían. Bajaron sus cabezas a modo de saludo y antes de que pudiera Nicole responder, Bruno le puso la mano en la espalda y con un empujoncito la guio hasta el sótano.

Entró a la habitación y vio a un hombre maniatado a una silla, con la ropa bañada en sangre y el rostro tan malherido que apenas se podían distinguir los ojos de su nariz y la nariz de su boca.

Estaba inconsciente.

Nicole se llevó la mano a la boca y cerró los ojos asqueada por la escena. Se sorprendió al ver a su hermano de brazos cruzados, observando detenidamente a aquel desconocido, planteándose qué era lo próximo que iba a hacer con él. Normalmente su hermano no era el que se encargaba de los asuntos violentos del cartel.

—¿Para esto me habéis llamado? ¿Para ver un cadáver? —preguntó aún disgustada con lo que estaba viendo.

—Nicole, ven. —Gabriel se giró sorprendido al ver que su hermana por fin había llegado.

Nicole se acercó a su hermano.

—¿Qué pasa? ¿Quién es este?

—Dice ser un desertor de El Dorado. Quiere darnos información.

—¿Información? ¿A santo de qué?

—Eso me pregunto yo. Me parece demasiada casualidad que haya aparecido justo después de que nos liáramos a tiros con esos cabrones.

—¿Quién sabe? A lo mejor tiene algo importante que decir —dijo evitando dejarse llevar por los impulsos de su hermano—. Y si no… y si no pues nada. Uno menos.

—Sigo pensando que deberíamos quitárnoslo del medio —interrumpió Bruno que se encontraba apoyado en la puerta de la estancia.

Nicole lo miró y volvió a mirar a su hermano.

—Ni caso. Espera a que se despierte, déjalo que hable y si pretende torearte… ya sabes —dijo colocando sus dedos en forma de pistola y haciendo un gesto que imitaba un disparo—. De todos modos, no va a poder salir de aquí por mucho que lo intente.

Nicole se dio media vuelta y dio una palmadita en el hombro a su hermano para mostrarle su apoyo emocional, que ahora mismo era todo lo que podía dar de sí misma. Caminó cabizbaja hacia la salida, sintiendo las náuseas en aumento tras haber contemplado una imagen tan violenta. Bruno fue tras ella.

—¿Dónde has estado? ¿Por qué no has dormido en tu casa?

—¿Y a ti qué te importa? ¿Desde cuándo te tengo que dar explicaciones? —No quería ser borde, pero esas preguntas tan ridículas e intrusivas cuando tenía resaca eran aún más difíciles de aguantar.

—Solo me estoy preocupando por ti.

—Ya… Brunito, te voy a decir una cosa. Si ni siquiera mi padre me controlaba cuando era una niña, te aseguro que no vas a venir tú a hacerlo ahora —dijo apuntando su dedo a la cara del muchacho y trazando círculos.

Bruno sonrió de medio lado. Siempre le había gustado el carácter de Nicole, rebelde, difícil de controlar. Así que se conformó con la respuesta que acababa de darle.

—Me voy a dormir —añadió antes de alejarse.

—¿Vienes esta noche? —preguntó él mientras la observaba marchar.

—Ya veremos. Si te portas bien —contestó sin ni siquiera molestarse en darse la vuelta.

Pero Nicole sabía bien que no iba a ir. Lo último que le apetecía ahora era pasar una noche a solas con Bruno. ¿Por qué sería?

◆◆◆

Antes de abrir los ojos, Sofía ya sabía que era tarde. Había demasiada claridad en la habitación y hacía rato que los pájaros

habían estado piando cerca de su ventana. Abrió los ojos y vio su cama vacía, se preguntó si todo lo que había pasado la noche anterior había sido fruto de su imaginación. Se lamentó al darse cuenta de que se había despertado sola, pero el papel que vio en el lado ya abandonado de su cama le hizo caer en la cuenta de que nada de lo que había pasado había sido un sueño. Estiró el brazo y aún con los párpados pegajosos leyó aquella nota como pudo.

He tenido que marcharme en contra de mi voluntad. Nos vemos pronto.

Al final de la nota, Dalia había dibujado un pequeño corazoncito.

Se acercó el papelito a la nariz e inspiró intentando recuperar algo del perfume de Dalia. Mientras su cabeza comenzaba a volar por las imágenes de la noche anterior, sintió la vibración de su teléfono que la sacó rápidamente de su ensueño.

Marta:
¿Qué tal anoche? ¿Hubo éxito?

Sofía leyó el mensaje de su amiga y sonrió pícara. Marcó con velocidad el número de Marta y llamó. Aquel era un tema demasiado jugoso para hablarlo a través de unos simples mensajes de texto.

Las amigas se pasaron horas al teléfono. Sofía le contó a Marta todos los detalles que esta pedía, repasando cada momento una y otra vez, recreándose al recordar a Dalia.

—Joder, tía. Es que estoy en una nube. Fue todo perfecto.

—Madre mía, tú estás encoñadísima, ¿eh? —dijo Marta con un leve sentimiento de preocupación. No reconocía a su amiga cuando hablaba de aquella manera. Ni siquiera con Lola, su última pareja, con la que había compartido tantos momentos y con la que incluso llegó a compartir casa, Sofía se había expresado así, con ese tono de voz tan vivo y alegre.

—¿Y cómo quieres que esté? Hasta tú te habrías encoñado.

—Ya sabes que yo solo tengo ojos para un hombre —dijo Marta con un suspiro, dramatizando la situación. Hacía demasiado tiempo que no visitaban El Clavel—. Hablando de hombres, ¿qué sabes de Samuel?

Sofía abrió los ojos incrédula.

Samuel. Se había olvidado completamente de su mejor amigo. Hacía varios días que ni Paula ni nadie en SOMBRA contactaban con ella para informar de la situación de su compañero. Por primera vez en mucho tiempo, Sofía tampoco se había molestado en escribir. Su cabeza había estado demasiado ocupada girando alrededor de Dalia.

Pero ¿y qué iba a hacer? La morena era la primera que le había traído un poco de calma después de que se llevaran a Samuel. Pasar tiempo con ella había sido como encontrar un pequeño oasis en un desierto. La detective intentó justificarse a sí misma que los motivos de sus distracciones eran válidos, pero no pudo evitar sentir una punzada de culpabilidad al recordar que ni siquiera sabía si su mejor amigo estaba vivo o muerto.

—Eh… Marta, te llamo luego —dijo antes de colgar.

Marcó rápidamente el número de Paula en su teléfono y antes de que sonara el primer tono contestó.

—¿Sí? ¿Sofía?

—¿Paula? ¿Hay noticias de Samuel? —dijo cruzando los dedos y cerrando los ojos con fuerza. Murmuraba para sí misma, rogando, con la esperanza de no haberse perdido nada importante.

—Hola. No, qué va. Aún no hay novedades, seguimos sin encontrarlo.

La investigación estaba siendo tan poco fructífera como se esperaba. Al oír las palabras de Paula sintió un alivio momentáneo que se esfumó al caer en la cuenta de que su mejor amigo estaba desaparecido desde hacía muchos días.

—Vale, por favor avísame en cuanto sepas el más mínimo detalle.

—Sí, no te preocupes. Descansa. Pronto tienes que volver.

—Gracias, Paula. Nos vemos.

—De nada, hasta pronto.

Sofía colgó el teléfono y se quedó mirando su propio reflejo en la pantalla negra sin saber qué hacer.

Capítulo 10

La habitación estaba oscura, hacía mucho tiempo que nadie la visitaba, lo que hizo que Samuel se preguntase si lo habían dejado ahí para que se pudriera poco a poco. Aún tenía la vista difuminada, apenas distinguía los objetos que se encontraban repartidos por aquel zulo.

Desde que había recuperado la consciencia, el goteo continuo que provenía del techo le había estado arrebatando la poca cordura que le quedaba. Sentía mucho calor, la humedad repugnante de aquel sitio lo hacía sudar sin parar. Olía muy mal y ya no distinguía si aquella peste reconcentrada en la habitación provenía de la suciedad del sitio o de su propio olor corporal.

De repente se dio cuenta de que su pantalón estaba completamente empapado, se había orinado encima mientras había estado inconsciente. Aquello no hizo más que hundir su ánimo.

De repente se dio cuenta de que su pantalón estaba completamente empapado, se había orinado encima mientras había estado inconsciente. Aquello no hizo más que hundir su ánimo.

El resto de su ropa continuaba manchada de sangre, ya seca. Hacía demasiadas horas que no comía ni bebía nada, tenía hambre y náuseas al mismo tiempo.

Pensó en Sofía, Paula, Claudia y Hugo. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que sus compañeros lo habían visto por última vez, pero estaba seguro de que no era poco. Sintió la urgencia de contactar con ellos. Se balanceó torpemente en la silla, intentando liberarse furioso de la cuerda que mantenía sus manos atadas. Desistió pronto, aquello era una estupidez. No iba a salir de ahí si Gabriel Mendoza o alguno de sus hombres no lo soltaban, así que era mejor conservar la poca energía que le restaba.

Sintió cómo el corazón le subía de un salto a la garganta cuando escuchó la puerta metálica chirriar y vio aquel picaporte oxidado bajando lentamente. Contempló cómo se abría la puerta y se paralizó al ver a ese hombre entrar. El príncipe. Gabriel. La fuente de todos sus males estaba ahí. Enfrente. De pie. Sin moverse. Lo estaba

viendo en persona y no se lo podía creer. Uno de los criminales más buscados del mundo estaba tranquilamente mirándole a la cara a él. Samuel tragó saliva.

Gabriel Mendoza imponía mucho más en la distancia corta. Era un hombre corpulento, elegante y atractivo. Con su físico, Samuel pensó que, si lo deseaba, podía ser él perfectamente el hombre que llevara a cabo cualquiera asesinato, pelea, o trabajo físico del cartel. Aunque claro, el poder que tenía le permitía que fueran otros los que se mancharan las manos por él.

Gabriel dio unos pasos lentos que resonaron por aquella habitación llena de eco. Se agachó y se colocó a escasos centímetros de Samuel. Sacó su pistola y la colocó en la barbilla del muchacho, obligándole a levantar la cabeza. Samuel estaba haciendo un auténtico ejercicio de autocontrol para evitar que las lágrimas cayeran por su rostro, aquello estaba siendo demasiado doloroso, no creía que su cuerpo pudiera aguantar un golpe más.

—¿Y ahora? ¿Qué hago contigo? ¿Te dejo hablar o te vuelo la cabeza?

Samuel no podía pronunciar palabra, se esforzó por producir algún tipo de sonido con sus cuerdas vocales, pero fue en vano. Tenía la garganta, seca, estaba deshidratado. Tan solo se quedó mirando a los ojos a Gabriel, asustado como estaba. Pidiéndole con la mirada que disparara de una vez. Estaba exhausto, no podía pensar y concluyó que todo sería más fácil se alguien apretaba ese gatillo de una vez.

—¿Qué pasa? ¿No vas a decir nada? Tengo algo que puede animarte —dijo con una sonrisa aterradora.

Gabriel hizo un gesto con la mano para indicarle al hombre que se encontraba tras él que caminara al frente. Este obedeció y de un momento a otro le dio un manotazo a Samuel en la cara que le hizo escupir sangre al instante.

El Príncipe era plenamente consciente del estado de Samuel y sabía que si seguía presionándolo de esa manera iba a terminar matándolo, se iba a quedar sin información y todo aquello habría sido una pérdida de tiempo. El matón miró a Gabriel que le hizo un gesto cortante con la mano para que se detuviera. Caminó hacia atrás y Gabriel volvió a acercarse.

—¿Y ahora?

Samuel se mantuvo callado.

—Acabemos con esto —dijo Gabriel alzando la pistola y apuntando directamente a la cabeza de Samuel.

—Te… tengo… información —pronunció finalmente Samuel, en un tono apenas audible.

Gabriel bajó el arma.

—Eso ya nos lo has dicho. Si no quieres que te reviente la

cabeza cuéntame algo más interesante.

—El Dorado… hay un escondite…—Su respiración era cada vez más pesada y llegó a pensar que no iba a ser capaz de terminar aquella frase. Gabriel lo observaba impaciente, se llevaba la mano a la barba esperando a que Samuel hablara de una vez—. Cerca del puerto hay una pequeña montaña, en ella hay una casa abandonada. Hay un túnel, un túnel lleno de droga.

Gabriel se acariciaba la barba interesado.

—¿Un túnel dónde?

—Dentro de la casa… está vacía… pero en el suelo hay un túnel escondido.

Gabriel hizo un gesto con la cabeza a aquel hombre para que se retirara y junto con los demás, fueran a comprobar que lo que Samuel estaba diciendo era verdad.

—Si ahora vamos ahí y no hay nada, prepárate. La muerte va a ser algo que vas a desear comparado con lo que te espera —dijo señalando unos alicates y otras herramientas oxidadas encima de una mesa que Samuel no había visto hasta ahora.

Miró a Gabriel desafiante, confiado en su respuesta. Pero su subconsciente comenzó a rezar porque aquella droga siguiera allí.

Se alegró enormemente de la investigación tan exhaustiva que habían hecho en SOMBRA con El Dorado los meses anteriores, y aunque había conllevado un riesgo enorme, si Samuel lograba salir de ahí con vida y ganarse la confianza de Gabriel, todo habría merecido la pena.

—¿Por qué haces todo esto? —se interesó Gabriel.

—Quiero venganza y quiero trabajar para La Salvación— respondió muy serio.

Gabriel estalló en carcajadas.

—Adriano mandó matar a mi hermano y quiero ir a por él —dijo ignorando las risas del Príncipe. Samuel estaba dando una actuación digna de Óscar. Repetía palabra por palabra todo lo que había estado ensayando durante tanto tiempo, logrando sonar convincente incluso para Gabriel que ahora parecía escucharle—. Déjame entrar, por favor —le suplicó.

—Tranquilo, muchacho. Primero comprobemos que no eres un embustero y ya veré lo que hago contigo.

—Lo que os he contado es solo un entrante. Tengo mucha más información que de gran utilidad, me vais a suplicar que os la cuente.

La expresión de Gabriel volvió a ser seria. Caminó hacia Samuel y le colocó la pistola en la frente, haciendo que este reprimiera un escalofrío.

—Yo no tengo que suplicar. Aquí se hace lo que yo digo y cuando me canse de ti…—Apretó con fuerza el arma contra la sien del

chico—. ¡Pum!

—No tienes que amenazarme, estoy de vuestro lado. Os lo voy a contar todo encantado, siempre que me dejéis formar parte de la caza de Adriano.

—¿Y tú quién eres?

—Nicolò. Llevo años trabajando para El Dorado. Lo sé todo. —Quizá se estaba excediendo. No lo sabía todo. De hecho, sabía pocas cosas, pero lo importante era alargar su estancia el máximo posible para acabar con Gabriel.

—Mmm —dijo Gabriel desinteresado—. Bueno, primero veamos de lo que eres capaz.

Gabriel se dio la vuelta y caminó hacia la salida.

—¿Me vas a dejar aquí? —preguntó Samuel sorprendido.

—¿Y qué quieres? ¿Que te lleve a la habitación de invitados? —Gabriel resopló ante la estupidez que acababa de oír—. Ah, y la próxima vez mea en el cubo. Menuda peste has dejado —dijo cerrando la puerta tras de sí.

Samuel miró a su alrededor y, efectivamente, vio un cubo metálico en la habitación, pero seguía maniatado. ¿Cómo iba a levantarse de la silla? «Gilipollas», pensó con un gesto furibundo mirando a la espalda de Gabriel.

Antes de que la puerta se cerrara por completo alguien la frenó. Asomó una chica que miró de arriba abajo a Samuel antes de decidirse a entrar. Era muy guapa, morena como Gabriel y con una melena rizada de color azabache despampanante.

Samuel frunció el ceño intentado distinguir los rasgos de su cara, pero fue inútil. Aún veía borroso. Aquella joven le resultaba familiar, estaba seguro de haberla visto antes, aunque no fue capaz de recordar dónde. Quizá se parecía a alguna actriz famosa. La chica sostenía una botella de agua en una mano y en la otra un triste plato de arroz sin nada más, probablemente ni siquiera tenía sal.

Dejó ambas cosas en el suelo y se acercó a la espalda de Samuel. Deshizo el fuerte nudo de sus manos y notó cómo la sangre le volvía a circular.

—Cómete eso. Si te mueres no nos vas a servir de mucho.

No dijo nada más antes de retirarse.

Samuel bebió agua cómo nunca antes lo había hecho. Disfrutando cada gota que se deslizaba por su garganta. Cogió aquel plato rápidamente, como si se lo fueran a quitar y comenzó a comer con ansia.

Capítulo 11

Cuando cerró la puerta de su casa, en un primer momento, no reconoció el coche que se encontraba delante de ella. Tuvo que dar apenas dos pasos más para caer en la cuenta de que era el mismo vehículo que había conducido hacía unos días.

En una de sus ventanillas estaba apoyada su dueña, exactamente igual que la última vez. Llevaba un vestido con un estampado floral, su pelo largo recogido hacia atrás por un solo lado y le estaba dedicando una sonrisa radiante a la mujer que acababa de salir de la casa.

Sofía frenó el paso y giró el cuello como haría un perro cuando no entiende algo, sorprendida de ver que Dalia parecía estar esperándola. Retomó la marcha, caminando hacia ella lentamente, con diversión en los ojos, no comprendía muy bien qué hacía la morena allí.

—Espero que no tengas nada importante que hacer —dijo Dalia.

—¿Y esto? ¿Qué haces aquí?

—Darte una pequeña sorpresa.

Sofía dio un sorbo al café que llevaba en la mano entrecerrando lo ojos con intriga, esperando a que Dalia continuara la frase.

—Nos vamos.

—¿A dónde?

—Te acabo de decir que es una sorpresa. Sube al coche —dijo Dalia abriendo la puerta en la que se había estado apoyando. Hizo un gesto con la mano invitando a Sofía a pasar.

Sofía meditó su decisión un segundo y entró en el coche.

—Por cierto, puede que tengas que comprar ropa.

La detective frunció el ceño.

—Vas a tener que explicarme mejor a donde vamos porque no estoy entendiendo nada.

—Paciencia, pronto lo descubrirás.

Dalia arrancó el motor y se marcharon de allí.

Hacía un día estupendo, el sol brillaba radiante y el clima era

cálido. Sofía daba pequeños sorbos a su café mientras observaba el paisaje por la ventana. No le dio muchas vueltas a la repentina aparición de Dalia en la puerta de su casa ni al sitio al que fuera que estuvieran yendo. Confió en la morena y se dejó llevar tranquila.

Sofía la miró sin que esta se inmutara, contempló la forma en la que se colocaba en el asiento, la postura que tenía al conducir, sus brazos finos siempre decorados con alguna pulsera, el perfil de Dalia. Era una mujer atractiva, su manera de comportarse lograba cautivar toda la atención de Sofía que ya acostumbraba a observarla embobada. Tenían más o menos la misma edad. La detective pensó con cierto anhelo que si Dalia lo deseaba podría tener a todos los hombres del mundo a sus pies e incluso también a las mujeres.

Sin embargo, parecía ser que Dalia solo la miraba a ella. La morena dedicaba toda su atención a Sofía, cuando estaban juntas, nunca hablaban de otras personas, como si solo existieran ellas dos.

Desde que la morena se había ido de su casa dejando una nota aquella mañana, habían intercambiado algunos mensajes de texto por teléfono. Pero no se habían vuelto a ver hasta entonces. Ambas habían estado ocupadas y no habían propuesto ningún encuentro, lo que hizo que ver a Dalia esperarla en la puerta de su casa fuera aún más emocionante.

Además de ser una persona atenta, Dalia parecía una mujer misteriosa, Sofía la conocía desde hacía tan solo unas semanas, pero por lo poco que sabía de ella, tenía la sensación de que iba a tener que indagar constantemente si quería averiguar más cosas sobre la mujer que vivía en su cabeza. Apenas conocía su nombre y que tenía un novio… bueno, o algo así, pero nada más, así que se propuso someterla a una entrevista cuando encontrara el momento oportuno.

Cuando estaba cerca de Dalia, Sofía se sentía torpe, algo muy impropio de ella, una mujer segura, con confianza en sí misma que siempre tenía claro lo que quería y cómo lo quería. No acostumbraba a cometer errores y tampoco le asustaba discutir con cualquier persona con tal de demostrar que era ella la que solía tener razón. Siempre estaba del lado del más débil y si tenía que luchar contra viento y marea para defender a alguien, en especial a sus seres queridos, estaba dispuesta a hacerlo sin importar las consecuencias. Eso sí, tenía una defecto. Algo en lo que había estado intentando trabajar en los últimos años.

Sofía era una persona desconfiada, había madurado demasiado rápido durante su infancia y para ella, dejar entrar a alguien en su vida y que la conocieran de verdad era todo un desafío. Por eso Dalia la ponía tan nerviosa, no se reconocía cuando estaba con ella.

La morena era la única que tenía ese poder sobre Sofía, era capaz de derribar sus murallas y acabar con sus defensas de un

plumazo cuando la tenía cerca, quedando a sus pies para lo que Dalia deseara. Le había dicho que sí a aquella sorpresa y estaba segura de que si Dalia le hubiera propuesto dar la vuelta al mundo Sofía hubiera aceptado sin pestañear. La hacía sentir bien, en calma, pero también la hacía sentir viva, una sensación que no había experimentado en mucho tiempo.

Sofía miró al frente, el coche estaba yendo muy rápido, probablemente por encima de la velocidad permitida. Alzó la vista y vio un semáforo en ámbar, Dalia aceleró un poco más para evitar tener que pararse, pero justo cuando el coche estaba a punto de pasar por debajo, la luz cambió a rojo, haciendo que Dalia diera un frenazo y ambas mujeres inclinaran sus cuerpos hacia delante con violencia.

Dalia colocó la mano en la rodilla de Sofía intentando impedir que esta chocara con el interior del coche. Apretó sus dedos contra el muslo de la detective y le acarició suavemente para comprobar que todo estaba bien.

Sofía estuvo a punto de agradecerle a los astros que Dalia no la hubiera mirado en ese momento porque tras su mano estaba intentando ocultar el rubor que se estaba apoderando de su cara, casi tan intenso como la propia luz del semáforo. Hacía unas noches. Dalia había saboreado todos los rincones de su piel, pero ahora, cuando notó su mano en su pierna, Sofía sintió que la presión le caía en picado como un avión a punto de estrellarse.

—¿Estás bien? Lo siento —preguntó Dalia inocentemente, ajena a la bandada de mariposas que se había desatado en el estómago de Sofía.

Sofía asintió con un gesto poco convincente. Se miraron durante unos segundos mientras la luz del semáforo cambiaba de color y cuando Dalia lo creyó necesario, retiró su mano y asintió, satisfecha con la respuesta que la detective le acababa de dar.

A Sofía todavía le costaba acostumbrarse a la presencia de Dalia. Se conocían desde hacía poco tiempo y siempre que estaban juntas parecía que había una especie de tensión sin resolver. Quizá era una impresión equivocada, pues Dalia parecía estar de lo más tranquila cuando estaba con ella. Como si conociera a Sofía desde siempre, la trataba con familiaridad y daba la impresión de que no temía confiarle cualquier secreto.

Dalia condujo durante unos veinte minutos más hasta que Sofía se dio cuenta del lugar al que se dirigían.

—¿Al aeropuerto? Dalia, en algún momento tengo que volver a trabajar. —No sabía si saltar de alegría o si bajar del coche ante aquella encerrona.

—Tranqui, Sofi. Van a ser un par de días —respondió despreocupada.

«¿Sofi?» En sus casi treinta años de vida nadie la había llamado así. Sofía no era amiga de los apodos, estaba satisfecha con su nombre y se negaba a que alguien tomara las confianzas de llamarla de alguna forma que no fuera «Sofía». Sin embargo, en la boca de Dalia sonaba diferente, cálido, amable, cariñoso.

Estaba a punto de protestar cuando pensó que no le importaría que la morena la llamara así más a menudo.

—¿Y a dónde vamos?

—A las islas. Hace mucho que no voy. Te va a encantar, ya lo verás.

—¿A todas? ¿Las siete? —preguntó sarcástica.

Dalia rio.

—No. No me refiero a las Islas Canarias. Quería decir a Las Azores. ¿Has estado? —Sofía negó con la cabeza—. Mejor. En esta época del año no hay mucha gente, así que tendremos más intimidad. Cuantos menos seamos mejor.

Sofía la miró y sonrió. Si estaba en compañía de Dalia cualquier destino sería una gran opción.

Después de un largo viaje, llegaron a aquel apartamento y a Sofía casi se le descolgó la mandíbula de la impresión. Era un lugar increíble, gigantesco y repleto de lujos de los que Sofía jamás había podido disfrutar.

El salón estaba decorado con un sofá beige gigantesco y enfrente del mismo una pantalla de televisión tan grande que casi alcanzaba el techo de la estancia. Casi no había paredes, allá donde mirara, solo podía ver los ventanales que llegaban desde el suelo hasta el techo. Por ellos entraba una luz azul intensa y cuando Sofía se asomó, vio el mar en primera línea.

En la playa no había nadie, era como si Dalia hubiese alquilado la isla solo para ellas. Se dio la vuelta y vio una cocina americana, pero la habitación era tan amplia que parecía estar a kilómetros de distancia. Sofía nunca había estado en un sitio así, tan lujoso, tan grande, tan caro, y jamás había pensado que podría pasar una noche en una casa así.

Sofía se giró y miró a Dalia fijamente.

—¿Te dedicas al narcotráfico? —preguntó caminando hacia ella.

—Me has pillado —bromeó.

—¿Es tuya la casa?

—Qué más quisiera. La he alquilado unos días.

Sofía se dejó caer cansada en aquel sofá que la había estado llamando desde que había entrado por la puerta, se quitó las zapatillas y se estiró, retozando como un gato lo haría contra aquella tela tan suave.

—¿Y cuáles son los planes?

—Descansar, pasear, comer, mucho, bañarnos y…—Dalia hizo un redoble en los tambores imaginarios que tenía enfrente—¡Hacer surf! —exclamó alzando los brazos victoriosa.

—¿Qué? —dijo entrando en pánico—. Dalia, apenas sé nadar, ¿y si hay tiburones?

—Si hay tiburones, yo te protejo —bromeó Dalia mostrando su bíceps.

Pasaron toda la tarde haciendo surf, o intentándolo. Sofía había perdido la cuenta de las veces que se había caído de la tabla, al principio le causaba diversión y se reía a carcajadas, pero después de haber pasado horas golpeándose el trasero con la arena de la orilla estaba agotada.

Dalia por el contrario parecía que llevara años surfeando, en ocasiones también se movía torpe y había estado perdiendo el equilibrio, pero por lo general parecía toda una entendida en el tema, no había tenido ni la mitad de problemas que Sofía para subirse a la tabla y cuando surfeaba, quizá fuera por la poca experiencia de la detective con las olas, parecía toda una profesional. Con aquel traje de neopreno y su cabello azabache contra el viento, moviéndose con tanta agilidad, era como si hubiera estado practicando aquel deporte toda una vida.

Se habían pasado toda la tarde riendo, cuando Sofía caía de la tabla o cuando alguna ola traicionera derribaba a alguna de las dos, ambas estallaban en carcajadas, haciendo que fuera imposible recuperar el equilibrio.

Ambas parecían genuinamente felices, despreocupadas. Quizá eran conscientes del poco tiempo del que podrían disfrutar de la isla y estaban aprovechando cada minuto al máximo.

Tan pronto llegaron al apartamento, Sofía se encaminó hacia la ducha. Después de haber dado tantas vueltas en el agua sentía que tenía arena hasta en los lugares más recónditos de su cuerpo.

Llevaba duchándose unos minutos cuanto escuchó el toc, toc, toc de la puerta.

—¿Sí? ¡Adelante!

Dalia abrió despacio, no quería incomodar a Sofía. Asomó tímida por el resquicio de la puerta. Había vapor y apenas distinguía nada.

—¿Sofía? Aquí tienes las toallas.

Sofía se tapó el resto de su cuerpo con la cortina y asomó la cabeza.

—Gracias.

—De nada. Te las dejo aquí —dijo Dalia mirando al suelo

evitando a toda costa hacer contacto visual con la detective.

Sin entender qué demonios se le estaba pasando por la cabeza, un pensamiento intrusivo se adueñó de Sofía.

—¿Dalia?

Ya era tarde, ¿qué le iba a decir? Tenía que seguir adelante y asumir las consecuencias de sus acciones.

—¿Sí? —preguntó volviendo a abrir la puerta.

—¿No quieres ahorrar agua? He oído que hay sequía y como tarde o temprano te vas duchar…Ya sabes, hay que tener cuidado con el medio ambiente —Sofía se sintió un poco absurda con aquel comentario. «¿El medio ambiente? ¿En serio?» La detective había dicho lo primero que le había venido a la mente, recordaba haber estado leyendo noticias sobre ecologismo hacía unos días.

Fue una manera absurda de invitar a Dalia a que entrara a la ducha con ella y por el silencio que esta estaba guardando se temía la peor de las respuestas.

—Sofía, será mejor que tengas cuidado con lo que dices porque no sé si podré hacerme responsable de mis actos —dijo con una sonrisa de medio lado.

—Y si no, ¿qué? —la valentía afloraba poco a poco dentro de Sofía de la misma manera que lo había hecho la primera noche que habían pasado juntas.

Dalia se lamió los dientes tratando de resistir la tentación para no hacer nada de lo que se pudiera arrepentir más tarde.

—Si no…—Dalia se quitó la camiseta. —Voy a tener que entrar en la ducha…—se deshizo de su pantalón. —Y…

Sin terminar la oración, Dalia se adentró lentamente en la ducha. Sofía la rodeó con sus brazos por el cuello y la besó, largo y tendido. Entre risas la detective fue apoyando a la morena en la pared del baño hasta que la cascada de agua terminó por empaparla.

Estuvieron varias horas sentadas en el sofá mirando aquella película absurda que no causaba el suficiente interés a ninguna de las dos, aunque en el fondo ambas sabían que se trataba de una excusa para seguir tumbadas lo que quedaba de día.

Dalia apoyaba su espalda en el respaldo del sofá y estiraba las piernas para apoyarlas en la mesita de café que tenía enfrente, Sofía estaba hecha un ovillo en el regazo de la morena y apoyaba la cabeza en su vientre mientras que esta enredaba los dedos en su melena dorada y la peinaba hacia atrás.

Estaban agotadas, aquel día de surf había acabado con la energía que tenían. Sofía notaba sus párpados cada vez más pesados, aquella oscuridad en la sala de estar y la trama inexistente del telefilme se estaban aliando para obligarla a cerrar los ojos y

dormirse.

—Increíble que hayan hecho una película con un presupuesto de dos euros —dijo Dalia.

Al despertarse tan repentinamente, Sofía cayó en la cuenta de que era el momento perfecto para saber más de la chica que la había estado acompañando durante el día.

—Dalia.

Dalia respondió con un sonido gutural sin ni siquiera abrir la boca. De repente estaba muy concentrada en la película que parecía que de un momento a otro había logrado captar su atención.

—¿Por qué nunca hablas de ti?

Aquella pregunta hizo que Dalia dejara de prestar atención a la televisión.

—¿Qué? Pues, no sé… ¿por qué dices eso?

—Te conozco desde hace semanas, hemos compartido momentos…—Sofía no sabía cómo continuar—. Íntimos, digámoslo así, pero no me has contado nada sobre tu vida.

Dalia frunció los labios intentando recordar sus conversaciones anteriores con Sofía. Para ser justos, Dalia tampoco sabía mucho de la mujer que tenía entre sus brazos.

—¿Y qué quieres saber? Adelante, lanza tus preguntas.

—Pues no sé, lo típico que averiguas cuando conoces a alguien.

—Mi color favorito es el blanco, trabajo en una tienda de ropa de lujo, estoy pensando en comprarme una casa, mi comida favorita es cualquier tipo de pasta…

—¿Y tú familia? ¿De dónde son? ¿No tienes relación con ellos? —preguntó la detective interrumpiendo el monólogo que su interlocutora acababa de empezar.

Dalia se rascó el cuello incómoda, si la conversación seguía yendo por esos derroteros todo estaba por complicarse.

—Sí… bueno, con algunos. Mi padre es de Panamá, hace mucho que no lo veo, no hablo con él desde que era una niña, así que no tengo relación con mi familia paterna. Soy hija única y mi madre murió hace unos años, así que estoy un poco sola —mintió descaradamente.

¿Cómo le iba a contar a Sofía a lo que se dedicaba y esperar que lo entendiera y que no la delatara? Dalia se sintió estúpida tan siquiera por contemplar hacerlo. Se estaba volviendo loca.

Ese derroche de sinceridad cogió por sorpresa a Sofía que no pudo evitar empatizar con Dalia. Ella también había perdido a su madre cuando era joven, y aunque tenía gente que la quería, se sentía sola la mayoría del tiempo.

Parecía que la misteriosa chica del hotel estaba dejando de ser tan misteriosa. Cogió su mano y la acarició, se quedó observándola

unos segundos sin saber bien qué decir. Afortunadamente, fue Dalia la que acabó con ese silencio.

—¿Y tú? ¿Tienes familia?

—Yo… tampoco tengo hermanos. Tengo buena relación con mi padre y… bueno, mi madre también murió hace años.

Dalia alzó las cejas con sorpresa.

—¿En serio? ¿Qué le pasó?

Sofía guardó silencio, planteándose si contarle la verdad a Dalia y las consecuencias que esto traería. No quería que sintieran pena por ella ni tener una conversación profunda al respecto.

—No hace falta que respondas, pensaba que…

—La asesinaron. La torturaron y la asesinaron —dijo aún sosteniendo la mano de Dalia, sin mirarla a la cara.

Dalia se quedó muda. Si perder a una madre era devastador, que hubiera tenido un final tan trágico debía ser la peor pesadilla de cualquier adolescente. No sabía qué decir, sentía que cualquier palabra iba a sonar torpe, torpe y vacía.

—No te preocupes. Yo tampoco sabría qué decir —dijo Sofía como si le hubiese leído la mente.

Dalia posó un beso en la frente de Sofía y acarició su mejilla. Le dedicó una sonrisa melancólica. Era su manera de hacerle ver que entendía por lo que había pasado.

Aquello era extraño, Dalia no era del tipo de personas que se quedaban calladas, a menudo tenía la última palabra y le resultaba fácil hacer comentarios ingeniosos que pudieran romper cualquier tipo de silencio. La propia Sofía había sufrido las consecuencias de su afilada lengua, siempre sabía qué decirle para hacer que esta se ruborizara. Sin embargo, al observar el rostro triste y cansado de Sofía se sintió débil.

—Pero bueno, hablemos de otra cosa —dijo Sofía salvando aquella situación que estaba logrando entristecer a ambas.

Se pasaron toda la noche hablando de sus vidas. Se contaron los secretos más íntimos que nadie sabía de la otra.

Sofía llegó incluso a contarle anécdotas de algunas de sus peleas más memorables junto a Marta en el instituto haciendo que Dalia riera a carcajadas, la morena habría jurado que Sofía era una persona mucho más pacífica de lo que aparentaba. De hecho, que la detective mostrara cierta timidez cuando estaban juntas era lo que le había hecho pensar que Sofía no se atrevería a matar ni una mosca, pero a partir de aquella noche le quedó muy claro que era una mujer que no se dejaba amedrentar por nada ni por nadie.

También intercambiaron primeras impresiones sobre la otra. Dalia le confesó que había sentido cierta ternura al ver a Sofía removiendo el café continuamente aquella mañana en el hotel y que

lo de pedirle fuego fue solamente una excusa para hablar con ella, pero Sofía parecía no estar muy receptiva por lo que la morena creyó que la mejor opción era dejarla en paz.

Sofía escuchó con atención cuando Dalia le contaba con todo lujo de detalles como Marta se había acercado a ella y le había dado el número de la detective en aquel bar. Reconoció estar impresionada por el arrojo que había tenido su amiga para abordarla hábilmente mientras Bruno no estaba presente.

Sofía reconoció lo nerviosa que le ponía esa determinación de Dalia para acercarse a ella sin titubear, cuando la vio por primera vez le resultó demasiado atractiva para articular palabra con normalidad y le confesó que eso era algo que nunca le había pasado antes.

—Digamos que me ponías un poco nerviosa —confesó Sofía con un tono casi imperceptible de timidez.

—Bueno, pero cuando seamos novias eso se te pasará —dijo Dalia con una sonrisa juguetona, esperando la reacción de Sofía.

—¿Cómo? ¿Qué es eso que oyen mis oídos? ¿La señorita anticompromiso me está pidiendo salir? —preguntó divertida.

—Para nada. Yo nunca te pediría salir —dijo Dalia fingiendo orgullo.

—Ah, ¿no?

—No, te voy a robar el corazón tan poco a poco que al final vas a ser tú quién me lo pida —bromeó y robó un beso de los labios de la detective.

Pero lo que no sabía Dalia era que el corazón de Sofía ya era suyo, hacía tiempo que la detective estaba dispuesta a dejarse caer rendida a sus pies. Desde hacía semanas Sofía se acostaba pensando en ella y al despertar era lo primero que volvía a su memoria. Iba a tener que pagar un alquiler si pretendía seguir viviendo en su mente.

Sofía la miró detenidamente, perdida en el camino que conducía a su boca desde sus ojos, recorriéndolo una y otra vez. Dalia se mordió las uñas intentando mantener la calma, si Sofía la seguía mirando así iba a tener que cancelar todos sus planes y quedarse en esa isla con ella para siempre.

—Nah, no funcionaríamos, somos muy diferentes, ¿no te parece?

—Tienes razón, no nos iría bien —Dalia se acercó un poco más a Sofía.

—Claro, además, tú tienes preferencia por los hombres. Hombres altos y corpulentos. —Sofía alejó su cara unos centímetros de la morena para obligarla a volver a acercarse.

Dalia casi había olvidado que los hombres también formaban parte de la naturaleza y que tenía que convivir en sociedad con ellos. No sabía bien cuándo ni cómo, pero a Dalia le parecía que la

población mundial se había reducido considerablemente, haciendo que la única habitante del planeta Tierra fuera Sofía.

—¿Y tú? ¿Por qué tienes preferencia? —preguntó Dalia.

—Me gustan las chicas morenas con el pelo rizado. Ojos verdes, labios carnosos… Ahora hay una chica que me gusta, es muy guapa, quizá algún día te la presente.

—Por favor, me encantaría conocerla.

—Se hace un poco de rogar, pero es simpática.

—Eso solo puede significar una cosa.

—¿El qué? —Dalia no respondió y se limitó a mirar los labios de Sofía—. ¿El qué? —insistió la detective.

Dalia no paraba de mirarla mientras un volcán estaba a punto de erupcionar en el vientre de Sofía.

La morena se mordió el labio inferior y Sofía permaneció quieta para que Dalia pudiera alcanzar sus labios de una vez.

Dalia la agarró por el cuello y la besó con fuerza, lentamente, apretando sus labios contra los de Sofía durante una eternidad.

Pasaron las horas y las dos continuaron enredadas en el cuerpo de la otra. Perdieron la noción del tiempo y sin darse cuenta cayeron agotadas en aquel sofá hasta el día siguiente.

Sofía frunció el ceño y despegó sus párpados con dificultad cuando los rayos de sol comenzaron a entrar por aquellos enormes ventanales sin pedir permiso. Se giró y vio a Dalia durmiendo en una posición que no parecía ser de lo más cómoda. Aquel sofá era voluminoso, pero quizá pasar la noche durmiendo en él no era la alternativa más confortable. Antes de que el sueño la volviera a vencer, Sofía se levantó con el fin de liberar espacio y que la morena pudiera descansar con más facilidad.

Se dirigió al baño y se lavó la cara con el objetivo de despertarse, se miró al espejo y vio los círculos negros bajo sus ojos que tanto la caracterizaban. No habían dormido, las dos mujeres habían estado demasiado ocupadas explorando sus cuerpos como para preocuparse por descansar. Aquella travesía parecía no tener fin, y cada vez que Sofía buscaba tomar aire, Dalia la volvía a obligar a unir sus labios y a tocar su cuerpo. Sofía, que siempre había sido una persona obediente, no tuvo inconveniente en acatar las reglas que la morena le había impuesto aquella noche.

Intentó ocultar su sonrisa tras la toalla mientras se secaba la cara al rememorar todos los recuerdos de la noche anterior.

Repasó palabra por palabra la larga conversación que había mantenido con Dalia sobre sus vidas, hacía mucho tiempo que Sofía no hablaba de su pasado con otra persona, se había sentido vulnerable y ligeramente incómoda, pero había sido todo un alivio poder

mostrarse como era ante Dalia. Tenía la sensación de que les quedaba mucho tiempo que pasar juntas, así que era mejor no ocultarle datos tan importantes sobre su vida personal.

Se había sorprendido al descubrir que la morena y ella compartían detalles tan importantes de su pasado, lo que le hizo sentirse un poco más cercana a ella.

Aun así, seguía teniendo la sensación de que Dalia ocultaba algo, o más bien, de que no le había contado una parte importante de su vida y no pudo evitar preguntarse si algún día la conocería realmente.

Quizá era su instinto de detective y quizá estaba viendo fantasmas donde no los había, así que se propuso restarle importancia a sus imaginaciones. Volvió a colocar la toalla en su sitio y salió del baño.

Sofía no se esperaba ver a Dalia despierta, fresca como una rosa preparando el desayuno para ambas, aunque el olor a café que recorría toda la casa la había delatado unos segundos antes.

Llevaba puesta una camiseta enorme que le cubría parte de las piernas, estaba descalza y aún tenía pequeñas marcas en la cara de haber dormido toda la noche en el sofá. Se movía de un lado para otro, apagaba el gas, servía el café, sacaba el pan de la tostadora y buscaba ingredientes por los armarios con una energía verdaderamente admirable.

—¡Buenos días! —Se giró y vio a Sofía ahí de pie, observándola. Le dedicó una sonrisa radiante, como siempre.

—Hola —respondió Sofía aún con la garganta rasposa.

—¿Qué tal has dormido?

—Bueno, dormir no he dormido mucho… —dijo con la mirada perdida, recordando la noche anterior.

—Toma. —Dalia ignoró lo que la detective estaba diciendo y le metió un cruasán recién hecho en la boca, obligándole a probarlo. Sofía le dio un mordisco y habló con la boca llena.

—¿Siempre te levantas así?

—¿Así cómo?

—Así, con tanta energía.

—Solo cuando estoy de buen humor. —Dalia agarró las mejillas de Sofía, le dio un beso y se alejó para seguir preparando el desayuno.

Antes de que Sofía pudiera decir nada, su teléfono sonó.

Después de mirar y sonreír a Dalia fue a consultar aquel mensaje de texto que acababa de recibir. Aún no lo había leído y ya se imaginaba el mensaje impertinente que Marta le habría mandado, probablemente le preguntaría por su vida sexual, o peor, por la de Dalia. Pero, aquel mensaje era lo último que esperaba recibir aquella mañana.

El rostro de la detective se volvió pálido, fantasmal. Dejó el cruasán sobre la mesa y tragó con dificultad.

Sofía, estoy bien. Gabriel me ha soltado, creo que estoy dentro. No sé qué va a ser de mí ahora. No vengáis a buscarme, es demasiado peligroso. Te volveré a escribir.
Samuel.

Dalia advirtió el cambio en la expresión de Sofía.
—¿Estás bien? —preguntó la morena.
—Tengo que irme.

Capítulo 12

Samuel volvió a colocar el teléfono detrás de aquel ladrillo, lo hizo despacio para no hacer ruido y rogó que se mantuviera en su lugar sin moverse. Mientras no se desatara un huracán o un terremoto, no tendría por qué salir de su sitio.

Volvía a caminar con normalidad, agradeció haber recuperado la movilidad de sus piernas. Tenía la cara menos hinchada, aunque todavía conservaba heridas abiertas y moratones, pero sin duda, lo que más agradecía era haber recuperado la visibilidad de una persona sana. Ya no veía borroso, por un momento, mientras estuvo atado a aquella silla perdió toda la esperanza de poder disfrutar de los paisajes, de sus amigos, y de sus series favoritas con normalidad, sin que se difuminara todo a lo que mirara. Alcanzó un punto en el que estuvo tan mal que tuvieron que lavarlo y vestirlo mientras permanecía sentado en esa silla. También le habían proporcionado ropa nueva, y sin manchas de sangre, todo un detalle por parte de La Salvación.

Samuel no podía parar de darle vueltas al día de su liberación, las imágenes se repetían en su mente una y otra vez. Se había dado por muerto en más de una ocasión, pero para su sorpresa, cuando menos lo esperaba, fue liberado.

—Bueno, bueno…

Aquella puerta metálica chirriante se abrió produciendo el mismo ruido penetrante y sonoro que realizaba cada vez que alguien la tocaba, además el eco no contribuía en absoluto a lograr discreción. Samuel seguía maniatado y aunque aquella mujer le había llevado algo de comida seguía teniendo un hambre voraz que le consumía poco a poco. Estaba cabizbajo, no lograba erguir su cuello, pero por la voz ya sabía que quien acababa de cruzar la puerta era Gabriel Mendoza.

—Nicolò, ¿verdad?

Samuel permaneció en silencio.

—Estás de suerte muchacho, hoy estoy de buen humor y no me importa que no hables.

El detective no podía levantar la cabeza por mucho que quisiera. Deseó que Gabriel se apresurara y dijera de una vez lo que tenía que decir.

—Resulta que mis hombres han ido a comprobar si la información que nos diste era verdadera, y ¿a que no sabes qué? Justo cuando estaba a punto de venir y volarte los sesos yo mismo… Lo encontramos. Encontramos el alijo, mucho más de lo que nos dijiste. Joder, había cocaína para comprar un país entero. —Gabriel sonaba victorioso, tenía una sonrisa de oreja a oreja, lo que inquietaba aún más a Samuel—. Y eso me gusta. Me gusta la sinceridad, me gusta la lealtad, me gusta que alguien dé la vida por La Salvación si es necesario, todos mis hombres lo harían y viniendo aquí tú has demostrado que también serías capaz. —Gabriel se agachó y puso su mano en el hombro de Samuel, le miró a los ojos—. Pero no cantes victoria aún. Esto es solo el principio. ¡Doctor! —Gabriel se dio media vuelta y sin decir nada más, salió de la habitación.

Samuel alzó la mirada con dificultad y vio un hombre con una bata blanca acercarse. Llevaba un maletín en la mano que colocó sobre la mesa. Enfundó sus manos en unos guantes de látex blancos y sacó unas gasas y unos botes que parecían ser algún tipo de desinfectante. Depositó el líquido en las gasas y comenzó a repartirlo por las diferentes heridas de la cara del detective. Samuel no pudo evitar producir un pequeño quejido al recibir contacto tan repentinamente, sus lesiones aún estaban frescas y sucias, pero también sintió gran alivio al notar como el polvo y las manchas de sangre desaparecían. El doctor siguió limpiando y desinfectando el rostro de Samuel hasta que quedó limpio como una patena, sin embargo, todavía conservaba el hinchazón de su cara y heridas demasiado profundas. Samuel se dejó curar sin protestar, aunque hubiera querido no podía oponer resistencia.

Cuando parecía que todo mejoraba, el detective entró en pánico al ver al Doctor sacar aquellas pinzas y unas tijeras del maletín. Aquel hombre se mantenía tan callado como Samuel, realizaba su labor en completo silencio y aunque el detective quiso hacer algún comentario para liberar tensiones, aquella hostilidad no le permitió abrir la boca. Notó cómo se tensaban todos los músculos de su cuerpo cuando aquellas tijeras se acercaron a su cara, nunca había sido amigo de las agujas, bisturíes, tijeras y, en general, de ningún objeto punzante. Tragó saliva y cerró los ojos con fuerza. Sus lamentos eran ahora más sonoros, cuando El Doctor comenzó a dar puntos de sutura en las distintas heridas que adornaban su cara.

Una vez finalizó, el hombre limpió el rostro de Samuel dejándolo fresco como una rosa, ahora solo necesitaba algo de ropa limpia.

Como si sus plegarias hubieran sido escuchadas, tan pronto salió El Doctor, entraron dos hombres con unas toallas en la mano y unas prendas cuidadosamente dobladas. Uno de ellos se acercó a la espalda de Samuel y lo liberó de sus ataduras. Lo agarró por el brazo y lo obligó a levantarse, el detective casi cayó al suelo, sus piernas aún estaban gravemente afectadas. En silencio lo acercaron a aquella manguera que colgaba de la pared, lo desvistieron y encendieron el agua.

—Límpiate —dijo uno de ellos.

Samuel obedeció y se metió bajo aquella ducha improvisada. Sintió una inmensa satisfacción al notar el agua corriendo por su cuerpo, liberándolo de toda la suciedad que había estado acumulando durante los días más largos de su vida. Habría agradecido un poco de jabón, pero no se atrevía a protestar, bajo las miradas vigilantes de aquellos hombres se frotó de arriba abajo con brío hasta quedar reluciente.

Todo eso ya había pasado, Samuel estaba dentro, confiaban en él y ahora solo tenía que preocuparse de no levantar sospechas, aunque, a decir verdad, se conformaba con dejar de recibir palizas.

Caminó tranquilo al interior de la casa, satisfecho por haber logrado contactar con Sofía. Cuando abrió la puerta no esperaba encontrarse a un hombre apuntando un arma directamente a su cabeza. Samuel frenó el paso, con un pie apoyado en el siguiente escalón que estaba a punto de subir y el otro pie posicionado más atrás. Alzó las manos que hasta ahora las había mantenido en los bolsillos de su pantalón y miró fijamente a aquel hombre.

—¿Creías que no nos íbamos dar cuenta? Entra.

Samuel entró en la casa y vio a varios hombres observando la escena. Algunos estaban de brazos cruzados con cara de pocos amigos, uno de ellos estaba recostado en una silla fumando, sonreía como si le divirtiera la escena. Gabriel miraba a Samuel, serio, sin inmutarse, esperando a que su secuaz se decidiera a apretar el gatillo. Aquel hombre señaló con la pistola una de las sillas que rodeaba la mesa, Samuel se sentó en ella. El momento que había esperado durante tantos días había llegado. Aquí estaba su final y ahora ni Sofía ni sus compañeros de SOMBRA sabrían qué había pasado con él.

Deseó volver atrás en el tiempo y haber escrito algo diferente en el mensaje, algo más cariñoso, quizá una despedida o algo así. Esto tenía más sentido, ¿cómo iba a Gabriel a ser tan tonto de dejarse engañar y confiar en un desconocido? Estaba a punto de maldecirlos, quería insultar a Gabriel como nunca lo había hecho antes, si estaba a punto de morir quería irse de este mundo de la mejor manera posible, por Sofía, por él y por SOMBRA. Abrió la boca para echar sapos y culebras y antes de que pudiera emitir algún sonido, todos estallaron

en carcajadas.

Samuel miró a todas partes confundido, ¿estaban bromeando? ¿Querían alargar la tortura para que fuera más lenta y dolorosa? Aquel hombre bajó el arma y sin parar de reír dio un golpe en el hombro a Samuel. Gabriel, que hasta ahora se había mantenido inexpresivo, dejó ver una sonrisa y miró a sus hombres satisfecho con la escena.

—¿Has visto cómo temblaba? —dijo uno de los secuaces a otro de ellos. Aún se estaba riendo, le chocó la mano victorioso.

Samuel, que acababa de recuperarse del shock y de la confusión, se levantó de la silla y dio unos aplausos a todos los allí presentes en reconocimiento por la lograda puesta en escena.

—Esa ha sido buena, me lo he creído del todo —dijo Samuel divertido—. Ya te la devolveré —añadió con un tono bromista. Le dio un apretón de manos al hombre que lo había estado encañonando para felicitarle por su actuación.

Mientras todos seguían regocijándose en sus bromas de mal gusto, Gabriel tomó asiento, se encendió un cigarro y soltó el humo por la boca observando a Samuel de arriba abajo.

—Nicolò, siéntate. —Todos se quedaron en silencio repentinamente. Dejaron de bromear y miraron a su jefe. Rodearon la mesa en silencio, dirigiendo sus cuerpos a Gabriel para escucharle. Uno de ellos dio un empujoncito a Samuel para que obedeciera las órdenes de su jefe—. Como podrás imaginar aquí no entra cualquiera. Si te hemos dejado vivo es exclusivamente porque puedes sernos de gran utilidad, pero en el momento que des un paso en falso la próxima vez que te apunten una pistola en la cabeza no va a ser una broma. —Samuel escuchaba al Príncipe en silencio, con el cuerpo firme, estaba tenso y aquella broma que le acababan de gastar no había ayudado en absoluto—. La información que nos has dado ha sido todo un detalle por tu parte, un favor, llamémoslo así. Pero ahora te toca demostrar realmente tu compromiso. ¿Crees que podrás? —Samuel movió su cabeza de arriba abajo—. Muy bien, eso es lo que quería. Te voy a encargar una misión y ten claro que a partir de este momento entras en La Salvación, pero no vas a salir hasta que a mí no me dé la gana. Si intentas desertar, mis amigos se van a encargar de darte la mejor de las despedidas —dijo señalando a los hombres que los rodeaban.

Samuel volvió a asentir. ¿Estaba listo? No tenía ni idea de lo que esperar, solo deseaba que no fuera un trabajo demasiado violento, lo último que quería era que hubiera más víctimas. El remolino de ideas que se le cruzaba por la mente cesó en cuanto aquel hombre dejó caer con fuerza un bulto envuelto en cinta americana.

Sacó una navaja y atravesó el envoltorio violentamente. Dentro de él se encontraban pequeños paquetes envueltos en la misma cinta,

salpicados con unos restos casi imperceptibles de polvo blanco. El hombre extrajo los paquetitos del paquete más grande y colocó dos de ellos sobre la mesa, justo delante de Samuel.

—¿Qué tengo que hacer? —El detective no aguantaba más aquel misterio y decidió hablar para poder liberarse de aquella tensión.

—Vas a entregar estos paquetes a esta dirección —dijo Gabriel deslizando por la mesa un trozo de papel con el nombre de una calle y un número apuntados—. Y vas a traerme el dinero que te den. Diez mil euros, ni uno menos.

Samuel metió los bultos en la mochila que acababan de darle y se la colocó en la espalda.

—Buen viaje —dijo uno de los hombres con recochineo, dándole unas palmaditas en los hombros para que se levantara y empezara con su misión.

Samuel miró a Gabriel confundido, creía que le darían unos días para prepararse para hacer aquella entrega, pero por las expresiones en sus rostros dedujo que era el momento de levantarse e irse. Evitó hacer preguntas que le pudieran hacer parecer dubitativo o despistado. Con toda la confianza que supo reunir salió por la puerta sin despedirse y se encaminó a su destino.

Llevaba andando un buen rato y ni siquiera estaba seguro de que estuviera yendo hacia la dirección correcta, después de todo era muy difícil orientarse por las calles de una ciudad tan grande sin ningún tipo de mapa o GPS, nunca se hubiera imaginado que en el milenio en el que vivía iba a tener que orientarse por sí mismo sin la asistencia de un teléfono móvil.

Aquellos bultos que llevaba a la espalda parecían pesar cada vez más, rompió a sudar, se pasó la mano por la frente y recogió la humedad que la bañaba.

Después de avanzar varios metros, mientras caminaba en línea recta, vio al otro lado de la calle dos policías con un perro, Samuel aceleró el paso mientras los vigilaba de reojo, si aquel animal lograba oler la pesada carga que estaba transportando no iba a tener manera de salvarse de ir a prisión, por mucho que explicara que todo aquello lo estaba haciendo por el bien del país e incluso del mundo. Consiguió darles esquinazo y se adentró en una carretera desolada que llevaba al campo, a medida que avanzaba los se adentró en una carretera desolada que llevaba al campo, a medida que avanzaba los coches, las casas y las personas iban desapareciendo.

Estaba sediento, las gotas de sudor resbalaban por su rostro, pero si se detenía a descansar no lograría llegar nunca.

Después de caminar durante varios minutos, Samuel logró

divisar en la lejanía la única casa que se veía por la zona, así que se encaminó decidido a ella. Cuando llegó, vio que el estado de aquel lugar era muy diferente a lo que le había parecido en la distancia. En el jardín delantero había una especie de parque infantil oxidado, juguetes repartidos por el suelo y unas bicicletas en un estado deplorable. La fachada de la casa se caía a pedazos, había moho por todas partes y las hierbas altas del jardín dificultaban el paso. Samuel pensó que aún tenía tiempo de darse la vuelta y hacer como que nada había pasado, quizá podría huir a otro país y empezar una nueva vida, Noruega siempre le había llamado la atención y si encontraba un trabajo normal podría ganar un sueldo decente.

Dejó de fantasear con su nueva vida cuando recordó la importancia que tenía aquella misión para sus vidas y se dirigió hacia la puerta. Tocó, pero nadie respondía. Miró a un lado y a otro intentando encontrar señales de vida humana pero no tuvo suerte.

—¡Hola! Traigo un paquete. ¿Hay alguien?

Samuel golpeó la puerta esta vez con más energía, pero no obtuvo respuesta. ¿Qué iba hacer ahora? ¿Gabriel lo entendería si volvía sin el dinero? Concluyó en que no le quedaba otra opción. Se dio la vuelta dispuesto a deshacer el camino, bajó los escalones y antes de poner un pie sobre el césped escuchó un ruido a sus espaldas.

Samuel se giró y vio a un hombre abriendo la puerta lentamente, entrecerraba los ojos molesto por el sol. Le dio una calada a su cigarro antes de pronunciar palabra. Era un hombre gordo, alto, tenía una melena que le tapaba la nuca peinada hacia atrás con unas entradas pronunciadas, su barba de unos cuatro o cinco días estaba desaliñada y cuando echó el humo por la boca Samuel se fijó en sus dientes amarillos. Llevaba una camiseta de tirantes blanca que dejaba ver parte de su barriga y unos pantalones de pijama azules, la vestimenta estaba manchada de un líquido que parecía ser cerveza o algún tipo de licor.

—Traigo un paquete —dijo Samuel para acabar con aquel silencio incómodo.

—Pasa —respondió el desconocido abriendo la puerta de par en par, revelando el interior de la casa.

Samuel titubeó, no le parecía la mejor de las ideas.

—Es que tengo prisa y…

—Pasa.

El detective se dio cuenta de que no tenía alternativa y obedeció, tenía que volver a la casa de Gabriel Mendoza con diez mil euros así que no podía arriesgarse a cometer un fallo.

El interior de la casa era aún peor que el exterior, había ropa sucia y restos de comida por todo el suelo de lo que parecía ser el salón. La mesita de café enfrente del televisor no podía albergar más

latas de cerveza vacías, los múltiples ceniceros repartidos por toda la casa estaban a rebosar, aquella mezcla de olor a tabaco, alcohol y comida en estado de putrefacción hizo que Samuel sintiera la urgencia de salir a respirar un poco de aire que no estuviese contaminado, pero mantuvo la compostura y aguantó ahí de pie.

Se le encogió el corazón cuando vio a dos niños jugando en la cocina, ajenos al estado de aquella casa y de aquel hombre, cuando lo miraron, Samuel lanzó la mejor de sus sonrisas y les hizo un gesto con la mano a modo de saludo. Los niños lo ignoraron y siguieron jugando.

—¿Qué me traes? —dijo aquel hombre sentándose en el sofá, haciendo que se hundiera con su propio peso. Se puso a mirar la televisión y dio un sorbo a una de las latas.

Aunque se lo imaginaba, Samuel ni siquiera tenía claro cuál era el contenido de aquellos paquetes, así que abrió la mochila y los colocó en la mesa, haciendo un pequeño hueco entre las latas de cerveza. Se quedó de pie, esperando incómodo que aquel hombre que seguía dándole tragos a su bebida dijera algo.

—Era esto lo que esperaba, ¿no?

El hombre asintió y se encendió otro cigarro.

—No esperarás que te dé el dinero sin probarla antes, ¿no, chaval?

—Claro, claro, adelante. Pruébela. —Samuel señaló los bultos con la mano invitando a aquel desconocido a que probara el contenido de los paquetes.

El hombre rio.

—Yo no. Tú.

Samuel alzó las cejas con sorpresa, por mucho hubiera experimentado en su época más rebelde nunca había consumido aquella sustancia, prefería mantenerse alejado de ese mundo tan turbio, desconocía los efectos y no quería arriesgarse a pasarse toda su vida luchando contra una adicción.

—Yo, es que no…

El hombre miró a Samuel fijamente e hizo un gesto con la cabeza indicándole que probara uno de los paquetes.

—Si es que yo solo vengo a hacer un recado, de verdad. Tengo que volver.

—Tú sabrás lo que haces. Si no la pruebas no te puedo pagar y yo que tú no volvería al Príncipe con las manos vacías.

Aquel hombre tenía razón, Gabriel Mendoza ya le había advertido a Samuel lo que pasaría si este daba un paso en falso, así que pensó que las consecuencias de consumir de aquel polvito blanco no podían ser tan malas como recibir un disparo en la en la frente, eso sí que era una muerte segura.

El desconocido le extendió una pequeña navaja a Samuel, el detective la tomó, se agachó e hizo un pequeño corte en uno de los paquetes. Con el dedo recogió un poco y se lo llevó a la nariz, inhalando con fuerza. El hombre lo miró con una sonrisa de satisfacción.

—Magnífica. Un producto de calidad —dijo Samuel sacudiendo los restos de polvo que le habían quedado en la nariz.

—Perfecto, que empiece la fiesta entonces.

Samuel lo miró confundido, pero antes de que pudiera decir nada, aquel hombre ya había cogido su teléfono y estaba mandando unos mensajes.

Los invitados llegaron pronto con más bebidas alcohólicas, tabaco y otras sustancias de dudosa legalidad. Todos se acomodaron como si estuvieran en su casa y comenzaron a servir las copas y a poner música. Brindaban y bebían, hasta que el dueño de la casa abrió uno de los paquetes y todos lanzaron vítores en celebración al estar en presencia de aquella montaña de polvo blanco. Samuel observaba la escena inquieto, no sabía qué hacer.

—Que no te de vergüenza, muchacho. Bebe un poco.

Samuel tomó la copa y le dio un sorbo, más por mantenerse ocupado que porque tuviera sed.

Como un hechizo, aquellas palabras comenzaron a surtir efecto y de un minuto a otro Samuel había perdido todo rastro de timidez. Brindaba y charlaba con los demás, se reía e incluso participó en los gritos de ánimo dirigidos hacia un tipo que bebía con un embudo los distintos licores que los demás estaban depositando.

—¡Toma un poco más! —dijo el dueño de la casa extendiéndole una tarjeta que tenía una pequeña montañita de aquel polvo en una de las esquinas.

Samuel no se lo pensó e introdujo la droga por su orificio nasal alzando los brazos como si acabara de quedar en primera posición del podio en algún deporte de élite. Todos lo siguieron y gritaron celebrando la hazaña del muchacho.

El detective bailaba sin parar, estaba eufórico, hacía tiempo que no se sentía tan bien, tan liberado, cada vez que le pasaban una bebida o alguna sustancia la tomaba sin discriminar. Se acercaba al resto de los invitados y los animaba a bailar con él, los abrazaba y bromeaba con ellos como si fuesen sus amigos de siempre.

En medio de toda la excitación, Samuel golpeó accidentalmente un jarrón que estaba colocado sobre uno de los muebles. El jarrón cayo y se partió en dos. Los invitados no parecían haberse dado cuenta, continuaban celebrando, pero Samuel se excusó y salió de allí

en busca de un baño. Entró y se colocó frente al espejo, se empapó la cara de agua y se la secó con una toalla. Cuando se observó en el cristal vio sus pupilas dilatadas y sintió miedo. Comenzó a sudar intensamente, se quitó la camiseta e intentó secarse con la toalla que tenía en la mano. Respiraba con dificultad, comenzó a sentir arcadas, estaba a punto de vomitar. De repente alguien comenzó a golpear la puerta.

—¡Venga, joder! ¡Que me estoy meando!

—¡Un momento! —respondió el detective desde el interior. El corazón le iba muy rápido, sentía que le estaba a punto de estallar. Su respiración era cada vez más pesada, cuanto más intentaba coger aire menos lo conseguía. Quería gritar, tenía ganas de llorar, comenzó a palparse la cara y a tirar de su piel como si quisiera arrancársela. Se sentó sobre la alfombrilla de la ducha y se hizo un ovillo. Los golpes en la puerta no cesaban, pero cada vez los oía más lejanos.

—¡Venga, coño!

Sus párpados se tornaron extremadamente pesados y no opuso resistencia cuando intentaron cerrarse, ya no escuchaba nada, apenas notó el golpe en su cabeza cuando cayó al suelo.

Despertó en el mismo baño en el que se había dormido, o desmayado, no lo tenía muy claro. Notó el peso de un yunque en su cabeza, aquel estaba siendo el dolor de cabeza más intenso de toda su vida. Samuel había tenido resacas malas, pero todas como consecuencia del consumo de alcohol, era la primera vez que probaba sustancias tan fuertes y juró por toda su familia que también sería la última.

Intentó levantarse y antes de lograrlo se abalanzó sobre la ducha para vomitar. Cuando terminó, se limpió la boca con la mano, volvió a vestir su torso desnudo y salió intentando mantener la compostura. Haber vomitado le había aliviado un poco, pero aún seguía notando el martilleo constante en su cabeza, que empeoraba cuando cerraba los ojos.

Salió del baño y para su sorpresa no quedaba nadie en el salón, solo restos de bebida y basura. Samuel se dispuso a salir de allí y cuando tenía el pomo de la puerta de entrada en sus manos lo recordó. No había recibido el pago a cambio de entregar los paquetes. Se dio la vuelta y miró a su alrededor, entre tanta suciedad era imposible encontrar nada. Se dirigió a todas las habitaciones, abrió cada puerta, de una en una, pero todas estaban vacías.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —gritó en busca del dueño de la casa, pero no tuvo suerte, era como si se lo hubiera tragado la tierra—. Joder, joder, joder…—murmuró.

Samuel comenzó a rebuscar entre la basura, tiró todas las

botellas, latas y restos de bebidas al suelo. Miró en la cocina, abrió todos los cajones, detrás de la nevera… Revolvió toda la casa, poniéndola patas arriba, aún peor de lo que estaba cuando se había despertado. Entró al dormitorio y revolvió los cajones, sacó la ropa de ellos y la lanzó por los aires, desordenándolo todo. Cuando acabó de rebuscar en la habitación se dirigió al baño, aunque no tenía mucha fe en que el dinero estuviera ahí, era la última habitación que quedaba por registrar. Abrió todos los armarios y repitió lo que ya había hecho en las demás habitaciones sin éxito.

Samuel se giró y observó el váter, se había pasado toda la noche durmiendo junto a él, el dinero no podía estar ahí. Sin embargo, era el único lugar en el que no había mirado, así que alzó la tapa del tanque y en el agua vio flotando una tarrina de plástico. Samuel la cogió con cuidado, no quería impregnarse los de esa agua, que, aunque supuestamente era limpia, no tenía el mejor de los aspectos. Abrió el pequeño contenedor y ahí estaba, un fajo de billetes multicolor que hizo que se le iluminaran los ojos. El detective supo que se tenía que dar prisa y salir de ahí cuanto antes, pero justo antes de dar media vuelta escuchó una especie de clic que lo paralizó.

Sin dar un paso más, Samuel giró la cabeza y vio al dueño de la casa apuntándole con un arma. ¿Ahora qué? Si intentaba escapar con el dinero aquel hombre le iba a pegar un tiro sin mediar palabra, no tendría tiempo ni de alcanzar la puerta de entrada. Si soltaba el fajo de billetes y salía sin armar escándalo las consecuencias serían aún peores, Gabriel Mendoza lo buscaría y no se conformaría con matarlo, probablemente se encargaría de darle una muerte lenta y dolorosa, quizá lo torturaría o buscaría a sus seres queridos apara acabar con ellos y hacer que se sintiera culpable el resto de su vida. La voz del hombre interrumpió el debate interno que estaba teniendo.

—¿Qué haces hurgando en mis cosas?

—Eh… teníamos un trato. Me tenía que dar diez mil euros a cambio de los paquetes, Gabriel espera que le lleve el dinero y como usted no estaba en casa he pensado que no le importaría que lo cogiera yo mismo.

El hombre disparó al techo logrando que Samuel diera un respingo y dejara caer accidentalmente los billetes en el suelo.

—De aquí no se mueve nadie. Dile a tu jefe que no le pienso pagar hasta que no me traiga buen material. Lo que trajiste ayer era una mierda.

—¿Está seguro de que quiere hacer enfadar al Príncipe? No le gusta la gente que le toma el pelo, quizá sería más fácil si pagara. — En vista de que no podía salir de allí, Samuel optó por el diálogo.

—Y a mí no me gustó el producto que me intentó vender. Corre, ve y dile que me tome más en serio, nos conocemos desde hace

demasiado tiempo como para que me la intenta colar.

Samuel asintió y con las manos en alto se dispuso a salir del baño.

—¡Eh! Pero antes recoge eso —dijo aquel señalando los billetes que estaban repartidos por el suelo.

El detective se agachó y comenzó a amontonar cuidadosamente un billete sobre el otro, mientras seguía siendo apuntado con una pistola. Samuel recogió todo el dinero, pero se mantuvo agachado.

—¡Venga! ¿Qué haces?

El detective aprovechó el despiste para abalanzarse sobre aquel hombre haciendo que perdiera el equilibrio, el arma se disparó al techo asustando a ambos.

Seguían forcejeando por la pistola cuando Samuel logró echarse encima del hombre y tumbarlo en el suelo, impidiendo que se moviera. Con el fajo de billetes en una mano y la otra vacía se movió veloz y estiró su cuerpo para intentar alcanzar el arma que había salido disparada por el suelo. Samuel liberó al hombre su peso y cuando sus dedos estaban rozando la pistola notó cómo le agarraban por el tobillo y lo arrastraban hacia atrás.

Ahora era él el que estaba debajo. El desconocido le dio un puñetazo y antes de que lograra darle el segundo, el detective logró incorporarse para darle un golpe en sus partes más íntimas.

—¡Ah! —El hombre lanzó un grito de dolor y cayó al suelo, se llevó las manos a la entrepierna y se hizo un ovillo.

Samuel recogió rápidamente los billetes que habían vuelto a caer y apuntó con la pistola al hombre derrumbado. Mientras seguía apuntándolo, caminó de espaldas y alcanzó la mochila que había dejado en aquel sitio el día anterior, soltó los billetes en su interior sin ningún tipo de orden y se llevó la mochila a la espalda.

Aquel hombre se quedó mirándolo mientras se alejaba, compungido, con el rostro lleno de dolor, seguía sin poder moverse.

Sin dejar de vigilarlo, el detective alcanzó el pomo de la puerta y salió de allí. Corriendo, para no volver.

Capítulo 13

Nicole sintió cómo un sabor agridulce le inundaba la boca tan pronto vio a Sofía bajar del coche y correr hacia su casa sin mirar atrás. Había estado tan feliz de poder un tiempo aislada con ella que le costó creer que todo se hubiera terminado tan rápido. Ni siquiera habían pasado veinticuatro horas en aquel apartamento de ensueño cuando habían contactado con alguna de las dos para interrumpir su viaje, como ya era costumbre.

Mientras conducía, las imágenes de su escapada se repetían en su mente una y otra vez y no pudo evitar lamentarse de que todo hubiese acabado tan rápido. Nicole no estaba demasiado preocupada, de hecho, confiaba en volver a ver a Sofía pronto, pero le molestaba que cada vez que tenían la oportunidad de pasar tan solo unas horas juntas, alguien solía encontrar la manera de interrumpirlas y fastidiar todos su planes.

Condujo hasta el chalé cansada, tan solo pensar en ver a Bruno, a su hermano y a tanta gente le absorbía la energía. Casi no se había acordado de ellos durante el viaje y se había sorprendido al recordar que no habían intentado contactar con ella para que volviera. Ahora se imaginaba el bombardeo de preguntas y peticiones que recibiría cuando se bajara del coche y se planteó si cambiar de dirección e irse de vacaciones con nada más que su propia compañía sería una buena opción. Pero no, aquello solo conseguiría que movieran cielo y tierra hasta encontrarla, así que continuó conduciendo en línea recta intentando olvidar lo que le esperaba al llegar a casa.

Recordó su conversación con Sofía y cómo esta se había abierto emocionalmente contándole la trágica muerte de su madre y lo sola que se sentía la mayor parte del tiempo. Ella en cambio, le había mentido sin piedad y había inventado toda una vida paralela para ocultar la realidad en la que vivía. Ya estaba acostumbrada, si conocía alguien fuera del La Salvación, Nicole tenía siempre su guion preparado para recitarlo sin titubear a quién fuera necesario, pero algo se le removía al mentir a Sofía con tanto descaro. ¿Eso era a lo que la gente llamaba «remordimientos»? Nicole no recordaba haberlos

sentido en lo que llevaba de vida y se preocupó que sentirlos más a menudo pusiera en peligro su larga trayectoria profesional como jefa de una de las organizaciones criminales más importantes del mundo.

Mientras observaba cómo se abría el portón de la entrada, trató de restarles importancia a sus preocupaciones y después introdujo su coche con cuidado.

Tan pronto entró a su habitación no pudo evitar suspirar, últimamente no le apetecía en absoluto pasar tiempo allí encerrada, pero no tenía alternativa, Nicole no tenía mejores planes y debía cederle espacio a Sofía, así que se propuso hacer tiempo. La morena no tenía muchas amigas, por lo que las alternativas a quedar con Sofía no eran demasiadas, como mucho podía centrarse en su trabajo o pasar tiempo con Bruno y eso era lo último que le apetecía en esos momentos.

Lanzó su bolso a una de las sillas y se dejó caer en la cama, estaba agotada. Se pasó las manos por el pelo y observó el techo, estaba impaciente, incómoda, quizá era mejor idea salir a dar una vuelta. Se incorporó y escuchó aquella voz:

—¿Te has ido de vacaciones sin mí?

Nicole se sobresaltó, ni siquiera se había molestado en encender las luces, estaba exhausta y solo quería descansar. Entrecerró los ojos para intentar divisar algo en aquella penumbra, dirigió la mirada hacia el sonido y vio una silueta oscura.

—¿Qué haces ahí agazapado?

—Contéstame. —Encendió la luz del dormitorio.

—¿Qué vacaciones, Bruno? He estado fuera un día.

—Ah, ¿sí? ¿Y para quién era este otro billete?

—Pero, ¿de qué coño vas? Deja de acosarme, que sea la última vez que rebuscas entre mis cosas. —Le arrebató los papeles de la mano.

—¿Me estás engañando?

Nicole alzó las cejas y sonrió de medio lado.

—¿Perdón? No te estoy engañando porque no somos nada.

—¿Cómo que no, Nicole? ¿Cómo que no? Joder, me estoy jugando el cuello por ti. ¿Sabes lo que me va a hacer tu hermano si se entera? Me va a echar y después me va a matar. —Bruno estaba muy cerca de su cara, apretaba la mandíbula y el puño, parecía furioso.

Nicole bajó su mano lentamente sin apartarle la mirada.

—No seas dramático, mi hermano no se va a enterar de nada porque no hay nada de lo que enterarse. Nos vemos de vez en cuando y punto.

—¿Me estás hablando en serio? ¿Eso es lo que soy para ti? ¿Un puto juguete con el que desahogarte cuando estás cachonda?

—¡Eh, eh, eh! Baja esos humos. Tú no me hablas así a mí, ¿te

queda claro? Y, ¿se puede saber a qué viene este enamoramiento? Creía que tú lo tenías tan claro como yo, esto es un pasatiempo porque los dos estamos solos. Aquí no hay ataduras.

Ese es el problema, Nicole, que estoy enamorado de ti y me parece justo que me digas con quién estás, donde estás y cuando vuelves. Quiero que seas mía. —Bruno bajó el tono de voz, se acercó y agarró de la cintura a Nicole.

Nicole sintió un escalofrío, nunca había visto a Bruno comportarse de aquella manera tan obsesiva, estaba logrando asustarla. Precisamente lo que le había gustado de él era que parecía ser una persona relajada, como ella, de mente abierta y cuando se enredó en su romance con él no esperaba que actuara como lo estaba haciendo en ese momento. La morena intentó zafarse en vano, empujando el cuerpo de Bruno.

—¿Qué haces? Suéltame.

Bruno la soltó.

—Como sigas huyendo del cartel voy a tener que hablar con tu hermano.

Nicole notó un nudo en la garganta. Gabriel confiaba plenamente en ella y viceversa, pero si llegaba a averiguar que se estaba relacionando de una manera tan íntima con alguien que no perteneciera al cartel probablemente tendrían una discusión que no acabaría bien para ella. Así que no se quiso arriesgar y rodeó a Bruno por la espalda con sus brazos.

—Venga, Bruno, no te pongas así. Si sabes que solo tengo ojos para ti. —Nicole se estaba dando asco a sí misma, nunca se hubiera imaginado diciendo algo tan falso y absurdo—. He ido a Las Azores a cerrar un trato, no de vacaciones.

—¿Y el otro billete?

—Mi hermano iba a venir conmigo, pero al final no ha podido, así que he ido yo sola representando a los dos —mintió.

—Sí, hemos estado ocupados con el nuevo.

—¿El nuevo? ¿Hay un nuevo miembro de La Salvación?

Bruno se giró para colocarse frente a Nicole y la volvió a tomar por la cintura, esta vez con más delicadeza.

—Sí, una especie de becario —bromeó él—. Tu hermano lo está utilizando como chico de los recados. Pero bueno, eso no importa ahora, lo que importa es esto.

Antes de que Nicole pudiera opinar sobre el tema, Bruno besó sus labios, obligándola a guardar silencio. La morena se sintió muy incómoda, pero no se atrevía a oponer resistencia bajo las amenazas previas del chico, así que se dejó llevar hasta la cama. Bruno la empujaba suavemente, alternando los besos entre sus labios y su cuello, Nicole no se los correspondía, pero tampoco hacía nada para

impedir que el chico continuara con aquella oleada de afecto que se estaba desatando.

Tocó el borde de la cama con las piernas y sin más remedio se tuvo que sentar en ella. Nicole miró a Bruno fijamente, esperando a que este decidiera cuál iba a ser su próximo movimiento. Intentó hablarle con la mirada, sus ojos rogaban que se detuviera, no quería que Bruno la tocara, lo último que le apetecía era sentir su cuerpo sobre el de ella, pero no se atrevió a verbalizarlo así que permitió que él la tumbara en la cama y siguiera besándola. Bruno comenzó a desnudar su torso, deshacía los botones de la camisa poco a poco, eternizando la tortura, y mientras lo hacía Nicole solo quería llorar. Reprimió sus lágrimas, atragantándose con ellas mientras él deslizaba su boca hasta sus caderas.

◆◆◆

Sofía llegó apresurada a la oficina, casi sin aliento, interrumpiendo el silencio reinaba allí dentro. Hugo, Claudia y Paula giraron sus cabezas al mismo tiempo cuando escucharon el ruido de la puerta.

—¿Habéis visto el mensaje? ¿Os ha llegado? —dijo antes de tan siquiera saludar.

—Sofía, ¿qué haces aquí? ¿No deberías estar recuperándote? —Paula la miró confundida.

—Olvídate de eso ahora, ¿habéis recibido el mensaje? —Sofía respiraba con dificultad, estaba intentando recuperar el aliento, pero la carrera hacia la oficina la había agotado.

—¿De qué hablas? ¿Qué mensaje?

Sofía sacó el teléfono de su bolsillo y les mostró la pantalla con el mensaje de Samuel. Hugo le arrebató al móvil de las manos y miró la pantalla boquiabierto.

—¡Está vivo! Samuel está bien.

—Eso no lo sabemos, puede que alguien le haya obligado a escribir ese mensaje —dijo Paula.

—Si alguien supiera de nuestra existencia habrían venido a matarnos, no se hubieran puesto a mandar mensajitos —replicó Sofía.

—En cualquier caso, tenemos que estar atentos y buscar a Samuel para seguirlo de cerca —añadió Paula.

—Claudia.

Claudia estaba concentrada en alguno de los archivos de su ordenador, había visto a su compañera entrar por la puerta y había vuelto a su trabajo al instante. Escuchaba ocasionalmente lo que decían sus compañeros sin apartar la vista de su pantalla. Cuando Sofía entró, los vio a todos allí, junto al escritorio de la Claudia observando lo que sea en lo que estuviera trabajando.

—¿Sí?

—¿Puedes hacer algo con esto? ¿Crees que puedes encontrar la ubicación del móvil? —preguntó Sofía extendiéndole el dispositivo.

—Déjame ver.

Claudia comenzó a teclear y abrir todo tipo de programas que los demás desconocían. Pasaban los minutos y aún seguían rodeando a Claudia que seguía haciendo su trabajo. Hugo resopló cansado, Paula se sentó en una de las sillas y Sofía no despegaba los ojos de la pantalla.

—Por mucho que os quedéis aquí no voy a obtener resultados antes —dijo Claudia después de un rato largo, cuando ya comenzaba a sentir la presión de sus compañeros que no se despegaban de ella.

—Tienes razón. —Sofía resopló y se levantó de su silla. Caminó hasta la máquina de café, metió unas monedas y pulsó uno de los botones. El sonido del chorro de café cayendo en su vaso de plástico la estaba hipnotizando, Sofía estaba muy concentrada en ver a la máquina haciendo su trabajo cuando oyó aquella voz.

—¿Cómo te encuentras? —Hugo le dedicó una sonrisa amable.

—Hola. Bien, estoy bien. Un poco preocupada por Samuel, ya sabes… pero mucho mejor ahora que sé que puede estar vivo.

—¿Y tu herida? ¿Aún te duele?

—Casi nada, ya estoy lista para volver —dijo Sofía haciendo un gesto con la mano para restarle importancia—. He estado caminando y haciendo deporte incluso, así que no veo motivo para no trabajar.

—Qué bien. Me alegro.

—Ya está. Lo encontré —dijo Claudia desde el otro lado de la sala.

Todos corrieron a hacia la mesa de su compañera, el café se tambaleó violentamente en el vaso, Sofía había estado a punto de derramar el líquido sobre sí misma.

—Mirad, esta es la ubicación.

Claudia abrió un programa de mapas en el ordenador y señaló un barrio de ricachones con poquísimas casas rodeado de árboles. Era un lugar de difícil acceso que separaba unas viviendas de otras con frondosos bosques.

—Es El Puerto de Teira. Está aquí —dijo Sofía.

—Parece que está en alguna de estas casas, o al menos su teléfono.

—Joder, a saber qué le están haciendo ahí dentro.

—Que no cunda el pánico, sabemos dónde está y eso es lo importante. Esperemos a que vuelva a escribirte y si no lo hace, nosotros mismos iremos a por él.

Sofía asintió.

—Es cuestión de tiempo que lo haga. Me dijo que lo volvería a

hacer.

—Muy bien, mientras tanto me aseguraré de seguir su posición y te alertaré de cualquier cambio. No hay mucho más que podamos hacer ahora, esperemos un par de días.

—Está bien. Gracias, Claudia. Gracias a todos, en realidad, por trabajar tan bien mientras yo no he estado.

—Para eso estamos, nos vemos.

Sofía cogió su bolso y se dirigió a la salida mucho más tranquila, estaba muy satisfecha de haber encontrado la posición de Samuel, ya sabían cuáles iban a ser sus siguientes pasos y eso apaciguaba sus inquietudes.

Pasó todo el camino recordando sus veinticuatro horas con Dalia, había sido un viaje corto pero intenso, les había dado tiempo a conocerse más, a calmar sus deseos y las ansias de tocarse que se habían apoderado de ambas desde su última separación.

Sofía sintió cierta culpabilidad al haber tenido que acabar con su pequeña excursión tan temprano, recordó que ni siquiera se había despedido de Dalia ni le había dado las gracias por la sorpresa, estaba segura de que ella la entendería cuando se lo explicara, pero quiso mandar un mensaje para calmar sus nervios.

Sofía:
Siento haberme ido tan pronto. Te lo compensaré.

Sofía llegó a su casa con una agradable sensación de haber estado haciendo las cosas bien, satisfecha con sus compañeros e impaciente por recibir noticias de Samuel. Recogió el correo sin siquiera molestarse en comprobar quién le había mandado la correspondencia. Entró y saludó a su mascota. Estaba a punto de sentarse cuando sintió la vibración del móvil.

Dalia:
¿Crees que podrás? Mira que te he dejado el listón alto…

Sofía:
No sabes de lo que soy capaz.

Dalia:
Pues no dejes que me lo imagine.

En realidad, Sofía no había pensado nada para compensar a Dalia y al haber mandado ese mensaje tan desafiante sentía que acababa de caer su propia trampa, ahora tenía que averiguar la manera de sorprender a Dalia o al menos de tener un detalle con ella por las molestias que se había tomado para preparar el viaje.

Se sentó en el sofá y comenzó a pasar por sus dedos una carta tras otra, estaba harta de recibir correo domiciliado, siempre eran las mismas facturas que le recordaban el imponente socavón que iban a provocar en su cuenta bancaria.

—¿Banco Hispania? —dijo para sí misma.

Aquello era raro, hacía tiempo que la detective había dejado de recibir cartas del banco, si le llegaba un aviso importante este solía hacerlo a través del teléfono. Sofía abrió el sobre y cuando leyó las primeras líneas, sin necesidad de comprobar el contenido completo de la carta, palideció:

Estimada Srta. Quirós:

Nos dirigimos a usted para informarle de que, si continúa el impago de la hipoteca acordado con nuestra entidad bancaria, nos veremos obligados a proceder al desahucio…

Sofía no pudo seguir leyendo porque comenzó a ver las letras borrosas, todas colapsaban entre sí y por más que intentaba darle sentido a aquella carta, no podía. Notó cómo se aceleraban los latidos de su corazón y cómo el miedo se había apoderado de su garganta, anudándola, impidiendo que el aire pasara a través de ella. Seguía boquiabierta cuando se levantó del sofá, aún sostenía el papel en su mano, incrédula.

—No puede ser, no puede ser…

Con tantas emociones recientes en su vida, la detective había olvidado por completo los problemas económicos que venía acarreando los últimos meses, ¿o eran años? Ya ni lo recordaba. Pero este era el más grave de todos, nunca la habían amenazado con echarla de su hogar. Era cierto que debía varios meses, pero confiaba en que aún tenía tiempo y en que era algo que se podía solucionar, sin embargo, el tiempo se estaba acabando y tenía que hacer algo si no quería sumar otro problema a su lista interminable.

Capítulo 14

Siguió corriendo aun cuando ya no tenía aliento, sus piernas cada vez pesaban más, temblorosas, Samuel pensaba que estaban a punto de ceder para hacer que se golpease la cabeza contra el suelo. Pero ahora no podía detenerse, era impensable, todavía podían alcanzarle alguna de las balas, tenía que encontrar refugio y mantenerse a una distancia prudente.

Cuando se adentró en la ciudad y dejó el bosque atrás se apoyó en una de las papeleras para recuperar el aire, y estuvo ahí unos cinco minutos, mirando a su alrededor para comprobar que no le había seguido nadie. Logró calmarse cuando pudo verificar que estaba solo, que las personas que le rodeaban no prestaban atención a lo que hacía, cada uno de los transeúntes parecía tener una labor propia con la que cumplir. Unos iban al trabajo, otros disfrutaban de los escaparates que exponían prendas a un precio ridículamente caro y los adolescentes en grupo reían alto intentando llamar la atención de sus amigos y de toda la gente que pasaba por allí.

Samuel volvió a sentir que estaba a punto de vomitar, estiró el cuello de su camiseta y escupió al suelo. Si seguía mucho tiempo allí, parado de esa manera iba a comenzar a llamar la atención, así que luchó por incorporarse y contra todo pronóstico lo logró. Suspiró y caminó al frente, estaba agotado, pero parecía que sus piernas estaban recuperando poco a poco su musculatura, miraba de reojo a las señoras que pasaban con sus bolsas para comprobar si alguien lo estaba observando transportar una sospechosa cantidad de dinero, pero para su fortuna nadie le estaba prestando la más mínima atención. Todo el mundo era ajeno a la muerte prematura que el muchacho había estado a punto de sufrir. No se podía creer que nadie hubiera escuchado aquellos disparos, ni lo hubieran visto aparecer en aquella calle corriendo, a punto de desfallecer con diez mil euros a sus espaldas.

Continuó su camino cabizbajo, cojeando levemente, aún faltaba mucho para llegar a la casa de Gabriel así que lo mejor era seguir andando sin mirar atrás. Llevaba unos cinco minutos caminando

cuando su descanso finalizó y escuchó el estallido de aquel escaparate que tenía a un lado. Samuel se llevó las manos a la cabeza y se giró para evitar que alguno de los pequeños cristales que habían salido disparados le alcanzaran.

Se lanzó a correr sin ni siquiera comprobar la causa de aquel altercado tan repentino, iba tan rápido que su vista comenzó a difuminar todo a su alrededor, haciendo que los objetos y las personas perdieran sus formas originales. Las enormes zancadas que daba hacían que casi temblara el suelo y que la gente comprobara asustada de dónde venía aquel tremor tan inesperado. Si antes las personas habían ignorado por completo la presencia de Samuel, ahora el muchacho parecía una superestrella de fama mundial del que no apartaban las miradas. Todo el mundo giraba su cabeza hacia atrás cuando el detective los rebasaba a una velocidad de auténtico deportista de élite. Las señoras mayores que trasladaban sus compras de un lado a otro se hacían a un lado escandalizadas ante la desconsideración del muchacho que parecía capaz de arrollar a todo lo que se ponía por delante. Hacían comentarios despectivos sobre la juventud y su mala educación, haciendo hincapié en cómo aquello jamás hubiera ocurrido en sus tiempos.

Pero Samuel estaba demasiado ocupado esquivando personas, puestos de fruta, farolas y otros obstáculos como para escuchar lo que tenían que decir aquellas ancianas cotillas, era como si la gente se hubiera puesto de acuerdo en dificultarle el paso. No podía detenerse. Y no lo iba a hacer.

Cuando estaba a punto de perder el aliento vio de reojo una sombra enorme aproximándose por el lado de la carretera, cuando se acercó lo suficiente, Samuel comprobó de qué se trataba. Giró levemente el cuello y vio un coche negro a su altura, siguiendo el ritmo de sus pasos, por la ventanilla del vehículo asomaba un hombre con cara de auténtico perturbado. El desconocido apuntaba el arma directamente a Samuel, que agachando la cabeza logró esquivar otro de los disparos, dejando un estallido de cristales a su paso una vez más. Si aquel hombre no lo mataba, Gabriel lo iba a hacer si Samuel no llegaba a casa con el dinero, así que más le valía correr y deshacerse de sus perseguidores.

Después de continuar con su carrera durante varios segundos más, llegó a la conclusión de que no tenía sentido seguir corriendo hacia delante, aquel coche era mucho más rápido que él y lo iba a poder perseguir tanto tiempo como desease. Además de ser más lento, comenzaba a notarse cada vez más cansado, no iba a poder continuar a ese ritmo mucho más tiempo, así que, con un movimiento ágil, cambió radicalmente el sentido de la marcha, haciendo que el vehículo en un primer momento continuase su camino en línea recta,

pero que después diera un frenazo e intentara dar la vuelta para seguir el nuevo destino del detective.

Samuel optó por adentrarse en una de las pequeñas calles dejando atrás el asfalto para correr sobre un suelo empedrado. Tomó todas las direcciones posibles, girando a derecha e izquierda, tratando de despistar a cualquiera que le siguiera, pero aquellas calles no eran tan anchas y una vez lo tuvieran a tiro solo tendrían que apretar el gatillo para acertar.

Paró un segundo y miró a su alrededor, contempló todas las opciones posibles y finalmente optó por una pequeña cafetería.

Samuel irrumpió en el lugar haciendo que todas las cabezas se giraran a su paso. Su ropa y su pelo estaban hechos un desastre, además estaba sudando lo que no contribuyó a lograr discreción. El detective ni siquiera se percató en todas las miradas que lo envolvían, no prestó atención a las personas que estaban allí. Buscó hasta encontrar el baño de mujeres y entró en él, dejando tras de sí las miradas de reproche de toda esa gente.

Una vez en el baño, analizó rápidamente el interior y miró hacia las cuatro paredes. Sintió cómo el corazón se le subía momentáneamente a la garganta cuando comprobó que allí no había ningún lugar en el que esconderse más allá de las puertas que guardaban los inodoros. Samuel volvió a sentir el aire en sus pulmones cuando descubrió una minúscula ventana en una de las paredes, cercana al techo. Intentó trepar varias veces, pero la ventana estaba demasiado alta y a pesar de la gran estatura del detective era muy difícil atravesarla. Era demasiado pequeña, cada vez que intentaba apoyar ambos brazos en ella, sus codos sobresalían. Trató de apoyar los pies inútilmente en la pared para coger impulso, pero aquellos resbaladizos azulejos solo lograban dificultar sus intenciones.

Dentro de la cafetería un grito grupal se ahogó cuando los clientes vieron entrar a un hombre armado. El desconocido no parecía tener intenciones de disimular que llevaba una pistola en la mano ni parecía querer ocultar lo que podía hacer con ella. La mayoría de los allí presentes se quedaron petrificados, sin ser capaces tan siquiera de emitir sonido alguno. Unos se intentaba escurrir disimuladamente debajo de la mesa, otros tenían un bocado de comida en la boca y parecían ser incapaces de seguir masticando y otros comenzaban a entrar en pánico.

El hombre armado ignoró todo lo que ocurría en el establecimiento y se dirigió rápidamente al baño de hombres. No contó con la astucia de Samuel que había optado por el baño femenino, un movimiento clave que le permitió ganar tiempo.

Cuando el delincuente tuvo la ocurrencia de dirigirse al baño del sexo contrario ya era demasiado tarde y lo único que vio al entrar

fue un ventanuco con uno de los cristales abiertos. El hombre reaccionó todo lo rápido que pudo y corrió hacia la salida para comprobar que ya no había rastro del detective.

Samuel agradeció sus genes y su complexión delgada cuando después de unos segundos eternos logró salir por aquella ventana diminuta.

Corrió y corrió y cuando comprobó que ya había pasado suficiente tiempo y que no tenía a nadie tras de sí se dirigió hacia el ruido de los coches, las personas y los establecimientos que provenían de una de las calles más céntricas.

El detective creía que se iba a desmayar, hacía mucho tiempo que no ejercitaba su forma física y se lamentó por ello. Vencido por el agotamiento entró en el primer autobús que vio abrazando su mochila, pagó el billete y se sentó en uno de los puestos vacíos, se escurrió en su asiento con la mirada triste tratando de ocultarse de las personas del exterior. Finalmente pudo descansar cuando el conductor inició la marcha y comenzó a alejarse de aquella zona.

—¿No está tardando mucho?

Gabriel Mendoza solo tuvo que lanzar una mirada a su hombre para que cerrara la boca y dejara de hacer preguntas. El joven bajó la mirada como un perro al que su dueño acababa de sermonear y retrocedió unos pasos para ponerse firme.

Todos estaban en silencio, parecía que nadie se atrevía a hablar. No era posible que a Nicolò se le hubiera ocurrido la idea de engañar a Gabriel, sería una manera muy estúpida de morir. Si aquel niñato pretendía tomarles el pelo iba a tener que pensar un plan mejor. No tardarían en encontrarlo y hacerle pasar un mal rato antes de poner fin a su miserable vida.

—Tenía que haber llegado ayer —se atrevió a decir otro de los imprudentes.

—Lo sé —respondió Gabriel con un tono de voz grave, sin ni siquiera molestarse en mirarlo.

Antes de que alguien más se atreviera a irritar al Príncipe, la puerta de la entrada se abrió con violencia y un Samuel agotado entró por ella.

El detective intentó recomponerse y mostrar seguridad, debería haber entregado el dinero el día anterior por lo que Gabriel no debía estar muy contento. Samuel extendió el brazo para entregar la mochila a su nuevo jefe, pero este se mantuvo de brazos cruzados mirándolo fijamente. El detective, lejos de intimidarse, abrió la cremallera, sacó los billetes poco a poco y comenzó a colocarlos sobre la mesa ordenadamente.

—Ocho mil, nueve mil y diez mil. Aquí está todo.

Gabriel mantenía una expresión seria, pero ahora parecía un poco más satisfecho. El resto miraba a Samuel y esperaba la temida reacción de su jefe.

—No me interesa saber por qué has tardado tanto, pero la próxima vez que pase estás fuera.

A pesar de los eufemismos empleados por parte del jefe, Samuel entendió perfectamente que su vida corría serio peligro si volvía a meter la pata. El detective asintió.

—Te demostraré que voy en serio —dijo Samuel.

Gabriel colocó su mano en el hombro del muchacho y sonrió.

—Claro que lo vas a demostrar. Ven por aquí —respondió él.

Samuel tragó saliva con dificultad y siguió a su jefe. Todos los hombres presentes en la habitación siguieron a ambos. Al detective le resultaba familiar el camino que estaban recorriendo y confirmó que era conocido cuando llegaron a la misma sala en la que lo habían retenido y golpeado.

—Pasa —le indicó Gabriel con la mano.

La puerta metálica estaba cerrada y Samuel ahogó todas sus preguntas para obedecer las órdenes y evitar enfrentamientos. Cuando se adentró en la sala se sorprendió al ver a un hombre en unas condiciones muy similares a las que había vivido él tan solo unos días atrás. Sin embargo, el desconocido tenía su ropa mucho más limpia y apenas mostraba síntomas de haber sido golpeado, aunque parecía muy inquieto. Varias capas de cinta americana cubrían su boca que parecían impedirle respirar con normalidad, tenía el rostro enrojecido e hinchado, sobre él descendía una corta melena desaliñada y grasienta de cabellos finos y pobres. Era un hombre de mediana edad, llevaba una camisa de cuadros con los primeros cuatro botones abiertos que dejaban ver la vejez en su pecho.

El desconocido no paraba de moverse, intentaba deshacerse inútilmente del nudo que mantenía sus muñecas unidas sacudiéndose violentamente en la silla al mismo tiempo que emitía sonidos incomprensibles acolchados por la cinta.

Samuel no entendía nada de lo que estaba pasando, no había visto a aquel hombre en su vida y no tenía ni idea de qué esperar.

—Bien, lo conocerás, ¿no? —dijo Gabriel interrumpiendo el cauce que estaban tomando los pensamientos del detective.

Samuel no sabía qué decir, podría ser una pregunta trampa, ¿era buena idea seguirle el juego a Gabriel? ¿O era mejor sincerarse y no parecer prepotente?

—¿Qué? —dijo para intentar ganar unos segundos—. Eh… sí, claro.

—Quizá te preguntes por qué hemos traído aquí a uno de los cerdos de El Dorado.

Samuel exhaló aliviado al recibir un poco de información sobre la identidad de aquel hombre, ahora podría improvisar mejor y sabría a dónde dirigir sus comentarios. Miró a Gabriel esperando a que continuase con su discurso, este le sonrió.

—Es tan solo otro pequeño trámite para formalizar tu formación y entrada en La Salvación.

El detective comenzó a pensar y llegó rápidamente a una conclusión, aquello no le gustaba nada. Si Gabriel pretendía que Samuel hiciera lo que estaba imaginando iba a tener que ser mucho más convincente.

—Cuando termines te daremos el diploma —bromeó uno de los hombres que se encontraba a espaldas de Samuel, arrancando varias risas al unísono de los allí presentes. Gabriel sonrió de medio lado. El detective giró la cabeza y le clavó la mirada al graciosillo de turno, tuvo que reprimir sus instintos más primarios para no ir hacia él y partirle la cara.

—Toma.

Gabriel sostenía tranquilamente una pistola en su mano, esperaba que su nuevo discípulo la tomara.

Samuel aún nervioso cogió la pistola apuntando hacia el suelo.

—Venga, dispara —añadió El Príncipe señalando al secuestrado con la barbilla, esperaba con los brazos cruzados.

—¿Qué? ¿Por qué? —Samuel no pretendía desafiar a su nuevo jefe, pero aquello le parecía una locura. ¿Había disparado antes un arma? Claro que sí, en incontables ocasiones, pero nunca había llegado a matar a nadie y menos de manera tan gratuita.

El detective miró a aquel hombre que seguía agitándose en la silla y no pudo evitar sentir pena. Era más que probable que un miembro de El Dorado hubiera hecho cosas mucho más espeluznantes que acabar con la vida de una persona, pero Samuel no era nadie para dictaminar justicia y menos de una manera tan violenta.

—¿Me estás vacilando? —Samuel no sabía qué contestar, se quedó ahí de pie sujetando la pistola como un pasmarote—. Has estado insistiendo en lo mucho que quieres demostrar tu compromiso con La Salvación, qué mejor manera de hacerlo que matando a uno de tus excompañeros. Nuestros peores enemigos.

El desconocido dejó de hacer movimientos extraños para fruncir el ceño, no entendía nada, miraba a Samuel confundido.

—¿No sería mejor retenerlo aquí para que nos dé información? Quizá nos pueda ser útil.

—Me estoy empezando a cansar. ¿Ahora me vas a decir cómo hacer mi trabajo?

—No, no… es solo que… ya que lo tenemos aquí, quizá nos pueda ayudar.

—¿Qué te crees? ¿que no lo hemos intentado? Las ratas de El Dorado no hablan. Es hora de acabar con él.

Antes de que alguno de los dos hombres pudiera continuar con la discusión, un sonoro suspiro alertó a todos. Ambos dirigieron la mirada al miembro de El Dorado que acababa de liberarse de la cinta que lo silenciaba. Respiraba con dificultad, como si el aire pesara de repente.

—Yo nunca he visto a este hombre —dijo mirando al suelo, dándole un aire aterrador a la escena.

Samuel abrió aún más los ojos, como si se le fueran a salir de las órbitas. Gabriel miró al detective boquiabierto y después al secuestrado.

—¿Qué? —esta vez era Gabriel el que no entendía nada.

—No lo conozco, os está tomando el pelo.

El gesto de Gabriel se tornó aterrador, oscuro y agresivo.

Samuel sonrió de medio lado y miró al hombre de la silla.

—Déjalo, no te molestes. Tus intentos no te van a servir de nada aquí —dijo el detective.

—No sé quién es, nadie de El Dorado lo…

Y antes de que pudiera terminar la frase una explosión de sangre salpicó el rostro de Samuel que acababa de apretar el gatillo. La bala había atravesado el cráneo de aquel hombre que había estado a punto de poner en peligro al detective y todo su plan. Todos se mantuvieron en silencio observando la sangre resbalar por el rostro de aquel hombre, las gotas de sangre resonaban por toda la habitación al golpear el suelo.

Samuel devolvió el arma a Gabriel y salió lentamente de la sala dejando atrás a todos los hombres con un desagradable chirrío de la puerta metálica que acabó en un sonoro portazo.

Capítulo 15

—¿Entonces cuánto tiempo tengo para realizar el pago?

—El dieciocho de octubre se cumplirán cinco meses del primer impago…

—¿Y eso qué significa?

—Una vez hayan transcurrido cinco meses desde el primer impago se incluirá al titular de la hipoteca en una lista de morosos, es decir, a usted.

Sofía resopló. Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no descargar su rabia contra aquella directora de banco, pero la chulería y la desgana que había estado mostrando durante toda la llamada no estaban ayudando. Miró el calendario que colgaba en su pared y comprobó que tan solo faltaban dos semanas para el dieciocho de octubre.

—¿Dos semanas? ¿Dentro de dos semanas se cumplen los cinco meses?

—Así es. Además del importe de cada mensualidad de la hipoteca le recordamos que debe abonar los intereses por atraso.

Sofía hizo una mueca burlona tras el teléfono.

—Sí, sí…

—¿Tiene usted alguna otra duda?

¿Alguna duda? Sofía no sabía por dónde empezar, tenía decenas de preguntas, de hecho, no había entendido la mitad de la conversación que acababa de tener al teléfono. Los nervios y el estrés le habían nublado el pensamiento y no lograba recordar de qué habían hablado ni de cómo proceder ante una situación tan desagradable.

—No.

Su orgullo era mayor que sus preocupaciones así que empujó todas las preguntas hasta el fondo de su garganta para impedir que salieran por su boca y sin decir nada más colgó el teléfono. Lanzó el móvil al sofá y se dejó caer en él.

Preocupado por los síntomas de tristeza que mostraba su dueña, el perro de Sofía se acercó y lamió sus manos tratando de consolarla. Sofía correspondió los cariños de su mascota y acarició su cabeza.

—Qué haría yo sin ti, ¿eh? —dijo jugueteando con el hocico de su perro.

Sonó el teléfono. Sofía se echó para atrás en el sofá y se apoyó en el respaldo, se llevó las manos a la cara e hizo un gesto de agobio.

—Dejadme en paz, por favor —dijo desesperada.

Pasaron unos segundos hasta que se dignó a mirar la pantalla y leer la notificación que acababa de recibir. Se sorprendió al ver que no se trataba del banco, pero aún más de que fuera ella, que, como si le hubiera leído el pensamiento, había llegado para sacarla de aquella tristeza en la que se estaba sumergiendo.

Dalia:
Esta noche a las diez en la Calle del Arenal Número 12.

Sofía:
Hola a ti también.

Dalia:
Es una orden.

Sofía:
¿Hay código de vestimenta o alguna orden más?
¿Me pongo guapa o…?

Dalia:
No demasiado.

Sofía:
???

Dalia:
No quiero que me pongas nerviosa.

Sofía:
A sus órdenes.

Sofía sonrió de medio lado al leer los mensajes de Dalia y volvió a dejar caer el teléfono en el sofá, esta vez con mucho mejor ánimo. Se quedó unos minutos sonriendo mientras miraba el techo hasta que se levantó vigorosamente y se dirigió al baño tarareando una canción.

◆◆◆

Dalia comenzó a dar golpecitos con el pie sobre la acera, miraba hacia ambas direcciones buscando rastro de cualquier vida humana, pero la calle estaba completamente vacía y lo único que escuchaba era el sonido de su propia ropa al moverse. Estaba oscuro, pero por la leve luz de la farola que iluminaba el callejón podía ver el vaho que expulsaba al respirar. Estaba de brazos cruzados, temblaba de frío, parecía nerviosa y se preguntó si era buen momento para encender un cigarro, pero antes de que pudiera seguir planteándoselo

vio a Sofía acercándose hacia ella con paso acelerado. Miraba a un lado y al otro, como si la estuvieran siguiendo y parecía tener tanto frío como ella. Dalia sonrió al verla llegar.

—Vaya sitios a los que me traes… ¿Acaso quieres secuestrarme?

—Ya te gustaría —respondió Dalia antes de depositar un beso tierno en los labios de Sofía que sonrió en respuesta al escuchar ese comentario.

Parecía que la detective no había atendido las peticiones —u órdenes— de la mujer que tenía enfrente porque Dalia comenzó a tener problemas para recordar cómo se articulaban las palabras tan pronto la vio de cerca. Llevaba una vestimenta informal, nada que llamara demasiado la atención, pero estaba tan guapa que Dalia tuvo que hacer uso de su imaginación para pensar en otra cosa que no fuese en lanzarse a sus labios nuevamente.

Su pelo largo, habitualmente recogido en una coleta alta, esta vez estaba suelto, sus ojos azules brillaban al mirar el rostro de la morena y su sonrisa divertida hizo que Dalia se llevara la mano al estómago para impedir que las mariposas se escaparan volando.

—¿Qué? —Sofía enarcó las cejas y sonrió confundida, no era habitual que Dalia estuviese tan callada.

—Eres muy desconsiderada —dijo finalmente.

En un primer momento, Sofía giró la cabeza hacia un lado sin entender a qué venía ese comentario, pero luego sonrió.

—Te he puesto nerviosa, ¿eh? —dijo dándole una palmadita en las caderas. Sofía sonreía de oreja a oreja, le divertía que por una vez fuera la morena la que no supiera qué decir.

Dalia puso los ojos en blanco y sonrió avergonzada.

—Anda, pasa —dijo señalando la puerta entreabierta de aquel sitio.

Sofía siguió las indicaciones y empujó la puerta que chirrió sin hacer demasiado escándalo. Estaba oscuro, no se distinguía nada, tropezó con uno de los escalones que bajaban al interior. Dalia encendió la vieja lámpara del techo que proporcionaba una luz tenue, era la única fuente de iluminación además de algunos neones viejos en las paredes del local por lo que los ojos de Sofía necesitaron varios segundos para ajustarse a las condiciones de iluminación tan escasas.

La detective sonrió satisfecha, era un ambiente muy íntimo, privado y hasta se podría decir que romántico. Se giró y miró a Dalia que estaba tras ella, quieta, esperando una reacción por parte de Sofía que no entendía por qué la morena no decía nada, hasta que le hizo un gesto con la cabeza para señalarle la única mesa que estaba colocada en la sala.

Sofía ahogó un gritito y se llevó la mano a la boca sorprendida,

había entrado hace varios segundos y aún no había visto la mesa decorada con flores que tenía a su lado. Dalia sonrió al ver su reacción.

El antiguo bar estaba casi vacío, en una de las esquinas se divisaba una pila de mesas amontonadas que sostenían unas gruesas cadenas, parecía que hacía mucho tiempo que no veían el exterior pues acumulaban una capa de polvo de varios milímetros. Los muros de ladrillo, el reloj de pared y los distintos carteles denotaban que el local había pasado años sin ser abierto, tenía un aspecto que la gente llamaría hoy en día vintage. Tras la barra, las botellas colocadas en los estantes alcanzaban el techo y acumulaban casi tanto polvo como las mesas encadenadas.

Parecía que Dalia se había tomado la molestia de poner un poco de orden, pues el suelo estaba impecable y todo lo que rodeaba la mesa estaba libre de polvo y suciedad.

—Deja que te ayude con esto —dijo Dalia retirando el abrigo de las espaldas de Sofía.

—¿Me puedo sentar? —preguntó Sofía sacando una de las sillas.

—Claro.

—¿Y todo esto? —dijo la detective señalando con un movimiento circular lo que había sobre la mesa.

—Esto es nuestro oasis. Nadie nos va a llamar, nadie nos va a buscar, aquí nadie puede molestarnos —respondió caminando hacia la mesa, había dejado el abrigo de Sofía en un perchero junto a la entrada. —Ni siquiera llega la cobertura…

—Suena bien. Suena muy bien —dijo Sofía haciendo hincapié en el «muy».

—Y ahora, voy a proceder a mostrarle el menú del día, solo para clientes exclusivos.

Sofía asintió expectante.

—Como primer plato, tenemos tallarines con salsa de soja, verduras y carne que he pedido para llevar en el único restaurante chino que había abierto porque no me ha dado tiempo a cocinar nada.

Sofía sonrió, miraba a Dalia embobada, se movía con gracia y cuando hablaba captaba toda su atención. Era una mujer muy carismática, pensó que se le podría dar bien presentar programas de televisión.

—Como segundo tenemos *gyozas* de cerdo y arroz. Para beber le ofrecemos dos opciones únicas: agua del grifo o la única cerveza que no está caducada.

—Debo decir que estoy impresionada. Nunca había recibido un trato tan personal en un restaurante.

—Pues hoy el personal estará a su entera disposición, solo para

usted —dijo Dalia sirviendo la comida en los platos.

—Agua del grifo para mí, por favor.

—Ahora mismo.

—Y de postre…—comenzó a decir mientras rellenaba la copa de Sofía con agua. La detective observó en silencio cómo la morena comenzó a deslizar lentamente su dedo por el muslo que cuando alcanzó la tela de la falda la subió con suavidad para ir desvelando su piel—. Y de postre helado de chocolate. Venía en el menú —dijo Dalia de repente, borrando de un plumazo los pensamientos cada vez más subidos de tono que se le estaban cruzando por la mente a Sofía.

La detective sonrió avergonzada y ocultó su rostro tras su mano, cogió una de las servilletas de tela y se la lanzó a Dalia, esta la cogió al vuelo y rio.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

—Estoy impresionada por el trato tan exquisito y el menú VIP. ¿Y este sitio? No me digas que lo has allanado, por favor.

Dalia rio.

—¿Me ves capaz de eso?

—De eso y mucho más.

La morena miró hacia arriba y sonrió de medio lado, como si Sofía le acabara de decir un cumplido.

—Pues deja de preocuparte, es un local familiar, pero lleva cerrado unos años.

—Vaya, parece que te va bien, cuántas propiedades —dijo Sofía sorprendida. Recordó el coche de Dalia, como casi siempre pagaba por todo y los sitios elegantes y caros a los que la había llevado.

Dalia sonrió.

—La tienda va bien, sí. Pero mis propiedades son mi coche, mi casa y este sitio, nada más.

Sofía sonrió melancólica al pensar en su casa, dejó de escuchar momentáneamente a Dalia, escuchaba un murmullo, pero no distinguía nada de lo que estaba diciendo. «Propiedades… deber ser bonito», pensó al recordar que estaba a punto de perder su hogar, aquel que tanto esfuerzo le había costado construir.

—¿Qué pasa?

Dalia se percató inmediatamente del cambio en la expresión de Sofía, o era una persona extremadamente atenta o era capaz de leerle el pensamiento.

Sofía sacudió la cabeza quitándole importancia al tema.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —insistió Dalia.

—Sí, no te preocupes.

—¿Seguro?

—Sí, sí. De verdad.

—Bueno, cuando quieras me lo cuentas. ¿Comemos?

Sofía reprimió un suspiro, Dalia era demasiado perspicaz, pero agradeció que le diera un respiro y cambiaran de tema.

—¿Y tú? ¿Qué es lo quieres decirme? —contratacó la detective. Tuvo claro desde un primer momento que si Dalia había preparado todo aquello era con alguna intención.

—Nada en particular. Quería estar a solas contigo sin que nos molestasen. Tómatelo como un pequeño gesto de cariño.

—Ya… — dijo Sofía dando un sorbo a su copa.

Hablaron durante horas y disfrutaron de la cena, devorando todo resto de comida presente en la mesa. Una vez más, la madrugada las alcanzó, pero continuaron sentadas conversando a pesar de que los alimentos habían desaparecido hacía rato.

Dalia bromeaba como siempre y con sus comentarios tan agudos lograba sonrojar a la detective, esto envalentonaba a Sofía que se atrevía a flirtear y a devolverle algunos comentarios ingeniosos, haciendo que Dalia no supiese qué decir y que la mirase como un león mira a su presa, como si estuviera a punto de devorarla. Sofía era plenamente consciente de ello y no se dejaba intimidar, le sostenía la mirada y la sonrisa bravucona torturando a la morena que estaba haciendo todo lo posible para no pasar a la acción.

Para distraerse ambas, más que por qué les resultara interesante llevaban varios minutos hablando de asuntos banales como sus trabajos y lo que habían estado haciendo durante la semana.

Siguieron conversando, tocando todo tipo de temas, Sofía hablaba y hablaba y la morena escuchaba atentamente hasta que parecía que no pudo aguantar más cuando de repente soltó:

—¿Por qué nos salimos?

Sofía, que estaba dando un sorbo a su bebida, casi se atragantó con el agua. Bajó la copa incrédula, lentamente, con la boca abierta mientras una sonrisa se le empezaba a dibujar.

—¿Perdón? —no sabía qué más decir.

—Que me gustaría que saliésemos. Que estuviéramos juntas, que fuésemos pareja —Dalia no podía estar siendo más clara.

—¿Me estás pidiendo exclusividad? —preguntó.

—No. Te estoy pidiendo un poco más de tu tiempo y… el título de novia. —Parecía un poco más nerviosa tras pronunciar esas palabras. —Lo que hagas con otras personas no es asunto mío.

—Creía que no querías tener pareja.

—Lo que no quiero son ataduras. Tú no eres nada de eso, eres un respiro, un descanso de todo y de todos —dijo Dalia dejando entrever que anhelaba un poco de paz en su caótica vida.

Sofía sonreía con dulzura, sentía ternura al oír hablar a la morena con tanta sinceridad, sin filtros, como si no temiera a su reacción ni al rechazo.

—En ese caso, el título es todo tuyo.

—¿De verdad?

Antes de que Sofía pudiera contestar, Dalia saltó de la mesa, agarró de las mejillas a la detective y besó con fuerza sus labios.

—Esto hay que celebrarlo —añadió triunfante.

Dalia fue tras la barra y se agachó buscando algo, estuvo varios minutos revolviendo botellas y otros trastos viejos hasta que finalmente salió con el trofeo en sus manos.

—Aquí está.

Se acercó a la mesa y descorchó la botella de champán sobresaltando a ambas. Sirvió el contenido dorado en las copas y brindaron alegremente.

A Sofía tampoco le importaba demasiado lo que hiciera Dalia cuando no estuvieran juntas mientras estuviera bien y no se metiera en líos, además, por cómo la miraba, el modo en que la trataba y cómo se comunicaba con ella, Sofía estaba bastante segura de que la morena no estaba demasiado interesada en otra persona que no fuera ella así que no tenía por qué desconfiar en ella.

Llevaban caminando unos veinte minutos, las dos habían estado conversando activamente, pero desde hacía unos cinco minutos, Sofía no estaba escuchando nada de lo que decía Dalia.

Caminaba cabizbaja, con un sutil gesto de preocupación, parecía que la emoción de que Dalia le hubiera pedido salir se le había esfumado. Para Dalia, que no se le escapaba nada, la expresión de Sofía no había pasado desapercibida, miraba a la detective de reojo y se preguntaba si estaría escuchando algo de lo que estaba diciendo.

—¿Me estás escuchando? —la morena no se pudo resistir a preguntar.

—¿Qué? —Sofía parecía que acababa de regresar a su cita. —La verdad es que no, lo siento.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te tiene tan preocupada?

Parecía que las palabras de Dalia estaban surtiendo efecto finalmente, pues la detective parecía que comenzaba a derrumbarse. Mantenía la mirada en el suelo y evitaba a toda costa hacer contacto visual con Dalia, que la agarró del brazo e hizo que frenara el paso tan pronto vio las lágrimas brotar de sus ojos.

—Sofi, ¿qué ocurre? ¿Debería preocuparme?

Sofía limpió su húmeda nariz con la mano y negó con la cabeza, quería explicarle todo a Dalia, pero las palabras se le habían hecho un nudo en la garganta.

—Sofía, dímelo, por favor.

—Tranquila, no se ha muerto nadie ni ha ocurrido una desgracia.

—Entonces, ¿por qué estás así?

Ambas se detuvieron, el parque que estaban atravesando parecía un lugar lo suficientemente íntimo para conversar con tranquilidad de lo que sea que tuviera a Sofía tan angustiada. Era muy tarde y el sitio estaba vacío, las farolas iluminaban pobremente el camino de tierra, lo justo para que pudieran ver por donde pisaban, también dejaban ver la fina niebla que estaba formando la madrugada.

—Me van a desahuciar.

Dalia frunció el ceño extrañada.

—¿Qué? ¿Y eso por qué?

—Por impago. Llevo mucho tiempo distraída con muchas cosas que están pasando en mi vida y ni siquiera recordaba que debía tanto dinero. Creo que mi cerebro omitió esa información automáticamente para evitar que colapsara.

—Joder… putos bancos. No se cansan de asfixiar a la gente. ¿Y no hay nada que puedas hacer? ¿No te pueden prestar dinero tus padres o…? Perdón. Tu padre —Dalia se rascó la nuca incómoda, pero Sofía parecía no haber prestado atención a su metedura de pata.

—Qué va, mi padre está aún peor que yo y mis amigos… tienen situaciones complicadas. Me han avisado de que si no pago en las próximas dos semanas entraré en la lista de morosos.

—Ni que fueras una criminal, joder —Dalia sonaba realmente indignada.

Las lágrimas de Sofía cada vez eran más abundantes y caudalosas.

Dalia le sostuvo las manos frías sin saber qué más decir. Apenó su gesto al ver llorar a la detective y como si aquello fuera a detener su llanto la abrazó y acarició su pelo.

—Tranquila, encontraremos una solución. Algo se podrá hacer.

Sofía cerró los ojos y se apoyó en el pecho de Dalia que la apretó aún más contra su cuerpo. La detective se mantuvo ahí, respirando el perfume de la morena que funcionaba como el mejor de los calmantes.

Ya no hacía frío.

Capítulo 16

Samuel tocó a la puerta, pero nadie abrió. Miró alrededor y retrocedió unos pasos buscando a un lado y a otro a cualquier persona que pudiera atenderle. Volvió a acercarse a la puerta y acercó la oreja para intentar comprobar si había alguien dentro, pero no escuchó nada.

—¿Hola? Ya estoy aquí.

El detective estaba muy nervioso, hacía más de un día que no veía a Gabriel Mendoza ni a ningún miembro de La Salvación, no tenía ni idea de lo que le esperaba ni de si su teatrillo del último día había funcionado, cuando sin previo aviso acabó arrebatándole la vida a una persona que no había visto nunca. Aquello le llevaba atormentando las últimas veinticuatros horas, la infiltración estaba llegando a su peor momento, donde Samuel no pensaba que llegaría nunca.

No había pegado ojo y apenas había comido, sus esfuerzos por mantenerse en buen estado habían sido en vano, pues las imágenes de su primer asesinato se le repetían una y otra vez ¿y si alguien lo descubría? ¿y si era él el que acababa en la cárcel durante la mayor parte de su vida por intentar hacer justicia y encarcelar a un montón de criminales de verdad? «De verdad». Ahora él también era un criminal de verdad y, aunque no hubiera hecho cosas tan perturbadoras como el resto de los de La Salvación no era mejor que ellos, había matado a una persona a la ligera solo para salvarse el pellejo y poder continuar con un plan que no sabía dónde iba a acabar y que quizá ni siquiera tenía sentido.

Cuando salió de aquella habitación que ahora le atormentaría para siempre, Samuel corrió al baño y vomitó, no podía creer lo que acababa de hacer y, de hecho, aún no lo había logrado procesar.

Mientras tanto, trató de engañarse a sí mismo y se dijo que todo lo había hecho por una buena razón, que aquel hombre probablemente era un cáncer para la sociedad y que su muerte estaba justificada, pero, aunque probablemente todo aquello fuera verdad, no se creía nada de lo que se estaba diciendo.

Comenzó a recordar nuevamente con detalle todo lo que había pasado aquel día y de nuevo sintió que estaba a punto de enfermar, pero, por suerte, en ese instante alguien abrió la puerta por fin y Samuel pudo dirigir su atención hacia otra cosa.

—Sé más discreto, imbécil. —Uno de los hombres de Gabriel lo agarró del brazo y lo obligó a entrar.

Samuel se encontró con una escena que ya le resultaba familiar, Gabriel con su cara de mal humor usual y sus perritos falderos haciendo lo de siempre: unos fumaban, otros comían y otros jugueteaban con sus pistolas.

—Quiero felicitarte personalmente por lo que hiciste el otro día. —El Príncipe se acercó y estrechó la mano del detective, que aún parecía confundido.

—Gracias. Fue un placer —mintió.

—Al acabar con una de las ratas de El Dorado has demostrado tu compromiso con nosotros, por eso vas a tener la oportunidad de colaborar en una misión importante. Kalajara.

Gabriel hizo un gesto con la cabeza a uno de sus hombres, este se acercó a Samuel y tomó la palabra.

—Me imagino que ya estás al tanto de cómo nos la jugaron los de El Dorado en el hotel. Nos iban a vender armas, pero al final nos chantajearon y nos amenazaron. Así que, si no quieren dárnoslas por las buenas, vamos a ir nosotros mismos a por ellas y nos las vamos a llevar… y de paso también nos vamos a llevar por delante a algunos de esos cabrones.

Samuel, que escuchaba atentamente, asintió.

—¿Para cuándo está previsto el robo? —preguntó.

—Para dentro de dos días.

—Llevamos meses estudiando todo lo que rodea a El Dorado y a sus armas, sabemos dónde se encuentran, la seguridad del sitio y cómo obtenerlas. Ven por aquí.

Samuel siguió al hombre y lo mismo hicieron los demás. Dentro de la habitación se encontraban otros hombres que el detective no había visto nunca y en el centro una mesa unos planos. Todos los desconocidos iban armados y miraban el mapa esperando que ocurriera algo.

—Bien, ya estamos todos aquí —dijo Kalajara. —Este es el plano de la casa de campo de Claudio Caruso, hermano de Adriano y mano derecha. Aquí se encuentran las armas.

Todos escuchaban atentamente, intrigados y un poco nerviosos. Gabriel no estaba presente y Samuel se preguntó por qué.

Kalajara era un hombre tranquilo, parecía una persona sabía que nunca haría daño a nadie. A Samuel le recordó a un profesor de universidad que estaba explicando la lección. Parecía una persona

pacífica, en contra de la violencia, probablemente tenía un pasado en algún trabajo o campo de estudio mucho más tranquilo. Vestía diferente a los demás, con camisa de rayas, pantalones vaqueros y un cinturón anticuado, llevaba unas gafas rectangulares que le negaban cualquier posibilidad de parecer un criminal.

—Las armas han estado aquí todo el tiempo y están muy bien protegidas. —Kalajara colocó sobre la mesa distintos papeles, mucho más pequeños que los planos. En ellos se observaban las siluetas en blanco y negro de numerosos hombres que rodeaban la casa y los alrededores, como si fueran dueños del bosque entero. La casa era enorme, tenía piscina, coches de lujo en el interior y en cincuenta kilómetros a la redonda lo único que se veía eran árboles. Samuel no tenía ni idea de cómo iban a lograr llegar hasta ahí—. Hemos reclutado a todo un ejército de hombres. Somos muchos y estamos preparados.

Samuel sintió una punzada de estrés al ver cómo Kalajara explicaba con todo lujo de detalles el procedimiento que iban a seguir para dar el golpe. Lo explicaba de manera rápida y fluida, quizá demasiado, pues al detective le estaba costando seguir el ritmo y memorizar aquella cantidad ingente de información. Pero se mantuvo en silencio todo el tiempo, lo último que quería era dar la impresión equivocada, trató de prestar atención y no desviar la mirada de aquellos planos.

Estuvieron en la habitación durante horas, recibiendo información sin parar. Todos parecían extremadamente concentrados, como si su vida dependiera de aquella misión. Después de las numerosas horas de explicación muchos se aventuraron a hacer preguntas que Kalajara respondía de buen gusto, para que nadie quedara con dudas y todos tuvieran claro lo que tenían que hacer. Samuel fue el único que se mantuvo callado todo el tiempo.

En la sala principal Gabriel hablaba al teléfono.

—Encuéntrala y date prisa, joder.

—La he buscado por todas partes, por todos los sitios a los que suele ir y no hay manera de localizarla.

—Bruno, estamos a punto de realizar el golpe más importante de tu puta vida y no hay rastro de mi hermana. Más te vale encontrarla.

—Llevo llamándola desde ayer y el teléfono ni siquiera da tono, lo debe tener apagado.

—Si Nicole no está aquí para ir al robo vas a ser tú el que pague las consecuencias. Búscala y tráela como sea —dijo antes de colgar.

Gabriel dio un manotazo a la mesa y apretó los dientes. Exhaló con fuerza antes de volver a coger su móvil.

—Nicole, ¿dónde coño estás? Ya sabes lo que tenemosque hacer dentro de dos días. Date prisa o no vas a ver nada de dinero, y ya sabemos lo que te gusta gastar. Si no apareces estás fuera. —Envió la nota de voz.

Gabriel se recompuso cuando escuchó los pasos de sus agentes acercándose. Todos agacharon sus cabezas a modo de saludo cuando lo vieron y formaron una fila en horizontal.

—Bien, ¿lo tenéis todo claro?

Todos asintieron.

—Podéis marcharos.

Todos se dirigieron a la puerta en silencio y se montaron en sus coches. Samuel caminaba directo hacia la puerta hasta que la mano de Gabriel lo frenó.

—¿Dónde crees que vas? ¿Te hemos preparado una habitación de invitados y nos quieres hacer el feo?

Samuel lo miró sin saber bien qué decir.

—A tu cuarto. —Gabriel cambió el tono de voz y se volvió mucho más grave. Samuel obedeció y se dirigió a la habitación en la que había estado durmiendo. Gabriel quería tenerlo bien controlado ya que había llegado en unas circunstancias muy sospechosas así que lo había obligado a dormir en aquella casa con algunos de sus hombres que lo vigilaban constantemente.

El detective se tumbó en la cama y sacó de su bolsillo los papeles que había sustraído hábilmente de la sala de los mapas. Encendió la lámpara que se encontraba en la mesita de al lado y comenzó a trazar círculos, flechas y otros pequeños símbolos en las imágenes que le habían mostrado anteriormente. Sacó una libreta y comenzó a escribir notas y una especie de pasos a seguir.

Estudiaba concienzudamente el plan para robar las armas, hacía un rato, mientras explicaban el procedimiento, había captado, con suerte, el cincuenta por ciento de todo lo que se había dicho, no se sentía preparado y aquello lo angustiaba. Temía no seguir el plan como debía y que esto le trajera problemas con Gabriel, temía que su vida peligrara si cometía algún error y sobre todo temía que la infiltración con SOMBRA quedara al descubierto.

Por eso se pasó horas y horas repasando paso por paso lo que tenían que hacer él y sus compañeros, imaginó todas las situaciones de peligro posible y planeó cómo escapar de ellas, pero pronto las imágenes volvieron a su mente.

Samuel corrió al baño que había dentro de la habitación y mojó sus manos, repartió el agua, por su cara, su cuello y su pecho, desabotonó los primeros botones de la camisa para dejar pasar el aire y humedeció desde su nuez hasta su pecho, trazando una línea descendente con su mano. Su garganta volvió a convertirse en un

nudo doloroso que no le dejaba respirar. Tenía mucho calor y comenzó a sentir sudores fríos, limpió con la parte exterior de la mano su frente perlada y, viendo que su cuerpo ardía cada vez más se quitó la camisa y metió la cabeza bajo el grifo. Comenzó a jadear y su tez a enrojecer, se llevó las manos a la cabeza repitiendo en su mente «¿Qué he hecho?» una y otra vez. Sintió la urgencia de llamar a Sofía, se sentía muy solo, pero era demasiado arriesgado, ahora que había conseguido llegar a ese punto, lo último que quería era tirarlo todo por la borda.

Antes de decidirse a infiltrarse en La Salvación, Samuel era muy consciente de todos los peligros que conllevaba, sabía que su vida correría mucho peligro y que podría estar a punto de morir, pero no dejaba de sentirse culpable por haberle quitado la vida a un hombre que ni siquiera conocía.

Estuvo dando vueltas por su habitación hasta marearse, se sentó en su cama con las manos en la cabeza y respiró hasta que sus latidos bajaron las pulsaciones. Pasaron unos minutos hasta que logró tranquilizarse y convencerse de que lo que había hecho no era tan malo como parecía. Finalmente logró serenarse y desvió el estrés que sentía hacia el robo, tan solo faltaban dos días y aún tenía mucho que memorizar. Cuando deshizo el nudo de su garganta cogió su libreta y retomó sus apuntes.

◆◆◆

—¿Que te gustaría más si dejara de fumar? —Dalia rio—. Va a estar complicado.

—A ver, no te voy a negar que tiene su puntito sexy, como cuando me estás esperando apoyada en el coche con un cigarro en la mano… pero ya sabes, es insalubre, huele mal etc. etc. —Sofía le extendió la taza con agua.

—Bueno, compraré mentolados por ti —dijo tomando la taza entre sus manos.

—Huelen igual de mal.

—¿Saco a relucir todo mi romanticismo por ti y así me lo pagas? —Dalia

parecía incrédula, negó con la cabeza decepcionada—. Además, si me quisieras lo harías con mis virtudes y mis defectos. —Dio un sorbo a la taza.

—Ey, ey, ey, para el carro, ¿quién está hablando de querer? —dijo Sofía.

Dalia enarcó una ceja y miró a Sofía desafiante.

Estaba sentada en la cama de la detective, con las rodillas recogidas y el pelo revuelto, daba pequeños sorbos a su taza. Llevaba una camiseta grande que Sofía le había prestado y unos pantalones

cortos de pijama. Sofía extendió la mano para recoger la taza y colocarla en la mesa, pero cuando se acercó, Dalia la sorprendió derramándole el contenido sobre su ropa.

La detective quedó boquiabierta y la morena rio.

—Vaya, debería tener más cuidado. Claro, es normal que no quieras a una persona tan torpe como yo.

Sofía se recuperó del shock y arrebató con rapidez la taza de las manos de Dalia, agarró sus muñecas y la obligó a tumbarse en la cama. La detective parecía muy enfadada, pero Dalia, lejos de intimidarse sonrió pícara.

—Veo que sabes lo que me gusta —dijo la morena con una sonrisa. Besó la nariz de la detective haciendo que perdiera toda la seriedad que intentaba mantener.

Sofia sonrió avergonzada y liberó las muñecas de Dalia para levantarse de la cama, pero antes de poder ponerse de pie por completo, la morena agarró con fuerza su camiseta y la atrajo hacia sí, obligándola a quedar encima de ella nuevamente.

—No te vayas en la mejor parte —dijo.

La morena besó con fuerza los labios de Sofía que no opuso resistencia y se dejó llevar. Dalia agarró de la nuca a la detective atrayéndola aún más hacia sí, deslizó la otra mano por su cuello e intentó palpar su piel en vano, pues había demasiada ropa de por medio. La morena, con un movimiento rápido, se colocó sobre Sofía haciendo que ahora fuera esta quien quedara debajo. La detective se incorporó para sentarse y abrazar la espalda de Dalia para que no perdiera el equilibrio sin despegar sus labios. La sostenía por la cintura y cuando la morena no aguantó más le quitó la camiseta. Antes de que Sofía pudiera contratacar, Dalia ya se había deshecho de su ropa igualmente para pegar su piel morena a la tez pálida de Sofía y las caderas de esta con sus piernas, impidiendo que hiciera otra cosa que no fuera besarla.

Volvieron a enredarse entre las sábanas durante horas y cuando ambas creyeron que fue suficiente cayeron en la cama derrotadas. Se quedaron mirando el techo sin decir nada durante unos minutos.

—Oye, que… voy a tener que hacerte enfadar más a menudo —bromeó Dalia.

Sofía giró el cuello y sonrió con dulzura. Miró el rostro de la morena de arriba abajo y se volvió a perder en sus pecas y en sus ojos verdes. Besó su frente.

—¿Hay algo más que te preocupe? —preguntó Dalia percatándose de la leve expresión de inquietud en la cara de Sofía.

Sofía negó con una sonrisa melancólica. Dalia la miró con desaprobación, estaba claro que no se creía nada.

—Mientes fatal.

Sofía volvió a mirar el techo.

—Sería bonito que confiaras más en mí ahora que somos novias. —Dalia enarcó las cejas y sonrió pícara para quitarle hierro al asunto, logrando sacarle una sonrisa a Sofía como de costumbre.

—Si no es eso, no es que no confíe, es que… es un tema delicado.

—Está bien, no insistiré.

Dalia agarró de la mano a Sofía por debajo de las sábanas y la apretó, ambas volvieron a observar el techo.

—Es solo que hace mucho que no veo a un amigo y no sé muy bien dónde está.

—¿Cómo? ¿Está desaparecido? ¿Has denunciado? —Dalia frunció el ceño sorprendida.

«Como si fuera tan fácil», pensó frustrada.

—No, él me avisó de que se iba, pero hace mucho que no sé de él y me preocupa que no esté bien.

—¿Recibe los mensajes que le mandas o ni siquiera hay rastro de él?

—Sí, los recibe, pero hace mucho que no contesta.

—¿Te dijo a dónde iba? ¿Te haces una idea de dónde podría estar?

—Se fue a descansar a una casa rural, pero no sé dónde. Debería estar en la provincia.

Dalia se quedó pensativa.

—Enséñame una foto, así si algún día me lo encuentro podré avisarte. —Dalia sonrió intentando transmitirle un poco de ánimo a Sofía.

Aunque aquello sonaba improbable, la detective se incorporó y alcanzó el marco de su escritorio, Dalia hizo lo mismo y tomó el marco de sus manos.

—Es él —dijo Sofía señalando con el dedo al único hombre de la foto.

En la foto estaba él junto a Sofía, ambos equipados para hacer senderismo con ropa de invierno y gorros de lana. El muchacho llevaba unos pendientes y sonreía alegremente, ambos lo hacían. Tenían los brazos en alto y parecían felices. La foto no era reciente, el papel estaba ligeramente gastado y la calidad de la imagen no era la mejor.

—Normalmente tiene el pelo rubio —indicó la detective.

El semblante de Dalia cambió por completo, frunció el ceño y acercó aún más la foto a sus ojos, como si hubiera visto algo muy extraño en ella.

—¿Qué pasa? —Sofía se alertó.

Dalia seguía observando la foto como si intentara encontrar

algo.

—Dalia. ¿Lo conoces?

—No, no, me resulta familiar, creo que lo he visto antes pero no estoy segura.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—No lo sé, pero no me hagas mucho caso, ni siquiera sé si lo he visto o si se parece a alguien que conozco.

—Ah. —Sofía parecía decepcionada con esa respuesta—. Bueno, si por casualidad lo ves alguna vez avísame, aunque lo dudo.

—Sí, claro. —Dalia aún parecía estar pensando en el rostro de aquel chico, creía haberlo visto antes, pero no estaba nada segura así que decidió restarle importancia. Agarró el hombro de Sofía y la atrajo hacia sí para abrazarla—. Tranquila, estoy segura de que aparecerá, si le hubiera pasado algo grave ya lo sabrías así que no te preocupes demasiado.

—Supongo —dijo apoyándose en su hombro.

Capítulo 17

Sofía creyó que estaba a punto de perder el aliento y desfallecer cuando tocó la puerta del edificio donde se encontraban las oficinas de SOMBRA. Pero no era para menos, la llamada que había recibido había hecho que se alarmase y volviera a dejar Dalia sola. Sonaba urgente, por el tono de voz de Hugo parecía que había ocurrido la peor de las tragedias.

—¿Sí? —había dicho al coger el teléfono. Miró a Dalia que aún dormía plácidamente.

—¿Sofía? Menos mal que has contestado. Rápido tienes que venir.

—Hugo, tranquilízate, ¿me puedes decir qué pasa?

—Es Samuel.

A Sofía se le dispararon todas las alarmas cuando escuchó aquellas palabras y antes de que Hugo pudiera continuar la oración, la detective habló.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? No me asustes.

—Parecer que los de La Salvación se han enterado de que era un infiltrado.

Sofía palideció y la cara de fantasma que puso logró que Dalia se levantara. La morena, que se había despertado hacía unos segundos con el tono sorprendido de la detective, se incorporó y se restregó un ojo intentado recuperar la visión.

—¿Qué pasa? —dijo apenas sin voz, todavía seguía medio dormida. Sofía ignoró completamente la presencia de Dalia y sus palabras.

—No puede ser, ¿qué estás diciendo, Hugo? Si esto es una broma de las tuyas te advierto que no tiene ni puta gracia. —La detective estaba cada vez más alterada.

Dalia continuaba observando a Sofía confundida, no quiso decir nada más porque era obvio que no la estaba escuchando así que esperó pacientemente a que terminara de hablar por teléfono.

—Sofía, ¿crees que bromearía con algo así? ¿Cómo se te ocurre? —dijo Hugo tras el teléfono—. Ven, por favor, es una

emergencia y te necesitamos.

—Vale, salgo ya, estaré allí lo más rápido que pueda —respondió Sofía con decisión.

—¿Qué pasa? ¿Todo bien?

—No. —Sofía saltó de la cama y recogió del suelo sus pantalones del día anterior, se los puso e hizo lo mismo con su camiseta.

Dalia la observó vestirse sin saber qué más decir, Sofía la miró y se detuvo momentáneamente.

—Perdón. Ha sido una llamada inesperada. Son noticias de mi amigo —dijo abrochándose el último botón del pantalón.

—¿Y está bien?

—No lo sé, eso voy a comprobar. Siento dejarte aquí. —Sofía besó sus labios—. Quédate cuanto quieras —dijo antes de coger su bolso y salir de la habitación.

Ahora que estaba a punto de llegar a SOMBRA, su conversación con Dalia se repetía en su mente una y otra vez y no pudo evitar sentirse culpable de haberla dejado plantada en su habitación tan de repente.

No se molestó en esperar al ascensor y subió las escaleras a toda velocidad, las cuatro plantas nunca se le habían hecho tan largas. Esquivó a todas las personas del edificio con agilidad y devolvió el saludo torpemente a algunas otras. Cuando entró por la puerta todas las cabezas allí presentes se giraron para mirarla. Sofía ignoró a todos y buscó a Hugo, Claudia o Paula con la mirada. Allí estaba, al fondo de la sala, cuando Hugo la vio se levantó rápidamente de la mesa y dejó de lado a la persona con la que estaba conversando.

—¡Sofía! Menos mal que estás aquí.

—¿Qué ha pasado? Cuéntamelo todo. ¿Dónde están Paula y Claudia?

—Están en la sala de briefing, ven.

Hugo caminaba lento y Sofía lo seguía apurada, el muchacho ahora parecía de lo más tranquilo y aquello la estaba haciendo enfadar. Hacía unos minutos casi le provoca un infarto con aquella llamada misteriosa y ahora parecía que de repente no tenían prisa.

—¿Estás preparada? —Hugo sujetaba el pomo de la puerta con suspense, parecía que aquella situación le estaba divirtiendo.

—¿Eres imbécil? Abre ya —dijo señalando la puerta con un gesto furibundo. Sofía no entendía por qué Hugo alargaba aquella tortura sin sentido.

Hugo obedeció y abrió la puerta lentamente, revelando el interior con misterio. Sofía tardó unos segundos en procesar que quien estaba sentado en la silla con las piernas cruzadas era Samuel y cuando lo hizo dejó caer su bolso al suelo.

Sofía se quedó boquiabierta, petrificada, mientras a Samuel se le comenzaba a dibujar una sonrisa.

—¿Qué pasa? ¿No te alegras de verme? —dijo el chico.

Sofía seguía anclada al suelo sin poder reaccionar hasta que Samuel se levantó de la silla y le dio un abrazo que ella le correspondió con dificultades

—Samuel…—pudo decir finalmente—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a informar. Y a darte una sorpresa.

Sofía observó su rostro milímetro a milímetro, estaba claro que le habían estado golpeando, Samuel aún tenía algunas heridas frescas en la cara.

—Me temía lo peor, creía que estabas en peligro o que te habían matado.

—Vaya, tú tan optimista como siempre.

—¿A informar de qué? ¿Se sabe algo? —Las palabras de Samuel llegaron con retraso a los oídos de Sofía.

—Va a haber un robo. Gabriel nos ha informado de un golpe muy importante.

—¿Qué robo? ¿A quién?

Samuel miró a todos sus compañeros para comprobar que prestaban atención.

—Como Adriano no quiso venderles las armas a La Salvación han decidido robarlas para hacerse con ellas y para joder, vamos que quieren marcar territorio. Por eso me he escapado, para contároslo y para que os infiltréis conmigo.

—Estupendo, puedes empezar cuando quieras —dijo Paula sin tacto alguno, interrumpiendo a los dos. Sofía la miró con desgana.

—Tiene razón, Gabriel no sabe que me he ido.

—Sí, anda, empieza. No vaya a ser que te echen de menos —dijo Sofía dándole un empujoncito en el hombro para que se colocara tras el atril.

Samuel comenzó a hablar con suma profesionalidad, parecía que por una vez no le apetecía bromear. Todos se dieron cuenta de que se estaba tomando la infiltración y el tema del robo muy en serio, su vida había peligrado y no estaba dispuesto a morir por un fallo tonto. Sofía y los demás escuchaban con atención y la detective no podía evitar sonreír orgullosa al ver a su mejor amigo haciendo tan bien su trabajo.

Sofía lo sabía, sabía que, a pesar de ser una persona muy bromista que no se tomaba casi nada en serio, Samuel era una persona extremadamente profesional y sabía que se le daba realmente bien su trabajo. El muchacho podía persuadir a cualquiera, fuese Gabriel o el terrorista más buscado. El único problema era mantener el anonimato y no levantar sospechas, para ello tenía que vivir prestando atención

constantemente a lo que hacía y lo que decía y esa era, sin duda, la parte más delicada de su investigación.

Samuel contó con todo lujo de detalles en qué consistía el robo y cómo iban a proceder, se notaba que la noche anterior se había aprendido la lección concienzudamente. Ahora en SOMBRA conocían todos los pasos que iban a dar e iban a estar preparados para darle apoyo en todo momento, lo que templó mucho más los nervios del equipo. Paula y los demás indicaron cómo iban a estar apoyando a Samuel y estuvieron debatiendo durante horas cuál era la mejor estrategia.

—Y eso es todo. —Samuel bajó de la tarima.

—Perfecto, estaremos preparadas —dijo Paula.

—Y preparado —añadió Hugo levantando el dedo para indicar su presencia.

—Y preparado —dijo Paula dándole unas palmaditas en el hombro a Hugo.

—¿Tiene tiempo para un café, James Bond? —preguntó Sofía —. Va a tener que ser de la máquina, pero sé que los echas de menos. —Samuel sonrió. —Es demasiado arriesgado que vayamos a un lugar público.

—¿Café instantáneo con vaso de plástico? No podría rechazarlo jamás. Vamos.

Se sentaron en la mesa gigante de la sala de briefing mientras esperaban que Hugo les trajera los cafés, él mismo se había ofrecido a llevárselos, estaba de buen humor por la vuelta de Samuel.

—¿Cómo ha sido todo? ¿Te han hecho daño? —Era una pregunta tonta y Sofía lo sabía. Ella misma había visto cómo le daban una paliza el día que lo secuestraron, cuando Samuel dejó un rastro de sangre en el suelo tras su partida.

—Bueno, digamos que se olvidaron de la fiesta de bienvenida, pero estoy bien. Siento la adrenalina del robo, pero estoy más que preparado, creo que todos se han tragado que soy un desertor de El Dorado.

Sofía asintió comprensiva.

—Eso es genial, nos dejas mucho más tranquilos.

Hugo llegó con los cafés.

—Aquí tenéis —dijo colocando los endebles vasitos de plástico sobre la mesa.

—Gracias —dijeron al unísono.

—Ah, casi se nos olvida. Te queríamos preguntar algo importante, Samuel —añadió el muchacho. Sofía frunció el ceño, ella se había mantenido al tanto de todas las novedades, ¿qué podría querer decir Hugo que ella no supiera? —. En tu infiltración, en todos estos días, ¿has visto a alguna mujer cerca de Gabriel o de sus

hombres?

Claudia y Paula llegaron y se unieron a la conversación. Samuel se rascó el cuello pensativo y miró hacia arriba.

—Mmm… No. No que yo recuerde. —Negó con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó Sofía confundida.

—Hemos visto algo raro revisando todas las imágenes de Gabriel —dijo Paula.

—¿Y por qué no se me ha informado? ¿A qué viene tanto misterio? ¿Qué es lo que habéis visto?

—Lo descubrimos ayer, no hemos tenido tiempo de avisar hasta ahora —puntualizó Claudia.

—A ver, calma —dijo Paula haciendo un gesto con las manos para indicar que todos se tranquilizaran—. En las imágenes hemos visto lo que parece ser una mujer joven cerca de Gabriel. Está casi siempre cerca de él o en los alrededores cada vez que está en un sitio público.

—Creemos que asiste a todas las reuniones —añadió Hugo.

—Ahora que lo dices… cuando me secuestraron estuve maniatado en un zulo durante días. Apenas pude ver nada porque no paraban de golpearme y tenía la vista muy borrosa, pero un día…— Todos escuchaban con atención las palabras de Samuel—. Vino a darme de comer una mujer.

Los cuatro detectives se quedaron pensativos.

—¿Sabes algo de ella? ¿Oíste un nombre o algo por el estilo?

—No —contestó Samuel decepcionado—. Estuve inconsciente la mayor parte del tiempo.

—Un momento —dijo Paula antes de abandonar la sala.

—Quizá no tenga mucha relevancia, puede que sea la novia de alguno de ellos —planteó Sofía.

—Es que es raro porque está presente en el noventa por ciento de las reuniones de Gabriel —rebatió Hugo—. ¿Tú llevarías a tu novia o amiga a una reunión de trabajo?

—Especialmente una reunión de ese tipo de trabajo —añadió Claudia.

—No, la verdad es que no —dijo Sofía.

Paula llegó con el portátil y lo colocó sobre la mesa.

—Las imágenes que tenemos son de muy mala calidad, apenas son siluetas, pero nos pueden ayudar a estar más atentos en el futuro —dijo abriendo el ordenador—. Aquí está la mujer misteriosa. —En las imágenes se veía la silueta borrosa de lo que parecía ser una mujer joven, aunque, a decir verdad, por la calidad de las fotografías, esa mujer podía tener cualquier edad o incluso no ser una mujer.

Samuel se acercó a la pantalla y miró con atención, pasó las imágenes una a una y las analizó todas.

—Sí, podría ser ella. Solo recuerdo que tenía el pelo muy largo y rizado, pero no pude distinguir nada de su cara.

Sofía pensó en Dalia, estaba deseando volver a verla.

—Creemos que puede pertenecer a la familia de Los Mendoza, podría ser la hermana de Gabriel o un familiar cercano —dijo Paula.

—¿Gabriel tiene una hermana? —preguntó Sofía extrañada.

—Si Gabriel le permite estar presente en las reuniones más importantes no puede ser una persona cualquiera —dijo Hugo.

—Muy bien, pues a investigar y a tirar de ese hilo. Estamos un poco más cerca —dijo Sofía dándose una palmadita en las rodillas.

Paula recogió el ordenador portátil de la mesa y salió por la puerta sin decir nada más junto con Hugo y Claudia. Sofía y Samuel se quedaron mirándose el uno al otro durante varios segundos.

—Y tú, ¿qué? Te veo de buen humor —dijo Samuel.

—Nada, tú estás sano y salvo, hace sol…—comenzó a decir Sofía con una sonrisa bobalicona.

—¿Y…? —preguntó Samuel intrigado.

—Y he conocido a alguien.

—Ah, eso.

—¿Cómo? ¿Eso qué?

Cuando Samuel se dio cuenta de la reacción tan poco efusiva que había tenido ante la noticia del noviazgo de Sofía, tartamudeó e hizo aspavientos con las manos intentado buscar una excusa hasta que finalmente se rindió.

—Nada, es que antes de que vinieras, estos tres me han estado contando que te han visto por ahí con una chica.

—Cotillas —dijo Sofía con cansancio.

—¿Y cómo es? ¿Dónde la has conocido?

—¿Te acuerdas de la chica del hotel, cuando fuimos a espiar la reunión de Gabriel?

—Sí, aquella que te dejó sin habla.

—Sí… bueno, la volví a ver un día de casualidad por la calle y Marta le dio mi número sin que me diera cuenta.

Samuel sonrió.

—Suena a algo que Marta haría.

—Al principio la quise matar, pero tengo que reconocer que me ha hecho el favor de mi vida. Algún día te la presentaré, es maravillosa.

—Vaya, vaya, Sofía Quirós, la persona más desencantada con el mundo que conozco ha vuelto al mercado del amor.

—¿Qué le voy a hacer? Nadie se podría resistir a una mujer así.

—Sí, la verdad es que era guapa, sí. Si lo vuestro no funciona, ya sabes. —Samuel se llevó la mano al oído imitando un teléfono.

Sofía puso los ojos en blanco.

—No tienes nada que hacer, chaval. Bebe los vientos por mí —dijo Sofía con chulería.

—Y tú por ella, por lo que veo.

—Qué va —respondió avergonzada.

—Bueno, pues ya me avisarás de cuando es la boda —bromeó él.

—Serás el primero en recibir la invitación.

Estuvieron conversando durante varios minutos más, sobre Dalia, sobre la vida y sobre sus circunstancias actuales. Ambos estaban felices de poder verse y charlaron como si al día siguiente Samuel no estuviera a punto de allanar la casa de uno de los delincuentes más importantes del planeta. Bromearon, rieron y durante esos instantes la vida de Sofía volvía a ser tranquila, ¿qué más podía pedir?

—Me tengo que ir —Samuel aprovechó un breve silencio para decir las palabras que tanto estaba evitando decir.

Sofía asintió y se levantó de la silla.

—Hasta pronto.

Se abrazaron.

—Si ves a Gabriel, dale un tiro de mi parte.

—Hecho. —Samuel le guiñó el ojo a su amiga.

Sofía observó a Samuel marcharse con melancolía, no sabía cuándo lo iba a volver a ver, pero aquel encuentro la había llenado de esperanza. Samuel estaba bien y eso era todo lo que importaba. La infiltración seguía en marcha y ahora tenían más información sobre Gabriel y sus planes, si el robo salía bien, Samuel se habría ganado su confianza y podría seguir obteniendo pruebas contundentes sobre los actos criminales que La Salvación cometía diariamente para acabar con ellos y dar carpetazo a una etapa tan oscura de sus vidas.

—Ah, por cierto. —Samuel se asomó por la puerta—. Felicidades.

Sofía lo miró y suspiró cansada.

—Gracias.

Capítulo 18

Sofía llegó a su casa con un buen sabor de boca por primera vez en mucho tiempo, todos estaban preparados para el robo y sabían lo que tenían que hacer a la perfección, además de ello, Samuel estaba sano y salvo, no se podía decir que estaba ileso porque aún conservaba heridas y magulladuras en el rostro, y probablemente en el resto del cuerpo, pero Sofía no quiso indagar demasiado para no preocuparse ni traer de vuelta recuerdos desagradables a la mente de su amigo. Faltaba tan solo un día para el gran momento y Sofía no podía esperar a estar un paso más cerca de acabar con Los Mendoza.

Cuando apoyó la mano en el pomo, antes de introducir la llave en la cerradura, recordó que había dejado a Dalia sola sin previo aviso, había tenido que salir corriendo una vez más y apenas le había dado alguna explicación, ni siquiera había tenido tiempo de mandarle un mensaje a lo largo de la mañana, así que, si Dalia estaba enfadada y decidía no hablar con Sofía durante un par de días, la detective lo entendía perfectamente, no tenía derecho a protestar.

Entró y su sorpresa fue ver una tarta de cumpleaños con las velas encendidas y una tarjetita al lado. «Marta», pensó. Sofía sopló las velas para evitar que la cera cayera en la tarta y se llevó la mano al bolsillo para mandar un mensaje de texto a su mejor amiga.

Sofía:
Muchas gracias. No tenías por qué molestarte, ya sabes que no me gusta celebrar mi cumpleaños.

Sofía odiaba su cumpleaños y del mismo modo odiaba cualquier celebración y/o regalo relacionado con ello. No recordaba cuándo había perdido la ilusión que sentía de niña por el día de su cumpleaños, pero lo que sí sabía era que aquella palabra ahora significaba dos cosas: soledad y tristeza. La detective nunca había tenido muchos amigos, de hecho, se había limitado a mantener a Marta y a Samuel en su vida y aquello le parecía más que suficiente. A lo largo de su adolescencia y su etapa estudiantil adulta había tenido buena relación con muchas personas e incluso había trabado

amistades pasajeras que durante un tiempo le aportaron momentos de gran felicidad, pero aquello siempre acababa, todas sus relaciones personales tenían fecha de caducidad y Sofía era plenamente consciente de que todas ellas estaban destinadas a morir, excluyendo a sus dos mejores amigos de la infancia, para las buenas y las malas, Samuel, Marta y Sofía estaban condenados a estar juntos.

Ese era el motivo principal por el que pretendía ignorar su cumpleaños durante el resto de su vida, la presión social. Le asfixiaba no tener con quien hacer grandes celebraciones, fiestas o viajes, la presión de tener que estar feliz y rodeada de seres queridos el día de su cumpleaños era una losa con la que no estaba dispuesta a cargar. Sofía solo tenía a Marta, Samuel y a su padre en su vida, y tres personas que nunca lograba juntar en un mismo sitio no eran suficientes para hacer una fiesta por todo lo alto ni celebraciones de ninguna índole, así que prefería no celebrar nada, además, la detective mostraba tanta indiferencia hacia la fecha en que nació que ni siquiera sus amigos se acordaban de hacerle algún regalo, era algo que ella aseguraba que no le importaba, pero en las profundidades de su corazón le entristecía un poco. En realidad, no era culpa de ellos, ella se había encargado durante años de recordarles lo poco que le gustaba aquella fecha tan señalada con amenazas, por si se atrevían a darle alguna sorpresa o un regalo, así que sus seres queridos en realidad solo estaban obedeciendo sus deseos.

Además de todo ello, desde hacía un tiempo, cumplir años y hacerse mayor la agobiaban cada vez más, desde que había cumplido los dieciocho Sofía sentía que la vida se le escapaba entre los dedos y no había manera de atraparla para frenarla un poco. Cuantos más años cumplía más rápido se le pasaba el tiempo y aunque su vida no estuviera rebosante de felicidad envejecer para acabar muriendo no le hacía ninguna ilusión. Cada vez se miraba más al espejo, angustiada por si su cuerpo manifestaba el pasar de los años con alguna mancha en la piel o arruga en la cara. Era absurdo y lo sabía, acababa de cumplir veintinueve años y ya sentía que tenía un pie en la tumba, intentaba anular ese discurso a menudo, pero era algo que siempre acababa volviendo a su mente. Ni le gustaba la laboriosa idea de tener que mantenerse con vida ni el pensamiento de morir, así que Sofía se encontraba siempre en una especie de limbo tormentoso que acababa recordando cada año el día de su cumpleaños.

Guardó el móvil en el bolsillo de su chaqueta, cogió el sobre y leyó la tarjeta.

¿De verdad creías que no iba a saber que era tu cumpleaños?

Sofía frunció el ceño y miró la nota por la parte posterior para ver si había una firma o algún rastro que desvelara la identidad de la persona que le había dejado aquel regalo, pero no obtuvo suerte.

Su teléfono vibró.

Marta:
¿Eh?

Antes de que pudiera contestar a Marta y seguir barruntando, vio por el rabillo del ojo como la puerta, que había dejado entreabierta, se abría despacio y la luz entraba a su salón. Sofía tuvo el instinto de llevarse la mano hacia su pistola, pero no la desenfundó, le dio toquecitos con la mano, preparada para sacarla en cualquier momento.

—¿Ya estás aquí? —Sofía relajó la mano y suspiró aliviada al oír aquella voz—. Vaya, no me ha dado tiempo a terminar la sorpresa.

Sofía dio la vuelta y vio a Dalia de pie con un sobre en la mano. Parecía que le daba miedo entrar, se mantenía tras la puerta como si de repente se hubiera vuelto una persona tímida, no se movió hasta que no escuchó la voz cálida de Sofía.

—Dalia.

Fue lo único que pudo decir antes de que su rostro comenzara a enrojecer y sus ojos a inundarse de lágrimas. Mil ideas le pasaron por la mente en esos instantes, pero antes de que pudiera protestar o decir lo poco que le gustaban las sorpresas Sofía recordó que nadie en su vida se había tomado la molestia de organizarle una sorpresa para el día de su cumpleaños, ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez que había recibido un regalo. Al ver a Dalia ahí de pie, en mitad de los preparativos de su celebración sorpresa, Sofía se sintió débil, creía que le iba a explotar el corazón mientras la morena la miraba inocentemente ajena a todo lo que le estaba pasando por la mente, ella no tenía ni idea de lo difícil que había sido siempre el día de su cumpleaños y estaba preparando todo aquello como si fuera algo que cualquier persona haría por Sofía, pero Dalia no tenía ni idea de que había sido la única que se había tomado la molestia en sus casi treinta años de vida.

—Dalia. —Esta vez sonó triste. Se le resquebrajó la voz.

Sofía se sentó en el suelo y hundió la cabeza en sus rodillas derrotada. Su llanto se volvió más audible, lo que hizo que Dalia se alertara y dejara caer el papel que llevaba en la mano para correr a su lado y agacharse junto a ella. Colocó su mano en el hombro preocupada.

—Eh, Sofi. ¿Estás bien? —Sofía asintió—. ¿Es por tu amigo? ¿Le ha pasado algo? —volvió a preguntar.

—No, no —dijo levantando la cabeza.

—¿Qué pasa? —susurró Dalia mientras le secaba las lágrimas con las mangas de su camiseta. Le agarró del mentón y miró fijamente los ojos brillosos de la detective que volvió a llorar y a esconder la cabeza—. ¿Tan fea es la tarta? —bromeó logrando que Sofía riera—. Ven aquí. —Dalia se puso de pie y extendió la mano para que la detective se levantara del suelo. Sofía obedeció y se puso de pie, sus ojos seguían húmedos y su cara roja, se le habían hinchado los labios levemente pero ya había cesado su llanto. Dalia le agarró de las manos y se miraron durante unos segundos—. Estás muy guapa cuando lloras —dijo con una sonrisa dulce que Sofía le correspondió. Besó su frente —¿Nos sentamos?

Sofía asintió.

La detective tomó asiento mientras Dalia cogía unos platos y cubiertos. Cortó la tarta y la repartió.

—Nadie había hecho esto por mí —dijo Sofía por fin.

—¿Comprar tarta?

Sofía asintió.

—Ni tarta ni esperarme en casa con un regalo.

—¿Regalo? —Dalia frunció el ceño—. El regalo aún no lo has visto.

—¿Qué?

Dalia se llevó la mano a la espalda y sacó el sobre que Sofía ya había visto.

—Toma. —Se lo entregó.

La detective abrió el sobre y cuando lo leyó se quedó sin habla.

—Estás mal de la cabeza. —Colocó el papel sobre la mesa y se levantó de la silla. Parecía enfadada.

—¡Sofi, espera! —Dalia la siguió.

Sofía se giró con violencia y miró a Dalia logrando sobresaltarla por un segundo.

—¿A ti qué te pasa? ¿Estás loca? —Alzó el tono de voz.

Dalia se alejó sorprendida.

—¿Te vas a enfadar porque te he comprado tu casa? —dijo incrédula.

—Pues claro que me voy a enfadar, ¿cómo se te ocurre?

—Se me ocurre porque te ibas a quedar en la calle, imbécil.

La discusión se estaba calentando segundo a segundo.

—¡Ese es mi problema y si te lo conté no fue para que me compararas la casa! ¿De verdad te crees que era eso lo que te estaba pidiendo?

—Pero, vamos a ver, ¿cuál es el problema? No lo entiendo. Tú te ibas a quedar sin un sitio en el que vivir y yo he conseguido que lo mantengas.

—Dalia, no quiero deberte nada ni que tengas que endeudarte

para que yo esté bien. No es romántico, ¡es absurdo! —Sofía hizo un gesto furibundo con las manos.

—¿Qué pasa, que ahora me vas a decir tú lo que hago yo con mi dinero? ¡En lugar de ser tan mandona podrías ser un poco más agradecida!

—¡Y tú podrías considerar lo que pienso antes de hacer nada!

—Tienes que estar de broma, ¡Sofía, tienes una casa! ¡Despierta! —Dalia chasqueó los dedos para atraer la atención de la detective—. Ya no tienes que preocuparte de pagar una deuda que no puedes asumir.

Sofía se sentó en el sofá.

—Dalia, no tiene sentido que te endeudes tú para que yo no esté endeudada, ¿lo entiendes? —dijo más tranquila.

—Pero, ¿quién está hablando de endeudarse? Sofía no quiero nada de ti, no quiero tu dinero. Lo único que quería con esto era quitarte un peso de encima, nada más. —Sofía agachó la cabeza aceptando la reprimenda de Dalia—. Ya es bastante difícil todo como para que encima no tengas un sitio en el que vivir. Preocúpate de encontrar a tu amigo y de las cosas que realmente importan. —Sofía retorció los labios, quería replicar, pero no podía—. He hecho esto para que estés bien —dijo y se sentó a su lado. —La detective estaba de brazos cruzados mientras Dalia la miraba—. Lo siento, ¿vale? —dijo cabizbaja.

Sofía deshizo su posición defensiva.

—No, yo sí que lo siento. Perdóname, no quería hablarte así —dijo agarrando la mano de la morena.

Dalia la miró satisfecha.

—Prometo no comprarte más casas sin consultarte.

Sofía sonrió.

—Me quedo más tranquila.

Se miraron unos segundos, contemplando la belleza de la otra mientras se sujetaban de la mano y sonreían con ternura. Dalia bajó la mirada de los ojos a los labios de Sofía y esta, que no quería volver a distraerse, interrumpió el flirteo que Dalia estaba comenzando.

—La tarta… se va a estropear.

—¿Eh? Ah, sí… la tarta —dijo Dalia como si se acabara de despertar.

Comieron y bebieron, pero sobre todo bebieron. Cuando acabaron con el dulce, la morena sacó una botella de vino que había comprado para la ocasión y sirvió una copa tras otra mientras conversaban de sus vidas.

—¿Qué yo iba detrás de ti? —dijo Sofía boquiabierta—. Perdona, la que iba detrás de mí eras tú, por si no te acuerdas.

—Sí, claro, por eso te quedaste muda cuando fui a pedirte fuego —respondió la morena entre risas.

—Uy, eres una engreída que te cagas. —El alcohol estaba haciendo efecto en el sistema de la detective que cada vez tenía más dificultad para controlar lo que salía de su boca.

—Y tú eres un poco borracha —dijo Dalia dándole un toquecito en la nariz.

—Eres tú la que siempre me emborracha. —Sofía entrecerró los ojos mientras se tambaleaba en la silla—. ¿Acaso te quieres propasar conmigo? —Dalia asintió mientras descorchaba otra botella—. Para eso no hace falta que me emborraches. —Sofía le guiñó un ojo con dificultad haciendo que la morena estallase en carcajadas—. Y que conste que fuiste tú la que vino a ligar conmigo en el cine.

—¿Y qué querías que hiciera? Me mirabas con esos ojos de cordero degollado… No me dejaste elección.

—¿Yo? ¿Me estás diciendo que te daba pena?

—No, estoy diciendo que eres muy tierna por mucho que vayas de tía dura.

Dalia captó al instante el rubor que subía por las mejillas de Sofía. La detective siempre se esforzaba en mostrar una imagen de persona fuerte a la que no le afectaba nada, siempre intentaba que la percibieran como a un mujer con entereza, independiente, que no necesitaba de nadie para resolver sus problemas, y normalmente todo el mundo parecía creérselo, pero no sabía cómo, Dalia lograba descubrir todos sus secretos, se le daba muy bien analizar a la gente y eso hacía que Sofía sintiera cierta vulnerabilidad. Con Dalia no había lugar para las apariencias ni la falsedad y no estaba segura de si eso era algo bueno o malo.

—¿Ves? Como por ejemplo ahora mismo.

—No, es que a ti te encanta arrinconarme y dejarme sin habla. —Tardó unos segundos en recuperarse.

—Pues claro, es mi cosa favorita del mundo —dijo sirviendo el vino.

Después de unas copas más, se trasladaron al sofá.

De los ojos de Sofía saltaban chispas cuando miraba a Dalia, probablemente era culpa de la bebida, pero la detective no se cortaba a la hora de devorarla con la mirada, mientras la morena reía divertida. Sofía hizo un esfuerzo por recuperarse de su intoxicación etílica para tener un momento de seriedad. Tomó la mano de su Dalia para obtener su atención.

—Quería darte las gracias por lo de la casa. No sé qué más decirte la verdad. —Sofía agitó la cabeza aún intentando procesar lo que Dalia había hecho por ella—. Nadie ha hecho nunca una locura así por mí.

Dalia asintió en forma de agradecimiento por las palabras de Sofía, parecía que ella tampoco sabía qué decir.

—Feliz cumpleaños, mi amor. —Besó sus labios.

Siguieron bebiendo, hablando y riendo, las horas pasaban mientras Dalia hacía comentarios ingeniosos y Sofía respondía con sonoras carcajadas, parecía ser que cuando estaban juntas no había lugar para el aburrimiento ni los silencios incómodos.

Estaban en paz, tranquilas, sus trabajos y ajetreadas vidas dejaban de existir desde el momento en que cruzaban miradas y eso era sin duda lo mejor de su relación, hacía tiempo desde que las dos se habían sentido tan felices y tranquilas.

Sofía llevaba un buen rato tambaleándose mientras escuchaba a la morena y su lengua se enredaba al intentar hablar. Dalia se divertía con la escena, pero consideraba que era hora de dejar el alcohol a un lado e irse a descansar o si no la mañana siguiente prometía ser dolorosa.

—Vale, creo que ya es suficiente. —Dalia robó la copa de la mano de la detective.

—¡Eh! ¿Qué haces? Déjame acabarla al menos. —Sofía estaba completamente indignada.

—De eso nada, hora de dormir —dijo estirando el brazo para alejar todo lo posible la copa de la detective.

Sofía intentaba luchar y recuperar su bebida en vano, estaba demasiado ebria para igualar la fuerza de Dalia, daba manotazos al aire y perdía el equilibrio aun estando sentada.

—Venga, señora, vamos a la cama —se burló la morena.

Sofía se rindió y dejó que Dalia le ayudara a levantarse del sofá a regañadientes, la detective se apoyaba en el cuerpo de la morena mientras caminaban a la habitación. En el corto recorrido que llevaba hasta el dormitorio a Sofía le dio tiempo a tropezar con sus muebles y sus propios pies varias veces.

—Madre mía, esta es la última vez que estás tan cerca de una botella de vino, ¿eh?

—Que te lo crees —respondió Sofía que aún se encontraba en ánimos de empezar una pelea.

Entraron y Sofía se desplomó en su cama mientras Dalia se quitaba sus pendientes y otras joyas. Se giró y vio a la detective durmiendo.

—¡Pero quítate esto!

Sofía volvió a despertarse y se dejó ayudar para desvestirse. Dalia le quitó la chaqueta que había estado llevando todo el día y también los zapatos. Le retiró la goma del pelo dejando que sus cabellos castaños bañaran la cama, abrió todos los cajones hasta que encontró una camiseta larga que le lanzó.

—Ponte esto.

Sofía ignoró completamente las instrucciones de Dalia se dejó caer otra vez en la cama.

—Sofía, espera. —Dalia volvió a hacer que se incorporara y retiró su camiseta ajustada para colocarle la que acababa de encontrar. Cuando terminó, la detective volvió a tumbarse para intentar conciliar el sueño mientras Dalia la observaba de pie al lado de la cama.

—Madre mía, ¿cómo te vas a ir a la cama así? —murmuró para sí misma. Dalia fue al baño y volvió con un pequeño bote con un líquido transparente y una bolsita de discos de algodón. Se subió encima de Sofía, que seguía durmiendo ajena a todo lo que estaba haciendo la morena y vació un poco del líquido en el algodón.

—A ver, mírame —dijo girando la cara de la detective para mantenerla bocarriba.

Comenzó a limpiar con suavidad el maquillaje de la cara de Sofía. La detective se despertó e hizo un gesto de protesta al sentir el líquido frío. Dejó escapar un gruñido y cuando abrió los ojos observó a Dalia que parecía estar de lo más concentrada.

—¿Por qué me has comprado la casa? —insistió Sofía bajo los efectos del alcohol. —Dalia sonrió con timidez. No sabía qué más decirle. Siguió limpiando el maquillaje del rostro de Sofía, deslizando el algodoncillo por su mejilla—. ¿Por qué? —insistió.

Sofía tenía los ojos cansados, cada vez le costaba más mantenerlos abiertos. Era culpa del alcohol, pero las ganas por escuchar la explicación de Dalia lograban mantenerla despierta.

Dalia se encogió de hombros.

—Porque quiero que estés bien. Porque no quiero que sufras. —Frunció los labios. Le parecía un razonamiento muy sencillo, en su mente, comprarle una casa a Sofía era lo mínimo que podía hacer por ella.

—¿Te das cuenta de que es algo que nunca te voy a poder compensar? ¿De que no voy a poder igualarlo?

—Ya te lo he dicho, no he comprado tu casa para que compitas, ni para que te sientas en deuda.

—¿Entonces?

—Simplemente no quiero que te tengas que preocupar de si vas a tener un sitio donde vivir el resto de tu vida. Un hogar. Tener un techo es lo mínimo que debería tener todo el mundo, ¿no te parece?

Sofía asintió. Estaba de acuerdo con las palabras de Dalia, pero aun así se sentía culpable de poner una responsabilidad tan grande sobre su novia.

—Yo nunca voy a tener tanto dinero. Nunca te voy a impresionar de esa manera.

Dalia seguía concentrada en retirar todos los restos de maquillaje de la cara de Sofía, mientras esta no dejaba de mirarla.

—Bueno, claramente no estoy contigo por dinero.

Sofía rio y le dio un golpe cariñoso en el brazo.

Dalia terminó de limpiar el rostro de la detective, lo dejó impecable, sin un rastro de maquillaje y cuando consideró que era suficiente se tumbó a su lado. Cuando giró la cabeza, Sofía ya se había vuelto a dormir, así que se giró a un lado y se acurrucó junto a ella para descansar.

◆◆◆

Nicole volvía a esperar a Sofía un día más con su coche frente a la puerta de su casa. La noche anterior habían vivido unos momentos de felicidad plena y ninguna de las dos estaba dispuesta a ponerles fin, así que, tan pronto se despertaron aquella mañana decidieron tener una cita en algún otro lugar. Se encendió un cigarrillo y echó el humo mientras observaba la puerta, parecía acostumbrada ya a esperar a Sofía que siempre se retrasaba en sus citas.

Mientras daba otra calada, Nicole se extrañó al ver un coche aparcar cerca de la casa de la detective, según tenía entendido, Sofía raramente recibía visitas y su casa estaba en medio de la nada, por lo que Nicole no acostumbraba a ver gente alrededor, pero le pareció aún más sorprendente ver bajar del vehículo al que parecía ser el amigo de Sofía, aquel que había desaparecido y por el que Sofía estaba tan preocupada. Al verlo en persona se le hizo aún más conocido, pero no lograba averiguar su identidad.

Los aullidos de algún animal en la arboleda que se encontraba tras ella hicieron que Dalia se girara de repente, el animal parecía andar cerca y se preocupó de que fuera algún perro peligroso que había escapado de su dueño y pudiera atacarla. Echó un vistazo alrededor, intentando divisar algo en la lejanía, pero no obtuvo resultado, así que se tranquilizó al concluir que habían sido imaginaciones suyas.

—Eres tú, ¿verdad? —Nicole casi dio un salto al escuchar aquella voz tan cercana. «Joder», pensó. Se llevó la mano al pecho asustada e intentó recuperar el aire—. Perdón, ¿te he asustado?

—Pues sí —respondió malhumorada con una sonrisa sarcástica.

Dalia se recuperó y volvió a mirar su cara. Era el mismo hombre que había bajado del coche y el de la foto de Sofía, ahora estaba segura.

—¿Nos conocemos? —preguntó ella.

—Eh… no, bueno, sí —tartamudeó. Parecía nervioso—. A ver, quiero decir… no. No nos conocemos, pero Sofía me ha hablado de ti, eres Dalia, ¿verdad? —Sonrió encantador.

Dalia asintió dudosa, como si no confiara del todo en aquel chico.

—Soy Samuel, encantado, soy amigo de Sofía —Extendió su mano y Dalia la apretó, al hacerlo se fijó en una cicatriz que tenía en la frente, algunas heridas frescas en la cara y hematomas alrededor del cuello. No disimuló sus miradas.

—¿Y estás bien? ¿Te han pegado?

—¿Eh? Ah, esto. No es nada —dijo haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia—. Peleas de bar.

—Que te mejores —dijo aún sosteniendo su mano—. Un placer.

—Gracias. —Sonrió incómodo. No entendía la reacción tan borde de la chica—. Bueno, me tengo que ir. Nos vemos—saludó con la mano.

—Adiós.

Lo observó alejarse y entrar en casa de Sofía, Dalia se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos con fuerza como si eso le fuese a ayudar a recordar dónde había visto a aquel joven antes. «Piensa, piensa», se dijo.

Estuvo varios minutos dándole vueltas, pero no logró recordar nada, así que volvió a dedicarse a esperar pacientemente.

Samuel entró en la casa de su amiga con una carpeta en la mano y vio a Sofía terminando de prepararse en el salón.

—Qué borde tu novia, ¿no?

—Joder, qué susto, Samuel. —Se giró al escuchar la voz de su amigo—. ¿Por qué dices eso?

—No sé, he ido a presentarme como el chico encantador que soy y me ha mirado como si me odiara.

—¿A lo mejor tus encantos la han abrumado y has sido un poco insoportable? —dijo colocándose los pendientes.

—Mmm… solo estaba intentando ser simpático. Bueno, cambiando de tema, esta tarde es el robo…

—¿Qué? ¿Esta tarde? ¿No era mañana? —Sofía sintió cómo le dio un vuelco el estómago al escuchar las palabras de su amigo.

—Sofía, no me digas que te has olvidado.

—No, no, he confundido las fechas, estaba segura de que era mañana, lo siento. ¿En SOMBRA lo saben?

—Claro, ya están preparados.

—Eh… vale, no te preocupes. Cancelo mi cita y listo.

—Toma, aquí tienes información útil de última hora, llévala a SOMBRA contigo esta tarde. Tengo que irme o van a empezar a sospechar.

—Sí, ten cuidado. —Sofía agarró con fuerza la cara de Samuel y le dio un beso en la mejilla—. Nos vemos pronto.

Lo vio marcharse una vez más con el corazón en un puño, no tenía ni idea de si lo iba a volver a ver, pero se convenció de que todo saldría bien. Terminó de prepararse y fue a encontrar a Dalia.

Nicole encendió su teléfono móvil por primera vez en dos días y cuando terminó de cargar sintió que le iba a explotar en las manos. Las notificaciones inundaron su pantalla sin cesar, era incapaz de leerlas, iban a una velocidad fuera de lo normal, así que esperó sin prestar demasiada atención a la pantalla a que terminaran de llegar.

Volvió a concentrarse en la puerta y vio a Samuel saliendo de la casa de Sofía, cruzaron miradas y el chico volvió a saludarla con la mano antes de entrar al coche. Su móvil dejó de sonar, así que consideró que era momento de consultar todos aquellos mensajes y llamadas perdidas que le habían llegado y, como era de esperar, la mayoría eran de Bruno, algunas de su hermano y otras de miembros de La Salvación. Comenzó a leer poco a poco para descubrir a qué venía tanto escándalo y cuando leyó las palabras «robo» y «hoy» lo recordó todo. Se tapó la boca con la mano sorprendida y miró la puerta para ver si Sofía había salido de una vez, tenía que irse y tenía que hacerlo ya. Antes de que pudiera mandarle algún mensaje, la detective salió de su casa para su alivio y se acercó con prisa a ella.

—Dalia, lo siento, pero…

—Me tengo que ir.

A Sofía le sorprendió oír aquello, precisamente era ella la que iba a decirle que sus planes tenían que cancelarse.

—Justamente eso te iba a decir, me han llamado del trabajo y…

—No te preocupes, a mí también. Nos vemos otro día, te escribiré —dijo mientras entraba en el vehículo.

—Adiós —La detective la saludó sin estar muy segura de que la hubiera escuchado.

Sofía se sintió apenada de tener que cancelar sus planes una vez más, pero tenía que reconocer que aquella coincidencia le venía realmente bien, no fue necesario poner excusas y que Dalia también tuviera que marcharse hizo que se sintiera menos culpable. La vio alejarse en su coche con los brazos en jarra, pensando en cuando sería el próximo encuentro y en qué sería aquello que había hecho que se marchara tan rápido.

Recordó por qué estaba ahí y recordó que tenían una infiltración que planear así que se dio la vuelta y corrió a su casa para recoger todo lo necesario.

Capítulo 19

—Tiene que estar a punto de llegar, Nicole nunca se perdería algo así.

Gabriel estaba furioso y las palabras tranquilizadoras de Bruno no estaban ayudando en absoluto.

Nicole llevaba varios días sin dar señales de vida y eso no había pasado nunca antes, ella siempre estaba presente en reuniones importantes y golpes tan grandes como el que estaban a punto de realizar. Ni siquiera el propio Bruno tenía demasiada fe en sus palabras, era cierto que Nicole nunca faltaría a un acontecimiento tan importante, pero últimamente parecía despistada, lejos de La Salvación, era como si no quisiera saber nada de Bruno ni de su hermano. Ambos hombres llevaban esperándola como agua de mayo durante horas y aunque todavía tenían tiempo hasta que diera comienzo el robo cada vez dudaban más que fuera a aparecer. Gabriel lo tenía claro, si Nicole no aparecía se iba a quedar sin su parte. Pero aun así ella era una pieza clave para el robo así que Gabriel y sus hombres la necesitaban más a ella que Nicole a ellos, por eso el pensamiento que se apoderaba de la mente del Príncipe que le decía que su hermana no iba a llegar nunca le estaba calentando la sangre poco a poco hasta el punto de ebullición.

—Joder, menuda imbécil —añadió Bruno consultando la pantalla de su teléfono enfadado. Al oír esas palabras Gabriel lo miró de tal forma que el muchacho tragó saliva con dificultad y le dio una mirada sumisa a modo de disculpa.

—Bueno, vamos a empezar —dijo Gabriel a Bruno en voz baja.

—¿Qué? Pero todavía es muy pronto, el nuevo ni siquiera está aquí.

Era cierto, Nicolò no había llegado aún y él era casi más importante que Nicole en aquella reunión, él era el desertor de El Dorado, el que conocía la organización por dentro, si había alguien que pudiera serles de especial utilidad, ese era él. Hacía unas horas que no lo veían y aquello también estaba enfadando a Gabriel que había evitado mencionarlo para que no cundiera el pánico entre sus

hombres y para no hacerse mala sangre, pero no estaba funcionando. Bruno tenía el don de decir siempre lo que Gabriel no quería escuchar, era como una especie de Pepito Grillo tocapelotas que se preocupaba demasiado por los pequeños detalles y que tenía una facilidad asombrosa para molestar a Gabriel. Aunque quizá Bruno tuviera razón y lo más conveniente fuera esperar a que Nicolò apareciera, nadie era imprescindible, por eso El Príncipe dio por finalizada la prórroga.

—Me la suda, quién no aparezca que se atenga a las consecuencias.

Si Nicolò pretendía jugársela y desertar ahora, Gabriel no titubearía a la hora de darle el peor de los finales y dejarlo tirado en alguna cuneta. No iba a ser muy difícil encontrarlo y cuando lo hiciera lo mejor era que el muchacho aceptara que había llegado el fin de sus días y se iba a ir de este mundo de la manera más cruel posible.

—¡Atentos todos! —Gabriel Mendoza ignoró completamente las palabras de Bruno y dio una palmada para conseguir la atención de todos los hombres que se encontraban allí reunidos. Todos se acercaron a él y aquellos que estaban sentados se levantaron obedientes, pero antes de que empezara a hablar el estruendo de la puerta los distrajo a todos.

—Ya estoy aquí. —Una agotada Nicole acababa de entrar casi sin aliento haciendo que Bruno suspirara aliviado y Gabriel no supiera si alegrarse o enfadarse aún más, ambos la miraron fijamente.

—En un momento empezamos —dijo Bruno viendo que Gabriel se acercaba a su hermana furioso. Los hombres volvieron a sus quehaceres.

—¿Dónde coño estabas? —dijo Gabriel agarrando con fuerza el brazo a su hermana haciendo que esta soltara un quejido de dolor.

—¡Ah! ¿Qué haces, estúpido? —Se zafó de la mano de su hermano.

—¿Eres idiota o qué? Llevamos días intentando localizarte y a ti se te ocurre desaparecer justo antes del robo, ¿qué pasa, que no te interesa tu trabajo? Porque si es así te puedes ir cuando quieras, eso sí, no vayas a pensar en volver.

—Bueno, tranquilo, ¿tú qué sabes lo que estaba haciendo?

—Zorreando por ahí muy probablemente —le espetó. Gabriel estaba muy enfadado y cuando estaba así lo mejor era no molestarse en intentar razonar con él.

Nicole adoptó una postura altiva fingiendo que no le dolió aquel comentario, se lo esperaba de Bruno y quizá también de Gabriel, pero lo que no esperaba era que se lo dijera a ella y mucho menos directamente a la cara.

—Cámbiate, anda —dijo señalando la habitación.

Nicole obedeció y entró en la habitación, se enfundó en los

pantalones negros ajustados, se colocó el jersey de cuello alto del mismo color y se recogió el pelo, mientras terminaba de prepararse escuchó una conversación un tanto inusual al otro lado de la puerta.

—¡Hombre, ya era hora!

—¡Bienvenido!

—Ya pensábamos que no venías.

—¿Dónde has estado?

¿A quién podían estar recibiendo de esa manera? Quién había aparecido en aquella casa que ella no conociera y, sobre todo, ¿en quién confiaría Gabriel? Estuvo unos minutos escuchando detrás de la puerta sin salir, tratando de descifrar la identidad del desconocido.

—Ya era hora, Nicolò. Ven por aquí —distinguió la voz de Bruno.

«Ah, debe ser el nuevo». Nicole recordó su desagradable conversación con Bruno y recordó que le había mencionado algo sobre un nuevo miembro de La Salvación que Gabriel había estado poniendo a prueba utilizándolo como chico de los recados. Entonces le restó importancia a aquella conversación y continuó con su preparación.

—Ve a cambiarte —le indicó Gabriel.

Nicole escuchó cerrarse la puerta de la habitación de al lado justo cuando ella había terminado de vestirse. Ahora llevaba una indumentaria mucho más adecuada que le permitía agilidad y movimiento para poder correr y esconderse cuando fuera necesario, se había deshecho de sus vestidos, faldas y joyas y ahora se sentía preparada para cualquier cosa. Salió de la habitación para encontrarse a un Gabriel que, al contrario que ella, no parecía preparado en absoluto, llevaba su ropa de siempre y vestía demasiado elegante para ir a cometer un robo.

—¿Y tu ropa? ¿Para eso me metes prisa?

Gabriel la miró por encima del hombro.

—Yo me voy a quedar aquí, supervisando.

Bruno, que estaba detrás de Gabriel lo miró sorprendido e hizo contacto visual con Nicole que parecía tan indignada como él por la forma en la que estaba mirando a su hermano, una mezcla de rabia y traición.

—¿Qué? —Nicole sacudió la cabeza incrédula—. ¿Supervisando el qué?

—Supervisando la manera en la que hacéis vuestro trabajo, pero manteniendo una posición cautelosa, ¿qué quieres, que ponga mi vida en peligro siendo uno de los mayores líderes de La Salvación? ¿Qué sería de nuestra familia entonces?

Bruno escuchaba la conversación sin atreverse a intervenir.

Nicole parecía cada vez más enfada, se llevó las manos a la cabeza.

—Y yo ¿qué? ¿Acaso no tengo importancia? Soy tu hermana, tengo la misma autoridad y posición que tú y por encima de ti está nuestro padre, que parece que a veces se te olvida.

Gabriel hizo un sonidito con la garganta que denotaba superioridad hacia su hermana, una especie de risa, se burló.

Nicole siempre había notado los aires de superioridad de su hermano hacia ella y por supuesto hacia el resto de sus hombres a los que consideraba perros fieles más que personas, pero era algo que siempre había dejado pasar por alto para evitar problemas con Gabriel y la manera en que gestionaba el negocio, era una forma de quitarse responsabilidad por lo que pudiera pasarle a La Salvación, pero también una manera de mantener a su hermano entretenido para que no se preocupara demasiado de lo que hacía ella.

Sin embargo, ya estaba harta, Nicole sentía que su hermano la ninguneaba y que la consideraba una segundona comparada con él. Según Gabriel, en el árbol genealógico de Los Mendoza y las ramificaciones de La Salvación, Nicole ocupaba el puesto número tres y no el dos como había dictaminado El Santo. De acuerdo con la máxima autoridad de La Salvación Gabriel y Nicole ocupaban el mismo puesto y tenían la misma jerarquía y por encima de ambos solo estaba él, pero Gabriel siempre hacía lo que quería puesto que su padre confiaba plenamente en él y Nicole no era ninguna chivata, así que era completamente ajeno a las atribuciones que se tomaba El Príncipe.

—¿No vas a venir? —se atrevió a preguntar Bruno con un hilillo de voz.

—No. Confío en vosotros, sabéis de sobra lo que tenéis que hacer, estaremos conectados en todo momento para que podáis informarme en tiempo real —dijo señalando un amasijo de cables, micrófonos y otros aparatos tecnológicos que se encontraban encima de la mesa.

Esto es increíble —refunfuñó Nicole. —¿No pretenderás quedarte con el mismo dinero que yo cuando vendamos las armas, no?

—Niñata, baja los humos, de eso ya hablaremos, primero concéntrate en traer las armas. Bien, venid todos aquí.

Nicole decidió dar por finalizada la discusión con su hermano, aunque le parecía extremadamente injusto jugarse la vida junto con Bruno mientras él esperaba a que le llegaran las armas, ya se encargaría ella de manipular el reparto para obtener mayor beneficio que su hermano. Además, si seguían discutiendo no iban a dar comienzo al robo nunca y el tiempo ya se les estaba echando encima.

Miró a Bruno buscando una complicidad que él le correspondió.

—Como ya sabéis vamos a dar este golpe con máxima discreción. No quiero que ninguno de los hombres de Claudio se

entere de que estamos allí, vais, cogéis las armas y las traéis sin que ellos se den cuenta de nada —Gabriel comenzó su discurso motivacional. Mientras su hermano seguía hablando la atención de Nicole se fue al portazo que acababa de escuchar y observó como el nuevo entraba lentamente en la habitación, estaba oscureciendo y su rostro se fue revelando poco a poco gracias a la lámpara del techo—. Eso sí, tenéis permiso para arrollar a todo aquel que se ponga por delante y pretenda obstaculizaros —Gabriel siguió hablando, pero Nicole ya no escuchaba nada.

La joven palideció como si hubiera visto un fantasma e intentó reprimir las mil emociones que estaba sintiendo apretando la mandíbula. Sus ojos estaban a punto de saltar de sus órbitas y creía que le iba a estallar el corazón si sus pulsaciones seguían a ese ritmo, habían comenzado a acelerarse cuando vio el rostro de aquel chico. No podía ser. Era imposible. Nicole creía más probable que aparecieran unos extraterrestres y secuestraran a todos los habitantes del planeta Tierra que el mejor amigo de Sofía estuviera allí presente. En la reunión del robo. Como miembro de La Salvación. ¿Qué clase de broma era aquella? ¿Cómo había reclutado Gabriel a una persona de a pie?

Entonces Nicole cayó en la cuenta de que Samuel no era una persona de a pie y que Sofía probablemente tampoco era quién decía ser. Su novia le había dado detalles muy vagos y generales sobre la profesión que ejercía y según ella su amigo estaba descansando en una casa rural, no metido en una de las organizaciones criminales más importantes del mundo. Por eso le resultaba tan conocido, Nicole creyó que se iba a volver loca intentando averiguar la identidad de aquel muchacho, cuando Sofía le había mostrado las fotos. La morena le había dado incontables vueltas al tema, incluso cuando dejaron de hablar de él se acostó en la cama de Sofía y se durmió pensando en él. Claro, por eso tenía aquellas cicatrices y heridas en la cara que le resultaron tan familiares, esas heridas habían sido obra ni más ni menos que los miembros de La Salvación. No era ningún desertor de El Dorado, probablemente era un infiltrado que quería sacar algún beneficio de todo aquello y Nicole se propuso averiguar cuál.

Pero, ¿y quién era Sofía? ¿Estaría al tanto de todo aquello? Nicole recordó los informes y documentos extraños que había visto en casa de Sofía tantas veces, aquellos papeles no tenían nada que ver con un supuesto trabajo de contable, recordó también como su novia escondía los documentos y todo lo que sea en lo que estuviera trabajando cada vez que Nicole se acercaba. ¿Acaso estaba involucrada? ¿Acaso era policía? Nicole sintió que iba a vomitar y se llevó la mano al estómago.

—¿Estás bien? —preguntó Bruno que notó el cambio repentino

en la expresión de Nicole.

—Sí, sí, me he mareado un poco.

—¿Te traigo agua?

—No. Bruno, déjalo —respondió molesta.

A veces Bruno hablaba más de la cuenta y ese era uno de esos momentos. Cada cosa que decía lograba irritar a Nicole, siempre decía lo que no tenía que decir, tenía el don de ponerla de los nervios con sus comentarios inoportunos e insistentes. Según Nicole vivía estresado y se tomaba todo demasiado en serio, aunque, en realidad, lo que Nicole no soportaba era que Bruno fuera un perrito faldero de Gabriel, un pusilánime que solo mostraba carácter cuando era para ponerse violento con ella y para recriminarle su comportamiento. Era un tipo sin sangre en las venas y cada vez lo soportaba menos. ¿Por qué tuvo que involucrarse en una relación tan complicada con él?

Nicole volvió a mirar el rostro de Samuel que parecía no haberse percatado de su presencia aún, pero la ignorancia de su ausencia duró poco.

Cuando el detective hizo contacto visual con la morena la mandíbula se le desencajó y por un segundo creyó que se le iba a caer al suelo. Samuel la miró con los ojos llenos de pánico, probablemente pensamientos muy similares a los de Nicole se le estaban pasando por la mente. En un momento la miró sin procesar de quién se trataba, por lo que mantuvo la misma expresión, pero una milésima de segundo más tarde, su expresión cambió drásticamente. El detective no apartó sus ojos de ella ni por un segundo y Nicole mantuvo la mirada igualmente. Ambos guardaron silencio, Samuel sintió como el corazón le iba a saltar por la garganta cuando pensó en las consecuencias que ocurrirían si Dalia abría la boca, porque se llamaba Dalia, ¿no? Pero para su fortuna, la joven decidió callar por el momento, aunque no sabía cuánto tiempo iba a durar aquella guerra fría que acababa de dar comienzo.

El joven trató de pensar una y mil veces en alguna excusa, algún plan, algo que le permitiera ganar tiempo si ella decidía hablar, pero todos sus pensamientos se encontraron en el mismo punto para formar un nudo y no permitirle pensar en otra cosa que no fuera en lo jodido que estaba. ¿La novia de Sofía pertenecía a una de las organizaciones criminales más importantes del mundo? Aquello no tenía sentido, llevaban dedicando toda su vida a perseguir a La Salvación y hasta ahora no habían reparado en aquella mujer. ¿Era ella la chica de la que hablaban Hugo y Paula? ¿La hermana de Gabriel? Samuel hubiera dado todo el oro del mundo por poder coger su teléfono y mandarle un mensaje a Sofía para contarle a lo que se dedicaba su novia realmente.

Se observaron durante varios minutos sin decir nada hasta que

escucharon a Gabriel hablar.

—Bien, os podéis marchar.

Los hombres de Gabriel se dispersaron y se dirigieron a la salida.

—Nicolò. Nicole. Venid.

¿Nicole? ¿Ese era su nombre real?

Ambos se miraron confundidos y se dirigieron hacia El Príncipe.

—Te quiero presentar a mi hermana —dijo posando su mano en el hombro. Samuel confirmó sus sospechas. Gabriel tenía una hermana y se llamaba Nicole Mendoza, tenía que informar de esto a SOMBRA cuanto antes—. Vais a trabajar juntos en este golpe. Es algo muy importante así que quiero que colaboréis y hagáis lo necesario para traer esas armas.

Aquello no podía estar pasando, ¿ahora tenía que trabajar de cerca con la persona que tenía engañada a Sofía? Si su mejor amiga se enteraba de lo que aquella mujer era capaz, lo mejor era que Nicole desapareciese de la faz de la Tierra porque la detective haría todo lo que estuviera en su mano para encerrarla de por vida en la cárcel.

Y su madre. La madre de Sofía había muerto por culpa de Los Mendoza y cuando la detective se enterara, porque iba a acabar enterándose, Sofía nunca la perdonaría, Nicole Mendoza lo tenía todo perdido, por eso tenía que informarla cuanto antes, y así poder poner fin a aquella persecución de una vez por todas.

Terminadas las instrucciones de Gabriel, ninguno de los dos sabía qué decir así que se limitaron a callar. Nicole asintió y ambos caminaron hacia la puerta en silencio.

◆◆◆

Sofía llegó tarde como era costumbre últimamente, irrumpió en la sala y sus compañeros la miraron ya acostumbrados a su manera de entrar en la oficina.

—Sofía, ¿dónde estabas? Estábamos a punto de empezar —dijo Paula.

—Joder, creía que el robo era mañana. Casi no vengo —dijo soltando su bolso en una de las sillas. Después se recogió el pelo en una coleta.

—Andas un poco perdida últimamente, ¿no? —añadió Hugo.

—Sí, un poco —dijo pensando en Dalia—. ¿Estáis preparados?

—Todo a punto. Estamos conectados con Samuel, vamos a escuchar y ver todo lo que haga y diga.

—Perfecto. ¿Ya lo estáis escuchando?

—No, aún no se ha colocado el equipo.

—Claudia, ¿el dron?

—En posición. —Levantó el pulgar para indicar que todo estaba en orden.

Era demasiado arriesgado meterse de lleno en la infiltración y aparecer por la escena del crimen, no solo tenían en contra a La Salvación sino también a El Dorado, por lo que acercarse a la casa de Claudio era toda una imprudencia, además ¿qué iban a hacer cuatro personas allí? ¿Quedarse a mirar? No tenía sentido, así que enviaron su fiel dron para poder observar todo desde lo alto, el dispositivo estaba equipado con una cámara térmica que les permitiría observar el número de individuos presentes en el lugar y así ayudar a Samuel a evitar encontronazos.

La sala estaba llena de pantallas de ordenador con distinta información sobre El Dorado, La Salvación y, por supuesto, imágenes en directo de la finca y los alrededores de Claudio Caruso.

Paula no paraba de tocarse el auricular y comprobar que funcionara el micrófono, llevaba un rato caminando nerviosa en círculos por la sala. Claudia estaba tan concentrada como siempre en el ordenador que estaba manejando, la joven parecía tener todo siempre muy claro, nunca manifestaba ningún tipo de duda. Tecleaba y miraba la pantalla como si tuviera todo bajo control y aquello transmitía una gran tranquilidad a Sofía. Hugo estaba reclinado en la silla dando sorbitos a su vaso de plástico y miraba una de las pantallas como si estuviera viendo la televisión. Cada uno se dedicaba a lo suyo en silencio hasta que Sofía dio una señal que puso a todos en alerta.

—¡Mirad!

Todos se dirigieron a la pantalla que estaba señalando Sofía y observaron varios coches negros subiendo lentamente por

el camino de tierra. Aún estaban lejos de la propiedad de Claudio, pero por el camino que estaban tomando solo podían estar dirigiéndose a su casa.

—Samuel, Samuel, ¿me oyes? —susurró Paula. Pero no obtuvo respuesta.

◆◆◆

Samuel observaba a Nicole desde el asiento de atrás, la morena no había abierto la boca en todo el camino y él tampoco se había atrevido a decir nada. Aquel hombre —¿Bruno se llamaba? — conducía el vehículo y a su lado estaba ella. El detective no había tenido tiempo ni siquiera de colocarse el equipo con el que mantendría contacto con SOMBRA, la sorpresa de ver a Nicole lo había bloqueado completamente y, a decir verdad, aún seguía procesando la noticia. Sofía, Hugo, Paula y Claudia se debían estar preguntando por qué demonios no podían oírle y aquello lo estaba

angustiando, pero ahora era necesario mantener la calma para no mostrar sospechas, ya activaría su micrófono y pinganillo en algún despiste de Bruno y Nicole, aunque viendo las circunstancias, eso iba a ser complicado.

La morena se giró y lo miró a los ojos, parecía que le intentaba preguntar con la mirada qué era lo que estaba haciendo allí, ni siquiera parecía enfadada, más bien confundida. Se miraron en silencio, aún no habían cruzado palabra y aquello estaba volviendo loco a Samuel, si lo iban a matar que lo hicieran ya y se dejaran de rodeos.

Pero Nicole tampoco tenía ni idea de qué hacer o decir, estaba aturdida ante la presencia de Samuel. Quizá había llegado a una conclusión precipitada y aquel chico era inocente, no podía ser de otra manera, parecía demasiado bobo y al mismo tiempo amable como para jugarse la vida de una manera tan tonta, claro, ¿cómo iba a ser un infiltrado? Aquello no tenía sentido, estaba acusando a Sofía y a aquel chico de cosas muy graves. Además, no era posible que Gabriel no se hubiera dado cuenta si se trataba de un policía, su hermano era demasiado inteligente para dejar escapar algo así, ¿verdad?

Tras dudar de la culpabilidad de Samuel, Nicole se preguntó si Sofía estaría al tanto de que su mejor amigo estaba dirigiéndose en aquellos instantes a uno de los golpes más importantes que La Salvación había dado jamás y de que su vida allí corría serio peligro.

Una fila de coches todoterreno negros se dirigía hacia el control de seguridad, la fila estaba liderada por el coche que conducía Bruno y los demás lo seguían a una

velocidad muy lenta.

—Vale, estamos llegando —dijo Bruno apretando el auricular. Aquella frase interrumpió el concurso de miradas que habían iniciado Nicole y Samuel, este último miró hacia abajo y ella volvió a mirar al frente, cuando sin previo aviso, el hombre que se encontraba en la garita con una metralleta cayó al suelo violentamente y, a su alrededor, dejó un charco de sangre que comenzaba en su cabeza. Alguien lo había derribado con un fusil de francotirador a juzgar por la velocidad y la discreción con la que había caído al suelo.

—Bien —dijo Bruno y reinició la marcha.

Samuel temió una vez más por su vida al comprobar la facilidad con la que La Salvación acababa con la de los demás. Quería bajar del coche y salir corriendo, pero eso solo era una fantasía que nunca iba a cumplir.

—¿Estáis preparados? —preguntó Bruno.

—Sí —dijeron al unísono. Era lo primero que decían desde que se habían encontrado en la casa de Gabriel.

Mientras los dos que estaban sentados en los asientos de

adelante miraban al frente, Samuel aprovechó para colocarse el auricular y el micrófono discretamente. Bruno frenó el coche y por un momento creyó que lo habían pillado, pero para su fortuna, cuando alzó la mirada, comprobó que acababan de llegar.

—Que empiece la fiesta —dijo el conductor abriendo la puerta y bajando del coche. Nicole lo imitó y Samuel comprendió que era el momento de bajar, ahora no había vuelta atrás.

Habían llegado. Ahora sí. La casa en la que Samuel había invertido tanto tiempo en estudiar, estaba justo enfrente de ellos, a una distancia prudente de los vehículos de La Salvación. Muy a lo lejos, hacia abajo por la colina, se divisaba otro camino de tierra por el que más todoterrenos negros se dirigían hacia la casa de Claudio que ahora estaba completamente rodeada. Pasara lo que pasara los de El Dorado lo iban a tener muy difícil para salir ilesos de allí, La Salvación no había escatimado y había desplegado todo un ejército de hombres para dar aquel golpe.

Samuel se preguntó si les saldría rentable ese gasto de equipo por unas cuantas armas.

Mientras Bruno y Nicole abrían el maletero del vehículo y rebuscaban lo que Samuel supuso que eran armas y los pasajeros de los coches que continuaban la fila hacían lo mismo, Samuel aprovechó para apartarse a un lado y comprobar que su micrófono y auriculares estaban en perfecto funcionamiento.

—Sofía. Sofía. Paula. ¿Me oís? —no obtuvo respuesta.

Nicole miró hacia atrás y vio a Samuel haciendo movimientos sospechosos. Nadie más se había dado cuenta. La joven no quería llamar demasiado la atención así que se limitó a observarlo por el rabillo del ojo mientras Bruno cargaba las armas de munición.

—Sofía, ¿me recibes?

¿Había escuchado bien? ¿Samuel acababa de pronunciar el nombre de su novia? Nicole llegó a la conclusión de que Sofía estaba al tanto de todo, y no solo eso, parecía estar colaborando con Samuel en aquella especie de infiltración o lo que sea que estuvieran haciendo. Pero aquello era algo muy serio, Nicole estaba a punto de arriesgar su vida, la de sus hombres y toda la riqueza de su familia que tanto le había costado construir y no iba a permitir que nadie jugara con eso, fuera quien fuera.

—¿Samuel? Sí, te oigo. —Samuel suspiró aliviado—. Joder, menos mal, creía que te habíamos perdido.

—Oye, Sofía, estamos a punto de entrar…

—Sí, os vemos por las cámaras.

Samuel miró hacia arriba y logró ver un punto negro que flotaba sobre ellos en la lejanía.

—Es que te tengo que decir algo muy importante.

Samuel pudo imaginar como su amiga frunció el ceño al escuchar aquello.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Es sobre Ni… Dalia. Se trata de Dalia.

—¿Dalia? ¿Y tan importante te parece hablar de ella cómo para hacerlo en este momento? ¿Qué pasa con Dalia?

—Tienes razón, quizá no es el mejor momento …—titubeó. Probablemente no era el mejor momento, pero había sido tal la impresión que había abrumado a Samuel al descubrir que la novia de su mejor amiga era ni más ni menos la hermana de Gabriel Mendoza que no pudo resistirse a alertar a su amiga.

—Samuel. Ahora lo dices. —Sofía sonó tajante.

—Pues a ver, resulta que Dalia, o sea, que Nicole…

Pero antes de que la detective pudiera descubrir qué era lo que Samuel quería decir, el sonido se cortó, seguido de un pitido que hizo que todos los presentes en SOMBRA se quitaran rápidamente los auriculares con un gesto quejumbroso.

Nicole arrancó de cuajo el micrófono de la chaqueta de Samuel, que no supo reaccionar ante tal sorpresa, se limitó a mirarla boquiabierto mientras actuaba. La morena dio un manotazo a la mano de Samuel para apartarla de su oreja. Introdujo sus dedos en el oído del chico y retiró el pinganillo lentamente, lo observó con detenimiento pegado a su dedo. Lo tiró al suelo y lo pisó, destrozándolo.

—¿Tú de qué coño vas? —Nicole apretaba los dientes con rabia, agarró a Samuel de la camiseta y lo zarandeó—. ¿Eh? ¿A qué estás jugando?

Mil ideas le pasaron por la mente a Samuel, que se limitó a callar por miedo a levantar sospechas.

—Sé que estás infiltrado. ¿Cuánto creías que te iba a durar esto?

Samuel palideció y una gota de sudor resbaló por su rostro, era cuestión de minutos que todo se fuera a la mierda. Tragó saliva.

—¿Y tú? ¿Cuánto tiempo creías que ibas a poder engañar a Sofía? —Nicole apretó la mandíbula—. Es cuestión de tiempo que se entere de todo —replicó.

—No si te mato antes. —Soltó la camisa del muchacho, haciendo que este se tambaleara y caminó hacia Bruno.

—Eh, chaval, ¿qué haces? Ven aquí.

Samuel intentó recomponerse y obedeció.

—Toma. —Cogió la pistola que Bruno le estaba extendiendo—. Vamos a entrar.

◆◆◆

—Mierda. ¿Qué ha pasado? —dijo Sofía quitándose los auriculares y dejándolos caer sobre la mesa.

—Lo hemos perdido —respondió Paula.

—¿Ya? ¿Tan pronto? —añadió Hugo.

—Claudia, ¿puedes hacer algo?

—No… el pinganillo está completamente destrozado y parece que el micro también. O ha sido muy torpe o lo han descubierto.

Sofía había visto el forcejeo entre Samuel y aquella mujer, pero no pudo distinguir muy bien qué estaba pasando. Aunque no pintaba nada bien, Sofía no quería sacar conclusiones precipitadas ni entrar en pánico por lo que templó sus nervios y mantuvo la calma, Samuel seguía ileso y eso era lo más importante.

—Joder, ¿y ahora qué vamos a hacer? Todo esto va a ser inútil si no podemos oírle.

—Tranquila, voy a intentar ver si los demás llevan micro y voy a intentar pinchar alguno —dijo Claudia sin dejar de mirar la pantalla mientras tecleaba velozmente.

—Ah…—dijo Sofía. Claudia nunca dejaba de sorprenderla. «¿Eso se puede hacer?», pensó.

—Mirad, se están desplegando —dijo Paula señalando una de las pantallas.

A través del dron pudieron ver decenas de hombres saliendo de los coches y rodeando por completo la finca de Claudio Caruso. Se podía distinguir que todos ellos llevaban armas. Por el momento, parecía que los hombres de Claudio no se habían percatado de la presencia de sus nuevos visitantes y por ahora todo estaba tranquilo, pero en SOMBRA sabían que en cualquier momento la situación podría volverse de lo más desastrosa, así que mantuvieron sus ojos bien pegados a la pantalla.

◆◆◆

—Vale, entraré por la parte de atrás. Vosotros id abriendo paso poco a poco —dijo Nicole ocultando las armas entre su vestimenta.

Samuel la observaba casi con admiración, parecía de lo más tranquila, o era una inconsciente o lo tenía todo bajo control, se notaba que era una profesional, era como si hubiera hecho aquello cientos de veces.

—De acuerdo. Ahora nos vemos. Nicolò, ven por aquí —dijo Bruno agarrando a Samuel del hombro y guiándolo hacia la casa.

—Bruno —dijo Nicole.

Bruno se giró expectante.

—¿Sí?

—Vigílalo bien, yo no me fiaría mucho.

Samuel apretó la mandíbula tenso. Era oficial, odiaba a aquella

mujer. No podía esperar a que Sofía lo supiese todo sobre ella y que acabara en la cárcel, o peor, secuestrada por El Dorado. Él mismo quería hundirla a ella y a su familia e iba a poner todo de su parte para que así fuera.

Nicole sonrió de medio lado con chulería mientras miraba a Samuel.

—Tranquila, nena. No se me va a escapar —dijo apretando el hombro de Samuel. Le guiñó un ojo a Nicole.

Nicole reprimió un gesto de aborrecimiento.

Al contrario que Nicole, Bruno y Samuel se dirigieron hacia la parte delantera de la casa, donde se encontraba la piscina. Tras los gigantes maceteros del patio y entre los arbustos se ocultaban los miembros de La Salvación. Lo hacían de manera muy eficaz, todos vestían de negro y era muy difícil percibirlos a simple vista. Samuel y Bruno se colocaron tras una enorme jardinera de mármol que albergaba un pino del tamaño idóneo para que ambos hombres pudieran pasar desapercibidos. Por el patio y alrededor de la piscina paseaban varios miembros de El Dorado, estaban armados y de vez en cuando rotaban la posición para tenerlo todo bien vigilado. Samuel y Bruno llevaban agachados varios minutos, al igual que el resto de hombres que permanecían inmóviles en sus escondites. No podían actuar de manera precipitada, estaba claro, pero el detective se preguntó por qué estaban tardando tanto en hacer algún movimiento. Asomó tímidamente la cabeza por encima de la planta y Bruno lo empujó con fuerza para obligarlo a volver a esconderse.

—¿Qué haces, imbécil? No hagas nada hasta que yo te lo diga o nos van a descubrir.

Samuel asintió.

—Ahora —Bruno habló al *walkie-talkie* y tras pronunciar aquellas palabras, todos los hombres que vigilaban el exterior de la casa cayeron de golpe al suelo de la misma manera que lo había hecho el vigilante de la garita. Todos ellos habían sido marcados con un agujero en la frente y ahora la escena bañada en sangre resultaba un tanto macabra. Si alguien salía de la casa todo se descubriría, por lo que a partir de ahora debían actuar con la mayor rapidez posible.

Todos los hombres avanzaron al mismo tiempo apuntando sus armas. Por la profesionalidad con la que lo hacían parecían más policías que criminales, todo estaba organizado al milímetro y Samuel comprendió que si metía la pata todo se podía ir a la mierda en un segundo, así que decidió ponerse en manos de Bruno tal y como este le había dicho.

Tras ocultarse durante varios segundos en sus nuevos escondites, los hombres salieron y avanzaron hacia la gran entrada principal sin mirar atrás. Uno de ellos lanzó, lo que en la lejanía

parecía una lata en la entrada principal y cuando el humo se desplegó varios de ellos entraron con sus armas en posición de ataque. Se escucharon varios gritos, la gente hacía aspavientos

y apenas se veía nada.

—*Siamo sotto attacco!* —dijo uno de ellos. Pero aquel fue la última persona que habló porque para cuando los demás quisieron reaccionar, las armas silenciosas de La Salvación, habían derribado a todos los allí presentes. Se escucharon unos disparos suaves, pero actuaron con tanta velocidad que el tiroteo acabó en apenas unos segundos.

Samuel se preguntó si no habrían llamado la atención con las bombas de humo y los disparos, pero aquella mansión era tan grande que si había otras personas en el resto de habitaciones era muy probable que no hubieran escuchado nada. En cualquier caso, no podían dormirse en los laureles y debían seguir avanzando como lo estaban haciendo hasta ahora.

Varios hombres encapuchados corrieron hacia las esquinas y otros puntos clave de la casa y rompieron las cámaras una a una rápidamente. Algunos de ellos subieron en sus hombros a aquellos hombres que pesaban menos y estos últimos derribaban las cámaras con un golpe seco de martillo. Era cuestión de tiempo que los habitantes de la casa se dieran cuenta de que allí estaba pasando algo raro.

Los hombres que se encontraban concentrados en la sala principal se dividieron y fueron invadiendo en pequeños grupos el resto de habitaciones, se podían escuchar pequeños golpes, abrían y cerraban cajones, rompían objetos, recogían otros, pero no llamaba demasiado la atención por lo que continuaron con su actividad sin interrupciones.

—Por aquí, ven. —Bruno llevó a Samuel hacia la siguiente habitación que se encontraba justo enfrente de ellos, mientras el resto quedaba atrás destrozando la casa.

Aquella sala era una especie de recibidor, una alfombra inmensa de terciopelo rojo con vetas doradas inundaba por completo el suelo y al frente dos escaleras colocadas la una frente a la otra, a izquierda y derecha, que se unían hasta llegar al balcón interior adornado con columnas blancas.

«¿Todos los ricos son así de horteras?», pensó Samuel. La opulencia brillaba en aquella casa, la piscina y el patio eran solo una pequeña muestra de lo que escondía el interior de la mansión que era aún más impresionante. Cabezas de animales disecados decoraban las paredes del piso superior y allí abajo enormes mueble bares adornaban el piso inferior, con una altura que alcanzaba hasta el techo. La casa tenía un ambiente rústico y rural, muy acorde con el

lugar en el que se encontraba. Parecía que entre las aficiones de Claudio se encontraba la caza, pues además de los animales, escudos, escopetas y otras armas colgaban de las paredes. En aquel recibidor no había nadie, Samuel y Bruno subieron las escaleras aprisa y se dirigieron a una de las habitaciones de la planta de arriba, tal y como habían acordado en la reunión del robo.

◆◆◆

Como había previsto, Nicole encontró una puerta en la parte trasera de la casa. Parecía que daba a una especie de garaje. Agitó el picaporte de la puerta para intentar abrirla, pero no tuvo éxito. Se llevó la mano a uno de los bolsillos y sacó la ganzúa que había preparado previamente. Con la mayor discreción posible la introdujo en la cerradura y trató de abrirla, otra vez más sin suerte.

—Mierda. —Movió la ganzúa violentamente e intentó abrir la puerta durante unos quince minutos, hasta que finalmente se rindió y resopló derrotada.

Se sentó en la tierra y se tomó unos segundos para tranquilizarse. Alzó la cabeza y miró la puerta con detenimiento. Era una puerta de hierro, impenetrable, así que Nicole aceptó que no iba a poder atravesarla nunca y se propuso buscar una alternativa.

Volvió a levantarse y exploró con detenimiento todo lo que rodeaba la puerta hasta que debajo de esta percibió un pequeño desnivel oculto por las malas hierbas. Nicole se tumbó en el suelo y vio una especie de vigas de madera y el suelo de tierra que había debajo de la casa. Era un espacio muy pequeño y probablemente tendría que caminar agachada, pero no se le ocurrió otra alternativa mejor, ahí seguro que nadie la encontraba, así que se decidió a cavar con sus propias manos para hacer el hueco más grande y poder colarse por los cimientos de la casa.

Cavó con toda la rapidez y fuerza que supo reunir hasta que el hueco se hizo lo suficientemente amplio. Aunque consumió gran parte de su energía no le costó demasiado tiempo, pues el desnivel ya era bastante espacioso.

Reptó por el diminuto hueco incómoda, por un momento creyó que se iba a quedar atascada, pero a base de insistir logró colarse. Hizo tanta fuerza que no le dio tiempo a reparar en la distancia que había hasta el suelo, por lo que rodó y cayó boca abajo golpeándose la cara.

Se sentó y se limpió el polvo de su ropa.

Caminó agachada mientras que su claustrofobia le ponía las cosas aún más difíciles. Miraba hacia arriba con dificultad buscando un hueco por el que poder colarse, hasta que finalmente lo encontró. Había una rejilla en el suelo, como una especie de alcantarilla, Nicole

la golpeó con el puño y no le costó deshacerse de ella, era endeble. Asomó su cabeza por el hueco y cuando comprobó que no había nadie entró en el garaje.

Cuando tuvo un momento de comprobar dónde se encontraba, quedó impresionada de la amplitud de aquel garaje. Decenas de coches lujosos se encontraban en el interior, Nicole caminó despacio observándolos uno a uno.

«El mío es mejor que cualquiera de estos», pensó y caminó hacia la salida con decisión.

—Sì, tutto è pronto.

—No, lui non mi ha detto niente ancora.

Cuando escuchó aquellas voces, Nicole se quedó petrificada, no sabía a dónde ir. Las voces se aproximaban a toda velocidad y la morena seguía en medio del garaje como una pasmarote. Corrió a esconderse detrás de uno de los vehículos justo cuando aquellos hombres giraron la esquina y entraron en el garaje. Seguían hablando italiano, Nicole captaba algunas palabras y deducía el significado, pero no presaba demasiada atención a la conversación, estaba más pendiente de que no la descubrieran. Las voces seguían acercándose y la joven cerró los ojos aceptando su destino, estaban a punto de encontrarla. Cuando estaba al borde de un ataque al corazón, escuchó a aquellos hombre alejarse y entrar en uno de los coches, mientras, Nicole se quedó ahí inmóvil, contemplando cómo arrancaban y se marchaban de ahí.

Una vez se aseguró de que se había vuelto a quedar sola, salió de allí para toparse con una biblioteca interior. Era un sitio de ensueño, tranquilo, idóneo para la lectura y otro tipo de actividades intelectuales. Una chimenea inmensa se apoderaba de la habitación, dos cuadros gigantes adornaban las paredes y en el resto de la estancia no había nada más que estanterías repletas de libros junto con una alfombra que ocupaba todo el suelo.

En un primer momento era difícil imaginar que allí se pudiera encontrar algo que desentonase tanto como un montón de pistolas, metralletas, explosivos y demás armas. Pero Nicole sabía mejor que nadie que las apariencias engañaban y que era perfectamente factible que aquella habitación albergara algo más que libros.

Se dirigió a la chimenea y comprobó que no hubiera alguna especie de pasadizo o caja fuerte que pudiera contener algo relacionado con las armas y, efectivamente, ahí no había nada que no fuera leña y restos de ceniza. Movió algunos libros de las estantería más bajas y tampoco tuvo éxito. Pisó la alfombra con fuerza para ver si oía algún sonido extraño, pero parecía que aquella sala no ocultaba nada especial, hasta que vio los planos de la casa custodiados por una pequeña vitrina a modo de decoración en una de las paredes.

Nicole observó los planos durante unos segundos esperando a que cobraran vida y escaparan del cristal por sí solos, pero tras aceptar que aquello no iba a pasar se propuso sacarlos de ahí ella misma.

Cogió uno de los libros más recios que tenía a mano y cuando estuvo a punto de romper la vitrina frenó. Aquello era una idea estúpida, si rompía el cristal de un objeto que atesoraban de aquella manera, era más que probable que sonara alguna alarma. Tenía que buscar una alternativa.

—Bruno, Bruno, ¿estás ahí? —Se percibía un leve tono de estrés en su voz. Chasqueó la lengua al no recibir respuesta.

—¿Te puedo ayudar en algo? —Nicole frunció el ceño confundida, aquella voz no venía del auricular y tampoco era la voz de Bruno—. Levanta las manos.

Nicole obedeció y levantó las manos. Se giró lentamente y vio a un hombre, que le apuntaba directamente a la cabeza con un fusil.

—¿No te han dicho que está muy feo robar, guapa?

Nicole reprimió el gesto de asco que se estaba formando en su cara.

—Ponte de rodillas y coloca las manos en la cabeza.

Nicole hizo caso omiso y bajó las manos ante la mirada enfurecida de aquel hombre.

◆◆◆

—¿Alguien ve a Samuel? —preguntó Hugo mientras cambiaba con nerviosismo todas las pestañas de la pantalla, buscando a su compañero sin parar.

Hacía un rato que habían visto a los hombres de Gabriel, o más bien a sus siluetas, adentrándose poco a poco en la mansión de Claudio Caruso. Habían comenzado desde el enorme jardín y ahora, a través de la cámara térmica, en SOMBRA podían ver a numerosos hombres repartidos por las distintas estancias. Los cuatro miembros habían visto varios forcejeos y peleas de aquellas siluetas, pero era imposible ver de quiénes se trataba, por lo que les preocupaba no saber quién de ellos era Samuel.

—No, no hay manera de encontrarlo —dijo Paula.

—Creo que es este de aquí —añadió Claudia señalando la pantalla de su ordenador particular—. Desde que ha bajado del coche no se ha separado de ese hombre, se distinguen porque siempre van juntos. —Todos se acercaron y miraron la pantalla de Claudia, se podía ver dos siluetas, efectivamente unidas, que parecían estar agazapadas esperando el momento para atacar a otra de las siluetas que llevaba un fusil de asalto y paseaba por el pasillo repitiendo el mismo camino una y otra vez.

—Al que aún no hemos visto es a Gabriel —interrumpió Paula.

Era cierto, habían estado pendientes en todo momento de los hombres que estaban por invadir la mansión, pero, aunque era difícil distinguir a aquellas personas, no habían visto a nadie que se pareciera a Gabriel. Al Príncipe lo tenían bien estudiado y si hubiera aparecido por allí lo hubieran localizado rápidamente.

—¿Y si no ha ido? —dijo Hugo.

—No sería tan raro, es el jefe, ¿por qué se iba a jugar la vida cuando podría mandar a decenas de hombres para que lo hicieran por él? —señaló Paula.

—Pues sí, tiene sentido —suspiró Sofía. —Menuda rata. —Era algo con lo que la detective ya contaba, pero Samuel estaba allí para investigar y ganarse la confianza de Gabriel así que, mientras se mantuviera con vida, no importaba demasiado que el jefe no estuviera presente en el robo.

◆◆◆

Samuel y Bruno observaban a aquel hombre moverse de un lado para otro repitiendo una y otra vez exactamente el mismo recorrido. Cuando ya habían memorizado sus pasos, Bruno hizo una señal a Samuel que no entendió del todo.

—Ma-ta-lo —susurró exagerando los movimientos de su boca para que Samuel lo entendiera con claridad.

Samuel asintió. Esta vez no era la primera que mataba a un hombre y estaba empezando a entender en qué consistía ser miembro de una organización criminal así que si quería evitar levantar sospechas lo mejor era acatar las órdenes de Bruno como un auténtico profesional.

Se encontraban en la planta superior, cerca de las escaleras, en el largo pasillo había varias puertas a izquierda y derecha, el suelo estaba decorado con la misma moqueta roja y dorada que parecía ser infinita. Estaban escondidos cada uno a un lado detrás de una especie de mesitas de mármol.

Cuando aquel hombre volvió a realizar su recorrido y les dio la espalda, Samuel se abalanzó hacia él y rodeó su cuello con el brazo. Mientras aquel hombre intentaba liberarse y emitía sonidos, Samuel le tapó la boca con las manos y antes de que pudiera delatar su presencia, disparó el arma con silenciador a su cabeza, haciendo que aquel joven se desplomara en el suelo.

Samuel se limpió las salpicaduras del rostro, ahora su ropa también estaba empapada en sangre. Sintió una punzada de culpabilidad al haber matado a aquel hombre a sangre fría, pero la culpa se desvaneció rápidamente cuando recordó por qué estaba allí y que aquel joven era solo otro pobre desgraciado que pertenecía una

organización criminal. Samuel solo estaba protegiendo su vida al hacerlo.

—Bien hecho —dijo Bruno saliendo de su escondite. Se puso de pie y cogió el arma de aquel cadáver, se la colocó a la espalda y registró el cuerpo en busca de munición sin éxito—. Vamos —dijo dándole una palmadita en la espalda a Samuel, que aún estaba mirando aquel cadáver.

—Sí. Vamos. —Salió de su ensimismamiento y corrieron juntos hacia el fondo del pasillo.

◆◆◆

Nicole caminó lentamente hacia aquel hombre mientras este seguía con sus amenazas.

—Las manos en alto o te reviento la cabeza —dijo apuntado con el fusil a Nicole.

—Tranquilo —bajó el tono de voz, sonaba seductor. Mientras se acercaba se le estaba dibujando una sonrisa pícara.

—Que pares. Quédate quieta.

—¿Así tratas a las chicas que vienen a hacerte compañía?

—¿Eh? —El gesto enfurecido del hombre pasó a ser confundido.

—Bueno, en realidad me han llamado para encontrarme con Claudio, pero eso no significa que tú y yo no podamos pasar un rato juntos antes, ¿no?

El hombre bajó el arma y permitió que Nicole se acercara unos pasos más. Aún desconfiaba, pero al fin y al cabo una mujer tan endeble no iba a tener mucho que hacer contra él, así que decidió arriesgarse y comprobar de qué era capaz aquella chica. Nicole rodeó su espalda con el brazo y lo acercó a ella, mientras él sonreía y bajaba la mirada hacia la mano de Nicole que se estaba deslizando por el interior de su pantalón. Lo agarró de la nuca y acercó su boca a la de él, pero sin unir sus labios. Él dejó caer su arma al suelo y la rodeó por la cintura. Fue llevándola poco a poco hacia una de las librerías donde pegó su espalda. Nicole se dejó besar el cuello y que aquel hombre deslizara sus manos por todo su cuerpo y con sumo cuidado, cuando comprobó que el joven estaba demasiado ocupado explorando a Nicole, se llevó la mano al bolsillo trasero, donde ocultaba su minipistola. Hizo el gesto de sacarla, pero antes de que pudiera, aquel hombre la agarró de la muñeca.

—¿Qué crees que estás haciendo? —dijo retorciendo la muñeca de Nicole.

—¡Ah! —Nicole no pudo evitar gritar de dolor.

El desconocido la empujó violentamente contra la librería. Introdujo su mano en el bolsillo trasero y sacó la pistola. Miró el arma

y después a Nicole.

—¿Con que querías matarme? Vaya, vaya…—negó decepcionado—. Eres la peor puta con la que he estado—. Nicole lo miraba con odio, las respiración se le estaba acelerando poco a poco. Trató de fingir calma mientras aquel hombre le apuntaba a la cabeza con su propia pistola.

Caminó hacia atrás sin dejar de apuntarla y fue hasta su fusil. Introdujo la minipistola en su bolsillo y recuperó el arma que había llevado antes, para volver a apuntar a Nicole.

—Tendrías que haber sido más cuidadosa. —Nicole aceptó que había llegado el fin de sus días, cuando vio a aquel hombre deslizar su dedo hasta el gatillo y hacer el gesto de apretarlo, pero para su suerte, un estruendo se escuchó en la lejanía y aquel hombre, como acto reflejo, miró hacia la puerta que se encontraba tras él.

Nicole no perdió ni una milésima de segundo y le dio una patada con todas sus fuerzas en la entrepierna. Él lanzó un gruñido y mientras caía al suelo, la morena aprovechó para quitarle el fusil de las manos con una patada. Lo recogió rápidamente del suelo y de un segundo a otro, ahora era ella quien le estaba apuntando a él.

Caminó hacia aquel hombre y apretó el cañón del fusil contra su ropa para amortiguar el sonido y, mientras este lo miraba rogando piedad, Nicole apretó el gatillo y bañó de sangre la vestimenta del muchacho y el suelo. Sin casi inmutarse cargó el arma y cuando alzó la mirada, sintió pánico al ver que no estaba sola.

—Esa es mi chica.

Nicole suspiró aliviada, eran Bruno y Samuel. Bruno se acercó haciendo un gesto de celebración, rodeó a Nicole por la cintura y le plantó un beso en los labios.

Samuel no pudo evitar sorprenderse al ver la frialdad con la que Nicole había acabado con la vida de una persona. Para ser justos, él también lo había hecho, pero tenía que reconocer que le había costado más habituarse a robar vidas. La miraba desde el marco de la puerta, atónito, no sabía si admirarla u odiarla. Nicole había actuado como toda una profesional y Samuel se dio cuenta de todo lo que era capaz de hacer aquella mujer. La sorpresa se tornó en una mezcla de enfado y confusión cuando Bruno besó sus labios y pensó en Sofía. Su mejor amiga era ajena a todos los tejemanejes que su novia se traía entre manos, Sofía ni siquiera sabía quién era Nicole realmente y no pudo evitar sentirse mal por ella.

Nicole no parecía estar disfrutando el beso, pues mantenía los ojos abiertos y no apartaba la vista de Samuel. Tan solo con su mirada parecía estar diciéndole que como abriera la boca se iba a enterar.

—¡Joder! —Bruno despegó sus labios de los de Nicole bruscamente cuando escuchó aquellos sonidos que venían de alguna

de las otras salas. No se distinguía nada con claridad, pero alguien estaba en peligro—. Será mejor que vaya a ver qué está pasando —dijo dirigiéndose a la puerta—. Trabajad juntos —añadió mientras corría.

Nicole y Samuel se miraron. La tensión de aquella habitación se podía cortar con un cuchillo.

—No te separes de mí y haz lo que yo diga —dijo la joven enfundando nuevamente su arma, mientras caminaba hacia la salida.

—No sé. —Nicole frenó el paso—. No se te ve muy segura de lo que haces.

Nicole se giró y se lamió los dientes.

—Di lo que quieres decir. No seas cobarde —le desafió caminando hacia él.

—Lo que quiero decir es que eres una hija de puta que se ha estado aprovechando de Sofía todo este tiempo. —Hasta el propio Samuel se sorprendió con la dureza de sus palabras.

Nicole chistó con chulería.

—¿Aprovechándome de ella? ¿Y tú qué sabes? Hasta hace dos días no sabías ni que existía.

—Tú me dirás. Eres una delincuente, otra de las ratas de La Salvación que lo único que hacen es joder a la gente ¿y te lías con una detective? Yo lo veo bastante claro.

«Así que una detective», pensó Nicole.

—A ver, niñato, lo que yo haga nunca va a ser asunto tuyo y creo que tu amiga es lo suficientemente mayorcita para decidir con quién se acuesta.

—Lo que tú hagas lo conviertes en asunto mío cuando vacilas a Sofía y la engañas constantemente. ¿Te sientes bien pensando que es una inocente y una tonta?

—Yo nunca he dicho eso. Sofía es la persona más inteligente que conozco, tú no sabes si es ella la que me ha estado engañando a mí.

—Venga ya, no me jodas. ¿Ahora te vas a hacer la víctima? Eso no hay quién se lo crea. Eres tú la que mata a gente, eres tú la que destroza familias, la que blanquea dinero, eres un deshecho para esta sociedad. Ni siquiera mereces vivir.

Nicole le dio un puñetazo en la cara y Samuel se llevó la mano a su rostro sorprendido.

—¿Qué pasa? ¿Que no te gusta que te digan las verdades a la cara? —le dijo.

—No estás diciendo ninguna verdad. No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo. Solo estás metiendo mierda para intentar que nos separemos, pero eso no va a pasar.

Samuel rio.

—Eres más inocente de lo que pensaba. Sofía se va a querer separar de ti en cuanto sepa quién eres. ¡Te va a odiar mucho más que yo! —Samuel comenzaba a alzar el tono de voz.

—¡Ja! Tanto que presumes, parece que no conoces a tu mejor amiga. Sofía se siente bien cuando está conmigo, está mejor de lo que ha estado nunca. —Nicole tenía razón. Hacía tiempo que Samuel no había visto a Sofía tan animada como cuando hablaron de su relación con Dalia.

—Nicole, ¿eres idiota o qué? ¡Tú y tu familia matasteis a su madre!

Nicole apenas era una niña cuando aquello ocurrió, si tenía la edad de Sofía era difícil que ella hubiera estado involucrada en la muerte de la madre de Sofía. Pero Samuel solo quería hacer sentir mal a Nicole y que entendiera el impacto que aquello había tenido en su vida.

—¿Qué? —preguntó con un hilillo de voz. Se le formó un nudo en la garganta que apenas la estaba dejando respirar. Tenía la mirada perdida. Estaba haciendo un esfuerzo absurdo en ocultar el pánico que la estaba ahogando. Tenía la frente perlada en sudor. Samuel se limitó a observar la escena—. Eso no puede ser.

—Sí, sí puede ser. —Samuel bajó el tono de voz, se volvió amable. Estuvo a punto de sentirse mal por Nicole, pero recordó a lo que aquella mujer se dedicaba y que todo se lo había buscado ella solita—. La Salvación, probablemente tu padre o tu hermano mandaron matar a la madre de Sofía por meter las narices donde no debía.

—¿Qué estás diciendo? ¿Estás diciendo todo esto para manipularme?

—No. La torturaron hasta la muerte. Imagina lo que debe significar eso para Sofía.

Nicole había visto en incontables ocasiones prisioneros torturados por su hermano o sus hombres y, a decir verdad, nunca había sentido demasiada simpatía por ellos. Para ella eran enemigos de La Salvación y si estaban ahí era por algo. No le gustaba demasiado presenciar torturas, porque había visto perfectamente lo dolorosas que eran, pero tampoco sentía ninguna pena por aquellos desconocidos.

Pero, ¿la madre de Sofía? Aquello no podía estar pasando. Nicole conocía perfectamente el impacto abismal que la muerte de su madre había tenido en la vida de Sofía, había cambiado su personalidad y muchas más cosas de las que ella ni siquiera tenía idea. Sofía le había hablado en varias ocasiones del daño que aquello le había causado y lo mucho que le había costado recuperarse, se había abierto con ella por primera vez en mucho tiempo y Nicole sabía lo difícil que era para Sofía hablar de ella misma. Todo para que volviera

desconfiar en cuanto supiera quién era la mujer con la que compartía su vida.

Sofía nunca la perdonaría, sería mejor que aprovechara el tiempo que le quedaba con ella porque aquella relación tenía los días contados.

Tras varios minutos observando el cambio de las distintas expresiones faciales de Nicole, Samuel se limitó a salir de la sala y dejarla sola. ¿Qué más iba a hacer? Al fin y al cabo, era su enemiga acérrima, de Sofía y de SOMBRA. No se podía permitir el lujo de sentir empatía por ella.

Mientras caminaba hacia la salida y dejaba a Nicole a sus espaldas, escuchó su voz.

—No. No lo dices en serio. Sé que estás intentando confundirme para que no te delate, pero cuando todo esto acabe, Gabriel y los demás sabrán quién eres.

Samuel se giró y la miró decepcionado.

—Entonces sí que te puedes olvidar de Sofía —dijo antes de volver a girarse y continuar con su camino.

Samuel ignoró las instrucciones de Bruno y tomó la decisión de continuar solo. Si la alternativa era pasar tiempo con Nicole, prefería arriesgarse a que los de El Dorado lo atraparan y, probablemente, lo asesinaran. Salió de la sala confundido, pensando en la extraña conexión que él y Nicole habían tenido desde un primer momento. Quizá fuera por Sofía. El amor que ambos profesaban hacia la detective les impedía hacerle demasiado daño al otro, por lo que la mejor decisión era separar sus caminos y que la suerte decidiera lo que pasaría con ellos.

Nicole se quedó pensando con la misma cara de alelada que tenía desde hace un rato. Aquel cadáver seguía a sus pies, pero se había olvidado por completo de su presencia. No pudo evitar sentirse traicionada ahora que sabía que Sofía estaba investigando toda su vida, su familia, su trabajo y todo lo que conocía, y que ni siquiera le hubiera mencionado a lo que se dedicaba realmente. Se sintió dolida por la invasión de su privacidad, pero aún más por sus mentiras. Estaba confundida y no sabía qué hacer al respecto.

Samuel había dejado atrás a la joven hacía varios minutos, logró avanzar y recorrer varias habitaciones sin ser visto. Para su tranquilidad no se había cruzado con ningún guardia, por lo que no tuvo que tratar de deshacerse de nadie, algo que sin duda facilitó mucho las cosas. Sin embargo, su suerte se acabó cuando, mientras estaba agachado tras aquella estatua espiando una conversación entre dos hombres de la casa, escuchó una voz a sus espaldas.

—Vaya. Tenemos un invitado un poco tímido.

Samuel cerró los ojos asustado y ni siquiera trató de coger su

arma, se limitó a levantarse con las manos en alto.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

—Nicolò.

—¿Por qué estás aquí?

—¿Para qué te lo voy a decir si me vas a matar?

—Si me lo dices quizá te dé una oportunidad.

Samuel negó con la cabeza.

—Muy bien. ¡Eh! ¡Venid aquí! ¡Se nos ha colado alguien y no quiere hablar! —dijo llamando a los dos hombres que Samuel había estado espiando.

Los dos guardias se alertaron inmediatamente y se acercaron hasta Samuel por la espalda, mientras que el que lo había descubierto lo apuntaba con su arma. Golpearon sus piernas y lo obligaron a ponerse de rodillas.

—¿Así que no te gusta hablar? Pues hoy vamos a hacer hasta que cantes —dijo uno de ellos colocando la mano en su hombro.

Samuel agachó la cabeza y esperó lo peor cuando un golpe seco lo alertó. Miró hacia arriba y vio a Nicole con su pistola en alto y a el guardia que lo había descubierto desplomado en el suelo con un agujero en la frente.

Se levantó rápidamente y mientras los otros dos estaban demasiado ocupados mirando a Nicole, agarró a uno de los dos por el cuello y lo arrastró con él. El guardia restante trató de ir a por Samuel, pero frenó su paso cuando al unísono escuchó:

—¡Quieto!

Antes de que el desconocido pudiera tomar una decisión, Nicole volvió a disparar su pistola y Samuel volvió a asombrarse de la determinación de aquella mujer. No le había dado ni una oportunidad antes de matarlo.

—¡Samuel! ¡Mátalo! Mátalo o nos pillan. Samuel continuaba oprimiendo la garganta del guardia que pataleaba desesperado en busca de aire. Miró a Nicole y después lo miró a él dubitativo—. Dispara de una vez, no seas estúpido —dijo mientras ella también apuntaba al guardia.

Samuel concluyó que habían llegado demasiado lejos como para echarlo todo por la borda y que ya no importaba cargar con tres muertes a sus espaldas o con dos, así que apretó el gatillo y dejó que la sangre volviera a empaparlo.

Nicole bajó su pistola y suspiró aliviada. Samuel la observó sin saber bien qué decir, Nicole Mendoza le acababa de salvar la vida.

—¿Lo habéis oído?

—Sí, viene de allí.

Por un segundo se quedaron petrificados al escuchar aquellas voces y se miraron angustiados.

—¡Vamos! —susurró Nicole.

Dejaron el rastro de cadáveres tras ellos y corrieron en dirección contraria a la de los hombres que se estaban aproximando, pero les dio tiempo a escuchar algo más.

—¡Eh! ¿Qué está pasando aquí?

—¡Han entrado! ¡Alguien ha entrado!

—*Ci sono tre cadaveri nel corridoio e un'altro nella biblioteca* —dijo uno de ellos por el *walkie-talkie*.

Las comunicaciones empezaron a fluir de un lado a otro. Allá donde corrían, Nicole y Samuel escuchaban las interlocuciones a través de las radios de los guardias. Corrían sin parar y esquivaban todos los objetos a su paso. Decidían dónde entrar en base a las voces que escuchaban para así evitar encontronazos.

Corrían juntos hacia el frente por el pasillo, lo hacían a toda velocidad, sin mirar atrás. Cuando escucharon más voces de otros guardias que se aproximaban precisamente por la dirección a la que ellos se dirigían, Samuel entró a la habitación de la izquierda y Nicole a la de la derecha.

El detective descubrió su lado más contorsionista cuando abrió la puerta de uno de los muebles y plegó todas sus extremidades para hacerse un hueco en el pequeño armario. Escuchó los pasos del guardia aproximándose que buscaba por toda la habitación, pero no encontró rastro de Samuel.

—*Guarda quello che ho trovato*…—el guardia que había entrado buscando a Samuel, salió de la estancia cuando escuchó aquella frase. —*Che bella ragazza*…—Nicole trató de zafarse de aquel hombre sin éxito, le había colocado las manos a la espalda y las apretaba fuerte con una sola mano, suficiente para retener las delgadas muñecas de la joven. Con la otra mano sujetaba la pistola que presionaba contra el mentón de Nicole, obligándole a alzar la cabeza. —*Peccato che sia così* cretina.

Nicole escupió a la cara de aquel hombre.

—Cretina tu madre.

El guardia retorció las manos de la morena que no pudo reprimir un grito de dolor.

—Joder…—dijo Samuel para sí mismo. Seguía oculto dentro del pequeño armario, pero las piernas le dolían cada vez más. Si sus oídos no le habían jugado una mala pasada, había escuchado cómo atrapaban a Nicole y eso significaba problemas para todos.

—Atención, hemos encontrado a una de las personas que se ha colado, ¿qué hacemos con ella? —dijo uno de ellos a través del *walkie-talkie*.

—*Portatemela qui*. —La voz de Claudio Caruso retumbó en todas las estancias cuando pronunció aquellas palabras.

—Mierda. Joder. —Bruno, que se encontraba en pleno robo escuchó que habían atrapado a Nicole y dejó todo lo que estaba haciendo para ir a buscarla.

—Bruno, si le pasa algo a mi hermana, el próximo en aparecer en las noticias vas a ser tú, así que más te vale encontrarla antes de que le pongan una mano encima.

—Sí, jefe —dijo mientras corría en su búsqueda.

—Pelota. —Gabriel resopló y apagó el micrófono.

El resto de miembros de La Salvación continuaba desvalijando la casa. Muchos de ellos ni siquiera repararon en que una de ellos había sido capturada, pero los demás se alertaron al entender que había sido Nicole. Si algo le pasaba a la hermana del Príncipe las consecuencias para el resto podrían ser nefastas, así que sería mejor que la encontraran rápido.

La mayoría dejaron lo que estaban haciendo y corrieron a encontrarse para buscar a Nicole, el resto decidieron continuar con su labor de buscar las armas.

◆◆◆

En SOMBRA observaban la escena alertados. A través de la cámara de infrarrojos se habían dado cuenta de que los hombres de El Dorado se habían alertado de la presencia de unos intrusos. Entre tantas personas y el caos que se había generado con la alerta sobre la presencia de desconocidos en la casa de Claudio Caruso, Sofía, Paula, Hugo y Claudia habían vuelto a perder a Samuel tan solo unos minutos atrás.

—¿Alguien lo ve? —preguntó Sofía.

—Nada —respondió Paula.

—Joder.

Miraban a una pantalla y a otra en búsqueda del detective, pero no obtuvieron éxito alguno.

—Claudia, ¿crees que podrás pinchar el micrófono de alguno de los que están allí dentro? —preguntó Sofía recordando la propuesta anterior de Claudia.

—Lo estoy intentando, pero por si acaso no te hagas ilusiones.

Sofía, que apoyaba ambas manos en la mesa, agachó la cabeza agotada. Llevaban horas mirando esas pantallas y hasta se habían olvidado de comer. El nivel de estrés que habían mantenido durante tanto tiempo había sido muy alto, si el robo no terminaba pronto no sabía cómo iban a lograr mantenerse alerta.

◆◆◆

Bruno entró en todas las habitaciones que se encontró a su

paso, se deshizo de todos aquellos guardias con los que se topó y buscó a Nicole en cada una de las estancias. Continuaba su camino cuando de repente vio a aquel hombre. Inmediatamente apuntó su arma a la figura y justo cuando iba a apretar el gatillo algo lo frenó.

—¡Eh, para! Soy yo. —Samuel levantó las manos y Bruno bajó el arma.

—¿Qué coño haces aquí?

—Me estaba escondiendo. Han pillado a Nicole.

—Ya lo sé, ¿por qué no la has ayudado? Os dije que trabajarais juntos.

—Es que nos hemos descoordinado, yo he ido por un sitio y ella por otro y…

—Cállate. Vamos a buscarla.

Samuel y Bruno trabajaban como un auténtico equipo, acabaron con todo a su paso mientras avanzaban por aquella mansión interminable. A esas alturas, todos los presentes en la casa sabían de la presencia de intrusos y, hacía apenas unos minutos un tiroteo había dado comienzo. Los miembros de La Salvación se habían dejado de sutilezas y respondieron los disparos con más disparos. Los fusiles de asalto estaban por todas partes y las balas bañaban el aire, el ruido atronador no dejaban escuchar nada más.

—¡Vamos, vamos! —gritó Bruno.

Corrieron aprovechando la distracción que ofrecían los disparos, pero Samuel se tropezó y calló de bruces al suelo.

—¡Levanta! ¡Vamos!

Samuel se puso de rodillas y se sacudió el polvo de las manos. Echó la vista atrás para comprobar qué le había hecho caer y vio un minúsculo relieve en la alfombra. Samuel retiró la tela y tiró del asa.

—¿Qué haces? ¡Corre!

—Espera, mira. Ayúdame a abrirlo.

Bruno y Samuel unieron sus fuerzas para intentar abrir aquella especie de puerta que se encontraba en el suelo. Tiraron con todas sus fuerzas, pero no lograron levantar la puerta.

Samuel se limpió la frente perlada en sudor y observó la puerta sin saber qué hacer. Se llevó un susto de muerte cuando Bruno comenzó a disparar su fusil contra el suelo. El detective se cubrió la cara con los brazos intentando protegerse de las chispas de las balas y la madera que saltaba por los aires. Volvieron a tirar del asa, esta vez con éxito, y descubrieron las escaleras que conducían a una sala subterránea.

—Vamos. —Bruno dio una palmada a Samuel y descendió al interior.

Samuel se quedó boquiabierto al comprobar las dimensiones de aquella sala gigantesca repleta de armas. Todo tipo de artillería

colgaba de las paredes, en la mesa, dentro de los cajones…Granadas, rifles, pistolas, escopetas y un sinfín de armamento llenaban la habitación. Bruno parecía igual de sorprendido.

La sala era de color blanco y estaba perfectamente iluminada. Era realmente sorprendente como una pequeña puerta tan camuflada en el suelo, aparentemente normal, podía esconder aquella estancia inmensa.

—¡Lo tenemos! ¡Lo tenemos! —Bruno agarró de la cabeza a Samuel y celebró su descubrimiento—. Eres el puto amo. —Bruno se llevó la mano a la radio e inició una comunicación—. Atención a todos. Hemos encontrado las armas, repito, hemos encontrado las armas. Se encuentra en una sala subterránea del pasillo central. Dirigíos aquí y comenzad a cargarlas en los vehículos.

Iba ser complicado que en medio del tiroteo todos los hombres de Gabriel escucharan las comunicaciones de Bruno, pero este estaba seguro de que alguien acudiría a por ellas.

—Recibido. Nos dirigimos al pasillo central —dijo uno de ellos a través de la radio.

—Perfecto. ¡A por Nicole!

◆◆◆

—Mierda. Ha empezado un tiroteo.

Claudia había logrado pinchar las comunicaciones de La Salvación con éxito. Hacía apenas unos segundos que habían empezado a escuchar su radio y lo primero que habían oído habían sido los disparos. Todos en SOMBRA permanecían extremadamente atentos, ninguno de ellos despegaba los ojos de las pantallas. Observaban el caos, los cuerpos sin vida cayendo al suelo, las balas en el aire. Todos ellos buscaban a Samuel, hasta que finalmente lo encontraron.

—¡Ahí! ¡Ahí está! —Claudia señaló la pantalla y todos localizaron a Samuel.

—Joder, por fin—Sofía respiró aliviada.

Observaron la silueta acompañada de Samuel. Parecía que aquel hombre no se despegaba de él.

◆◆◆

No tardaron en encontrar a Nicole pues ya habían recorrido gran parte de la mansión para entonces. Se encontraba de rodillas en el suelo, maniatada. Samuel no pudo evitar apartar la mirada cuando se topó con el rostro desfigurado de la morena. Había sido golpeada en incontables ocasiones, sangraba por todas partes y tenía enormes heridas abiertas en su frente y sus mejillas. A Samuel le sorprendió

que estuviera consciente y que el resto de su cuerpo no estuviera tocando el suelo. Varios hombres la rodeaban y seguían propiciándole golpes, excepto por uno de ellos.

Claudio Caruso permanecía sentado en una especie de trono fumando un puro con una copa de champán al lado mientras disfrutaba del espectáculo.

—Vaya, más visita. A por ellos. —Señaló con el mentón a Samuel y Bruno que acababan de entrar por la puerta.

Aquellos hombres dejaron de golpear a la joven para apuntar a los dos chicos. Bruno y Samuel los imitaron y levantaron sus armas.

Samuel miró a Nicole que pareció dedicarle una especie de sonrisa antes de desplomarse y perder el conocimiento, bañando el suelo de sangre alrededor de su cabeza.

—Bajad las armas o la matamos —dijo uno de ellos.

Lo que no sabían los de El Dorado era que La Salvación nunca actuaba sola. Una decena de hombres apareció a las espaldas de Bruno y Samuel y todos ellos apuntaron a sus enemigos que ahora eran inferiores en número.

—No tenéis nada que hacer, si la volvéis a tocar estáis muertos. Y tú también. —Bruno miró a Claudio amenazante—. ¡Ahora!

Iniciaron otro tiroteo, sin darle una oportunidad de hacer algún movimiento a los guardias de Claudio. Ninguno de ellos pudo apretar el gatillo de sus armas y cayeron al suelo alrededor de Nicole.

Bruno apuntó a Claudio y durante varios segundos se planteó si era buena idea dispararle. Si lo hacía, La Salvación no iba tener tregua y Adriano, el hermano de Claudio, se iba a encargar de perseguirlos el resto de su vida, aunque por otra parte el enfrentamiento ya había dado comienzo e iba a ser difícil que las cosas fueran a peor después del robo de armas.

—Venga. ¡Dispara! —Samuel animó a Bruno.

Claudio Caruso sonreía. No tenía miedo. Sabía perfectamente las consecuencias que su muerte tendrían para La Salvación y que dispararle era la peor de las ideas. Dio una calada al puro y miró a Bruno a los ojos.

Bruno sabía que no era buena idea, pero no pudo contenerse y apretó el gatillo. Samuel bajó el arma aliviado.

Bruno observó durante unos segundos el cuerpo sin vida de Claudio y después corrió junto a Samuel a socorrer a Nicole.

—No esperaba que vinieras a por mí—Nicole recuperó brevemente la consciencia—. Para ser un infiltrado te has comprometido con la causa. —Miró a Samuel y volvió a desmayarse.

◆◆◆

En SOMBRA se quedaron helados al escuchar esas palabras. No

había dudas, ahora sabían que Samuel era un infiltrado. Paula y Hugo miraron a Sofía que no apartaba la mirada de la pantalla. Todos guardaron silencio mientras miraban a la detective, ninguno sabía qué decir. Las cosas habían estado yendo muy bien y ninguno esperaba que la misión se torciera en el último momento.

Sofía tragó saliva. Aún conservaba la esperanza de que por algún motivo u otro dejaran vivir a Samuel.

◆◆◆

Bruno había ignorado las palabras de Nicole y salió de allí corriendo junto con el resto de sus hombres. Cargaba a la joven en sus brazos que aún permanecía sin conocimiento y mientras avanzaba a toda velocidad por la mansión, el resto de La Salvación cubría sus espaldas derribando a todos los enemigos que se acercaban.

Samuel permanecía desconcertado ante la reacción de Bruno que ya sabía que era un infiltrado, sin embargo, no solo no le había quitado la vida, sino que también le permitía correr a su lado.

Todos escapaban de las balas que flotaban en el aire, algunos hombres caían, pero no había tiempo de ir a socorrerlos, lo más importante ahora era devolver a Nicole con vida.

Lograron salir de la mansión y llegar a los vehículos, nadie se dio un tiempo ni siquiera para respirar. Bruno introdujo el cuerpo inerte de Nicole en los asientos de atrás y abrochó todos los cinturones para evitar que se moviera demasiado.

—Aguanta, cariño —dijo en un susurro mientras Samuel permanecía a un lado sin saber cómo ayudar.

Algunos de los hombres restantes ya habían logrado alcanzar sus vehículos y comenzaban a salir de aquel sitio a toda velocidad. Bruno los imitó, montó en el coche y arrancó deprisa.

—Eh, espera —dijo Samuel sujetando la puerta que Bruno intentaba cerrar.

—No. Tú no. —Cerró la puerta y bloqueó las demás.

Bruno obedeció religiosamente las órdenes que Gabriel Mendoza le había dado por el pinganillo y dejó al detective tirado, completamente solo a merced de El Dorado.

El joven entró en pánico cuando vio que el coche de Bruno realmente se había marchado. Miró a su alrededor en busca de los demás vehículos, pero hacía apenas unos segundos que todos habían abandonado el lugar. Tan solo le dio tiempo a divisar al último que se alejaba a toda velocidad. Miró hacia el otro lado y lo último que vio antes que todo se volviera oscuro, fue a una estampida de hombres armados que corrían hacia él.

◆◆◆

Hugo, Paula y Claudia miraron a Sofía sin decir nada. La detective parecía que acababa de entrar en otra dimensión y no escuchaba ni veía nada a su alrededor. Ignoró también las lágrimas de Paula que cada vez eran más abundantes. Permanecía con los ojos pegados a la pantalla mientras Claudia se llevaba las manos a la cabeza y Hugo se levantaba de su asiento furioso.

—Quizá aún sigue vivo.

—Cállate. —Sofía agachó la cabeza—. Hugo, cállate.

Todos habían visto con claridad cómo disparaban a Samuel a bocajarro y arrastraban su cuerpo hacia el interior de la casa dejando un trazo de sangre tras de sí, pero todos quisieron creer que tan solo había sido una ilusión y nada de aquello estaba pasando.

Sofía abandonó la sala.

—¿Cómo se han podido torcer tanto las cosas en el último minuto? —dijo Claudia.

—Ahora tenemos que encontrar también a esa desgraciada y darle lo que se merece —añadió Hugo.

Paula siguió el recorrido de su compañera y lo primero que vio tras salir fue a Sofía sentada en uno de los bancos de madera con la mirada perdida en el suelo. Sin poder parar de llorar, colocó su mano en el hombro de la detective.

—Sofía, lo siento mucho. —Se limpió la nariz húmeda con la mano.

Paula se sentó al lado de Sofía en silencio durante varios minutos, sabía que cuando esta estaba enfadada o triste lo mejor era darle espacio. No quería agobiarla, pero tampoco quería dejarla sola en un momento así.

—No es culpa tuya —respondió finalmente—. Nada de esto es culpa tuya. —Alzó la cabeza aún con la mirada perdida—. Así que sécate las lágrimas, ahora vamos a hacerle tanto daño a La Salvación como ellos nos han hecho a nosotros.

Paula hizo un intento de sonrisa y asintió.

—¿Quieres que te deje sola?

—Sí, por favor.

Pasaron las horas y Sofía permaneció en ese banco en la misma postura. El sol comenzaba a asomar y la claridad emergente cada vez le resultaba más molesta. Había perdido la noción del tiempo y ya ni recordaba en qué momento sus compañeros se habían marchado, seguía igual de impactada que hacía unas horas atrás.

Sin derramar una lágrima pensó en Samuel, pensó en su madre, pensó en su padre y, por último, en Dalia, volverla a ver era lo único que podría traerla de vuelta a la Tierra.

Cuando el sol brilló, recogió sus cosas y, como un autómata, caminó a casa.

Capítulo 20

Después de una semana abrió los ojos y, en un primer momento, no supo dónde se encontraba. Miró al techo y no reconoció la habitación, estaba confundida. A su izquierda la pared y a su derecha un monitor de constantes vitales, lo que la confundió aún más. Se miró la mano perforada por una vía intravenosa, no reconocía su vestimenta y la habitación estaba vacía. Sentía quemazón por distintas partes de su cuerpo, cuando fue a retirarse el cabello de la cara, rozó su mejilla accidentalmente y soltó un gritito de dolor. Quería incorporarse, pero no podía, aún estaba malherida.

La puerta se abrió y vio lo que menos le apetecía ver en esos momentos, Bruno entró con una bandeja de comida. Su expresión cambió por completo al ver a Nicole con los ojos abiertos.

—¡Nicole! ¡Te has despertado! —Soltó la bandeja en el primer sitio que encontró—. ¡Qué alivio! Estás bien.

—Bueno, he estado mejor —se quejó.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te duele algo?

—Me duele todo, pero… ¿qué ha pasado? ¿por qué estoy aquí, así?

—¿No te acuerdas? Joder, a ver si vas a tener amnesia.

Nicole puso los ojos en blanco.

—Tú siempre tan optimista. ¿Me quieres explicar qué ha pasado?

—El robo. Te dieron una paliza. Los hombres de Claudio te pillaron y te estuvieron golpeando constantemente hasta que perdiste el conocimiento. Por suerte te encontramos rápido y pudimos sacarte de allí entre las balas.

Nicole enarcó las cejas.

—Vaya, ¿todo eso hicisteis por mí?

—Pues claro, eres la hermana de Gabriel Mendoza, teníamos que sacarte de ahí como fuera. Y el amor de mi vida, claro —dijo rozándole la mano.

Bruno se preocupó cuando Nicole se incorporó sin previo aviso y vomitó en el suelo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. —Se limpió la boca con la mano—. ¿Y las armas?

—Eso es lo mejor de todo. Las tenemos. —Sonrió.

—¿Ah, sí?

—Mientras íbamos a encontrarte Nicolò se tropezó con el escondite y pudimos sacarlas a tiempo.

—¿Nicolò?

«Nicolò», pensó. Nicole abrió los ojos y recordó que el mejor amigo de Sofía, había aparecido contra todo pronóstico en el robo, lo último que recordaba era haberle salvado la vida y que después la capturaran a ella.

—¿Dónde está? ¿Qué ha pasado con él?

—Está muerto, imagino. ¿Por qué no nos dijiste antes que era un infiltrado? —Bruno, que estaba de espaldas removiendo la cucharita para disolver el azúcar del café, se giró lentamente y la miró a los ojos.

—¿Qué? ¿Y eso cómo lo sabes?

—Tú misma lo dijiste cuando fuimos a rescatarte. Hay que reconocer que el chaval tenía huevos, hizo lo imposible para encontrarte. Estabas medio muerta, por eso no te acuerdas.

Efectivamente, Nicole no recordaba nada. En esos momentos lo único que deseaba era cerrar los ojos y que todo aquello pasara. ¿El mejor amigo de Sofía estaba muerto? ¿Por su culpa? Nicole quería desaparecer. No tenía la manera de explicarle a Sofía que Samuel había muerto, las circunstancias en las que había ocurrido y por qué ella lo sabía. Trató de levantarse de la cama.

—¡Eh! ¿Dónde vas? Todavía te estás recuperando.

—Bruno, quítame las manos de encima. Estoy perfectamente, ¿vale? Tengo cosas que hacer.

—Nicole, no vas a ir a ningún lado. —La presionó contra la cama—. Tu hermano quiere hablar contigo.

Precisamente en ese instante Gabriel entró en la habitación y enarcó una ceja al ver que Bruno retenía a su hermana, este la liberó cuando lo vio entrar y se llevó las manos a la espalda torpemente.

—Joder, ya estamos todos —murmuró Nicole.

—¡Nicole! ¿Cómo estás? —dijo con energía dando una sonora palmada.

—De maravilla, ¿no me ves?

Gabriel rio.

—Tienes mejor aspecto, me alegro. El doctor ha estado cuidando de ti. Dice que en unos días estarás como nueva.

—De hecho, ya estoy mucho mejor, así que si me disculpas…— Volvió a intentar levantarse, pero esta vez fue Gabriel quien se lo impidió.

—No. Todavía es pronto. Además, me gustaría hablar contigo.

—¿Qué? —suspiró cansada.

—¿Cómo sabías que Nicolò era un infiltrado? —preguntó sin miramientos.

—¿Qué? Eh… no lo sabía. —Se quedó pillada, aquello no se lo esperaba.

—Vamos, Nicole, tú lo sabías y por eso lo dijiste. Además, Bruno dijo que teníais un rollo muy raro. ¿Es uno de tus líos? ¿Es eso?

—¿Qué dices? —Hizo un gesto de asco—. Pues claro que no.

Bruno respiró aliviado.

—¿Entonces?

Nicole estaba entre la espada y la pared, no sabía qué demonios contestar. Si no quería desvelar la identidad de Nicolò iba a ser demasiado sospechoso y su hermano probablemente tomaría serias medidas, pero si decía la verdad, Sofía estaba en peligro.

—Es el amigo de una amiga, nada más. —Trató de dar una respuesta vaga, pero en cuanto pronunció aquellas palabras se arrepintió.

—¿Qué amiga? Vas a tener que ser más clara.

—Mira, es que aún me encuentro muy mal y me falla la memoria, ¿podéis iros y dejarme descansar?

—Acabas de decir que te encontrabas bien. Mira, Nicole. —Gabriel se levantó de la cama—. Yo no quiero hacer esto —Desenfundó su pistola—. Pero si no colaboras y cuentas todo lo que sabes a La Salvación, estás en contra de La Salvación y si estás en contra me veré obligado a expulsarte.

—Tú no puedes hacer eso. —Nicole notaba cómo le comenzaba a hervir la sangre—. Tú no eres el jefe y no tienes ninguna autoridad que yo no tenga. —Tensó la mandíbula.

—Tienes razón. Pero no creo que nuestro padre le haga gracia saber que su querida hija colabora con infiltrados.

—Yo no he colaborado con nadie, no sabía nada.

—Creo que vas a tener que contar las cosas más detalladamente antes de que se comiencen a malinterpretar.

Bruno y Nicole se miraron y este asintió para animarla a hablar.

—O hablas o te hacemos hablar.

—¿Me estás amenazando? ¿A tu hermana?

—Si abandonas La Salvación dejas de ser mi hermana.

Nicole sonrió con sarcasmo.

—Vais a tener que torturarme.

—Bruno, tráela.

Bruno obedeció y cogió a Nicole en brazos.

—Bruno, ¿qué coño haces? Suéltame.

Con un gesto triste, mantuvo a la chica en sus brazos y siguió a

Gabriel.

—Bruno, como no me sueltes esto se ha acabado.

—Lo siento —dijo el chico.

Entraron en la habitación, Bruno colocó a Nicole en la silla y ató sus manos a la espalda.

—¿Vas a jugar a los secuestros conmigo? —Miró a Gabriel a los ojos—. Cobarde de mierda.

—Haced que hable —dijo El Príncipe antes de abandonar la sala. Bruno le siguió, no quería ver aquello.

—¡Bruno! ¡Bruno! ¡Sácame de aquí! —Se zarandeó violentamente en la silla para intentar liberarse, pero sus esfuerzos fueron inútiles.

—Lo siento, señorita Mendoza. Su hermano me obliga.

Damyan colocó el bastón de hierro en el fogón hasta que se volvió de un color rojo intenso. Nicole lo observaba en silencio, estaba segura de que no sería capaz de hacer daño su propia jefa, pero su expresión cambió cuando Damyan se acercó lentamente con el hierro en la mano.

—Damyan, ¡Damyan! ¿Qué haces? Estate quieto.

Hizo caso omiso y colocó el bastón abrasante en la piel de Nicole. Sus gritos de dolor se escucharon por toda la casa.

Bruno se sentía muy impotente, no soportaba oírla de aquella manera, pero tenía a Gabriel a su lado y no se atrevió a moverse.

Pasaron varios minutos de la tortura hasta que se escuchó algo que no fueran los sollozos de Nicole.

—¡Vale! ¡Vale! ¡Hablaré! —dijo entre lágrimas. No podía para de llorar, jamás en su vida había sentido tanto dolor. Preferiría morir antes de seguir sufriendo aquel tormento inexplicable—. Para, por favor —le rogó a Damyan desconsolada y este obedeció.

—¡Doctor! —Gabriel entró por la puerta y El Doctor tras de sí. Curó y vendó las heridas de Nicole mientras la joven rabiaba de dolor. Gabriel nunca había oído a su hermana gritar así.

Tenía la tez enrojecida, las lágrimas y la mucosidad bañaban su cara, estaba completamente destruida y a punto de volver a desmayarse.

Con sumo cuidado, El Doctor volvió a transportarla a la habitación y cuando dejó de llorar, le permitió que descansara.

—Lo mejor es dejarla que duerma. Podrá sonsacarle información cuando se despierte —dijo El Doctor antes de retirarse.

Gabriel miró a su hermana que se durmió profundamente en cuestión de segundos. Siguió la recomendación del Doctor y todos abandonaron la sala.

Capítulo 21

Había pasado más de una semana y Sofía todavía no había conseguido derramar una sola lágrima por la muerte de Samuel. Lo había intentado en numerosas ocasiones, pero al parecer, su sistema no había procesado que nunca volvería a ver a su mejor amigo y, por ende, no había respondido ante tal hecho. A pesar de ser plenamente consciente de la partida de Samuel, hacía tan poco tiempo que lo había visto que su cerebro creía que volverían a encontrarse pronto.

En su lugar, Sofía había estado viviendo como una autómata, aún no se había recuperado del shock y había llevado a cabo su rutina sin pararse a pensar en lo que hacía ni en cómo lo hacía. En SOMBRA estaban confundidos, todos lloraron la muerte de Samuel y lo seguían haciendo, mientras que Sofía realizaba su trabajo con normalidad. Lo había pasado peor pensando en la posibilidad de que Samuel podía morir que con la propia muerte de su mejor amigo. Sin embargo, había algo raro en el comportamiento de la detective. Tenía momentos de torpeza impropios de ella, en las reuniones parecía despistada, relegaba numerosas tareas a Paula y cuando alguien le hablaba parecía que no escuchaba nada. Era como un ser sin vida. Había vuelto a la agencia al día siguiente para trabajar con normalidad y en los días posteriores prácticamente no había mencionado la muerte de Samuel. Sus compañeros habían tratado de sacar el tema de forma sutil, pero la detective solo daba vagas respuestas y parecía no querer indagar en la complejidad de la situación.

Ahora era sábado y no tenía excusa para trabajar y distraer su mente. Había intentado ojear documentos e investigar algo más sobre La Salvación como de costumbre, pero no sirvió de nada, no tenían ninguna novedad, no podía hacer avances y, a decir verdad, no logró concentrarse en lo que estaba leyendo.

Se sentó en el sofá y miró a la pared y a su teléfono alternativamente lo que la adormecía aún más en lugar de proporcionarle la distracción que buscaba, hasta que finalmente algo emocionante pasó. Sonó la puerta.

Sofía fue a recibir al repartidor para recoger el paquete que

había esperado durante tanto tiempo, pero se sorprendió al ver a Dalia tras la puerta. No habían sabido la una de la otra durante semanas, era como si ambas se hubiesen puesto de acuerdo en desaparecer de la faz de la Tierra y dejar de lado toda forma de comunicación.

La primera reacción de Sofía fue querer esconderse. No había dormido durante días, había descuidado por completo su alimentación y su aspecto. Tenía el pelo recogido en una coleta descuidada, las ojeras le llegaban hasta las rodillas y había perdido la cuenta de los días que llevaba sin ducharse. En definitiva, estaba horrorosa.

—Qué guapa estás. —Dalia besó su mejilla, le dedicó una sonrisa y entró—. ¿Cómo te encuentras? Hace mucho que no sé de ti. —Se sentó en el sofá—. Te he echado de menos.

Sofía le dedicó una sonrisa cansada.

—Yo también. —Se sentó a su lado.

Dalia le retiró un mechón de pelo de la cara y la observó detenidamente.

—Pareces cansada. ¿Estás bien?

Y una vez más a Dalia no se le escapó nada.

—Bueno… He dormido mal últimamente y…

—¿Por qué? —Dalia parecía angustiada, apenó el gesto. Quería oírlo de la boca de Sofía, quería oírlo para que fuera real.

—Samuel ha muerto.

—Joder…—Dalia escondió su cara tras la palma de su mano. Apretó su frente con los dedos de la mano para intentar despertarse. Se mordía las uñas con nerviosismo, estaba al borde de las lágrimas. Miró a Sofía, que parecía ajena a su presencia.

Sofía alzó la cabeza y se alarmó al ver una lágrima resbalar por la mejilla de Dalia.

—Sofía, lo siento mucho. Yo…—Se le quebró la voz.

—Tranquila. —Agarró sus manos—. Ni que hubiera sido culpa tuya. Yo estoy bien. —La detective se había sorprendido al ver la gran empatía de Dalia que había comenzado a llorar apenas escuchó la noticia.

—¿Segura?

Sofía inclinó la cabeza.

—Bueno, me está costando…—Su voz se apagó y volvió a agachar la cabeza.

Por fin. Por fin logró llorar. Al verbalizarlo delante de Dalia, Sofía entendió que Samuel estaba muerto y que nunca más lo iba a ver.

—Sofi…—Apretó con fuerza la mano de la detective y la abrazó. Ambas lloraron sin decir nada.

—¿Y qué le ha pasado? —Tenía la esperanza de que todo aquello fuese un mal sueño. Ella había sido culpable de la muerte de

Samuel y sabía que era algo que Sofía nunca le perdonaría, pero se sentía tan mal que estaba a punto de confesar solo para deshacerse del nudo que le oprimía la garganta.

—Dalia, hay algo que no te he contado.

Dalia tragó saliva.

—Dime.

—No trabajo en una empresa, no soy contable ni nada que se le parezca.

Dalia asintió comprensiva.

—Soy detective en una agencia privada. Cuando murió mi madre, mi padre creó una agencia de investigación y… digamos que yo estoy continuando su trabajo. Samuel no estaba de viaje en ninguna casa rural. A Samuel lo mataron.

—¿Qué? —Fingió sorpresa. ¿Y cómo lo sabes?

—Lo vi con mis propios ojos, en directo.

Dalia frunció el ceño, ahora estaba sorprendida de verdad.

—¿Cómo? ¿Viste su asesinato? ¿Estabas allí? —Dalia sentía náuseas. ¿Acaso Sofía sabía todo y pretendía hacerle una encerrona?

—No, no estaba allí, pero lo vimos a través de nuestro dron, fue todo muy rápido, la imagen era lejana, pero lo suficientemente clara para distinguir a Samuel —explicó—. Escucha, no te había contado nada para no entorpecer nuestras investigaciones, de hecho, no te puedo contar mucho más, lo entiendes, ¿no?

—Claro, claro. Tranquila.

—Siento no habértelo contado antes, no pretendía empezar esto mintiéndote.

—No te preocupes, todos tenemos secretos, ¿no?

—¿Y qué secretos tienes tú? —dijo Sofía tratando de cambiar de tema. Agarró la mano de Dalia.

—¿Yo? Ninguno…—Sonrió incómoda y apartó su mano de la de Sofía.

—¿Qué es esto? ¿Qué te ha pasado? —Con gesto horrorizado Sofía agarró suavemente el brazo lleno de cicatrices de Dalia—. ¿Quién te ha hecho esto? ¿Son quemaduras?

—Sí, no te preocupes. —Sonrió—. Ya sabes que cocinar no es lo mío, estuve pelándome con el horno.

—¿Te crees que nací ayer? Dalia te tuviste que meter dentro del horno para hacerte esto, ¿qué ha pasado?

—Sofi, tranquila. —Cogió la mano de Sofía y liberó su brazo de ella—. No es nada, de verdad. Estoy perfectamente.

Sofía suspiró y la miró con seriedad. Estaba claro que no quería hablar del tema, así que le dio un poco tregua y se apartó.

—Espero que algún día me lo cuentes —dijo la detective.

—¿No te tenías que ir? —adivinó Dalia al haber visto la ropa

que llevaba puesta Sofía.

Sofía se levantó rápidamente del sofá y recordó que tenía algo que hacer.

—Sí, nos vemos.

—¿Te importa que use el baño? Es que hace rato que he salido y…

—Pues claro que no, esta es tu casa. —Sofía depositó un beso en los labios de Dalia—. Hasta luego.

Tan pronto salió por la puerta, Nicole la observó alejarse y cuando se aseguró que no había rastro de Sofía, comenzó registrar la casa de arriba abajo. Abrió todos los muebles, revolvió el interior de los cajones, pero no encontró nada que pudiera serle de utilidad. Cuando comprobó que no quedaba ningún lugar en el que buscar, subió a la planta superior. La habitación de Sofía también estaba vacía, había estado allí decenas de veces y nunca vio nada que le resultara sospechoso. Entonces fue cuando la vio, al abandonar el dormitorio, Nicole vio una puerta de la que ya se había percatado una vez, pero no le había prestado demasiada atención.

Trató de abrirla, pero estaba cerrada con llave. Una cerradura nunca había impedido que Nicole Mendoza obtuviera lo que deseaba, así que hizo uso de sus conocimientos básicos y abrió la puerta con la ganzúa que llevaba en el bolsillo del pantalón.

El interior reveló un despacho como otro cualquiera, sobre el escritorio marrón se encontraba el ordenador portátil de Sofía que fue lo primero que Nicole inspeccionó sin demasiado éxito, pues necesitaba una contraseña para acceder al sistema y, además, todas las carpetas tenían una contraseña independiente. Aunque la morena tuviera una posibilidad de descifrarlas le llevaría demasiado tiempo, tiempo que no tenía, así que abandonó su búsqueda informática y buscó algo más práctico.

No tardó demasiado en encontrar las carpetas y documentos en los cajones de la oficina. Aquello era una mina de oro, toda la información que necesitaba y más. Nicole no pudo evitar sorprenderse al ver los documentos redactados con todo lujo de detalles sobre La Salvación. Vio el nombre de su padre, el de su hermano, sus apodos y el de decenas de hombres con los que ella misma había convivido. Se sorprendió al ver las fotos de Bruno, de sus familiares y de otros conocidos. Lo tenía todo. Sofía lo tenía todo menos a ella. Nicole no encontró rastro de sí misma entre aquella documentación y suspiró aliviada. Al mismo tiempo no pudo evitar sentir que toda su privacidad había sido violada, además por su propia novia, lo que lo hacía todavía más indignante. Sofía Quirós conocía a Los Mendoza muy bien, mucho mejor de lo que Nicole la conocía a ella y eso era injusto.

Sacó su teléfono móvil y fotografió todo lo que pudo en el menor tiempo posible, después volvió a colocar todo tal y como lo había encontrado y abandonó la vivienda.

Nicole no se había sentido tan miserable en todos sus años como miembro y jefe de una de las organizaciones criminales más temidas del mundo como lo estaba haciendo en esos momentos. Estaba segura de que era la primera vez que sentía culpabilidad. Se sentía mezquina, malvada y manipuladora, sentimientos que no nunca había experimentado antes. Sin embargo, estaba engañando vilmente a la persona más sensible que había conocido jamás, porque Nicole sabía que tras esa apariencia ruda que la detective tanto intentaba mostrar, se escondía una mujer muy vulnerable.

Cuando Nicole conoció a la detective, entendió su personalidad y su carácter al instante y se propuso atravesar todos los muros tras los que Sofía se ocultaba para llegar hasta ella, y ahora que lo había conseguido, lo primero que hacía era aprovecharse de su bondad para el beneficio de La Salvación. Después de todo, quizá eran demasiado diferentes y lo mejor era que Nicole se alejara de ella para evitar hacerle daño, porque cuanto más cerca estuvieran, más la iba acabar odiando Sofía. Por culpa de personas como ella, Sofía se alejaba de todo el que trataba llegar hasta ella, por eso no confiaba en nadie y por eso nunca lo haría.

Pero, ¿y qué otra opción le quedaba? Gabriel había amenazado y torturado a Nicole para que confesara. Jamás había ocurrido algo así entre ellos, jamás habían tenido un disputa semejante y jamás Gabriel le había puesto la mano encima a su propia hermana.

Cuando despertó la obligó a contarle todo lo que sabía de Sofía y a que averiguara aún más. Nicole no opuso resistencia cuando esto ocurrió, con las quemaduras que Gabriel le había provocado había tenido más que suficiente, así que no le quedó otra alternativa. Aunque solo estaba obedeciendo sus órdenes bajo tortura no podía evitar que la culpa la estuviera consumiendo. Ahora nunca podría dejar de pensar en Sofía.

Aparcó su coche frente a las oficinas de SOMBRA, un edifico alto y antiguo del que no dejaba de entrar y salir gente. Nicole se ocultó entre los trabajadores y se abrió paso en el edificio, llegó a la cuarta planta y ahí estaba. SOMBRA: Agencia de investigación. Sofía Quirós, Paula Castro, Claudia Guillén, Hugo Ruiz y Samuel Martínez. Leyó los nombres de las placas, tomó una foto y abandonó el edificio lo más rápido que pudo.

Nicole había aprovechado bien el tiempo, ahora podía volver a casa con tanta información que su hermano haría una fiesta en su honor. Se sentó en el coche y revisó todos los datos que había reunido, debatiendo si debía deshacerse de todos ellos y hacer como que nada

de aquello había ocurrido o si lo mejor era entregar la información a su hermano cuanto antes.

◆◆◆

Marta frunció el ceño cuando vio a aquella mujer sentada en el banco. Estaba cabizbaja y hundía la cara en sus manos. Había quedado con Sofía, pero aún faltaba más de media hora para su encuentro por lo que le extrañó ver a una mujer muy parecida a su mejor amiga sentada frente al lago. Se acercó unos pasos más y comprendió lo que estaba pasando.

—Sofía, cariño, ven aquí. —Marta abrazó a la detective que sin decir nada se escondió en su pecho y lloró como no lo había hecho antes. Acarició su pelo y esperó pacientemente a que Sofía cesara su llanto para hablar.

Cuando la detective salió de su escondite, Marta tomó sus mejillas entre las manos y con un pañuelo limpió la cara de Sofía.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Cuánto tiempo has estado llorando? —dijo inspeccionando el rostro enrojecido de Sofía.

—No lo sé, he perdido la noción del tiempo. —Después de pasar un rato llorando en los brazos de Marta, se calmó un poco.

—Bueno, ya era hora. Me tenías preocupada, no habías derramado una lágrima todavía.

—Lo sé, es que todavía no me lo creía. Ha venido Dalia a verme y cuando se lo he contado he caído en la cuenta de que es real, que Samuel está muerto y que no va a volver.

Marta chasqueó la lengua y volvió a rodear a Sofía con su brazo que lloraba nuevamente.

—Me alegra que la tengas a ella. No estás sola, Sofía, que no se te olvide.

—¿Tú crees? Porque yo cada día lo veo todo más negro. Y siempre estoy lamentándome, joder —dijo hundiendo la cabeza en sus manos—. Quiero dejar de sentir pena de mí misma.

Marta sonrió.

—Amiga, creo que estás en todo tu derecho, puedes sentir pena y lo que te dé la gana.

—¿Sabes una cosa? Samuel dijo algo a lo que le llevo dando vueltas sin parar. Es muy raro, no logro darle sentido.

—¿Qué te dijo?

—Pues a ver… justo antes de morir, durante el robo del que te hablé, dijo que tenía una cosa muy importante que decirme, que se trataba de Dalia.

Marta frunció los labios pensativa e intentó imaginar cientos de posibilidades.

—A lo mejor se conocieron o a lo mejor la vio en actitud

cariñosa con otra persona, ya sabemos que tu novia es un poco… o sea que… lo que quiero decir es que a Dalia

que le gusta el amor libre.

—No, dijo que era muy importante, tan importante como pare contármelo en plena misión. Pero es que después dijo algo más raro aún. Mencionó a una tal «Nicole». Dijo: «resulta que Dalia, o sea, que Nicole…» —Sofía hizo un gesto con la mano en el aire para marcar cada palabra—. Y no lo entiendo.

¿Nicole? —se extrañó.

—A lo mejor ella también es agente secreto, dale un poco de privacidad a tu chica —bromeó.

—No soy agente secreto, Marta, además, sería demasiada casualidad.

—Te sorprendería la de vueltas que da la vida —replicó.

—¿Y tú cómo lo llevas? —acarició con cariño la pierna de Marta. Ella también había perdido a un gran amigo, pero Sofía estaba tan ensimismada en sus pensamientos que se había olvidado de preguntarle.

—Bueno, llevo una semana llorando sin parar, así que estoy bebiendo mucha agua. —Sofía le dedicó una sonrisa melancólica—. De hecho, creo que hoy es el primer día que no he llorado, así que poco a poco.

—Pues vaya, qué alegría de día —dijo con sarcasmo.

En silencio, ambas se quedaron contemplando el lago mientras el sol se escondía. Hacía frío, pero era una tarde preciosa, casi no había gente en el parque y el silencio llenaba sus almas de paz.

—Me gustaría creer en los fantasmas, así tendría la esperanza de volverle a ver.

—A mí también… —Marta suspiró—. Pero supongo que ahora solo puede vivir en nuestros recuerdos.

Sofía asintió.

—Ahora y siempre.

—Tengo algo que contarte —dijo Marta.

Viendo que ambas volvían a hundirse en su tristeza, Marta se propuso cambiar de tema. Sofía la miró extrañada. Marta sacó su móvil del bolsillo y le mostró una foto.

—No puede ser. ¿En serio? —Sofía se tapó la boca y ahogó un gritito. Marta asintió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Marta, ¡enhorabuena! —Abrazó a su amiga—. Con todo lo que llevabas detrás de él.

—Bueno, y él detrás de mí, eh, que lo tengo loquito.

—Ya me imagino, puedes ser muy persistente.

En la foto aparecían Marta y Mario, el camarero de El Clavel que durante tanto tiempo había sido el protagonista de los desvelos de

la joven. A decir verdad, a Marta le gustaban todos los hombres musculosos y con barba, no discriminaba a la hora de llevárselos a su cama mientras cumplieran con esos dos requisitos y asimismo tenía la facilidad de olvidarlos, pero había algo en aquel camarero que hacía que Marta no pudiera dejar de pensar en él, quizá era la frecuencia con la que visitaba el local o la cercanía con su casa, pero la joven tenía claro desde un primer momento que ese hombre iba a ser para ella.

—Donde pones el ojo pones la bala, ¿eh? —bromeó Sofía.

—Pues claro, como tiene que ser —dijo con firmeza—. Oye, hablando de El Clavel… ¿y si vamos allí a ahogar nuestras penas en alcohol?

—Si no te importa, yo las voy a ahogar en un zumo piña.

—También es buena opción.

Marta esperó a que Sofía se levantara del banco, cuando lo hizo, entrelazó su brazo con el de ella y caminaron juntas hacia su bar de siempre.

◆◆◆

—¿Lo tienes? —Nicole guardó silencio—. ¿Lo tienes o no lo tienes, imbécil? —Bruno hacía aspavientos con las manos, estaba furioso. Desde que había llegado había reprimido sus instintos más primarios de golpear a Nicole, que no soltaba prenda.

—Lo que tenga es para mi hermano, no para ti.

Bruno la agarró por el cuello e hizo que chocara violentamente con la pared. Nicole apretaba los dientes y desafiaba a Bruno con la mirada.

—Habla.

—¿Crees que después de lo que me has hecho voy a hablar contigo? —respiraba con dificultaba. —Eres un asco. Eres la persona más patética que conozco y mi hermano se va a deshacer de ti en cualquier momento porque no sirves para nada. ¿De verdad te crees que me das miedo, que voy a achantarme?

Bruno alzó el puño, pero lo bajó cuando escuchó la puerta abrirse.

—Cobarde —murmuró ella.

Gabriel apareció todo sonrisas y se acercó a Nicole.

—¿Y bien? ¿Lo tienes?

Nicole dudó si debía hacerlo, si aquello era lo correcto. Miró a su hermano y a Bruno y llegó a la conclusión de que estaba arrinconada así que metió la mano en su bolsillo y sacó su teléfono que Gabriel le arrebató de las manos.

Su hermano dio un vistazo rápido por aquellas fotografías y sonrió satisfecho.

—Así que Sofía Quirós, ¿eh? Muy bien, envíamelo todo. —Le devolvió el teléfono y se marchó.

—¿Quién es? —Bruno esperó a que Gabriel se fuera para volver a hablar.

—¿Quién es quién?

—Nicole, no me vaciles. ¿Quién es Sofía Quirós?

—Bruno, déjame en paz —dijo desganada y se propuso salir de allí sin tan siquiera mirarlo a la cara, pero él la volvió a agarrar del brazo y a arrinconarla.

—¿Cuánto tiempo crees que vas a jugar conmigo, eh? A partir de ahora vas a dejar de torearme y vas a ser más sincera conmigo.

—¿A ti se te va la olla o qué? Que yo a ti no te debo nada, que no eres nadie en mi vida, a ver cuando te entra en la cabeza.

Bruno rio sarcástico y apretó su brazo, Nicole hizo un gesto de dolor.

—Te la estás follando, es eso, ¿no?

—Me la estoy follando como te gustaría que hiciera contigo. —Le sonrió a la cara.

—Nicole, envíamelo todo ya. —Gabriel volvió a entrar.

Salvada por la campana. Nicole aprovechó la interrupción de su hermano para salir de allí.

—Sí, espera, un segundo. Hay algo que se me ha olvidado decirte.

Abandonó la habitación junto a su hermano mientras Bruno la observaba rabioso a sus espaldas. Sabía que Nicole era capaz de decirle cualquier cosa para hacerlo enfadar, así que, aunque no creyó demasiado sus palabras no pudo evitar enfurecerse y desear venganza.

Capítulo 22

Seis meses después.

A pesar de los intentos por borrar de su mente a Dalia, Sofía sentía un pinchazo en el estómago cada vez que recibía un mensaje al móvil o le parecía haberla visto por la calle.

Seis meses. Seis meses sin dar señales de vida la estaban volviendo loca. Sofía no entendía y no soportaba la inmadurez de las personas que no sabían cómo poner fin a una relación y lo único que se les ocurría era desaparecer de la faz de la Tierra y hacer como que nunca habían existido. Pero aquello era impropio de Dalia.

Sofía siempre se había sentido satisfecha con la relación tan sana que tuvieron desde el principio. Comunicaban sus sentimientos sin timidez, raramente tenían malentendidos y la discusión más fuerte que tuvieron fue cuando Dalia le compró la casa a Sofía por el día de su cumpleaños. Dalia parecía completamente enamorada de ella y viceversa, por eso no entendía a qué venía su desaparición. ¿Quizá se sintió abrumada por el tipo de relación que estaban teniendo? ¿Quizá Dalia se había encaprichado de otra persona? Los cientos de hipótesis que se le ocurrieron no hacían más que confundirla y aumentar su ansiedad. Sofía había mirado incluso las noticias a diario para ver si había alguna chica desaparecida o en el peor de los casos para ver si habían encontrado el cuerpo de alguna joven. Pero nada de nada. No había ocurrido nada entre ellas. No tenía explicación. La desaparición de Dalia estaba completamente injustificada y Sofía no sabía si preocuparse u odiarla. A decir verdad, sentía una mezcla de ambos sentimientos. La echaba de menos a más no poder, pero si la veía solo quería darle un buen guantazo en la cara.

Por si fuera poco, a Dalia se le ocurrió desaparecer en el peor momento posible, justo después de la muerte de Samuel, cuando más la necesitaba y eso era algo que Sofía nunca le iba a perdonar.

Sofía era una persona orgullosa y había tenido que hacer un esfuerzo inconmensurable para mandar aquellas decenas de mensajes que envió a Dalia cuando empezó a desaparecer de su vida y eso la hacía enfadar aún más, se trataba una de las pocas veces en su vida en

las que se tragaba su orgullo y no había servido de nada, si Dalia pretendía arreglar las cosas lo iba a tener muy crudo. Pero Sofía tenía el presentimiento de que eso no iba a pasar, aquella situación era muy extraña y estaba convencida de que si Dalia se había ido era para no volver. ¿Acaso lo que Samuel trató de contarle antes de morir estaba relacionado con esta desaparición tan rara? No lo sabía y nunca lo iba a saber.

Una vez más, la vida le había golpeado duramente, si seguía manteniéndose como una persona funcional era para acabar con La Salvación y, a ser posible, matar a Gabriel Mendoza con sus propias manos. Aquello sí que la mantenía activa, su único propósito en la vida era destruirlo y que no quedara nada de él.

Sin darse cuenta, hacía gestos furibundos y hablaba sola, revolcándose en el odio que sentía hacia aquellos desgraciados mientras ordenaba unos documentos. Hasta que llegó alguien a interrumpir su monólogo.

—Sofía, te estamos esperando.

La detective se giró y vio a Hugo.

Sofía entró y vio a Paula en el estrado explicando unas imágenes que proyectaba en la gran pantalla de la sala de briefing. A veces, Sofía sentía que su compañera tenía más autoridad que ella, pero no le importaba demasiado, era realmente cómodo relegar las tareas más complicadas a otra persona que siempre estaba encantada de hacerlas, además, Sofía no tenía madera de líder y lo sabía, trataba de enmascararlo haciendo un buen trabajo, pero prefería mantenerse con un bajo perfil y dirigir la atención hacia otra cosa que no fuera ella, por eso nunca tenía ningún problema con Paula, porque su compañera disfrutaba del liderazgo mientras que a ella le parecía un suplicio. Sofía disfrutaba de tareas más excitantes como las infiltraciones o enfrentarse a los malos así que no tenía ningunas ansias de poder.

—Ya estáis aquí. —Paula sonrió a Hugo y a Sofía que acababan de entrar—. ¿Empezamos? —miró a la detective en busca de aprobación y ella asintió mientras tomaba asiento—. Tenemos novedades. Después de seis meses por fin hemos descubierto los próximos planes de La Salvación, o más bien… eventos.

—¿Eventos? —preguntó Sofía.

—Sí. —Paula cambió de diapositiva—. Gabriel Mendoza ha organizado una fiesta de disfraces por su cumpleaños.

—¿Y dónde se va a celebrar? —preguntó Hugo.

—Eso es lo mejor, gracias a nuestro esfuerzo hemos encontrado una de las viviendas de Gabriel. —Paula pasó la diapositiva y mostró la imagen de un castillo gigantesco fotografiado desde el cielo—. Está

a las afueras de la ciudad, rodeada de otras mansiones de ricachones separadas por árboles y más árboles. Al parecer, Gabriel y sus hombres más cercanos pasan mucho tiempo aquí cuando visitan la ciudad.

—¿Va a ir mucha gente?

—Va a ir todo el mundo —dijo gesticulando con las manos para indicar seriedad—. La fiesta estará a rebosar de gente, de miembros de La Salvación, claro. Es una oportunidad única para infiltrarse. Solo hay un problema…

—¿Qué problema?

—No tenemos infiltrado después de… bueno, de lo de… ahora que Samuel no está no sabemos quién es la mejor opción para hacer algo así —dijo con melancolía.

—Lo haré yo —Sofía rellenó aquel silencio incómodo.

—¿Tú? ¿Estás segura después de lo de la última vez?

—Estoy segurísima. No es la primera vez que lo hago y te aseguro, Paula, que lo que más me apetece en estos momentos es matar yo misma a Gabriel.

La determinación de Sofía hizo que nadie se atreviera a poner pegas.

—¿Matarlo? —preguntó Claudia con sorpresa.

—Matarlo. —Sofía se levantó de la silla y deshizo a Paula de su posición de expositora—. Se acabaron las investigaciones, la búsqueda de información e intentar encarcelarlos, ya sabemos de qué va la justicia en este país. Hacer las cosas por las buenas no va a servir de nada, así que pasamos a la acción, hasta que El Príncipe y El Santo no estén muertos La Salvación no va a desaparecer, cuando acabemos con ellos podremos poner fin a esta lucha absurda que nos está consumiendo a todos.

Los tres asintieron.

—¿Y cuándo es esta fiesta? —añadió Claudia.

—El próximo…

Y antes de que Paula pudiera desvelar el dato, alguien irrumpió en la sala.

—Sofía, te buscan.

Era Laura, la recepcionista, parecía apurada.

—Gracias, Laura, ahora voy. Paula, continúa.

—Es que dice que es urgente. Está muy angustiado. ¿Qué le digo?

—Nada, ya voy. Vosotros seguid y luego me contáis.

Sofía salió acompañada de Laura que le guio hasta aquel desconocido. Lo señaló con la mano para indicar quién era antes de retirarse y Sofía asintió en forma de agradecimiento.

—Hola. ¿Me estaba buscando?

—¿Es usted Sofía Quirós?

Sofía asintió.

—Qué bueno verla por fin, me han dicho que esta es la mejor agencia de detectives del país.

Sonrió agradeciendo el cumplido.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Es un tema delicado, se trata de una desaparición.

—Entiendo, ¿quiere pasar y lo hablamos con calma?

—Sí, gracias, pero por favor, tutéame, los dos somos jóvenes.

—Claro, no hay problema.

Atravesaron la enorme sala principal hasta que Sofía encontró la mesa más apartada para conseguir la intimida que aquel hombre parecía necesitar.

—Aquí estamos solos. —Sonrió complaciente—. ¿Te parece bien este sitio?

—Sí, claro, es perfecto. —Parecía bastante nervioso.

—Bien, ¿y qué puedo hacer por ti?

—Pues verás, hace unos años desapareció una persona muy querida y desde entonces no sé nada de ella.

«¿Hace unos años? Estamos jodidos», pensó. Por experiencia, Sofía sabía que cuando alguien llevaba tanto tiempo desaparecida, encontrarla iba a ser prácticamente imposible.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste exactamente? —Sofía inició su ronda de preguntas clásica.

—Hace dos años, no recuerdo el día exacto, pero muy cerca de los dos años.

—¿Dónde la viste por última vez? —La detective iba tomando nota.

—Un poco lejos de aquí, en Madrid.

—¿Denunciaste su desaparición?

—No exactamente. Ella me dijo que se iba de viaje y que volvería en unos días, pero no volvió. Después, cuando intenté contactarla me bloqueó en su teléfono y no podía ni llamarla, ni enviarle mensajes.

Sofía asintió.

—Parece que se trata de una desaparición voluntaria —indicó la detective.

—Sí…—se lamentó—. Por eso he venido aquí, porque necesito encontrarla. Todo esto me tiene muy desconcertado y después de dos años sigo dándole vueltas, no pasó nada entre nosotros, te juro que yo no le hice nada malo, pero aun así… desapareció como un fantasma.

—Te entiendo muy bien… Por desgracia, a veces las personas deciden desaparecer de tu vida sin dar explicaciones y eso puede ser muy frustrante. No hace falta que le hayas hecho nada malo, quizá

simplemente se quiso ir.

—¿A ti también te ha pasado? —se inmiscuyó.

—¿A quién no? —Como siempre, evitó hablar de su vida personal.

Dalia… desde que se fue, Sofía sintió como si le arrancaran un órgano vital y ahora no pudiera funcionar correctamente. Quería odiarla por haberse marchado, pero, en realidad, lo único que deseaba era abrazarla, besarla, tumbarse junto a ella y que su mente y su cuerpo descansaran por fin, como antes. Echaba de menos los buenos momentos junto a ella en los que se había sentido genuinamente feliz por primera vez en mucho tiempo. Nadie era imprescindible, eso lo tenía claro, pero le dolía reconocer que la vida se le había hecho un poco más fácil desde que conoció a Dalia y ahora tenía que acostumbrarse otra vez a vivir sin ella. ¿Podía hacerlo? Perfectamente. Pero no quería. Sofía hubiera matado por pasar al menos un día más con ella, como antes, como cuando se conocieron. Ir a comer, dar un paseo, ver una película… ahora eran planes que sonaban irreales. A Sofía le parecía demasiado bonito para ser verdad y sentía que todos los momentos con Dalia habían sido muy lejanos, como en otra vida.

Sofía había pasado numerosas noches en vilo y cuando lograba dormir, Dalia aparecía en sus sueños volviendo a impedir su descanso. ¿Pensaría Dalia en Sofía tanto cómo lo hacía ella? ¿Se acordaría de todo lo que vivieron? ¿Fueron momentos buenos para ella también o prefería olvidarlos? A Sofía la torturaba pensar que Dalia la podría haber olvidado fácilmente mientras ella se deshacía de la pena todas las noches. Era injusto.

En SOMBRA habían intentado sacarle el tema a Sofía y preguntar cómo iba su relación o si se encontraba bien, pero ella solo se limitó a decir que habían roto y continuó con su trabajo como si no hubiera pasado nada. Prefería morir antes que reconocer que Dalia había puesto su vida patas arriba y todo el daño que había ocasionado con ello.

—Entonces, ¿me vas a poder ayudar?

La voz de aquel hombre le recordó que estaba teniendo una reunión importante.

—Claro, para eso estamos aquí. —Sofía carraspeó y trató de concentrarse en el momento—. ¿Qué relación te unía con esa persona?

—Es… era mi novia, bueno, o eso pensaba.

—¿Cómo se llama?

—Clara.

—Clara… ¿qué más?

—No lo sé. Nunca supe su apellido.

—¿No sabes el apellido de tu ex?

—Era una persona un poco misteriosa, muy reservada, casi no

hablaba de ella misma. Ahora que ha pasado el tiempo… tengo la sensación de que ocultaba algo.

—¿Algo cómo qué?

—No sé… siempre se iba sin decir nada, no daba detalles de dónde había estado o de lo que había hecho. Muchas veces tenía prisa por marcharse, nunca me contó nada de su familia o amigos, ni siquiera supe dónde vivía, es como si tuviera una vida paralela.

—Vaya, parece que va a ser un hueso duro de roer. —Estaba cansada. De perseguir a La Salvación, de su vida privada y ahora esto, lo último que le apetecía era perseguir a un fantasma—. Y, ¿tu nombre es…?

—Samuel. Samuel García.

Sofía sintió cómo se le volcaba el estómago e hizo uso de todo su autocontrol para reprimir las lágrimas.

—Bonito nombre.

Le dedicó una sonrisa melancólica.

—Gracias. —Sonrió con timidez.

—Samuel, ¿tienes alguna imagen de Clara que nos pueda servir para identificarla?

—Sí, solo tengo esta. —Sacó de su bolsillo una foto en papel y la colocó sobre la mesa.

Sofía, que hasta ahora sonreía amablemente, cogió la foto y cuando vio a aquella mujer, palideció. ¿Era una broma? ¿Ahora saldrían todas las cámaras ocultas y un montón de personas con un ramo de flores diciendo que todo estaba preparado y que era una broma para un programa de televisión?

No. No salió nadie y Sofía se quedó mirando la foto en silencio mientras aquel hombre la observaba desconcertado.

—Dalia —murmuró.

—¿Qué?

Capítulo 23

Mario llevaba frotando el mismo vaso durante cinco minutos. El vidrio se había secado hacía tiempo, pero el joven estaba demasiado concentrado en mirar fijamente al mismo punto como para colocarlo en su lugar y coger otro. Era tarde, estaba a punto de cerrar y estaba cansado, pero había quedado con Marta que aún no había aparecido. Mario era una persona paciente y no tardó en acostumbrarse a la falta de puntualidad de su novia, justo al contrario que Sofía, que, aunque sabía que las posibilidades de que Marta fuera puntual eran microscópicas siempre se ponía de los nervios cuando esta llegaba tarde.

Justo cuando se había propuesto poner en libertad al vaso que llevaba amasando desde hacía rato la campanita de la puerta sonó y un grupo de hombres con un aspecto un tanto inquietante entró.

—Lo siento, estamos cerrados. —Gesticuló con las manos como si aquello fuera a hacer que aquellos hombres frenaran su paso.

Todos ellos hicieron caso omiso y se sentaron en la única mesa que faltaba por recoger, algunos se tomaron la libertad de coger las sillas que ya estaban apiladas y se acomodaron en ellas.

El único del grupo que no se había sentado se acercó a Mario y le extendió un delgado fajo de billetes.

—Toma, seguro que nos puedes reservar el local una hora más, ¿verdad?

—Sí, claro —tartamudeó.

El fajo no era demasiado grueso pero la cantidad de dinero que contenía fue suficiente para que Mario dejara a un lado sus deseos de descansar y les atendiera amablemente, además, aunque no quisiera hacerlo, tenía la sensación de que si les negaba la entrada iba a acabar metido en problemas.

Soltó el vaso de una vez por todas y creyó escucharlo respirar, luego se acercó a la mesa.

—¿Qué van a tomar?

—Una ronda de cerveza —dijo el mismo que le había entregado el dinero y el que parecía ser el líder del grupo.

Cuando Mario hizo un repaso con la mirada a todos los integrantes de la mesa para comprobar que estaban conformes con la decisión reparó que entre todos ellos se encontraba una mujer joven. Era una chica bellísima, podría decir sin miedo que era una de las personas más hermosas que había visto en su vida. Pelo negro rizado, melena densa, piel morena, ojos verdes, parecía sacada de un cuento. Ella no reparó en que Mario la estaba mirando completamente embobado, su belleza cautivadora lo había metido en una burbuja de la que no podía salir. La joven tenía mala cara, con un gesto disgustado mostraba que no quería estar allí, parecía que su mente se encontraba en otro lugar, absorta en sus pensamientos no prestaba atención a nada de lo que ocurría a su alrededor.

—Eh, ¿nos traes las cervezas o qué? —Uno de ellos chasqueó los dedos para obtener la atención de Mario. Tenía cara de pocos amigos, parecía que no le había gustado mucho lo de que se quedara mirando a esa chica.

—Lo siento, ahora mismo —respondió asustado.

Nicole llevaba pensando en Sofía seis meses seguidos y aquel no era un día diferente. Aceptó ir a la reunión a regañadientes, más por evitar represalias por parte de Bruno y de su hermano que porque le apeteciera. El bar en el que acababa de entrar por primera vez le producía nostalgia e impotencia, se encontraba muy cerca de la casa de Sofía y hubiera dado lo que fuera por poder levantarse e ir a buscarla. Pero no. Aquello era impensable, la peor de las ideas. No iba a poner en riesgo la vida de la detective ni la suya, su hermano había demostrado perfectamente de lo que era capaz si Nicole hacía algo que no le gustaba, así que se resignó a hacer acto de presencia y a ignorar por completo todo lo que se decía en la mesa.

Había hecho cosas miserables a lo largo de su vida, dedicarse a lo que se dedicaba suponía no solo realizar actividades penadas por la ley, sino también en ser alguien moralmente reprobable, pero nunca se había sentido tan ruin como cuando había abandonado a Sofía sin dar explicaciones, en uno de los peores momentos de su vida y cuando más necesitaba un hombro en el que llorar. Se había planteado contactarla en incontables ocasiones, pero además de ser arriesgado quería evitar causarle más dolor. Le había dicho a su hermano que ya no eran amigas, que Sofía había descubierto que Nicole se traía algo raro entre manos y que habían decidido alejarse por lo que no tenía manera de seguir robándole información.

Gabriel creyó o decidió creerse las palabras de su hermana, francamente, le agotaba seguir sospechando de ella y los de SOMBRA no habían vuelto a molestarles, según Gabriel eran un panda de aficionados que no sabían dónde se metían, no tenían capacidad de

hacerle ningún daño así que, después de que Nicole amenazara con dejar La Salvación si su hermano no dejaba a Sofía con vida, Gabriel no perdió un minuto más de su tiempo con ellos. Nicole era una pieza demasiado valiosa y SOMBRA no merecía tanta atención, así que para no deshacerse de nadie y que todos estuvieran contentos llegaron al acuerdo de que Nicole Mendoza se mantendría cerca de La Salvación y mantendría a Gabriel más informado de sus movimientos y así se aseguraría que aquella historia de su hermana y la tal Sofía Quirós se había acabado de verdad.

Además del riesgo que suponía, Nicole estaba completamente segura de que, hiciera lo que hiciera, Sofía nunca la perdonaría, ni por haber desaparecido de su vida ni mucho menos por estar involucrada en la muerte de Samuel, además de ser una persona con el orgullo por las nubes, Sofía había sufrido demasiado como para olvidar algo así y Nicole era plenamente consciente de ello. Nicole hubiera estado dispuesta a hacer lo que fuera para enmendar sus errores y volver a ver a Sofía bien, pero no solo no tenía ni idea de por dónde empezar, sino que también estaba segura de que no tenía sentido, al fin y al cabo, separarse era lo único que las había mantenido a salvo hasta ahora.

Nicole no dejaba de darle vueltas a lo que Samuel le dijo antes de morir. La Salvación había sido responsable de la tortura y muerte de la madre de Sofía y ella ni siquiera tuvo idea hasta ese momento. Era físicamente imposible que ella hubiera estado involucrada en aquel crimen, pero tan solo el pensamiento de lo acontecido no hacía más que añadir peso a su culpabilidad que poco a poco se hacía más difícil de deshacer.

Alzó la mirada y cazó al camarero mirándola. Nicole era consciente de las miradas que atraía y aunque a veces no lo soportaba, en ocasiones le resultaba de lo más divertido. Sonrió de medio lado y decidió que aquel iba a ser su entretenimiento durante el resto de la noche.

—Voy al baño —anunció a los presentes y se levantó de la mesa más por desfilar que porque necesitara utilizar el aseo. De camino al baño le dedicó una mirada al camarero.

Pasaban los minutos y Mario seguía fingiendo estar ocupado, trataba de mirar lo menos posible hacia la mesa, sus nuevos clientes exclusivos tenían un aspecto de lo menos amigable así que decidió no importunarlos y esperar servicialmente a que volvieran a llamarlo. Iba de un lado a otro y fingía no escuchar nada. Volvió a secar los vasos que ya estaban secos y a ordenar las botellas torpemente.

Cuando la joven se levantó y lo miró de aquella manera, la botella de tequila que estaba limpiando resbaló de sus manos y estalló

contra el suelo. Todos los presentes dirigieron su atención a Mario y él hizo un gesto con las manos para indicar que no se preocuparan. Justo cuando el grupo de desconocidos retomó su conversación, Marta entró por la puerta.

—Hola, guapo. —Lo miró seductora mientras él recogía el destrozo que había hecho con aquella botella.

Mario observó incómodo al grupo y la mirada de uno de ellos habló por sí sola, habían reservado el local para hablar en privado y no querían que nadie les molestara, ese no era el trato. Así que después de sentir escalofríos, Mario se disculpó.

—Hola.

Permitió que Marta le diera un beso. Ella miró extrañada la mesa con gente, era demasiado tarde para que El Clavel siguiera abierto.

—¿Qué es todo esto? —Frunció el ceño.

—Cariño, te tienes que ir.

—Pero si habíamos quedado, ¿me vas a dejar plantada?

—No, no es eso, es que…

—Venga, echa a esta gente y vámonos, tengo el coche en la puerta.

Mario atrajo a Marta hacia la barra y susurró.

—Marta, me han dado todo esto para que les reserve el local. —Le mostró el fajo de billetes—. Espérame en tu casa, por favor, ya voy yo en taxi.

—Vale, pero déjame ir al baño antes.

Marta se sorprendió cuando vio la cantidad de dinero que había en aquel fajo y accedió a las peticiones de su chico.

—Date prisa —le indicó él.

Marta caminó hacia el baño y casi se dio de bruces contra la puerta cuando aquella mujer la abrió.

—Perdona —se disculpó amablemente.

La expresión de Marta, que sonreía aceptando las disculpas, dio un giro drástico cuando vio salir del baño a Dalia. Parecía que esta también la había reconocido porque cuando cruzaron miradas, Dalia no sabía dónde meterse.

—Eh… hola —dijo la morena antes de huir y cuando salió se quedó paralizada en la puerta tratando de procesar el encuentro.

Marta se limitó a fingir tranquilidad y la miró marcharse, pero cuando entró en el baño se llevó la mano a la boca ante la sorpresa.

—Dalia —murmuró.

Había perdido la cuenta de cuando fue la última vez que la vio, pero sabía que había sido hace mucho tiempo. Sofía no sabía nada de ella desde hacía meses y ahora era Marta quien se topaba con Dalia.

Marta sacó su móvil del bolsillo y se debatió durante varios

minutos sobre si debía mandar un mensaje a Sofía al respecto, pero guardó su teléfono y se propuso meditarlo con más calma.

Sofía estaba comenzando a olvidar a Dalia, o eso creía Marta, y quizá no era buena idea hacer que su amiga volviera a recordar a alguien que la había tratado tan mal. Por otra parte, Marta sabía que Sofía se había vuelto loca en el pasado intentando recibir noticias de Dalia y quizá, aunque no retomaran su relación, le gustaría saber que su novia… que su ex… o lo que fuera, seguía con vida.

Salió del baño, cruzó una última mirada incómoda con Dalia y abandonó El Clavel sin tan siquiera despedirse de Mario que alzó la mano para intentar decirle adiós sin éxito. Se quedó de pie, cerca de la entrada con la puerta a sus espaldas. Corría una ligera brisa y aunque el invierno había cesado todavía se podían sentir sus últimos estertores por la noche. Se cerró la chaqueta y, con la mano temblorosa, volvió a consultar su teléfono. Buscó a Sofía entre sus contactos, envió el mensaje sin darse tiempo a dudar y encendió un cigarrillo para caminar hasta el coche.

Sofía agradeció que un día más llegase a su fin. Se desplomó en el sofá con una bebida caliente y puso en la televisión uno de esos *reality shows* que daban de madrugada para anestesiar sus sentidos y adormecer su cerebro. Prestaba poca atención, estaba más concentrada en esperar a que su infusión dejara de arder para poder dar el primer sorbo.

Los gritos y discusiones de los participantes eran lo único que hacía que mantuviera la televisión encendida, quería saber a qué venía tanto escándalo, pero cuando el entuerto parecía resolverse tocaron a la puerta.

Sofía se sobresaltó y se quedó mirando la entrada de su casa con sospecha hasta que volvieron a llamar. Se levantó, cogió su pistola y la colocó en la parte de atrás de su pantalón de pijama, rogando que la goma elástica fuera lo suficientemente resistente como para soportar el peso del arma.

Abrió la puerta y cuando se topó con aquel hombre lo miró molesta.

—Ah, eres tú. ¿No es un poco tarde?

—Lo siento, necesitaba verte y que me contaras algo nuevo.

Sofía frunció el ceño y calló en la cuenta de que ella nunca le había dado su dirección.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—No vivo muy lejos y te vi llegar del trabajo el otro día.

—Vaya… ¿no te parece un poco invasión de la privacidad? No me gusta que me sigan.

Se lamió los dientes con enfado.

—Perdona, de verdad. Te juro que no te he seguido, fue solo una casualidad.

—¿Qué quieres?

—¿Puedo pasar?

Sofía meditó las consecuencias y llegó a la conclusión de que Samuel García era un hombre inofensivo, además si trataba de hacerle daño se las tendría que ver con su pistola. Era muy tarde, cerca de la una de la madrugada y aquella visita era inesperada, pero cuando vio a Samuel en la puerta como un bobo, desesperado por saber algo de aquella mujer que tanto anhelaba, no pudo evitar empatizar con él. Sabía muy bien por lo que estaba pasando, ella echaba tanto de menos a Dalia—¿O era Clara? —como ella, así que decidió ser un poco más tolerante y permitirle tener una conversación.

Pasa. —Le indicó con la mano—. Samuel, no te puedo contar nada nuevo porque, lamentablemente, no tengo nada.

Todavía no me ha dado tiempo a comenzar la búsqueda de… Clara —mintió. Había tenido tiempo suficiente para comenzar su búsqueda, pero había preferido ignorar por completo aquella visita de Samuel a SOMBRA y fingir que nunca se habían reunido.

Sofía no estaba preparada, o no quería, enfrentarse al recuerdo de Dalia una vez más y mucho menos buscarla, eso significaba demasiadas cosas.

Como Samuel García había supuesto, lo más probable era que Dalia—si es que se llamaba así— tuviera una vida paralela. Si tenía más de un nombre, porque había dejado claro que utilizaba más de uno, era porque tenía asuntos turbios y posiblemente ilegales entre manos, ¿por qué otro motivo si no iba a mentir con algo tan simple como su nombre? Sofía no quería ni imaginar lo que podría estar ocultando. Les había tomado el pelo a todos y eso la enfurecía. Pero a Sofía le hacía enfadar aún más no poder sacársela de la cabeza, la mezcla tan contradictoria de sentimientos que tenía hacia Dalia no le estaba trayendo nada bueno y quizá en el fondo lo mejor era no volverla a ver.

Durante el último mes había repasado paso por paso su relación. Dalia había resultado ser tan misteriosa como Sofía pensó desde un primer momento y se lamentó por no haber indagado más sobre ello y no haberse protegido un poco más.

Recordó los sitios tan caros a los que la había llevado. Visitaron Las Azores tan solo para estar dos días, se alojaron en una casa de ensueño que Sofía creía que solo existía en la ficción, su primera cita fue en el Japan Palace, un restaurante que estaba completamente vacío y donde además no pagaron la cuenta, Dalia conducía un coche que Sofía solo le había visto a futbolistas y otros multimillonarios y un sinfín de cosas más.

Sofía pensaba y pensaba y nada tenía sentido. ¿Acaso Dalia era una especie de estafadora? Si era capaz de hacer algo así, Sofía no veía por qué no habría podido

engañarla también con lo que decía sentir por ella. Pero todo era muy extraño, si Dalia se dedicaba a estafar a otras personas, ¿por qué no la había estafado a ella? No. Tenía que haber otro motivo. Sofía descartó esa opción y pensó en otras mil más, pero todas eran igual de absurdas así que decidió darle un descanso a su mente y asumir que Dalia no iba a volver y que nunca iba a saber qué pasó en realidad.

La detective había aceptado el encargo del nuevo Samuel de buscar a Clara más por un bloqueo que se apoderó de su cuerpo cuando vio aquella foto que porque estuviera realmente comprometida con la causa. Llevaba procrastinando la tarea durante días y pretendía darle largas a su cliente hasta que se aburriera y buscara otra agencia, aunque, a decir verdad, no le vendría nada mal el dinero. Samuel García le había ofrecido una cantidad de dinero inusual en su trabajo, superaba con creces su tarifa, pero Sofía sabía, en el fondo, que no merecía la pena hurgar en la herida tan profunda que vivía en su corazón.

—Vaya. Creía que le dabais prioridad a este tipo de casos. —Samuel se sentó con toda confianza en el sofá de la detective.

—Sí, bueno, como tu caso hay muchos otros y a decir verdad estamos un poco ocupados, tenemos decenas de personas que nos han pedido ayuda últimamente. —Cerró la puerta.

—¿Y no hay nada que pueda hacer para convencerte? Te puedo pagar más, no es un problema, estoy dispuesto a pagar lo que haga falta por encontrarla.

—Samuel, no sé si merece la pena perder todos tus ahorros por alguien así. —Sofía trató de atrapar inútilmente las palabras que acababan de salir de su boca y volver a meterlas en el fondo de su garganta.

—¿Cómo? ¿Alguien así? ¿La conoces? —Estaba muy sorprendido.

—Sí… no… o sea… lo que quiero decir es que quizá no es lo mejor darlo todo por alguien que no solo no te ha valorado, sino que también te ha mentido y ha jugado con tus sentimientos y tu tiempo. ¿No te parece?

—No sé… yo me estoy volviendo loco. Necesito encontrarla, necesito que me explique. —Sofía asintió sin que Samuel le viera, ella también quería una explicación—. Entonces, ¿si te pago más la buscarás?

—No… no se trata de eso. Lo siento, pero creo que vas a tener que buscar a otra persona.

—Sofía, por favor, todo el mundo me ha dicho que tú eres la

mejor, que solo tu agencia puede encontrar a alguien tan difícil de buscar, por favor, por favor, por favor…

¿De verdad? Sofía no se consideraba tan buena, llevaba media vida tratando de dar caza a La Salvación y apenas acababa de encontrar a Gabriel.

—Es que es muy complicado, además han pasado años desde que desapareció y…—Se le agotaban las excusas.

—¿Sabes una cosa? —Le interrumpió—. Todas mis relaciones personales han sido un fracaso. TODAS. Siempre me he sentido muy solo y nunca he sabido verle el lado positivo a la vida. Cada persona que conozco me acaba aburriendo o me deja de lado, siempre he pensado que la gente es insoportable y que muy pocas personas merecen la pena. Pero Clara… con ella todo era diferente, verla por primera vez, a ella y a su sonrisa fue como encontrar un oasis en un desierto. Ojalá la hubieras conocido, sabrías de lo que te estoy hablando.

Sofía tragó saliva. Escuchaba con atención. Trató de fingir que se encontraba bien y que no sabía perfectamente de quién hablaba Samuel. Asintió para seguir escuchando.

—¿Era buena persona? —se interesó ella.

—No solo era buena y extremadamente generosa, también era la persona más divertida que he conocido nunca.

Sofía sonrió con melancolía.

—Sí… quiero decir, continúa.

—Pues eso, siempre estaba de buen humor, siempre le veía el lado bueno a todo y era muy inteligente. Increíblemente inteligente. Era avispada y se daba cuenta de todo muy rápido, de cómo me sentía, de lo que estaba pensando… Era muy ocurrente y era capaz de hacer una broma cada pocos segundos, no había lugar para el aburrimiento con ella, cada día era emocionante, ¿sabes? Y eso es lo que echo más de menos, saber que algo bueno va a pasar cuando la vea.

Sofía secó con su dedo la lágrima que comenzó a resbalarle por la mejilla.

—Suena muy bien. Suena irreal —apuntó la detective.

—Exacto, a veces pienso que lo he soñado todo y que

Clara solo es fruto de mi imaginación —se lamentó él—. Una vez perdí mi libro favorito en el tren y al día siguiente, después de marcharse, dejó diez copias del mismo libro en la mesa, y cuando me desperté ahí estaban. Me alegró el día. Si hizo eso conmigo siento que sería capaz hasta de comprarle una casa a alguien que quisiera de verdad.

Sofía miro hacia arriba y tapó sus ojos para evitar que las lágrimas, cada vez más abundantes, siguieran brotando.

Samuel la miró preocupada.

—Sofía, ¿estás bien? Lo siento, igual he venido muy tarde y he interrumpido algo.

—No, tranquilo, estoy bien. Es que eso que me cuentas es muy bonito.

Samuel sonrió.

—¿Siempre lloras tanto? —preguntó él al ver las lágrimas en su rostro, supuso que era una persona sensible.

—Bueno, digamos que últimamente.

—Será mejor que me vaya. Perdón por haber venido tan tarde.

Samuel se levantó del sofá.

—Samuel.

—¿Sí?

—No esperes nada, pero te prometo que si algún día la encuentro serás el primero en saberlo.

—Te estaría muy agradecido. —Agachó la cabeza y le dedicó una sonrisa amable—. Hasta la próxima, espero.

Sofía sonrió y lo vio marcharse.

Se dejó caer en el sofá una vez más y su mente volvió a girar alrededor de Dalia de la misma manera que un satélite orbitaría alrededor de la Tierra. Aquella conversación que acababa de mantener con Samuel García le hizo ver que solo estaba tratando de engañarse a sí misma y lo difícil que iba a ser olvidarse de Dalia. Odiaba estar separada de ella, odiaba no saber qué había pasado para que se marchara así, pero no tenía otra opción. Ahora solo le quedaba soportar el peso de su ausencia. Pero eso no era lo peor.

Lo peor era haber llegado a la conclusión de que si Dalia había querido tanto a ese chico como decía y aun así lo había abandonado para no volver, sin ni siquiera darle una explicación, Sofía no veía por qué ella iba a ser diferente. Les había hecho la misma jugada a los dos y más tarde sería el turno de otros inocentes que se dejaran embaucar por la bella e insoportable Dalia. Sofía se sentía estúpida por haber llegado a pensar que ocupaba un lugar especial en su vida, lo que había hecho con Samuel García, y quién sabe con quién más, le demostraba que ella había sido tan solo otro pasatiempo para Dalia. Quizá Marta tenía razón y a la morena le gustaba el amor libre, tan libre que borraba a las personas que habían estado en su vida de un plumazo.

Dio un suspiro y agradeció que su teléfono sonara para salir del océano de pensamientos negativos en el que se estaba sumergiendo.

Marta:
Dalia está en El Clavel, acabo de verla.

Sofía sintió el impulso de ponerse sus mejores galas y correr a

El Clavel, estaba tan cerca que podría haber ido incluso andando. Leer el mensaje de Marta la había puesto de los nervios, pensar que Dalia estaba tan cerca y a la vez tan lejos estaba a punto de hacerla colapsar. Barajó las consecuencias y rápidamente descartó cualquier encuentro con Dalia. Esa noche no iba a pasar. Quería verla, lo estaba deseando, de eso no tenía duda, pero la morena le había dejado claro que no la quería en su vida, la forma tan poco elegante en la que se había ido hablaba por sí sola, así que Sofía no iba a ser menos. Su orgullo le impedía acercarse a ella por voluntad propia, no pensaba hacer el ridículo y fingir un encuentro casual, si Dalia quería verla iba a ser ella quién tuviera que rogarle para que se encontrasen.

Todo el nerviosismo y la emoción que sintió el leer el mensaje de Marta, se le fue de un plumazo cuando tomó la decisión de quedarse en casa. Era una persona cabal, no se dejaba guiar por sus impulsos y esta vez no iba a ser menos.

Sofía:
Vale. Que se divierta.

Marta:
¿No vas a venir a verla? ¿Quieres que la arrincone y la haga esperar en lo que llegas?

Sofía:
Jajaja, no, tranquila. Paso de Dalia, por mí como si se atraganta con la cerveza.

Envió el mensaje sin ninguna convicción, dejó su teléfono y se hizo un ovillo en el sofá. Cuando alzó la vista para mirar la televisión, el *reality show* ya había terminado.

Capítulo 24

Nicole saludaba a los invitados como si fuera de la propia realeza. Estaba de pie junto a Bruno en la sala principal, frente a la única puerta por la que podían entrar los invitados. Hacía reverencias, extendía su mano para que la besaran y un sinfín de protocolos desfasados que ahora parecían más propios de la ficción que del siglo veintiuno. Pero de eso iba la fiesta. Se trataba de una especie de carnaval de Venecia en otra de las gigantescas propiedades de Gabriel Mendoza. Las invitadas gozaban de vestimentas propias de la nobleza del siglo dieciocho, vestidos largos, coloridos, joyas opulentas y otros adornos que, en conjunto, transportaban a todos los presentes a otra época ya muy lejana. Los hombres se ajustaban al protocolo igualmente y vestían trajes y sombreros cargados de decoraciones que evitaban que pasaran desapercibidos. Solo había una regla, estaba prohibido quitarse la máscara. Gabriel Mendoza había ideado todo aquello para permitir que sus invitados, que no se conocía entre ellos, pudieran disfrutar de su anonimato y dejar a un lado las actividades poco ortodoxas a las que se solían dedicar. Esa noche no se trataba de crimen, esa noche estaba hecha para disfrutar y para celebrar.

De acuerdo con las instrucciones, Nicole acompañaba su lujoso vestido rojo con una máscara veneciana de color blanco que le cubría toda la cara excepto la boca y el mentón. Bruno vestía de negro y su mascarilla le cubría el rostro por completo. El Príncipe los había puesto a trabajar juntos para recibir a los invitados y causar buena impresión.

Nicole lo estaba bordando, se movía con desparpajo, daba buena conversación, realizaba cumplidos y los recibía a partes iguales. Estaba disfrutando. Por primera vez en mucho tiempo hacía algo de vida social y tenía una excusa para asistir a una fiesta, algo a lo que ella jamás se negaría. Después de pasar los meses más tristes y dolorosos de su vida por fin se rodeaba de gente, conversaba y lograba salir de ese pozo de pena en el que Bruno y Gabriel la estaban hundiendo. Se sentía francamente bien y eso se reflejaba en sus habilidades sociales que parecían deleitar a todos los presentes. Bruno,

por el contrario, escondía tras su máscara una expresión de pocos amigos que, aunque no se viera, Nicole podía sentirla más presente que nunca. Estaba cansado, le estresaba recibir a tanta gente, pero lo que más le molestaba era ver cómo toda la atención se dirigía a Nicole y ella la recibía de buen agrado.

—Ya vale, ¿no? —dijo Bruno mientras se alejaba otro de los invitados al que Nicole acababa de saludar.

—Ya vale, ¿qué? —preguntó sin tan siquiera mirarlo, estaba demasiado ocupada sonriendo a todas las personas que se le acercaban.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. Estás ahí encantada de que todo el mundo te mire, de que todo el mundo te toque…— Bruno no se molestó en reprimir el gesto de asco.

—¿Y qué quieres que haga? Para eso nos ha puesto mi hermano aquí. ¿No lo has escuchado o qué?

—Sí, sí lo he escuchado, pero podías cortarte un poco. Te estás comportando como si fueras una…

—¿Una qué, Bruno? ¿Estás diciendo que disfrute menos? ¿Qué lo pase peor para que tú estés contento?

—No he dicho eso.

—No, pero lo estás deseando. Así que, si no te importa, yo voy a seguir comportándome como un zorra y a recibir a los invitados con educación en lugar de tener todo el día esa cara de amargado que tienes. —Extendió la mano a uno de ellos para que la besase.

Bruno hizo el amago de irse, pero justo en ese momento uno de los invitados se acercó y le dio la mano. Hizo un esfuerzo para mantenerse ahí de pie, junto a Nicole. Si se iba y desobedecía las órdenes de Gabriel, las consecuencias podían ser nefastas, así que por su propio bien, permaneció inmóvil.

Cuando la sala parecía estar completa y todos los invitados presentes, Bruno y Nicole permanecieron juntos unos minutos más por si llegaba alguien a última hora y cuando comprobaron que nadie iba a aparecer abandonaron la estancia, cada uno por un lado.

Nicole fue a buscar a su hermano para poder dar comienzo a la fiesta. Entró en uno de los inmensos dormitorios y vio a Gabriel peleando con su vestimenta frente al espejo.

—Ya han llegado todos los invitados —anunció ella.

—Nicole, ayúdame con esto. —Forcejeó con el pañuelo que llevaba alrededor del cuello. Nicole se acercó y lo ajustó correctamente—. ¿Ya están aquí? ¿Tan pronto? —Gabriel Mendoza parecía nervioso por primera vez en mucho tiempo. Nicole no recordaba cuándo había sido la última vez que lo había visto así.

—Hace media hora que deberías haber empezado —dijo con un

tono aborrecido.

—Joder, no me presiones. —Trató de recuperar oxígeno aflojando el cuello de su camisas.

Nicole puso los ojos en blanco. Si su hermano tenía un carácter difícil de soportar, cuando estaba estresado lo mejor era alejarse de él. Y así lo hizo.

Sin mediar palabra salió de la habitación y dejó que su hermano siguiera peleándose con su ropa. Después se acercó a la barra y pidió una copa de champán.

◆◆◆

—Sofía, ¿me recibes? —preguntó Hugo al otro lado del auricular.

—Alto y claro —respondió ella—. Estoy a punto de entrar, cuidado con lo que decís.

Sofía se encontraba en el inmenso jardín principal. Había logrado atravesar el portón de la primera entrada sin ningún problema, nadie vigilaba el lugar y todos los invitados enmascarados entraban con tranquilidad mientras conversaban. Ahora tenía la gigantesca puerta principal frente a ella.

Mientras las personas pasaban de largo y caminaban hacia el interior, ella se quedó congelada en el jardín. El césped estaba frío, podía notar que había sido regado recientemente por la invisible ola de frescor que ascendía por su piel. Observó todo con detenimiento. Posibles vías de escape por si algo salía mal, ventanas, puertas, vehículos… Se colocó la mano en el muslo y comprobó que su pistola seguía allí. Dirigió la mirada hacia el lugar a donde se encaminaban los invitados y vio dos guardias de seguridad en la puerta.

—Mierda, hay dos vigilando la puerta, ¿qué hacemos? —Sofía y todo el equipo habían contado con la posibilidad de tener que sortear guardias, pero en el fondo, la detective confiaba en que Gabriel se relajara con el ambiente festivo y dejara las precauciones a un lado.

—Tranquila, Sofía. Como hemos hablado, dirígete a la puerta con toda calma. Solo eres una invitada más —respondió Paula con el talante que le caracterizaba—. No estás haciendo nada malo.

—¿Y si hay contraseña? —se preocupó.

—No hay contraseña. Lo sabemos de sobra, lo hemos investigado. —Paula trató de tranquilizarla.

Sofía dejó las preocupaciones a un lado y se dirigió hacia la entrada de la casa con toda la seguridad que supo reunir. Aquel jardín era infinito, tenía la sensación de que no iba a llegar nunca, el camino se le estaba haciendo eterno.

Cuando finalmente logró alcanzar el portal se colocó tras una de las invitadas con la esperanza de pasar desapercibida. Miró al

guardia de la izquierda de reojo oculta tras su máscara, estaba muy cerca de conseguirlo, tan solo dos pasos más y habría entrado.

Habría entrado si el otro vigilante no le hubiera colocado la mano en el torso para evitar que siguiera avanzando. Lo sabía. Sabía que había contraseña y que todo se iría al garete.

Sofía lo observó con un aire de superioridad.

—¿Pasa algo? —preguntó serena. Miró la mano de aquel guardia y fingió sentirse ofendida. Aquel joven había tenido el descaro de tocar a una de las invitadas.

Él apunto hacia abajo y Sofía creyó que le iba a dar un infarto cuando pensó que aquel chico había descubierto que iba armada.

—Se le ha desabrochado el zapato. —Sonrió incómodo —. Disculpe las molestias.

Sofía volvió a abrocharlo e hizo una especia de reverencia en forma de agradecimiento.

Cuando por fin comprobó que se encontraba dentro suspiró aliviada. Trató de limpiar el sudor que le perlaba la frente, pero la aparatosa máscara se lo impidió, así que se limitó a abrirse paso entre los invitados y a camuflarse entre ellos.

Gabriel subió a la tarima que él mismo había mandado colocar en mitad de la sala principal. Miró a los invitados que se encontraban unos centímetros por debajo de él, parecía que no se habían percatado de su presencia. Charlaban tranquilamente, bebían y se divertían. Estaba nervioso, no le gustaba hablar en público y odiaba tener que llamar la atención de tantas personas para dirigirla hacia él.

Nicole subió también y se colocó junto a su hermano con el objetivo de proporcionarle apoyo emocional para que se animase a inaugurar la fiesta. Hizo un gesto a Bruno con la cabeza para que este la imitara y así lo hizo.

Bruno se colocó al otro lado y juntos trataron de transmitirle seguridad.

Gabriel carraspeó y todos dirigieron su mirada hacia él.

—Hola a todos. Bienvenidos. —A pesar de ser una persona huraña no se le daba del todo mal hablar en público. Era un hombre guapo y eso sin duda ayudaba a que la gente fuera más tolerante con él—. Quería daros las gracias personalmente por haber venido, me hace muy feliz que estéis aquí. Hoy es un día muy importante para mí, es mi treinta y cinco cumpleaños y me gustaría celebrarlo con todos vosotros. Quisiera que…

Pero la entrada repentina de una de las invitadas que llegaba con retraso interrumpió el discurso de Gabriel. Él era el único de los presentes que no llevaba una máscara y cuando aquella mujer impuntual entró, le dedicó una mirada de pocos amigos. Del mismo

modo, todos los invitados se giraron a mirarla, mientras ella permanecía inmóvil sin saber qué hacer ni qué decir.

Nicole la observó con los ojos entrecerrados, juraría haberla visto antes. Su forma de moverse le resultaba familiar, había algo en ella que le resultaba conocido, pero tras esas vestimentas aparatosas y un peinado tan sobrecargado era imposible reconocer de quién se trataba.

La desconocida agachó la cabeza en seña de disculpa y procedió a integrarse como una oyente más.

—Como iba diciendo, quisiera que os divirtierais, hoy es un día para celebrar y dejar a un lado nuestra vida profesional. Si necesitáis cualquier cosa no dudéis en pedírmela a mí, a mi hermana. —Señaló a Nicole con la mano—. O a alguno de los trabajadores. Y recordad, la única regla de hoy es: prohibido quitarse las máscaras. —Gabriel alzó su copa de champán y Nicole y Bruno lo imitaron—. ¡Que empiece la fiesta! —Se colocó su máscara y bajó de la tarima.

—Lo tengo a tiro—dijo Sofía. Sabía que no tenía sentido comenzar un tiroteo en pleno salón con cientos de invitados, pero se estaba impacientando. Tenía a Gabriel justo enfrente y deshacerse de él hubiera llevado tan solo unos segundos.

—Sofía, tranquila. Si disparas ahora se te van a echar todos encima en cuestión de segundos y no habrá manera de que salgas viva de ahí ni de que te ayudemos —contestó Paula.

—Tú siempre tan paciente, Paula. —Sofía hizo pucheros—. Tiene a dos personas al lado, quizá ellos también puedan ser útiles. ¿Quiénes son?

—Sí, a ver, un segundo. —Paula empezó a remover los papeles que tenía en su mesa y los ojeó todos hasta que encontró lo que buscaba—. Se trata de un tal Bruno… no tenemos su apellido, pero es el perrito faldero de Gabriel, el hombre de los recados al que encarga el trabajo sucio.

—Bruno…—murmuró Sofía.

—Y ella…—Paula volvió a remover los papeles—. De ella no tenemos nada, creemos que puede ser la mujer de las fotos, pero no estamos seguros, las fotos no tienen buena calidad y hasta que no se quite la máscara no vamos a poder comprobar si tan siquiera se parecen en algo.

Entonces algo interrumpió la conversación. Sofía escuchó la palabra «hermana» y dirigió la mirada de nuevo al escenario para ver a Gabriel señalando a la mujer que tenía detrás.

—¿Habéis oído eso? —preguntó alarmada.

—Alto y claro —respondió Paula.

—¡Es su hermana! Lo tenemos, es la hermana, tiene que ser la

que salía en las fotos —dijo Hugo emocionado.

Claudia tecleó a toda velocidad y dejó de escuchar lo que sea de lo que estuvieran hablando sus compañeros. Sin despegar los ojos de la pantalla buscó y buscó. Abrió todo tipo de páginas en internet y en la base de datos de SOMBRA. Habría jurado haber leído algo relacionado con aquella mujer.

—Nicole Mendoza, veintiocho años —dijo Claudia. Hugo y Paula se miraron sorprendidos. Dejaron de lado todo lo que estaban haciendo para ir a mirar el ordenador de su compañera. Sofía estaba escuchando atentamente al otro lado del auricular—. Nunca se le ha visto en persona, es la única hermana de Gabriel y se sospecha que se dedica a la parte más administrativa de La Salvación. Vamos, a blanquear dinero —añadió—. Tiene sentido que sea la de las fotos, siempre está presente en las reuniones y al lado de Gabriel. ¿En qué otra persona confiaría Gabriel que no fuera de su familia? Si El Príncipe tiene una mano derecha esa tiene que ser su hermana.

La velocidad y el razonamiento de Claudia dejó a todos boquiabiertos, así como el enorme descubrimiento que acababan de hacer. Era oficial, Gabriel Mendoza tenía una hermana y eso lo cambiaba todo. Ahora había una dificultad añadida, un objetivo más al que enfrentarse.

—Perfecto, cambio de planes —dijo Paula—. Si te resulta muy difícil acercarte a Gabriel, ve a por su hermana.

—Pero ¿cómo la va a matar? ¿Así sin mediar palabra? —Hugo se escandalizó.

—No, no me refiero a matarla, me refiero a sacar partido de ella. A sonsacarle información, a amenazarla y, lo que sería más difícil, a traerla hasta nosotros —dijo Paula.

—¿Secuestrarla? Paula eso es imposible. Hay cientos de personas aquí, no podría dar dos pasos sin que me mataran—replicó Sofía.

—Sofía, haz lo que puedas a hacer, pero no la mates. Recuerda que nuestro objetivo principal en estos momentos es Gabriel —añadió Paula.

—De acuerdo.

Sofía se acercó a la barra y tomó una de las copas que ya estaban servidas. Le dio un trago minúsculo y se acomodó para observar la escena.

Los invitados charlaban, reían, disfrutaban de la música y algunos se animaban a bailar. Sofía buscó a Gabriel con la mirada y no tardó en encontrarlo. Estaba saludando personalmente a algunos de los allí presentes, hablaba con ellos durante pocos segundos, probablemente de asuntos triviales, y se dirigía a los siguientes. Todo iba bien hasta que Sofía vio a Gabriel acercarse a la barra, miró a un

lado y a otro, pero allí solo se encontraba ella. Se quedó paralizada mientras él se iba acercando. Sofía pensó que Gabriel solo estaba saludando a aquellos invitados que conocía bien, pero al parecer se estaba dedicando a dar la bienvenida a todos ellos. Uno por uno.

Antes de que Sofía pudiera seguir haciendo conjeturas, Gabriel ya estaba a tan solo unos centímetros de distancia de ella.

—Hola. Bienvenida a la fiesta —dijo él con un tono agradable.

—Gracias —se limitó a contestar.

—¿Está todo a su gusto? —Mientras Gabriel seguía hablando, Sofía se llevó la mano al muslo y palpó su pistola por encima de la tela.

—Sí, todo bien. Gracias. —Trató de ser más simpática esta vez. Pensó que Gabriel era una persona muy educada para ser alguien que ordenaba la muerte de tantas personas con tanta ligereza.

—Sofía, no hagas nada —Paula habló como si estuviera viendo a su compañera, sabía perfectamente de lo que era capaz y más aun teniendo al tipo que tanto daño le había hecho tan cerca.

Sofía obedeció y volvió a llevar su mano a la copa de champán.

—Espero que disfrute. Nos vemos.

Gabriel le dedicó una sonrisa radiante que Sofía no pudo apreciar del todo por culpa de la máscara y se alejó

Sofía se despidió y lo miró con todo el asco del mundo. Había tenido que hacer un ejercicio de autocontrol sobrehumano para no disparar a Gabriel en plena fiesta. Le resultó muy frustrante tenerlo tan cerca y no poder hacer nada. Quería asustarlo, quería verlo sufrir, pero en su lugar se había limitado a fingir amabilidad y a seguirle la corriente.

Aquello se le daba realmente mal. Por mucho que lo intentara, Sofía no lograba fingir sus emociones. Agradeció llevar una máscara que ocultara todas sus expresiones faciales, si hubiera sido de otro modo, se habría metido en problemas antes de poder empezar la misión. Por eso Samuel era una pieza tan importante en SOMBRA, él no tenía dificultades para llevarse bien con todo el mundo. Era capaz de parecer inocente y muy amable cuando lo deseaba porque en el fondo lo era y quizá por ello casi nunca se metía en problemas.

Sofía lo echaba de menos más que nunca, si él hubiera estado en su lugar, la misión ya habría acabado con éxito. Pero ahora era inútil lamentarse, tenía que seguir adelante y tenía que hacerlo sola.

—Joder, he estado a nada de sacar la pistola y acabar con esto —susurró Sofía al micrófono.

—Sí, entonces también habrían acabado contigo. No digas estupideces, Sofía, tú no eres una persona impulsiva. —Paula trató de tranquilizarla.

—Tienes razón —suspiró.

Sofía dirigió la mirada hacia el cúmulo de personas otra vez para tener a Gabriel controlado, pero cuando giró la cabeza se topó de bruces con un desconocido.

Era un hombre muy alto, más que Gabriel, y musculoso. Por el aspecto que tenía parecía que se había pasado la mitad de su vida en un gimnasio y que sus músculos no eran precisamente naturales. Estaba disfrazado igual que el resto de los invitados, de acuerdo con el código de vestimenta.

—Hola. ¿Una copa? —Sofía no era la persona que más éxito tenía entre el público masculino, pero no era la primera vez que un hombre se le acercaba con intenciones sexuales. Sabía lo que estaba pasando y lo único que sentía ante esa situación era pereza.

—Es que ya tengo —dijo incómoda y exhibió su bebida.

—Soy Emanuel, ¿y tú? —Ignoró sus palabras. O no entendía que Sofía le estaba dando calabazas o no le importaba.

—Eh… Sandra. Me llamo Sandra.

Aquel hombre iba a poner a prueba su paciencia, la paciencia que no tenía.

—¿Qué tal estás? ¿Lo estás pasando bien? Estas fiestas son un coñazo, ¿eh? —Rio torpemente.

—Ya ves, donde se ponga un poco de reguetón que se quite lo demás. —Sofía casi no escuchaba nada de lo que decía aquel hombre, se estaba dedicando a vigilar los movimientos de Gabriel con el rabillo del ojo.

—¿Has venido sola, Sandra? —insistió en sus intentos de coquetear.

—Sí, sí. Estoy sola. —Estaba tratando de quitárselo de encima pero ya no se le ocurría qué más decir.

—¿Conoces al Príncipe?

—¿Eh? ¿Al Príncipe? Sí, claro… claro. —Esta vez sí dirigió toda su atención a Emanuel—. ¿Y tú?

—Pues claro. —Se encogió de hombros—. Somos amigos de toda la vida.

—Ah… yo…—Se creó un silencio incómodo—. Soy amiga de su hermana.

—¿De Nicole? —Parecía extrañado—. No sabía que Nicole tenía amigas.

—Pues ya ves. —Un movimiento a lo lejos de la habitación la volvió a distraer. Gabriel estaba saliendo del salón, y Sofía se angustió al ver el mar de personas que tenía que atravesar para poder alcanzarlo—. Bueno, Emanuel, un placer, ¿eh? Nos vemos. —Se dispuso a comenzar su travesía, pero la mano de Emanuel la frenó en seco.

—Espera. ¿Qué haces después de la fiesta? Quizá podemos

salir, dar una vuelta o… no sé. ¿Ir a tu casa? —Se dejó de rodeos y probó suerte de una vez por todas.

—Pues…—contempló las consecuencias de lo que estaba a punto de decir y llegó a la conclusión de que no eran demasiado graves—. Mira, Emanuel, eres muy guapo y muy… alto, pero a mí me gustan las mujeres, ¿qué se le va a hacer? Me tengo que ir. Suerte con la búsqueda de tu amada. —Salió huyendo como alma que lleva el diablo y Emanuel se quedó plantado sin saber qué hacer ni que decir.

◆◆◆

Nicole se acercó a la barra a por más champán. Llevaba horas bailando sin parar, necesitaba rehidratarse y para eso su primera opción era siempre el líquido dorado. Estiró el brazo por encima de los obstáculos que había sobre la barra y logró alcanzar una de las pocas copas restantes.

—Tu amiga es un poco borde, ¿no?

Nicole se giró y vio a un hombre junto a la barra. Sujetaba su copa incómodo.

—Ah, Emanuel, eres tú. No te había visto. —Dio un trago generoso a la bebida—. ¿Qué amiga? —Frunció el ceño.

—Sandra, tu amiga. Me ha dicho que está invitada a la fiesta porque os conocéis —respondió.

—¿Sandra? No tengo ninguna amiga que se llame Sandra. —Se extrañó.

—Ah, qué raro. —Emanuel pareció no darle demasiada importancia.

—¿Y dónde está?

—Ha salido. —Emanuel señaló la gran puerta por la que Gabriel había abandonado el salón, la misma que había utilizado Sofía y la que llevaba al interior de la casa.

—¿Ha salido? —Se alarmó—. Nadie puede salir del salón. —Soltó su copa y se sumergió en el mar de gente para buscar a la tal Sandra.

Nicole tenía sospechas de quién podría ser Sandra realmente, pero no se lo quería creer. Le resultaba imposible verbalizarlo y aún más que estuviera realmente allí, en la fiesta de cumpleaños de su hermano, en peligro de muerte.

◆◆◆

Sofía tenía dificultades para atravesar el infinito pasillo en el que se encontraba con esas vestimentas. Se movía con lentitud, patosa, era inútil intentar lograr algo de velocidad con aquellas faldas tan densas.

—Estoy yendo detrás de él, he salido del salón —dijo al micrófono.

Gabriel le había ganado ventaja y se había metido en alguna de las habitaciones, pero eran tantas que Sofía no sabía por dónde empezar, así que fue comprobando una por una que Gabriel no se encontrara en ninguna de ellas.

—Perfecto, ¿lo tienes a la vista? —preguntó Paula.

—Qué más quisiera. Me ha costado la vida atravesar el salón con tanta gente, tiene que estar cerca, pero no tengo ni idea de dónde —respondió Sofía.

—Sofía, ten mucho cuidado, no deberías estar ahí. Si te ven te van a echar la bronca o algo peor —le advirtió su compañera.

—Ya lo sé, pero es que está tan cerca…—se lamentó—. Quiero acabar esto cuanto antes.

—¿Dónde crees que ibas? —A Sofía se le paró el corazón cuando sintió que esa mano la apretaba tan fuerte del brazo.

Todos en SOMBRA se miraron preocupados al escuchar aquella voz, Sofía estaba en problemas.

Aquel hombre la arrastró por la fuerza al interior de la primera habitación que vio y la liberó dentro. Era Bruno. La mano derecha de Gabriel.

Bruno había estado observando a Sofía durante toda la velada. No tenía ni idea de que era ella, pero desde que había entrado con tanta prisa al salón y había interrumpido el discurso de su jefe, le había resultado sospechosa. La manera en la que se relacionó con Gabriel cuando este había ido a saludarla había sido de lo más extraña, y después con Emanuel. No le había hecho ni caso, parecía más pendiente de vigilar a los invitados que de disfrutar de la fiesta. Pero, sin duda, lo que había encendido todas sus alarmas, es que saliera del salón justo cuando El Príncipe lo había hecho.

Bruno se interpuso entre ella y la puerta, iba acercándose poco a poco, cada vez más, hasta que la arrinconó contra la pared. Después alzó su mano lentamente y le retiró la máscara.

Sofía estaba muy nerviosa, el corazón le iba a mil, no solo la habían capturado, sino que ahora también se había revelado su identidad.

—Vaya, vaya. Sofía Quirós, ¿a qué se debe este honor? ¿Te aprovechas de mi novia y ahora te metes en mi casa?

Sofía ignoró aquellas últimas palabras, no entendía a qué se refería con lo de aprovecharse de su novia, estaba demasiado ocupada buscando algo en la habitación con lo que quitarse de encima a Bruno.

En SOMBRA, todos volvieron a cruzar sus miradas rebosantes de pánico. ¿Bruno sabía quién era Sofía? ¿Lo sabría también Gabriel? ¿Y el resto de La Salvación? Si sabían quién era, ¿por qué la habían

dejado con vida? Eran demasiadas preguntas como para resolverlas en ese preciso instante, ahora lo que importaba era que Sofía pudiera salir de ahí.

—Sofía, no hagas ninguna tontería —dijo Paula con toda la tensión que transmitía su voz.

Bruno dejó caer la máscara de la detective al suelo y la pisó. La máscara crujió y se hizo pedazos, ahora era seguro que no podría volver a utilizarla. Después la agarró del cuello y la golpeó violentamente contra la pared. Sofía trató de alcanzar su pistola, pero con tantas capas de ropa era imposible que lo lograra a tiempo, además, Bruno la retenía con demasiada fuerza, si Sofía hacía cualquier movimiento iba a ser demasiado sospechoso. La cogió de las mejillas.

—Está muy feo venir a una fiesta a la que no se te ha invitado, ¿no lo sabías? —Apretó con más fuerza logrando que Sofía soltara un gruñido.

La detective trató de zafarse y golpear a Bruno de alguna manera, pero no sirvió de nada, estaba completamente retenida, inmóvil. Se escandalizó cuando las manos de aquel hombre descendieron hasta su torso y comenzó a desabrochar la parte delantera del vestido.

—¿Dónde tienes lo micros, eh? —Estaba cada vez más enfadado. Intentó deshacerse de las prendas de Sofía con urgencia.

Fue entonces cuando Sofía volvió a ver la botella de coñac que había visto al entrar en aquel despacho. Se encontraba en el escritorio marrón que Bruno tenía a su lado. El escritorio estaba un poco más lejos de ella que de él, pero si lograba inclinarse hacia adelante y estirar el brazo quizá podría alcanzar la botella. Y así lo hizo.

Mientras Bruno se preocupaba por desvestirla, como una exhalación, Sofía agarró la botella y la estampó con todas sus fuerzas en la cabeza de Bruno. Los cristales salieron volando por los aires y ambos quedaron empapados en coñac. Sofía se quedó inmóvil y se asustó cuando vio cómo el cuerpo de Bruno se echaba hacia adelante. Para su fortuna, estaba inconsciente y lo que cayó sobre ella no fue más que un inofensivo peso muerto. La detective se hizo a un lado y dejó que él cayera al suelo. Acercó la nariz a su ropa y no pudo evitar arrugarla ante aquel olor tan fuerte a alcohol, la tela estaba empapada. Miró al suelo y vio su máscara destruida. No podía salir así.

Fue hacia la delgada puerta que se encontraba en la sala y estuvo a punto de dar un salto de alegría cuando vio todos aquellos uniformes de camarero colgados en las perchas.

Se desnudó todo lo rápido que pudo, teniendo en cuenta las vestimentas tan aparatosas que portaba y se visitó con uno de los

uniformes que acababa de encontrar. Una vez completó la tarea, revisó la longitud de su nuevo conjunto y comprobó que tanto las mangas como los pantalones eran demasiado largos. La ropa también era ancha, pero no suponía un impedimento para caminar con normalidad, así que, dejando atrás sus ropas, el cuerpo de Bruno y los resto de cristal de la botella, Sofía se encaminó hacia la puerta.

Salió con la cara al descubierto y caminó hacia donde creía que Gabriel se había dirigido. Andaba rápido, pero no se podía permitir correr para no llamar demasiado la atención. Miraba al frente y a nada más, aquel pasillo parecía no tener fin, así que se propuso no perder ni un segundo y seguir hacia delante, hasta que chocó su hombro.

—Disculpa —dijo Sofía y caminó hacia delante, pero antes de poder dar un paso más frenó en seco.

Sofía miró hacia atrás y vio que aquella mujer también se había quedado quieta, petrificada, mirándola. Se trataba de Nicole Mendoza, la hermana de Gabriel que cuando cruzó la mirada con la detective, salió a correr.

Nicole no pudo ir muy lejos cargando con toda aquella ropa, y ahí, en mitad del pasillo, Sofía finalmente pudo darle caza. Hizo uso de todas sus fuerzas para chocarla contra la pared. Sofía colocó su brazo en el cuello de la hermana de Gabriel y presionó con fuerza para evitar que pudiera escapar.

—Así que Nicole, ¿eh? —Sofía apretó los dientes, la adrenalina se había apoderado de su cuerpo, estaba enfadada, enfadada y nerviosa por tener a uno de Los Mendoza en sus manos, tan cerca de ella—. ¿Dónde estabas escondida tanto tiempo? —Apretó aún más el brazo contra su cuello y Nicole se quejó. Era extraño, parecía que la joven, a pesar de estar en una situación tan peligrosa, no oponía resistencia. Ni siquiera parecía asustada de que Sofía la estuviera reteniendo—. Vamos a ponerte cara de una vez por todas.

Sofía se deshizo de la máscara de Nicole con un movimiento rápido y cuando estaba a punto de amenazarla sintió cómo su sangre se convertía en hielo y cómo las palabras eran incapaces de salir. Quiso hablar, pero no pudo emitir ningún sonido. Se limitó a sentir cómo el sudor frío resbalaba por su tez y a tratar de mantener los ojos en sus órbitas. Aflojó la presión en el cuello de Nicole y se alejó.

Nicole la miró sin decir nada, ¿qué se podía decir en una situación así?

Ambas se quedaron mudas y se miraron durante los segundos más largos de sus vidas.

—Tiene que estar por aquí, el cuerpo de Bruno no está muy lejos.

Escucharon una voz lejana que parecía ir acompañada de otra,

se oían los pasos cada vez más cercanos.

Nicole volvió a mirar a Sofía, esta vez más asustada.

—Sofía, te tienes que ir —la apuró.

Pero Sofía no se movió, se quedó pasmada mirando a Nicole.

—¡Sofía! —La agarró de los brazos y trató de hacer que volviera en sí—. ¡Sofía, espabila! ¡Sal de aquí! —La sacudió.

Sofía se alejó un poco, pero se mantuvo frente a Nicole. La miró con una mezcla de incredulidad y desprecio.

—¡Sofía! ¡Vete! Si te quedas aquí te van a matar. —Nicole la empujó para que echase a andar de una vez por todas.

Sofía obedeció finalmente e inició la marcha, no sin antes volver a mirar a Nicole para comprobar que aquello que estaba pasando no era fruto de un mal sueño.

Capítulo 25

Sofía había logrado encontrar una salida de emergencia y llegar hasta el mismo jardín por el que había entrado, por suerte nadie la había visto huir. Caminaba deprisa y miraba al suelo, intentando procesar lo que acababa de descubrir, pero antes de que pudiera seguir pensando en ello, escuchó una voz a sus espaldas.

—¡Sofía! ¡Espera! —Sofía no se giró al escuchar la voz de Nicole, siguió caminando tratando de ignorarla por completo—. Sofía, escúchame —dijo casi sin aliento. La agarró del brazo para hacer que frenase.

—¿Que te escuche? —Se zafó de su mano—. ¡¿Que te escuche?! —Alzó el tono—. ¿Para qué? ¿Eh? ¿Para que puedas mentirme otra vez? ¿Para que inventes algo más sobre tu vida y yo me lo vuelva a creer como una estúpida?

—Por favor, deja que te explique.

—Que me expliques ¿qué? Dalia. —Se hizo el silencio—.

Dalia, Nicole o cómo te llames. Joder, si me has mentido hasta con tu nombre. —Sofía se llevó las manos a la cabeza, trató de reprimir sus lágrimas y lo consiguió al menos durante unos segundos más.

—Nicole es mi nombre real. —Hablaba con suavidad, no se atrevía a alzarle la voz a Sofía.

—Ah, ¿sí? A buenas horas te sinceras, ¿no te parece? Te estás sincerando porque no te queda más remedio, porque no tienes opción, porque te he descubierto. —Apuntó con el dedo a su pecho acusándola —. ¿Cuánto tiempo pretendías seguir engañándome como a una idiota? —Las lágrimas comenzaron a inundar sus ojos—. ¿Qué es lo que querías de mí?

—Nada, Sofía, te lo prometo. No quería nada. Solo te quería a ti. —Sofía tensó la mandíbula, no sabía qué más decirle, no se estaba creyendo nada de lo que salía por la boca de Nicole—. Todo ha sido muy difícil, yo no sabía quién eras tú, no te conocía, de verdad.

—Nicole, por lo menos deja de hacerte la víctima —dijo con un gesto aborrecido—. ¿Cuánto tiempo has estado tomándome el pelo?

¿Eh? ¿Qué era lo que querías? ¿Lo has conseguido? ¿Estás contenta? —Su enfado volvió a incrementar.

—Sofía, mi hermano me amenazó, le tuve que decir quién eras… Me dijo que si no lo hacía él mismo se encargaría de hacerte daño. —Se le quebró la voz.

—¿Daño? ¿Daño, Nicole? ¡Nadie me puede hacer más daño del que me has hecho tú! ¿Lo entiendes? Me has jodido, pero bien. —Sofía gritaba—. Tu familia mató a mi madre, lo sabes, ¿no? Tu familia y tú.

Aunque Nicole no había estado involucrada de ninguna manera en la muerte de la madre de Sofía, no se atrevió a desmentir las acusaciones, la detective estaba fuera de sí, demasiado enfadada como para llevarle la contraria en esos momentos.

Nicole asintió.

—Me lo dijo Samuel.

Fue entonces cuando Sofía abrió los ojos de par en par, le llevó unos segundos caer en la cuenta de lo que había pasado aquel día.

—Samuel…—reflexionó—. Fuiste tú, ¿no? —Rio sarcástica—. Fuiste tú la que lo delató, fuiste tú la que dijo que era un infiltrado, fuiste tú la culpable de que lo mataran, ¿me equivoco?

Nicole agachó la cabeza, no se atrevía a mirar a la cara a Sofía.

—Lo siento… yo—comenzaba a gimotear.

—Joder, lo que me faltaba. —Sofía se llevó la mano a la cara—. ¿Que lo sientes? ¿Qué cojones me importa a mí que lo sientas?

—Perdóname, por favor. —Quería decir algo más, pero se quedó ahí, Nicole sentía que estaba hablando con un muro y que nada de lo que dijera iba a funcionar.

—¿Que te perdone? ¿Pero tú te estás oyendo? —Sofía no se podía creer lo que estaba escuchando. Después de haberle destrozado la vida, Nicole pretendía que la perdonara así como así—. Nicole, ni aunque pasen tres vidas te voy a perdonar esto. ¿No te das cuenta de que si ahora mismo desapareces de la faz de la Tierra me da exactamente igual? De hecho, me harías un favor —dijo con dureza.

—Sofía, no sabía ni lo que decía, estaba inconsciente. —Era verdad, Nicole no estaba mintiendo.

Sofía la miró y vio las cicatrices que aún conservaba en la cara y en el cuello de aquella paliza que le habían dado en la casa de Claudio Caruso. Se sintió muy mal al imaginar por lo que habría pasado, pero dejó de importarle cuando recordó todo lo que había hecho Nicole.

—Te acercaste a mí para robarme información, ¿no? ¿Para venderme a tu hermano y tenerme controlada? Joder, ¿cómo he podido ser tan tonta? —se agachó y se llevó las manos a la cara.

—¿Cómo puedes decir eso? Sofía, nunca te mentí. Te robé información una vez porque Gabriel me amenazó. Solo fue después del

robo. Lo que pasó antes fue real. Es real. Todo lo que hay entre tú y yo es real. —Nicole estaba logrando sonar de lo más convincente, pero Sofía se había puesto un caparazón para que ninguno de su dardos envenenados pudiera darle.

—Hubo, Nicole. Lo que hubo entre tú y yo porque ya no hay nada. —Alzó la cabeza y la miró a los ojos—. ¿Por eso te fuiste sin decir nada? ¿Por eso has desaparecido durante más de seis meses, no? —Nicole no contestó, miró a Sofía y agachó la cabeza—. Después de todo lo que has sido capaz de hacerme, eres tan cobarde que no has podido mirarme a la cara. ¿Eso es todo lo que se te ocurrió? ¿Desaparecer como un fantasma?

—Sofía, no me fui porque no quisiera verte o por cobardía. Claro que tenía miedo, claro que estaba aterrorizada, pero era por si te hacían daño. Mi hermano es muy capaz de cumplir sus amenazas, temía que fueses un objetivo para él.

—Joder, Nicole, deja de hacerte la heroína —dijo con desgana —. Tú tienes la culpa de que La Salvación me amenazara. De que actualmente esté amenazada.

Aunque Nicole había cumplido su promesa de mantenerse alejada de Sofía Quirós, Gabriel, como medida cautelar, había decidido mandar un mensaje a la detective para que no volviera a meter las narices en los asuntos de La Salvación. Nicole lo sabía y le había hecho prometer a su hermano que después de esa amenaza se olvidara por completo de Sofía y de SOMBRA. El mensaje que Gabriel había mandado, había sido el cruel asesinato de la mascota de Sofía. Los hombres de Gabriel dejaron el cadáver del perro en casa de Sofía junto con la firma de La Salvación y la detective, que captó el mensaje inmediatamente, no se dejó intimidar y continuó con las investigaciones.

—No quiero hacerme la heroína…

—Seis meses, Nicole —interrumpió Sofía—. Seis meses sin saber nada de ti para encontrarme con esto.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Qué siguiera contigo para que mi hermano acabara matándote?

—No. —Sofía se levantó y volvió a señalar a Nicole con el dedo —. Lo que quería era que dejaras de mentirme, que tuvieras el valor de contarme la verdad y que no te hubieras ido sin dar explicaciones. ¿Tú sabes cómo me he sentido todo este tiempo? ¿Eres consciente? Me estaba volviendo loca preguntándome dónde estabas, por qué me habías dejado cuando más te necesitaba. Nicole, te fuiste en el peor momento posible, me abandonaste en mi mayor momento de soledad y mientras que lo único que hacía era pensar en ti, tú me estabas vendiendo a tu hermano.

—Sofía, eso no es verdad, ¿crees que yo he dejado de pensar en

ti en algún momento? Porque no es así. Nunca he estado tan hundida como cuando me vi obligada a dejarte, ¿y ahora dices que te vas a olvidar de mí? No puedes hacer eso de un momento para otro.

—Pero lo haré, Nicole. Así me consuma toda la energía, vas a desaparecer de mi vida. —Su voz de volvió grave, su tono serio —. ¿Qué esperas qué haga? ¿Que te perdone y vivamos juntas y felices para siempre? Tienes que estar de broma.

—Sofía, si me escuchas y dejas que me explique…

—¡Que no te quiero oír! No te quiero oír, no te quiero ver, no quiero nada de ti. Lo único que quiero es que desaparezcas, ¿te queda claro? —Se quedó esperando una respuesta—. Nicole, si lo que dices sentir por mí es verdad, por favor desaparece de mi vida—le rogó—. No me escribas, no vengas a buscarme, ¿vale? —El tono de voz de Sofía había cambiado completamente, dejó a un lado la furia que sentía para suplicarle—. ¿Puedes hacer eso?

Nicole negó.

—No puedo, Sofía. Qué más quisiera, estás por todas partes, hasta en mis huesos.

—Para. No sigas. —Le hizo un gesto con la mano para que se detuviera—. Te he dicho que no te quiero oír. —Sofía se había calmado un poco—. Has jugado conmigo de la manera más rastrera posible, eres cómplice de la muerte de mi madre y culpable de la muerte de mi mejor amigo, también tienes la cupa de que una organización criminal me esté amenazando, ¿quieres que siga? —se acercó—. Nicole, se acabó, ¿vale?

—¿Y todo lo que he hecho por ti? —Las lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de Nicole.

—No me compensa. Lo que hayas hecho por mí no compensa el daño que has causado y si va a hacer algo por alguien te aconsejo que no se lo reproches más tarde.

—No era eso lo que quería decir…

—Nicole. Ya está. No pierdas más el tiempo. —Cortó de golpe lo que sea que fuera a decir Nicole—. Aquí nos separamos y no nos volvemos a encontrar. No lo hagas más difícil, por favor.

Y mientras Sofía se dirigía hacia la salida sin ni siquiera mirarla una vez más, Nicole se sentó en el césped y dejó que la máscara de pestañas corriera por sus mejillas hasta el día siguiente.

Capítulo 26

El cursor siguió desplazándose hacia abajo por la pantalla, con esperanza de encontrar una sola oferta de trabajo sobre la que hacer clic para poder solicitarla, pero aquello era exasperante. Sofía llevaba días repitiendo la misma rutina y todavía no había encontrado ni una oferta de empleo en la que no pidieran habilidades absurdas y poco realistas como el dominio de noruego o quince años de experiencia profesional. Tendría que haber nacido dos décadas atrás, en los países nórdicos y haber asistido a un colegio bilingüe de español para poder optar a un empleo que apenas llegaba al sueldo mínimo y con el que solo se podría permitir compartir piso con cuatro personas y alimentarse a base de arroz y pasta durante todo el mes.

Afortunadamente su casa no cargaba con más deudas que le impidieran seguir viviendo allí. Sofía se había planteado seriamente abandonar la vivienda solo por el hecho de que era Nicole quién la había comprado, pero, aunque su orgullo era inmenso, su saldo en la cuenta no era lo suficientemente abultado como para permitirse pagar otro sitio y lo último que quería Sofía era molestar a Marta o a alguno de sus compañeros de SOMBRA metiéndose en sus casas. Estaba segura de que le hubieran dicho que sí de buena gana, pero en el fondo Sofía sabía que, al cabo de unos días, se convertiría en un estorbo y sus amigos no sabrían como decirle amablemente que, por favor, se fuera de allí y que estaban hartos de aguantarla. Era comprensible, al fin y al cabo, todo el mundo deseaba su espacio personal en el que poder descansar del mundo exterior.

Otro motivo de peso por el que la detective se había planteado dejar atrás su hogar, era la propia Nicole. A Sofía le preocupaba que la morena desobedeciera sus peticiones y fuera a buscarla, que Nicole supiera dónde vivía Sofía no hacía más que inquietarla, pero para su sorpresa, desde su último encuentro, no había vuelto a recibir noticias de ella. Nicole había obedecido los deseos de Sofía y no la había vuelto a molestar y eso le permitía a la detective vivir sus días con un poquito más de calma. El teléfono de Sofía no había sonado desde entonces y en más de una ocasión había tenido que comprobar que

estaba encendido y que el volumen estaba activado. En todos los casos se había encontrado la misma respuesta, un teléfono seco que nadie contactaba.

—¡Por fin! —Se alegró al encontrar la única oferta laboral en días que podía permitirse solicitar—. Teleoperador/a, jornada parcial, cuatrocientos cincuenta euros al mes, sin experiencia…—leyó. Antes de poder seguir descubriendo el resto de desagradables condiciones laborales, Sofía hizo clic y envió su currículum sintiendo, en el fondo, la esperanza de que no le concedieran una entrevista.

Se levantó de la silla y fue a la cocina a preparar un café, pensando, un día más, una hora más, un minuto más, un segundo más, en su última conversación con Nicole y en su última conversación con sus compañeros.

Sofía recordaba las palabras de Claudia, Hugo y Paula con nostalgia. No le gustaba reconocerlo, pero los echaba de menos, pero al menos le llenaba de felicidad lo bien que se habían tomado su despedida.

—Em… Pues, lo que quería deciros es que me voy a ausentar un tiempo…—Sofía estaba nerviosa, no quería irse de SOMBRA y dejar a medias todos los avances que habían hecho con las investigaciones de La Salvación, pero por el bien de su salud mental, se había visto obligada a hacerlo.

—¿Te vas? ¿Para siempre? —Hugo la interrumpió.

—Un tiempo. ¿Es que no la has oído? Solo se va a ausentar —dijo Claudia con cansancio. Puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Eso. Que me voy, pero que solo es un descanso, un descanso indefinido —continuó.

Paula asintió.

—Sofía, tómate el tiempo que necesites, de verdad, no te preocupes por SOMBRA ahora, eso es lo que menos importa —Paula dijo las palabras tranquilizadoras que Sofía estaba esperando escuchar.

—Gracias, Paula. Además, sé que contigo al mando no tengo por qué preocuparme de nada. —Paula sonrió en forma de agradecimiento—. Y con vosotros tampoco —dijo mirando a Claudia y a Hugo que le sonrieron de la misma manera—. Os dejo al mando, ¿vale? —dijo con melancolía. Estaba a punto de llorar, aquellos días había estado excesivamente sensible, pero consiguió reprimir el llanto.

Todos asintieron, Paula se acercó a darle un abrazo de despedida y Hugo y Claudia la imitaron.

—Nos vemos pronto —fue lo último que dijo Sofía antes de salir por la puerta.

Habían pasado semanas de aquello y Sofía seguía anhelando

trabajar en SOMBRA, pero se armó de paciencia y no volvió a oír de Gabriel, de Los Mendoza, ni de La Salvación. El día que había ido a despedirse de sus compañeros, Sofía les había pedido por favor que no le informaran de absolutamente nada, que hicieran lo que creyeran conveniente, pero que no le dieran noticias sobre los avances o acontecimientos relacionados con dicha organización criminal.

Era lo mejor para ella, mantenerse alejada física y mentalmente de todo lo relacionado con Nicole, y así lo había hecho, había cumplido con lo que se había propuesto a rajatabla. Todavía, el tiempo que había pasado era muy escaso y ahora mismo el recuerdo de Nicole y de la muerte de Samuel eran demasiado dolorosos. Sofía había empujado sus límites cuando siguió trabajando a pesar de la muerte de su mejor amigo, creyó que toda esa rabia que sentía iba a ser el combustible que la levantaría todos los días y la mandara al trabajo, pero después de tanta intensidad en tan poco tiempo lo único que sentía era cansancio.

Durante la discusión de Sofía y Nicole en la fiesta de disfraces, por un momento, en SOMBRA se hizo el silencio. Un silencio provocado por la conmoción del descubrimiento que todos realizaron al mismo tiempo cuando averiguaron que la pareja de Sofía, la que hacía que últimamente la detective estuviera tan contenta, no era ni más ni menos que la hermana de Gabriel Mendoza y heredera directa de La Salvación. A aquel silencio lo siguió una breve conversación que Sofía apenas pudo escuchar debido al estado de ofuscación en el que se encontraba mientras discutía con Nicole, pero cuando pasaron los días, aquellas palabras resonaron en algún lugar de su cabeza.

—¿Qué está pasando? No estoy entendiendo nada —había dicho Hugo mirando a Paula.

—Cshhh. Calla —contestó ella.

Los tres intentaban seguir la conversación, pero sentían que se habían perdido una parte importante de la historia hasta que escucharon la declaración de amor que Nicole había hecho, entonces se miraron estupefactos.

—¿Que Nicole es la novia de Sofía? ¿La hermana de Gabriel? —gritó Hugo.

—Hostia puta —fue lo único que Claudia supo decir.

—¿Pero qué cojones es esto? —añadió Paula.

Sus sospechas se confirmaron a medida que la discusión iba subiendo de tono.

—Joder, pobre Sofía. De esta no se recupera —añadió Paula.

—El mundo es un pañuelo. Hoy más que nunca —dijo Hugo—. ¿Cuántas posibilidades hay de que tu novia sea dueña de la organización criminal más buscada del mundo?

—Y de que esté involucrada en la muerte de tu mejor amigo —

añadió Claudia.

—¿Cómo hemos podido estar tan ciegos? ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes de que Gabriel tenía una hermana y de que era la novia de Sofía? —Paula parecía decepcionada consigo misma—. Cuidado con lo que le decís a Sofía cuando la veamos, ¿vale? —Gesticuló con las mano intentando transmitir tranquilidad—. No seáis muy duros. Si nosotros no nos hemos dado cuenta de quién era Nicole es normal que ella tampoco.

—Ya, pero…—Claudia no sabía cómo decirlo suavemente—. Joder es que era su novia, pasaba mucho tiempo con ella, ¿cómo no te das cuenta de que tenía algo raro?

—No sé, a veces el amor te ciega —dijo Hugo en completa seriedad.

Paula y Claudia pusieron los ojos en blanco y suspiraron al mismo tiempo.

—Hugo, deja de ver las películas que ponen los fines de semana a la hora de la siesta —dijo Claudia y Paula rio.

Mientras la detective volvía de su pequeño viaje a la cocina removiendo el café, llamaron a la puerta. Cogió su pistola y se llevó la mano a la espalda, pero cuando observó a través de la mirilla, relajó la posición defensiva que acababa de adoptar y abrió la puerta.

—Hola —dijo. Tenía las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y se balanceaba hacia atrás y hacia delante con nerviosismo.

—Hola —Sofía le dedicó una sonrisa cansada—. Pasa. Siéntate.

Samuel García obedeció y tomó una de las sillas que se encontraba junto a la mesa del salón.

—¿Qué tal estás? —preguntó él.

Sofía sonrió con tristeza e inclinó la cabeza hacia un lado.

—He estado mejor, dejémoslo ahí. ¿Has venido para saber algo de Clara?

—No, he venido a saber cómo estabas. Hace mucho que no sé de ti y la última vez que te vi no parecías muy contenta—dijo él apartando la mirada.

—¿Me estás tirando los tejos? —preguntó Sofía. Estaba confundida, Samuel y ella apenas se conocían y de la nada aparecía en su casa solo para saber cómo se encontraba.

—Puede —dijo él mirándola a los ojos.

Sofía suspiró cansada.

—Pues no pierdas el tiempo. Samuel, siento decirte que tienes cero posibilidades conmigo. —Estaba agotada, lo último que le apetecía era que un hombre fuera a su casa a ligar con ella.

—¿Por qué? —Frunció el ceño—. ¿Tienes novio?

—No, por Dios. —Se escandalizó ella.

—¿Entonces?

—Me gustan las mujeres.

—¿Y los hombres?

—No. Solo las mujeres. Así que tu intento de venir a ligar conmigo ha sido fallido —dijo ella levantándose de la silla, invitando a que se marchara—. ¿Ya has olvidado a Clara?

—No, en realidad, no. Pero me imagino que no tienes noticias de ella y que ya es hora de seguir adelante —se lamentó.

—Pues te equivocas. Quiero decir, sí, es hora de seguir adelante, en eso tienes razón, pero te equivocas en lo otro.

—¿Sabes algo de Clara? —Samuel casi saltó de la silla. Parecía muy emocionado.

—Sé más de lo que me gustaría saber —respondió ella.

—No te entiendo.

Sofía cogió aire para decir lo que estaba a punto de decir.

—A ver, Samuel, no te lo he contado todo. De hecho, hay una parte muy importante que he omitido, quiero que sepas que lo hice porque no supe cómo actuar y porque yo era la primera que estaba muy confundida.

—¿Qué pasa? ¿Me has estado engañando?

—No. No exactamente. —Hizo una pausa, no sabía cómo seguir —. Clara no es Clara. —Él puso toda su atención en las palabras de Sofía—. En realidad, Clara se llama Nicole y lo más probable es que te haya contado un montón de mentiras igual que hizo conmigo.

La expresión de Samuel García era completamente desconcertada.

—¿Qué? ¿Tú conoces a Clara?

Sofía asintió. Se mordió el labio tratando de buscar las palabras para continuar.

—No solo la conozco, sino que también he tenido una relación con ella. Una relación de pareja, de novias.

Samuel miró al suelo como si este le fuera a dar una explicación. Parecía más confundido aún.

—Me dejó por ti, ¿es eso lo que me vas a decir? —Miró a Sofía, se sentía traicionado.

—¡No! Samuel, ¿me quieres dejar hablar? —resopló. Él asintió —. Conozco a Clara, o sea, a Nicole, desde hace poco más de un año, a ti te dejó hace más de dos. Pero no te quedes con esa parte, esas no son las noticias importantes.

—¿Y cuál es la importante?

—No sé si has oído hablar alguna vez de La Salvación. — Samuel asintió—. Nicole es dueña de La Salvación, hija del máximo jefe y hermana del otro jefe. No sé qué te habrá contado, pero lo cierto es que se dedica a actividades ilegales, por decirlo suavemente.

—¿Es un camello?

—No. —Sonrió—. Es algo un poco más sofisticado, básicamente blanquea dinero. Compra propiedades, lo invierte en… bueno, pues en distintas cosas, pero nada de lo que tiene se lo ha ganado justamente.

Samuel se quedó en silencio. Tenía la mirada perdida, parecía que no escuchaba a Sofía.

—¿Me has oído? —dijo buscando sus ojos.

—Sí, sí. Es que no sé qué decir. No sé por dónde empezar. Ahora siento que nada de lo que vivimos fue real, que me mintió con todo lo que me dijo.

—No sabes cómo te entiendo. —Sofía acercó su silla a la de él.

—No sé si me molesta más que se dedique al crimen o que me haya abandonado sin explicación.

—Probablemente te abandonó precisamente porque se dedicaba al crimen y no supo cómo gestionar vuestra relación. Como podrás imaginar ella no querría desvelar su identidad y poner en peligro todo lo que conoce y todas las personas a las que quiere. Mi teoría es que se agobió y se fue.

Samuel se quedó pensativo hasta que las palabras de Sofía resonaron en su mente.

—Pero no la defiendas. No la justifiques. Después de todo ¿sientes empatía por ella?

Sofía se quedó callada y Samuel cambió la expresión al sentir que había sido demasiado brusco con ella. Miró al suelo antes de preguntar.

—¿La echas de menos? —preguntó García.

Sofía negó con la cabeza.

—No la quiero volver a ver en mi vida —respondió ella.

—¿Segura?

Volvió a negar con la cabeza.

—No.

Los dos se quedaron en silencio, uno junto al otro, mientras pasaba el tiempo.

—¿Y tú? —dijo Sofía al cabo de un rato —¿La echas de menos?

—No —contestó él. —Sofía se quedó mirándolo, esperando que desarrollara su respuesta—. Lo único que quería era que me explicara. Eso y poder reprocharle lo mal que me trató. Lo de Clara… Nicole, lo de Nicole está más que superado. —Samuel observó a Sofía que seguía con la mirada perdida—. Y tú también lo superarás. —Le sonrió—. El tiempo todo lo cura. Ya lo verás.

Pero Sofía tenía la sensación de que aquello no lo iba a curar ni el tiempo ni un milagro. Estaba abierta en canal, desangrándose y ni siquiera el mejor doctor iba a poder poner remedio a su malestar, así que se limitó a guardar silencio y a esperar que algún día doliera

menos.

Capítulo 27

Nicole entró a su habitación y se quedó perpleja cuando vio la escena. Lo último que esperaba al llegar a su casa después de un largo día laboral era ver a Bruno revisando su teléfono.

Como una exhalación, atravesó la habitación, llegó hasta él y le arrebató el móvil de las manos, sin que Bruno se inmutara, lo que la inquietó.

—Con que una amiga, ¿no? —Desde que Nicole había entrado en la habitación, Bruno ni siquiera se había movido, seguía dándole la espalda y aún conservaba la postura de la mano en la que había sostenido el teléfono móvil.

Nicole lo miró sin saber qué decir. Normalmente nunca habría sentido miedo de Bruno, pero la compostura de psicópata que estaba adoptando la estaba inquietando sobremanera.

—Que sea la última vez que coges mi teléfono sin mi permiso —se atrevió a decir y metió su móvil en el bolso.

Bruno se giró lentamente y la miró a los ojos.

—¿No decías que Sofía Quirós era tan solo una amiga?

—Y lo es. Lo era. Solo era mi amiga.

—¿Te acuestas con tus amigas? ¿También les mandas mensajes hablando de rupturas y relaciones amorosas?

Nicole tensó la mandíbula.

—Pues sí, Bruno. También lo hago, pero tú que vas a saber de querer a alguien. —Se dio media vuelta con la intención de salir de allí cuanto antes.

—Que no me hables así. Te lo he dicho mil veces, me tienes harto. —Sonaba muy serio.

—¿Perdona? ¿Y yo tengo que aguantar que te metas en mi vida, que invadas mi privacidad y que me agredas? —El calor de la discusión comenzó a ascender

lentamente—. Bruno, de verdad… No sé qué era esto que teníamos, pero se acabó. Ya no somos nada. Ni amigos, ni pareja… que nunca lo fuimos, pero al parecer en tu mente sí… ni nada, no somos nada, ¿me has entendido o te lo tengo que…

Pero antes de que Nicole pudiera seguir hablando, Bruno la agarró del cuello y la estampó contra la pared a una velocidad asombrosa. No era la primera vez que lo hacía, pero sí era la primera vez que Nicole lo veía fuera de sí. Le sostuvo el cuello y la miró a los ojos. Apretó los dientes furioso, mientras Nicole pataleaba intentando liberarse.

—Primero: tú a mí no me dejas. Segundo: ¿Quién es Sofía? ¿Me engañaste con ella?

Nicole quiso contestar, pero la fuerza con la que Bruno le oprimía la garganta se lo impidió. Agarró sus manos tratando de despegarlas de su cuello para buscar oxígeno y finalmente Bruno la soltó. Nicole cayó al suelo y se palpó el cuello asustada. Trató de coger aire por la boca y expulsarlo, pero se estaba ahogando y las pulsaciones le iban muy rápido. Pasaron unos segundos hasta que pudo volver a respirar con normalidad, entonces se levantó y miró a Bruno fijamente.

La morena salió disparada hacia la puerta sin previo aviso, pero cuando tenía el pomo en la mano, Bruno cerró la puerta de sopetón y volvió a arrinconarla.

—No te vas a ir de aquí hasta que me digas qué es lo que te traes con Sofía.

Nicole creía que estaba a punto de sufrir un infarto si seguía teniendo a aquel hombre enfrente, nunca había estado tan furiosa y cuanto más lo miraba más se despertaban sus instintos asesinos.

—No tengo por qué contarte nada. ¡Deja de meter las narices donde no te llaman! ¿Quién te crees que soy? ¿De verdad piensas que voy a estar a tu merced y que voy a dejar que sepas lo que hago o dejo de hacer? —Rio con sarcasmo—. Joder, Bruno. Qué poco me conoces. —Desplazó su densa melena hacia atrás.

—Es lo que hacen las parejas, ¿no? Contarse sus secretos, confiar el uno en el otro... —Bruno se sentó en la cama mientras hablaba. Observó la distancia entre la puerta y Nicole y calculó que no le daría tiempo a escapar si intentaba salir corriendo.

—¡Pero qué pareja? ¡Bruno, despierta! —gritó.

—Baja la voz.

—¡Tú y yo nunca hemos sido pareja! ¡Preferiría estar muerta antes que comprometerme con alguien como tú! —Ignoró las peticiones del chico y siguió gritando a pleno pulmón—. Mírate. —Lo miró con desprecio—. Eres patético.

—Nicole, no me hables así, por favor, sabes que te quiero.

—¿Que me quieres? ¿Que me quieres, Bruno? —Ahora la que estaba fuera de sí era ella —. Muy curiosa tu forma de querer —dijo con sarcasmo —. ¿Quererme es para ti ser una persona posesiva? ¿Celosa? ¿Tóxica? ¿Quererme es abusar de mí? —Nicole rompió a

llorar.

—No, no digas eso —Bruno se levantó y se acercó a ella —. Yo nunca haría algo así. —Parecía no estar en pleno uso de sus facultades mentales. Era como si hubiera perdido el juicio y Nicole lo miró tratando de averiguar si realmente lo había olvidado o estaba fingiendo que nunca había pasado.

—Joder, que no. ¿Quieres que te lo recuerde? ¿Eh?

Bruno silenció a Nicole dándole un manotazo en la mejilla. Ella respondió abalanzándose hacia él y golpeándolo con los puños por todo el cuerpo, pero no sirvió de nada. Nicole sentía que era como golpear un saco de boxeo, duro y recio, que no sentía dolor, pero aquello no le importó demasiado, la morena estaba tan furiosa que siguió pegándole para sacar toda la rabia que tenía dentro.

Bruno la agarró de las muñecas y la empujó para apartarla de él.

Nicole estaba sudando, le ardía todo el cuerpo, había sido tanta la energía que había gastado en tan poco tiempo que sentía como si hubiera corrido una maratón. Su respiración era agitada y miraba a Bruno como si pretendiera saltar sobre él de un momento a otro.

—¿Quieres saber lo que tengo con Sofía? ¿Eh? —Nicole estaba fuera de sí, dispuesta a confesar la enrevesada relación que la unía a Sofía solo por salir de allí y no volver a ver a Bruno—. No tengo nada. ¡No tengo nada por tu culpa y por culpa de mi hermano! Porque sois dos hombres con el ego por las nubes y la decencia por el suelo, ¿te enteras?

—¿Decencia? ¿Tú me vas a hablar a mí de decencia? Tú que te vas acostando con todo lo que se pone de por medio, ¿eh? —la apuntó con el dedo e hizo un gesto furibundo.

—Bruno, ¿cuándo te vas a enterar? Por Dios. —Volvió a alzar la voz—. ¡Que no me quiera acostar contigo no quiere decir que me esté acostando con todo el mundo! De hecho, no quiero acostarme con nadie que no sea ella. —Aquellas palabras resbalaron por su boca sin que le diera tiempo a reflexionar si era buena idea decirlas o no, pero ya era demasiado tarde, las había dicho y la expresión de Bruno ya era otra.

—¿Entonces lo reconoces? —dijo amenazante.

—¿Y qué quieres? ¿Que me esconda? ¿Que me avergüence? ¿Que lo siga ocultando? —gritó—. Pues sí Bruno, estábamos juntas. Y te juro que si tengo que tirar abajo La Salvación para volver a verla lo voy a hacer.

Bruno rio con sarcasmo.

—No puedes. No puedes conmigo y tampoco puedes con tu hermano. No tienes nada que hacer. —Se acercó a su cara para susurrarle—. Eres una Mendoza y vas a morir siendo una Mendoza.

—Eso ya lo veremos —lo desafió ella.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a destruir todo lo que tienes por una mujer que apenas conoces? ¿Y de qué pretendes vivir, eh? No sirves para nada, no sabes hacer nada que no sea ser una criminal.

—Lo único que sé es que, aunque me cueste horrores voy a quitarte del medio y solo espero que sigas vivo entonces para poder ver cómo Sofía y yo acabamos juntas.

Bruno rio.

—Después de todo lo que le has hecho, ¿crees que va a querer estar contigo? Te va a odiar el resto de su días y no va a querer saber nada de ti porque nadie la ha tratado tan mal como tú.

—Qué sabrás tú. —Pocas cosas de las que decía Bruno, tenían un efecto real sobre Nicole, pero tras escuchar aquello tuvo que fingir que no le había dolido. Lo que la hacía sufrir no eran las palabras de Bruno sino pensar que Sofía pudiera odiarla de verdad.

—Lo que sé es que quiero estar contigo y que tú quieres estar conmigo, aunque no lo reconozcas.

—¡No quiero estar contigo! —Hablar con Bruno era como hablar con una pared, Nicole creyó que cuánto más lo gritara más altas serían las posibilidades de que la escuchara—. ¡Quiero estar con Sofía! Quiero pasarme las horas con ella. Bruno, te juro por lo que más quiera que nunca había estado tan enamorada de nadie en mi vida, algo que nunca he sentido por ti ni lo voy a sentir, ¿me oyes? Eras un pasatiempo y ahora ni siquiera eso. No te quiero ver más. —Las fuerzas se le iban gastando, habló con más suavidad para tratar de que Bruno la comprendiera.

—Sabes que en el fondo siempre serás mía.

—Mira, Bruno, esto va a ser lo último que te voy a decir y escúchame atentamente porque no te lo voy a volver a repetir. —Le apuntó con el dedo—. Yo soy mía. De nadie más. Tú no eres dueño de nada. Ni siquiera eres dueño de tu propia vida, no sé cómo te crees el dueño de la mía. Vives según las reglas que dictamina Gabriel, eres un títere, nada más.

—Ah, ¿sí? Ya verás cómo te convierto en mi propiedad —dijo antes de agarrarla de las muñecas.

—¿Qué haces? Suéltame. —Nicole sabía perfectamente lo que Bruno era capaz de hacer solo para humillarla y cuando la obligó a caminar despacio sintió un escalofrío que le recorrió la espalda.

Bruno chasqueó la lengua y negó con la cabeza. Se le comenzó a dibujar una sonrisa de lo más inquietante. Ahora sí, ahora sí que estaba asustada. Tenía la sensación de que estaba a punto de pagar por todo lo que acababa de decir y deseó haber podido callarse. Nicole forcejeó y trató de zafarse de las garras de Bruno, pero no sirvió de nada, él era capaz de agarrar sus delgadas muñecas con tan solo una

mano.

—¡Que me sueltes! Bruno suéltame o voy a armar un escándalo —dijo desesperada.

Cuando llegaron a la altura de la cama, Bruno tan solo tuvo que darle un pequeño empujoncito para que Nicole cayera sobre ella.

—Haz lo que quieras, nadie te va a oír. —Se colocó sobre ella y le arrancó la camiseta.

Nicole comenzó a llorar y a temblar, nunca había sentido tanto miedo. A pesar de las constantes amenazas de Bruno, este nunca había logrado intimidarla de verdad. Era Bruno, un pelele sin personalidad ni carácter que vivía bajo las órdenes de Gabriel. Pero ahora parecía otras persona, un psicópata, un perturbado que estaba tratando a Nicole como si fuera un auténtico objeto. No atendía a razones, Nicole sabía que por más que hablara no iba a lograr hacerlo razonar.

—Esto lo va a saber mi hermano, que lo sepas —dijo entre lágrimas, con la voz rota.

Bruno no escuchó o no quiso escuchar nada y continuó con la tarea de desvestirla en contra de su voluntad.

Nicole apretó los dientes y cerró los ojos. Temblaba como una hoja y en su mente mil veces se repitió: «Por favor, que acabe rápido».

Mientras Bruno mancillaba el cuerpo de ella a su antojo, Nicole pensó en Sofía, en lo fácil que hubiera sido su historia en otras circunstancias y en lo mucho que le hubiera gustado haber nacido en cualquier otro lugar lejos de allí, para nunca haber conocido a los hombres que ahora ensombrecían su vida.

Capítulo 28

—Buenos días, llamaba para hacerle una oferta relacionada con su factura de la luz, ¿sabía que si…?

Clic. Colgaron el teléfono.

—Hola, ¿y se le digo que podría ahorrar hasta un veinte por ciento en su factura de…?

—Que no me llaméis más, pesados.

Volvieron a colgar.

—Joder, qué difícil es esto. —Sofía se quitó los auriculares y resopló. Llevaba toda la mañana intentando colar alguna de las ofertas de dudosa veracidad a las personas que su compañía le obligaba a llamar, pero por ahora no había tenido éxito. Había perdido la cuenta de las veces que le habían colgado el teléfono sin tan siquiera dejarle terminar una frase. Nunca había recibido tantos insultos hacia su persona en tan poco tiempo, y aunque sabía que eran fruto de las horas intempestivas a las que llamaba y que no se trataba de nada personal, tenía que reconocer que aquella retahíla de improperios la estaba desmoralizando.

Justo cuando aprovechó para levantarse mientras no entraba ninguna otra llamada, tocaron a la puerta. Cuando abrió, Sofía se encontró con el cartero.

—Hola, Sofía, buenos días. —Le sonrió.

—Hola, Luis, cuánto tiempo. —Le devolvió la sonrisa, pero la suya era más forzada.

—Te traigo una carta certificada —dijo sacando el papel de su bolso.

—Vaya por Dios —respondió con sarcasmo. Sabía de sobra que las cartas certificadas nunca traían buenas noticias.

Él rio y le entregó el sobre.

—Muchas gracias, Luis, nos vemos. —Comenzó a cerrar la puerta, pero él la frenó.

—Espera, falta esto. —Le extendió otro sobre—. No pone remitente —dijo volteando el papel por ambos lados—. Aquí tienes.

—Ah, vale. Gracias. —Sofía cogió la carta.

—Hasta luego.

—Adiós.

A Sofía le desconcertó haber recibido una carta que no esperaba y aún más que no tuviera remitente. Volvió a observar el papel y frunció el ceño. Lo único que esperaba recibir siempre eran las odiosas facturas de los servicios que no le quedaba más remedio que contratar si quería mantenerse con vida, o algún paquete de las compras que solía hacer por internet. Pero aquello ni era un paquete ni tenía el logo de ninguna compañía de luz o agua.

Abrió el sobre y sacó el folio, cuando leyó las dos primeras palabras supo de quién se trataba. No era la primera vez que veía esa letra.

Las manos le comenzaron a temblar, miró hacia arriba como esperando que algún tipo de energía mística le diera fuerza, se sentó en la primera silla que vio y comenzó a leer.

Querida Sofía,

Tengo los ojos inundados de lágrimas mientras te dedico mis últimas palabras, después de esto, cumpliré tus deseos de alejarme de ti.

Quiero decirte muchas cosas, pero lo primero que quiero hacer es pedirte perdón.

Perdóname por no haberte dicho quién era realmente, nunca hubiera imaginado que mi familia estaba relacionada con la muerte de tu madre. Si hubiera sabido que mi apellido te apartaría de mí, hubiera renunciado a él y a todos los lujos que conlleva sin pensarlo dos veces, pero para eso ya es demasiado tarde.

También siento mucho haber delatado a Samuel, había perdido el conocimiento y cuando abrí los ojos lo único que vi fue a él. ¿Sabes? Parece ser que tu amigo movió cielo y tierra para encontrarme y si no fuera por él hoy no estaría viva, he pensado que te gustaría saberlo para que puedas tener un buen recuerdo de él. Durante el robo peleamos por ti y casi nos matamos, pero al final le salvé la vida y después él me la salvó a mí. Lamento profundamente que cuando mejor nos estábamos llevando todo se torciera y cuando desperté él ya no estaba, pero quiero decirte que tenías un gran amigo que lo dio

todo por ti hasta el final.

Te conozco y sé que no querrás perdonarme, pero quiero que sepas que, si hubiera una posibilidad, por remota que fuera, de volver atrás, haría todo lo que estuviese en mi mano para que nada de esto hubiera pasado, sé
que tú menos que nadie merece haber sufrido tanto.

Aunque no me quieras escuchar, quiero que sepas que todos los días pienso en el día en el que nos conocimos, en nuestra primera cita, nuestro primer beso y en la primera vez que deslizaste tus manos temblorosas por debajo de mi falda y he llegado a la conclusión de que, si no te vuelvo a ver y tengo que renunciar todo eso, la vida va a tener menos sentido.

Quiero verte, quiero ir a por ti y que nos escondamos, pero sé que no es lo que tú quieres así que me resignaré a quedarme aquí y a pensar en ti todos los días hasta perder la memoria.

Te quiero y te querré.

Siempre tuya.

Nicole.

Las lágrimas habían resbalado por las mejillas de Sofía mientras leía las palabras de Nicole que habían logrado atravesarla como puñales, y mientras se desangraba consiguió llegar al final de la carta.

Era inútil, era inútil que se negara la pérdida de Nicole a sí misma y que fingiera que no la echaba de menos, no había necesitado a nadie más en su vida como la necesitaba a ella.

A medida que leía sus palabras había tratado de escudarse y evitar que le afectaran, pero había tanto amor en esa carta y las palabras de Nicole eran tan sinceras que a Sofía se le derribaron todos los muros y había quedado completamente desprotegida. Agradeció que Nicole no estuviera allí porque sintió que hubiera sido capaz incluso de perdonarla, pero por suerte no estaba ni iba a estar y ahora solo le quedaba acostumbrarse a su ausencia.

Plegó el papel en el que habían ido a parar algunas de sus lágrimas y lo guardó en el sobre, lo colocó sobre la mesa y se propuso

fingir que no había leído nada por el bien de su estabilidad emocional, que ahora no se encontraba en su mejor momento.

Fue a la cocina y preparó la tercera mezcla de hierbas relajantes de la mañana. Cuando se sentó en la mesa para disfrutar de un poco de tranquilidad mientras tomaba su infusión golpeó su bolso, derramando todas sus pertenencias en el suelo.

—Joder, todo mal—dijo aún entre sollozos.

Se agachó para recoger el contenido y la nostalgia la invadió al ver aquel paquete de tabaco. Sofía se quedó mirándolo y volvió a llorar, era el paquete de tabaco que había comprado cuando conoció a Nicole, aún estaba precintado, no lo había abierto y ni siquiera lo había sacado de su bolso. Sofía no solo no fumaba, sino que también detestaba el tabaco y el humo, pero se había sentido tan inepta cuando Nicole le pidió fuego por primera vez y ella no pudo dárselo, que se había encargado de comprar cigarrillos y un mechero por si la remota coincidencia de un nuevo encuentro entre las dos daba lugar.

Nicole le gustó desde el primer momento en que la vio y Sofía compró el paquete con la esperanza de que la vida las volviera a unir y poder causarle una buena impresión prestándole fuego.

Ahora lo único que le quedaba de aquella relación que había parecido un sueño, era los cigarrillos que nunca pudo entregarle.

Capítulo 29

Marta estaba preparando algo de comer para su madre cuando llamaron a la puerta. La mujer había vuelto a hacerse daño en la pierna después de no haberse recuperado correctamente de aquella caída de hacía meses y ahora se veía obligada a ser desplazada de un sitio a otro en silla de ruedas por su hija.

Marta estaba harta de ser la única capaz de proporcionar los cuidados merecidos a su madre. Su hermano era un bala perdida que apenas podía cuidar de sí mismo, lo único que sabía hacer era gastar el poco dinero que tenía de manera irresponsable, apostando en casinos o bebiendo en el bar que había cerca de su piso. Para más fastidio, Javier aparecía de improviso en casa de su hermana cuando le vía en gana, aprovechaba las horas en las que Marta cocinaba para su madre para llegar y gorronear algo de comer, él decía que a Marta no le debería importar añadir un poco más de comida a los platos y así todos podrían comer en familia. Pero a Marta aquello le irritaba profundamente, sí que le importaba hacer comida de más, primero porque era ella la que pagaba todo y la que después lo tenía que limpiar, por su puesto sin ayuda de nadie, y segundo, porque aquello derivaba en que su padre también apareciera sin invitación y ahora fueran el doble de personas a las que preparar comida.

El padre de Marta era otro hombre que apenas sabía valerse por sí mismo. Un señor chapado a la antigua que no era capaz ni de preparar un huevo frito y por supuesto, si no era su esposa quién le preparara la comida tendría que ser su hija quién lo hiciera.

Marta había estado a punto de echarlos de su casa y cambiar la cerradura en más de una ocasión, estaba exhausta de que invadieran su hogar cada vez que les venía en gana y de tener que vivir su vida en base a ellos y a sus horarios para saber cuándo era el mejor momento para que todos pudieran almorzar en familia.

Entre suspiros fruto del agotamiento, Marta fue a abrir la puerta mientras se limpiaba las manos con el trapo de cocina. Quién sea que hubiera llamado, había elegido el peor momento del día para presentarse en su casa, ¿a quién se le ocurría ir a la hora de comer?

Marta abrió la puerta y ahogó un gritito cuando vio a aquel rostro tan familiar.

—Hola —dijo con timidez.

—Hola —balbuceó Marta.

—¿Quién es, Marta? —gritó la madre desde el salón.

—¡Nadie, mamá! ¡Una amiga! —respondió a su madre—¿Qué pasa? ¿Qué quieres? —dijo mirando a la recién llegada. Le había sorprendido mucho que se hubiera presentado allí y aún más que supiera dónde vivía.

—Pues, he venido por…

—¿Es Sofía? ¡Dile que pase que hace mucho que no la veo! —La madre de Marta volvió a interrumpirlas.

—No es Sofía, mamá.

—Igual vengo en mal momento —dijo ella.

—Pues sí, no es el mejor momento, la verdad —respondió fatigada.

—Bueno, pues ya vengo otro día si no te importa. —Se dio media vuelta y comenzó a andar.

—Espera —dijo Marta y la joven frenó en seco—¿Cómo sabes dónde vivo?

—He ido a El Clavel y le he preguntado al camarero si sabía dónde vivías —respondió avergonzada. Sabía que no estaba bien lo que había hecho, pero si no hubiera sido una situación tan crítica nuca hubiera incomodado a la mejor amiga de Sofía—. Le he dicho que era una amiga tuya, que llevábamos mucho tiempo sin vernos y me ha dado tu dirección.

«Este Mario…», pensó Marta. Marta adoraba a su novio, era la persona más amable que había conocido nunca, pero si algo tenía que decir en su contra, era que el pobre era un inocentón. A veces era quizá demasiado amable y no sabía cómo decir que no, era capaz de hacer cualquier favor a quién se le pidiera solo por no disgustar a nadie y eso a veces molestaba un poco a Marta. Ella decía que le faltaba maldad, pero en realidad, le encantaba que Mario fuera tan buena persona.

—Marta, pero no dejes a tu amiga en la calle, mujer. Dile que pase, hay comida de sobra para todos —la mujer volvió a hablar desde el interior de la casa.

Marta puso los ojos en blanco y suspiró.

—Pasa, anda. —Le indicó con la mano—. Si no, nos va a interrumpir todo el rato.

Nicole obedeció y caminó con timidez al interior de la casa. Lo último que le apetecía era tener oyentes en la conversación que pretendía tener con Marta, pero ahora mismo le importaba más poder hablar con ella que tener intimidad.

—Hola. —Hizo un gestito casi imperceptible con la mano para saludar a la madre de Marta.

—¡Hola! —La madre de Marta la saludó alegremente como si fuera una buen amiga que no veía en mucho tiempo—. ¡Pero qué chica tan guapa! —Nicole agachó la cabeza y sonrió avergonzada agradeciendo el cumplido—. ¿Cómo te llamas, hija?

—Dalia —dijo Marta interrumpiendo a Nicole que había estado a punto de presentarse con su verdadero nombre.

Nicole supuso que Sofía no le había contado demasiados detalles sobre su ruptura porque Marta había utilizado el nombre falso con el que se había presentado a Sofía y a todo su círculo social. Aquello le alivió, Nicole estaba preparada para que Marta estuviera a la defensiva y la juzgara duramente por la manera en que había tratado a Sofía, así que cuanto menos supiera mejor. Si solo conocía una pequeña parte de la historia, a Nicole le resultaría más fácil hacer lo que había venido a hacer.

—Dalia, qué nombre tan bonito no lo había oído nunca —dijo la madre de Marta.

—Muchas gracias —le dijo Nicole.

Antes de que pudieran seguir conociéndose y tener conversaciones banales que no le interesaban a nadie, Marta interrumpió.

—Bueno, mamá, nosotras vamos a la cocina que queremos hablar de nuestras cosas. A la comida le faltan diez minutos.

—Sí, porque hace un rato que huelo a humo.

Marta se percató del olor en cuanto su madre lo mencionó, era cierto, la casa había empezado a oler a quemado y el humo que salía por la puerta de la cocina estaba inundando el salón. Salió corriendo para sofocar el posible incendio que iba a dar comienzo y Nicole fue detrás de ella.

—Encantada —dijo Nicole antes de seguir a Marta.

—Un placer, Dalia —respondió la madre.

Marta llegó a la cocina y lo primero que hizo fue apagar el gas. Cuando fue a retirar la sartén del fuego, el calor estaba tan extendido que se quemó la mano.

—¡Mierda! —Sacudió la mano como si eso le fuera a aliviar el dolor—. Joder, qué daño.

—Toma. —Nicole mojó un trapo de cocina y le envolvió la mano a Marta para aliviar el calor de la reciente quemadura. Después cogió otro trapo y retiró la sartén del fuego.

—Gracias —dijo Marta—. ¿Y a qué has venido? —preguntó mientras presionaba suavemente el trapo contra su piel.

Marta podía imaginar a qué venía la visita de Nicole, pero quería oírlo de su boca y no sacar conclusiones precipitadas.

—Pues verás…

—Siéntate. —Le señaló con la mano la silla que tenía tras ella. Marta se sentó frente a ella, en la minúscula mesita de la cocina.

—Sí, eh, bueno, yo…

A Marta le sorprendió ver a Nicole tan nerviosa, las pocas veces que se había cruzado con ella, la morena no había tenido problema para hablar con seguridad y mantener una conversación fluida. Tenía don de gentes y unas habilidades sociales imponentes, por eso le sorprendió verla tan apagada y torpe.

Sintió la tentación de preguntarle si se encontraba bien, pero recordó que no era su amiga y que no sabía qué había pasado con Sofía como para entablar una conversación amistosa.

—Estás aquí por Sofía —dijo Marta ayudando a desatorar las palabras de su garganta.

—Sí. —Nicole jugueteó con sus anillos nerviosa y se miró las manos. Se sentía culpable por haber ido hasta casa de Marta para que la ayudara aun sabiendo perfectamente que Sofía no quería verla ni en pintura—. Supongo que sabes que se ha mudado.

Marta asintió.

—Sí.

A pesar de no haber vuelto a recibir ninguna amenaza por parte de La Salvación, tras encontrar aquel trabajo de teleoperadora, Sofía creyó que lo mejor para su integridad física era mantener un perfil bajo y dejar de frecuentar los lugares a los que solía ir, empezando por abandonar el más importante de todos, su casa. Sofía se imaginaba que si seguía viva era gracias a Nicole que debía haber movido sus hilos para que su hermano y sus hombres la dejaran en paz, pero, aun así, no quería asumir riesgos innecesarios y decidió abandonar SOMBRA además de su hogar.

Cuando recibió la carta de Nicole se inquietó, si ella sabía dónde vivía no era de extrañar que también lo supiera Gabriel, Bruno o cualquiera de los secuaces de La Salvación, así que la idea de que, en cualquier momento, si a ellos les apetecía, pudieran aparecer en su puerta para deshacerse de ella, probablemente de la manera más cruel posible, la ponía tan nerviosa que decidió dejar atrás todo lo que conocía.

Además de ello, le había dado el beneficio de la duda a Nicole pidiéndole que no la buscara ni intentara ponerse en contacto con ella, y en vistas de que sus ruegos habían sido en vano, lo mejor era volverse ilocalizable también para su ex pareja.

—Bueno, pues…—balbuceó—. Yo no sé hasta dónde te ha contado Sofía sobre nuestra relación, pero ya no estamos juntas.

—Sí, ya lo sabía. —Marta sabía poco más de eso, Sofía le había contado que su relación con Dalia se había terminado y a pesar de los

intentos de Marta por saber qué había pasado entre ellas, no consiguió averiguar nada más. Sofía le había dicho en numerosas ocasiones que no quería hablar del tema y que ya le contaría el porqué de la ruptura, así que mientras su mejor amiga se decidía a revelar la historia que traía a Marta tan intrigada, la joven se resignó a permanecer desinformada.

—¿Qué más te ha contado? —preguntó Nicole para averiguar hasta qué punto podía desvelar la veracidad de lo acontecido entre las dos mujeres.

—Dalia, ¿qué quieres? —Marta fue lo suficientemente inteligente como para esquivar la pregunta con esperanza de que Nicole se descuidara y revelara algún dato más de la ruptura.

—Su dirección. —Se dejó de rodeos y fue directa al grano.

—Ni de coña. —Marta se levantó y volvió a sus quehaceres culinarios.

El otro y último dato que Sofía le había dado a Marta sobre el fin de su relación con Nicole era que no quería volver a verla. Más que dato fueron instrucciones, si Marta se volvía a encontrar a Nicole, debía permanecer en silencio y en ningún caso, bajo ningún concepto, debía darle su nueva dirección o número de teléfono.

Marta se había propuesto cumplir las órdenes de su mejor amiga a rajatabla y no importa lo que Nicole hiciera, jamás le iba a decir dónde vivía Sofía. Las instrucciones habían sido muy serias y si las incumplía, Marta sentía que su amistad con la detective correría serio peligro.

—Marta, por favor. —Nicole también se puso de pie y se acercó a ella.

—No, no, no, a mí no me metas en esto. —Negó enérgicamente —. Sabes de sobra que Sofía no quiere ni verte, ¿de verdad creías que me ibas a convencer de decirte dónde vive? Estás loca.

—Marta, es que necesito verla, tengo algo muy importante que decirle y no tengo manera de encontrarla. —Le agarró del brazo suplicando piedad.

—Habértelo pensado antes de hacer lo que sea que hayas hecho para enfadar a Sofía. —Marta se arrepintió de lo que acababa de decir tan pronto salió por su boca. Era injusto. Ella desconocía el motivo de la ruptura y no tenía ningún derecho a juzgar la relación de las dos.

Nicole estaba tan agotada y eran tan pocas las fuerzas que le quedaban que se limitó a dejar ir el brazo de Marta y a dar por finalizada la conversación.

—A ver, Dalia, no quería decir eso. —Se lamentó.

—Déjalo, si tienes razón. Sofía me dijo por activa y por pasiva que la dejara en paz y a mí no se me ocurre otra cosa que venir a casa de su amiga para que me ayude a encontrarla. Me estoy comportando

como una acosadora.

Marta miró a Nicole y no pudo evitar sentirse fatal por haberle hablado con tanta dureza. Sofía le había hablado mil veces de la gran persona que era su novia y de todo lo que había hecho por ella y Marta no había visto ese brillo en los ojos de Sofía en mucho tiempo. Por no hablar de que le había comprado una casa. ¿Quién haría algo así por otra persona? Nadie. La última vez que Marta había visto un gesto de amor tan desinteresado había sido en alguna comedia romántica de las que emitían en televisión durante Navidad.

—Gracias por dejarme pasar, perdona las molestias, y si no te vuelvo a ver espero que te vaya muy bien. —Nicole acarició el brazo de Marta con cariño y se dirigió a la puerta.

Mientras Marta la observaba marcharse pensó que las consecuencias de decirle dónde se encontraba Sofía no podrían

ser tan terribles y que si la detective se enfadaba con ella no tardaría mucho en perdonarla. Después de todo, por más que Sofía fuera de chica dura era una persona sensata y razonable que sabría entender algo así. Así que antes de que Nicole pudiera alcanzar la puerta Marta habló, si tenía que arrepentirse ya lo haría más tarde.

—¿Y cómo de importante es eso que le tienes que decir?

◆◆◆

—Bruno, ven aquí. —Gabriel estaba sentado en su gran sillón que ahora parecía ser un trono y miraba la televisión sin prestarle demasiada atención mientras fumaba un cigarrillo. A su lado, como era costumbre, tenía una copa de whisky a la que le daba pequeños sorbos cada pocos minutos.

Bruno llevaba dando vueltas toda la noche, consultaba su teléfono sin cesar y no era capaz de estarse quieto durante más de cinco minutos. Llevaba todo el día preguntándose a dónde demonios había ido Nicole a la que no había visto desde el día anterior. ¿Habría huido? ¿Estaría cumpliendo sus amenazas y había comenzado a sus maléficos planes de derribar a Bruno de su puesto? No tenía ni idea de dónde estaba ni de qué estaba haciendo, lo único que sabía era que se estaba volviendo loco y como Nicole no apareciera pronto se lo haría pagar.

—Dime, jefe. —Bruno se sentó en la silla que Gabriel tenía al lado. Agradeció que su jefe lo distrajera e hiciera que dejase de andar de un lado para otro.

—Tengo un nuevo trabajo para ti. —Bruno asintió expectante —. Quiero que mates a Sofía Quirós.

Aquellas palabras le cayeron como un jarro de agua fría. ¿Quería matar a Sofía

Quirós? Por supuesto, no deseaba nada más en este mundo, pero si

lo hacía, Bruno iba a ser el sospechoso número uno para Nicole y si Nicole se acababa enterando de que había sido él quién había acabado con la vida de la detective, cualquier posibilidad que pudiera tener con Nicole estaba muerta y enterrada.

—¿Y eso por qué? —se atrevió a preguntar con la esperanza de que El Príncipe reflexionara sobre lo que acababa de decir. Preguntó también para ganar un poco de tiempo y poder procesar lo que acababa de oír. Se moría de ganas por borrar a Sofía del mapa, pero no sabía hasta qué punto era buena idea hacerlo.

—¿Cómo que por qué? Porque ha estado metiendo las narices donde no debía. Nos conoce demasiado bien y no podemos arriesgarnos a que sea un estorbo.

—Sí, claro, lo entiendo, pero… ¿Nicole no se enfadará si descubre que la hemos matado?

—Mi hermana que piense lo que quiera. Nuestro negocio familiar es más importante que una desconocida. —Le dio una calada al cigarro.

—Pero si lo hago yo me va a odiar —se atrevió a decir. A Bruno le parecía estupendo que Sofía desapareciera de este mundo, pero cada vez le parecía peor idea que fuera él quién se encargara de eliminarla.

—¿Qué te importa lo que piense mi hermana, Bruno? —Giró el cuello para mirarlo.

—Bueno, es mi jefa también —contestó.

—Tu único jefe soy yo, estás aquí por mí y yo decido cuando te vas, ¿te queda claro? —Dio un trago a su vaso.

—Sí, claro. —Asintió Bruno.

—Además, tú eres la persona más cercana a mi hermana y la que más tiempo pasa con ella, te será más fácil llegar hasta Sofía. —Gabriel volvió a mirar la televisión.

—Entendido.

—Tienes luz verde para hacerlo cuando quieras a partir de ahora. Eso sí, que sea rápido y discreto.

—De acuerdo, jefe.

Capítulo 30

Sofía abrió la puerta de la casa de su padre con la llave que llevaba siempre. Hacía mucho tiempo que no lo veía, desde hacía varios meses, Sofía no había visitado a su padre y apenas habían podido hablar por teléfono. La detective había estado demasiado inmersa en la búsqueda de Gabriel y eso no le había permitido tener un respiro para dedicarse a asuntos que no estuvieran relacionados con el trabajo. Y con Nicole.

Nicole también había sido la culpable de las distracciones de Sofía, de hecho, la detective estaba segura de que, durante el periodo de tiempo que estuvieron juntas, Sofía le había prestado más atención a su ex pareja que a SOMBRA, y se castigó por ello. Debería haber estado más centrada en sus familiares, amigos y en su trabajo que perdiendo el tiempo con Nicole. Porque Nicole ahora no era más que eso, un pérdida de tiempo, una relación que nunca debía haber ocurrido.

Cuando entró se sorprendió al no ver a su padre en el salón, desde que se había jubilado, Fernando se pasaba las horas alternando la televisión con la lectura, así que cuando entrara, Sofía esperaba ver a su padre en su sillón habitual realizando alguna de esas dos actividades.

—¿Papá? —preguntó para cerciorarse de que la casa estaba vacía.

—Sofía, hija. ¡Qué alegría!

—Hola, papá —dijo ella con la sonrisa cansada que tanto le caracterizaba últimamente.

Fernando rodeó a su hija con los brazos tan pronto la vio. Había salido de la cocina con una taza de alguna bebida caliente, pero lo primero que hizo al ver a Sofía fue soltar la taza en la primera mesa que vio y dar una calurosa bienvenida a su hija.

—Cuánto tiempo —dijo mirándola con incredulidad, como si Sofía no fuera real y todo fuese imaginación suya.

—Sí. Siento no haber venido antes, mi vida ha sido de lo más caótica últimamente —dijo quitándose el bolso.

—Bueno, eso no importa, lo que importa es que ahora estás aquí. —Le sonrió. Fernando parecía de lo más contento—. Pasa. Siéntate. ¿Quieres un café?

—Una manzanilla, mejor. —Se sentó en el sofá y se llevó las manos a la cara, estaba agotada.

—¿Muchos nervios? —preguntó Fernando mientras calentaba el agua en la cocina.

—Bueno, algo así, sí. —Se restregó los ojos con cansancio.

—¿La Salvación? —preguntó entrando al salón con la taza para Sofía.

—Gracias —dijo ella después de que su padre colocara la bebida frente a ella—. Sí, La Salvación.

—¿Qué han hecho esta vez? Aparte de lo de Samuel, claro. —Le dio un sorbo a su taza.

—Es que son muchas cosas. Me amenazaron después de la muerte de Samuel, pero ni siquiera me importa. No me dan miedo, no me preocupa lo que puedan hacer.

—¿Entonces? ¿Qué te tiene tan preocupada?

—Pues que no le veo sentido —dijo con desgana—. No le veo sentido a nada, no encuentro motivos para seguir investigando ni para acabar con La Salvación. —Fernando asentía mientras escuchaba—. Lo que me motivaba a acabar con ellos era la muerte de mamá y después la muerte de Samuel, pero es que como siga así lo único que me va a quedar van a ser cadáveres y no quiero que muera nadie más, Papá. —Se le quebró la voz al pronunciar las últimas palabras, Sofía parecía que volvía a tener doce años y que había ido en busca de consuelo a su padre después de haber hecho una trastada.

—Ya sabes que no tienes que seguir, te lo he dicho muchas veces —dijo acariciándole el hombro.

Cuando Fernando se fue de SOMBRA estaba tan cansado de todo lo que había vivido y de que sus investigaciones fueran tan infructuosas que cuando le dejó la agencia a Sofía, le repitió una y otra vez que se sintiera con total libertad de abandonar en cualquier momento. Pero Sofía era una joven excesivamente motivada con una rabia tan inmensa que creyó ser capaz de todo, y más si lo hacía de la mano de Samuel. Los dos amigos juntos darían acabarían con La Salvación y después se podrían dedicar a investigaciones más tranquilas que les permitirían generar los suficientes ingresos como para vivir sin preocupaciones económicas. Pero nada de eso había ocurrido. Las investigaciones de Sofía habían sido más fructíferas que las de su padre, pero a pesar de ello había salido perdiendo más que él. La detective ya ni recordaba en qué punto se habían torcido las cosas y había pasado de ser una mujer independiente y realizada a haber perdido a las dos personas que más había querido, Samuel y

Nicole.

—¿Y dejarlo ahora? ¿Después de todo? Estamos más cerca de Gabriel Mendoza y de su padre de lo que hemos estado nunca.

—Sí, pero como tú has dicho, mira lo que te está costando.

Sofía se quedó pensativa, ambos guardaron silencio.

—¿Y de qué voy a vivir? ¿Y los demás? Paula, Hugo y Claudia…

—Eso es lo de menos, encontrarás algo que te guste, estoy seguro, siempre has sido muy resolutiva. Y por los demás no tienes que preocuparte, ellos lo entenderán. Estas cosas pasan, los negocios cierran y no es culpa de nadie.

—Supongo.

—Sofía, no tiene sentido remover el pasado. Ellos siempre van a ser más fuertes que nosotros, son miles de personas, no podemos hacer nada. Solo somos unas víctimas más de ellos, no tenemos importancia por mucho que queramos marcar la diferencia.

—Ahora sé de dónde he sacado mi optimismo —dijo ella con sarcasmo.

Fernando rio.

—Llámalo optimismo o cansancio, el caso es que no tienes que hacer nada que no quieras hacer y menos si te consume la energía de esta manera.

—Creo que tienes razón y que este es el empujón que necesitaba para poner fin a todo esto. —Sofía se levantó del sofá.

—¿Entonces vas a cerrar SOMBRA? —preguntó él.

Sofía asintió.

—Al menos por ahora, quién sabe lo que me depara el futuro —dijo encogiéndose de hombros.

—Qué quieres que te diga, me parece lo mejor. —Se levantó y dio una palmadita en el hombro a Sofía.

—¿Y cuándo se lo vas a decir a tus compañeros?

—Ahora mismo. —Sofía cogió su bolso y se encaminó hacia la puerta con decisión. Estaba feliz, feliz y aliviada de poder poner fin a esta historia sin sentido. En la vida a veces se pierde y no pasa nada, aquella derrota era en realidad una victoria, siempre atesoraría el tiempo que había pasado con sus compañeros y todas las cosas buenas que ello le había traído. Ahora era el momento de parar. Sofía no podía permitirse seguir perdiendo a más gente, quería descansar y vivir en paz de una vez por todas. Puede que su nuevo trabajo no fuera de lo más gratificante ni el sueldo el justo, pero le permitiría no morir de hambre y tener un techo bajo el que vivir mientras averiguaba qué quería hacer con su vida.

—Espera, no me has contado al final. ¿Qué pasó con la casa?

—Puf —dijo con cansancio—. Es una larga historia. Ya te

contaré.

—Cuando quieras —respondió Fernando.

—Adiós —dijo ella antes de salir por la puerta.

Antes de dar las malas noticias a sus compañeros de SOMBRA, Sofía quería pasar por casa y mentalizarse de la situación. Necesitaba preparar el discurso que luego probablemente olvidaría e imaginar todas las reacciones posibles que podrían tener sus compañeros, por negativas que fueran. Necesitaba prepararse, necesitaba prepararse y acorazarse. A nadie le gustaba que le despidieran y por muy compresivos que fueran sus compañeros, A Sofía le asustaban sus reacciones, despedirlos de un día para otro sin previos aviso no era algo que la mayoría de personas pudieran encajar con orgullo y estaba segura de que ellos iban a intentar convencerla de seguir adelante.

Entró a su nueva y minúscula casa recitando las palabras en su mente: «No ha sido una decisión fácil», «Quiero que sepáis que esto muy contenta con vuestro trabajo», «Espero volver a trabajar con vosotros», aquellas frases y mil más se le pasaban por la mente, estaba intentado hacer una selección de las que mejor sonaban para unirlas y formas un discurso que no enfadara a nadie.

Sin embargo, todas las palabras que había logrado reunir se esfumaron cuando vio a Nicole sentada en su sofá.

—Hola. —Nicole se levantó cuando vio a Sofía entrar por la puerta.

Sofía tragó saliva y la miró como si hubiera visto un fantasma. Antes de poder procesar que Nicole había entrado en su casa, Dios sabe cómo, la morena ya la estaba saludando como si no acabara de allanar su propiedad.

La detective se armó de paciencia antes de hablar, se quitó la chaqueta y dejó su bolso en una de las sillas para ganar tiempo.

—¿Qué haces aquí? —Sofía se llevó la mano a la frente y negó con agotamiento.

—He venido a hablar. Quiero hablar contigo.

Sofía miró a Nicole y vio algo raro en ella, parecía muy triste, estaba apagada, sin vida. Normalmente la morena era peleona y no aceptaba un no por respuesta, pero la detective frunció el ceño cuando la escuchó hablar con tanta calma.

—Nicole, es que ya hablamos todo lo que teníamos que hablar.

Lo último que le apetecía a Sofía era tener esa conversación en esos momentos.

—No, no hemos hablado nada, lo único que hiciste fue salir corriendo y no dejar que me explicara.

Tenía razón. Sofía no le había dado una oportunidad de explicarse así que Nicole se enfadó al oír sus palabras.

—Es que no quiero que me expliques nada, ¿no lo entiendes? ¿Qué quieres explicarme? ¿Qué provocaste la muerte de Samuel sin querer? ¿Qué tu familia está involucrada en la muerte de mi madre? —Sofía había interiorizado ya las explicaciones que le dio Nicole en su momento, sabía lo que iba a decir y cómo lo iba a decir y francamente, no le apetecía escuchar nada de eso.

Hacía gestos con las manos mientras hablaba para indicar agotamiento y que ya sabía lo que venía a continuación.

—¿No te parece buen motivo? Lo de Samuel fue un accidente y yo ni siquiera sé quién es tu madre, no tengo nada que ver con eso. —Se acercó a Sofía y comenzó a alzar el tono.

—Pues no, Nicole —respondió con toda la calma del mundo—. Me parece un motivo de mierda. Porque Samuel está muerto y porque, aunque no seas la responsable de lo que le pasó a mi madre eres una cómplice más —dijo y tensó la mandíbula. Su tono era de lo más bajo, pero lo mantenía serio, se podía escuchar la rabia en su voz.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Nicole como si no entendiera nada.

—¿Que qué estoy diciendo? —Parecía incrédula—. Que eres una criminal más, que no eres mejor que nadie por dedicarte a lo que te dedicas y por tener el poder que tienes. De hecho, eres lo peor que he conocido. —Sofía estaba lanzada y no podía parar de hablar—. Tu asquerosa familia se dedica a atormentar la vida de los demás, a matar personas día sí y día también, a extorsionar, secuestrar, corromper… Y tú perteneces a todo eso y por si fuera poco vas por la vida como si te enorgullecieras de lo que eres, ¿de qué estás tan orgullosa, eh? ¿De cargar con tantas muertes a tus espaldas o solo de blanquear dinero? Deja de hacerte la inocentona, no eres tan buena como finges ser, eres…—No sabía cómo decirlo—. Eres un puto desastre. Y mereces ser tratada como lo que eres. Una criminal.

Nicole se quedó petrificada. Había ido hasta allí con la esperanza de arreglar las cosas con Sofía, pero la detective le había dicho todas las cosas que no le habían dicho nunca, a la cara y sin filtros. Sus palabras le atravesaron como puñales, nunca nadie le había hecho tanto daño y habían sido incontables las ocasiones en las que habían tratado de hacerle sentir mal por ser quién era, pero hasta que las palabras no habían salido de la boca de Sofía, no habían surtido efecto.

Sofía la miró y pensó que había sido demasiado dura. ¿Se arrepentía de lo que acababa de decir? En parte. Pensaba todo lo que le había dicho a Nicole, pero su estilo no era ser una persona cruel e ir por ahí hablándole a las personas como si no tuvieran sentimientos. Nicole era una delincuente y había jugado con ella, pero, aunque probablemente se merecía que alguien la hubiera tratado así, no le

enorgullecía ser ella quién acabara de soltar sapos y culebras a una persona que se preocupaba tanto por ella.

—Vaya, veo que tienes bastante claro lo que piensas de mí —dijo mirando al suelo. Estaba demasiado herida como para mirar a la cara a Sofía.

—Pues sí —respondió ella tajante. Su orgullo no le permitía retroceder ni disculparse por el modo en el que le había dicho todo.

—¿Nunca has cometido un error? ¿Nunca has hecho o dicho algo de lo que te arrepientas profundamente y desearías volver atrás en el tiempo para solucionarlo? ¿No entiendes que si pudiera hacerlo lo haría? —le miró a los ojos para decirle todo aquello—. Sofía, daría todo porque nada de esto hubiera pasado y porque pudieras perdonarme, ¿lo entiendes?

Esta vez fue Sofía la que se acercó para hablarle a un centímetro de distancia.

—El único que dio todo por mí fue Samuel. Y ahora está muerto.

—Veo que no va a servir de nada intentar hablar contigo. Es como darse cabezazos contra un muro. —La discusión transcurría con una inesperada tranquilidad—. Voy a hacerte caso y me voy a ir. Cuando quieras hablar, hablamos. —Nicole cogió su bolso.

Sofía sintió cómo una furia imprevisible se apoderaba de ella mientras veía a Nicole a punto de marcharse. La morena había hablado, le había escrito una carta, pero ella no había dicho nada a parte de los reproches que le había hecho por la muerte de Samuel. Era su turno y no iba a permitir perder de vista a Nicole para siempre sin decirle todo lo que le tenía que decir.

—¿Te vas a ir? ¿Eso es todo? —dijo como si no hubiera sido ella quien casi echa a patadas a Nicole de su casa.

—¿Y qué quieres que haga? —Frunció el ceño—. Últimamente cada vez que nos vemos los único que me dices es lo mucho que quieres que desaparezca. Pues ya está. Tus deseos son órdenes. Me voy.

—Eres una cobarde que lo único que sabe hacer es escudarse tras su apellido para jugar con las personas como le venga en gana —dijo con desprecio.

—Y tú eres una amargada que va de doña perfecta y le encanta juzgar a todo el mundo por sus actos. Eres la tía más borde y sin sangre que me he echado a la cara. No pasa nada por sonreír de vez en cuando, ¿sabes?

—Y tú…—Sofía hizo un gesto furibundo y golpeó sin querer el abdomen de Nicole que al recibir el impacto soltó un quejido. Casi se le saltaron las lágrimas y Sofía la miró muy confundida, apenas había sido un roce como para que Nicole se quejara de aquella manera.

—Perdona, lo siento. No quería darte, ha sido sin querer.

«Lo mejor es que te vayas», quiso decirle, pero no se atrevió. En su lugar la miró como miraría a un animal herido y esperó, sin saber qué hacer, a que Nicole pudiera recomponerse y se decidiera a irse.

—¿Has leído mi carta?

—Sí.

—¿Y qué piensas? —Si era la última vez que iba a ver a Sofía al menos quería saber qué sentía realmente.

«Que te quiero y que lo mandaría todo a la mierda por ti», pensó. Al ver a Nicole tan vulnerable Sofía sentía que estaba desarmada. Tenía enfrente a la mujer que más había querido en su vida y la que más la había querido a ella y no se podía creer que fuera a ser la última vez que la iba a ver. Pensó en Lola y en que su ex nunca se hubiera tomado las molestias que se estaba tomando Nicole con la detective, de hecho, lo último que había hecho Lola por Sofía había sido engañarla con otra persona.

—Que no podemos estar juntas, que no nos va bien. Somos opuestas —fue lo que dijo en su lugar. Se avergonzó de su tozudez.

Nicole rio con sarcasmo al escuchar ese comentario tan absurdo de Sofía.

—¿Opuestas? Sofía, somos la pareja del siglo, nos complementamos perfectamente, míranos, no tiene sentido que no estemos juntas. ¿Es que no lo ves? Yo te quiero a ti y tú me quieres a mí, ¿Cuál es el problema?

—Pues claro que te quiero, pero una relación no se salva solo con amor. Te quiero y al mismo tiempo no te quiero ni ver.

Nicole apenó el gesto. Estaba agotada y aquellas palabras le atravesaron tan fuerte la garganta que no pudo responder. Ahora las lágrimas brotaban de sus ojos. Se llevo la mano a la frente y se echó el pelo hacia atrás. Miró a Sofía incrédula y resopló. Parecía que la detective era la única que no veía que tenían que estar juntas.

—¿No me echas de menos? ¿De verdad? —Nicole se estaba agarrando a cualquier mínimas posibilidad para que Sofía entrara en razón.

—No estás entendiendo nada, Nicole. —Esta vez fue ella la que se burló —. No sabes la agonía que es querer verte todos los días, después de todo este tiempo y saber que no puedo, que tengo que tener el suficiente autocontrol para no ir a por ti y que podamos estar juntas como antes. —Aquel arrebato de sinceridad cogió a Nicole por sorpresa que no pudo evitar reflejarlo en su rostro—. Claro que te echo de menos, como a nadie. Pero no puedo estar contigo y vivir sabiendo que quién eres y de dónde vienes.

—¿Y si lo dejo? ¿Y si lo dejo todo por ti? —contraatacó.

—¿Y si te arrepientes? ¿Y si rompemos al poco tiempo y me reprochas haberlo dejado todo por mí? —Sofía no pretendía volver con Nicole realmente, pero estaba intentando hacerla entrar en razón y hacerle ver que no tenía sentido lo que estaba diciendo.

Nicole negó con la cabeza.

—Mira, Sofía Quirós, escúchame atentamente. Todos los delitos que he cometido y todo el peligro en el que he estado han merecido la pena porque me han traído hasta ti. Y, aunque algún día me pudra en una cárcel, nunca me voy a arrepentir de lo que tuvimos, de lo que tenemos, porque, aunque seas demasiado orgullosa como para admitirlo, sé que estás tan enamorada de mí como yo de ti —dijo apuntándole con el dedo.

Y antes de que la detective pudiera decir algo, las piernas de Nicole cedieron y algo en su sistema falló provocando que perdiera el conocimiento y se desmayase. Por suerte, el calor de la discusión había provocado que las dos mujeres se acercaran tanto que Sofía pudo reaccionar a tiempo y coger a Nicole entre sus brazos para evitar que fuera a parar al suelo.

—Nicole, Nicole, eh. —Sofía le dio unas palmaditas en la cara mientras Nicole se deslizaba en sus brazos para intentar que despertase—. Nicole despierta. —La detective hizo uso de todas sus fuerzas para levantar a Nicole y colocarla en el sofá—. ¡Nicole! ¡Nicole! ¿Me oyes? —Golpeó su mejilla esta vez con más fuerza, pero Nicole permaneció con los ojos cerrados.

La detective se limitó a recoger las piernas de la morena para tumbarla en el sofá y poder dejar de sostener el peso de su cuerpo.

Pasaron las horas y Sofía seguía en la misma silla en la misma posición observando el descanso de su ex pareja. Se preocupó al verla desfallecer sin previo aviso, pero parecía que no se encontraba mal del todo, así que dejó el alarmismo a un lado y optó por dejarla descansar mientras vigilaba que todo estuviera bien. Sofía estaba determinada a esperar que la morena se despertara.

Mientras la observaba dormir no pudo evitar sentir cierta ternura al contemplar el rostro de Nicole, que transmitía una paz sorprendente teniendo en cuenta los últimos acontecimientos que habían agitado su vida. Su semblante hacía parecer que Nicole nunca se había metido en problemas, que era un angelito, y Sofía tuvo que recordarse que ya no sentía nada por ella y que le había hecho mucho daño. Ella sola estaba cayendo en las redes de Nicole sin que esta ni siquiera tuviera que hablar.

Era extraño, Nicole parecía diferente ese día. La detective nunca la había visto llorar, ni siquiera hacer un gesto de tristeza, pero aquel día la morena parecía rota, como si alguien le hubiera robado la alegría. Sofía se preguntó si su ruptura le habría afectado tanto como

para que Nicole estuviera así, pero no, había algo más, a la morena le debía haber ocurrido algo realmente grave para encontrarse tan angustiada. Nicole le hablaba a Sofía de lo que sentía por ella y de cómo le gustaría que volvieran a estar juntas, pero tras esas palabras y esa expresión apenada ocultaba un dolor diferente, algo muy serio. Además, ¿por qué se había desmayado? ¿Por qué le dolía todo el cuerpo? Estaba muy rara. Sofía había sentido la tentación de preguntarle qué le ocurría, pero lo último que deseaba era involucrarse emocionalmente con ella otra vez, no quería que nada las uniera, no quería empatizar y no quería sentir pena por ella, así que ahogó todas sus palabras y se limitó a dejarla descansar.

Por eso, al verla dormir, Sofía se tranquilizó, Nicole estaba descansando por fin y su rostro solo transmitía paz. A la morena le vendría bien un respiro y poder olvidarse de lo que sea que la tuviera así.

La miró con nostalgia, Sofía comenzó a recordar todo lo vivido con Nicole y lo dulces e irreales que fueron aquellos momentos. Sofía añoraba su compañía, pero también añoraba sentirse tan liberada como lo había hecho estando con Nicole.

Recordó la carta que le había escrito, en ella Nicole mencionaba su primera cita y en lo mucho que pensaba en ella. Era curioso porque Sofía no había pasado un solo día sin pensar en aquel encuentro y en lo maravilloso que fue. Nicole estaba tan guapa ese día que, mientras rememoraba el momento, a Sofía le flaquearon las piernas del mismo modo que lo hicieron cuando salió por la puerta y vio a la morena esperándola en su coche mientras fumaba un cigarrillo. Sofía estuvo tratando de procesar durante días que una mujer como Nicole se hubiera fijado en una mujer como ella. Sofía no solía hacerse de menos, pero aún le costaba creerlo.

Pensó en aquel y en otros momentos que todavía le desataban una bandada de mariposas al recordarlos. En cómo la tocaba Nicole, en cómo la provocaba, su olor, sus labios y todo lo que tenía que ver con ella, ahora parecía un sueño y Sofía soltó un suspiro por el anhelo que todo ello le provocaba. Nicole estaba muy cerca y a la vez muy lejos, a tan solo unos pasos de distancia, pero a toda una vida emocionalmente y a Sofía ya no le quedaba más que aceptarlo.

Nicole abrió los ojos repentinamente como si nunca hubiera estado dormida y Sofía apartó la mirada, todos los recuerdos que estaba volviendo a vivir de su relación con Nicole se esfumaron y pudo salir del bucle de nostalgia y tristeza en el que había entrado.

—¿Qué ha pasado? —Nicole se rascó la cabeza y miró a su alrededor confundida.

—No lo sé. De repente te has desvanecido y has estado a punto de caerte. —Sofía no bajó la guardia. Tenía los brazos cruzados y le

habló con seriedad.

Nicole procesó lo sucedido durante unos segundos más y llegó a la conclusión de que era el momento de marcharse, ya había hecho suficiente el ridículo y Sofía le había dejado bastante claro que no quería saber nada más de ella.

—Bueno, será mejor que me vaya. —Se levantó y recogió sus cosas—. Hasta nunca, supongo.

Sofía la miró alejarse y las palabras comenzaron a

acumularse en su garganta, querían salir todas a la vez, pero logró reprimirlas una vez más.

—Nicole.

Excepto su nombre. Su nombre se le volvió a escapar.

—¿Qué? —La morena se giró.

—Que te vaya bien.

—Igualmente.

Nicole se conformó con aquellas palabras. Teniendo en cuenta lo defensiva que había estado Sofía durante la discusión, que le hubiera deseado el bien era todo un logro.

Sin decir nada más, salió.

Capítulo 31

Al día siguiente, Sofía entró por la puerta del alto edificio que custodiaba las oficinas de SOMBRA. Se abrió paso entre los ejecutivos y mujeres de negocios con la cabeza gacha, repitiendo una y otra vez el discurso mental que había preparado para darle las malas noticias a sus compañeros.

Cuanto más cerca estaba de las oficinas más crecían los nervios en su interior y mil ideas absurdamente catastróficas le inundaban el cuerpo, pensó en todo lo malo que podría ocurrir, pensó en Nicole y en cómo la había desestabilizado su visita del día anterior. Pero antes de que lo apocalíptico lograra apoderarse de ella, hizo un ejercicio de meditación y logró eliminar todas las ideas extremistas de su mente para centrarse en cuáles eran las mejores palabras para comunicar lo que tenía que comunicarles a sus compañeros.

Cuando por fin se encontraba dentro vio a todas las personas yendo de un lado para otro, ajetreadas y ella se quedó ahí quieta sin atreverse a avanzar, como si no fuera la dueña de todo aquello. Intentó buscar con la mirada a cualquiera de sus compañeros hasta que por fin vio a Hugo, que la saludó enérgicamente desde la otra punta de la sala.

Sofía avanzó y fue hasta él.

—¡Sofía! ¡Qué alegría verte! ¿Qué haces aquí? ¿No lo habías dejado?

—Sí, bueno, en realidad… —tartamudeó—. Vengo a hablar con vosotros.

—¿Con nosotros? ¿Ha pasado algo? —El tono serio que había empleado la detective había logrado intimidar a Hugo, que tembló al escuchar esas palabras.

—No, en realidad…

—¡Sofía! ¿Cómo tú por aquí? —Paula llegó e interrumpió la conversación de Hugo y Sofía. La detective casi lo agradeció, prefería que estuvieran todos reunidos para recibir la noticia y así no tener que repetirla uno por uno.

—Dice que quiere hablar con nosotros —dijo Hugo con un

gesto confundido.

—¿Con nosotros? ¿Qué ha pasado? —preguntó Paula ahora tan confundida como Hugo.

—Pues veréis…

—¡Anda! Sofía, ¿qué haces aquí? —Claudia llegó y se unió a la conversación.

—¡A ver! Dejadme hablar de una vez por todas, por favor —dijo la detective con agobio. Suspiró—. A la sala de briefing, ahora. —Señaló con la mano.

Todos la miraron confundidos con el repentino enfado que acababa de mostrar.

Los tres jóvenes obedecieron sin rechistar y se dirigieron a dónde había ordenado Sofía. Se sentaron y esperaron impacientes la llegada de Sofía que entró por la puerta apenas unos segundos más tarde y se colocó de pie frente a ellos como si estuviera a punto de realizar una exposición de profesora de universidad.

Todos la miraron expectantes mientras la detective tomaba aire. Se había repetido el discurso decenas de veces y ahora que tenía a sus compañeros enfrente no sabía qué demonios decir. Así que optó por lo que mejor se le daba. No tener tacto.

—Voy a cerrar SOMBRA. —Al pronunciar esas palabras sintió como si el peso del mundo fuera liberado de sus hombros.

Un «¡¿Que?!» al unísono se escuchó por toda la sala y sus compañeros, que estaban recostados en las sillas, se abalanzaron hacia Sofía.

—¿Por qué? —Paula estaba acalorada y eso se reflejaba en los aspavientos que hacía al hablar.

Hugo hizo gestos que acompañaban a los de Paula para exigir una explicación por parte de Sofía. Claudia era la única que permanecía tan tranquila como siempre, de brazos cruzados esperando a que Sofía siguieran hablando.

—Que voy a cerrar SOMBRA —repitió.

—Ya lo hemos oído, pero ¿a santo de qué? —preguntó Paula con un gesto que dejaba ver que no estaba entendiendo nada.

—A que no puedo más. —Simple y llanamente—. A que estoy cansada de perseguir fantasmas y luchar por una justicia que no existe.

Claudia asentía a medida que Sofía hablaba, parecía que lo estaba comprendiendo todo y que esas noticias eran algo que ya esperaba, mientras que Hugo y Paula se morían por escuchar una buena explicación.

—Sofía, ¿qué estás diciendo? Estamos más cerca de La Salvación de lo que hemos estado nunca, ¿a qué viene ese derrotismo?

Sus compañeros estaban teniendo la misma reacción que Sofía

se había imaginado.

—Será porque su novia es la hija del jefe. —Hugo pensó en voz alta y cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir miró a Sofía muy asustado—. O sea, quiero decir, que es normal que no quieras tener nada que ver con eso.

La mirada asesina que la detective le lanzó fue suficiente para que Hugo dejara de hablar.

—Paula, no te engañes. No estamos cerca de nada, no son más que espejismos. No podemos hacer frente a una organización que con solo chasquear los dedos puede hacer que el mundo entero se eche sobre nosotros. —Chasqueó los dedos para hacer énfasis.

—Tampoco exageres, nunca han venido a por nosotros —replicó.

—Hasta que vengan. Es cuestión de tiempo, saben quiénes somos —dijo tajante.

—Pues que vengan, siempre podemos adelantarnos a ellos, Sofía, has tenido a Gabriel a tan solo unos centímetros de distancia, si las condiciones hubieran sido diferentes podrías haberlo matado y eso significa un problema menos.

—Paula, después de Gabriel está su hermana y su padre, en cuanto Gabriel desaparezca van a saber que hemos sido nosotros, no tenemos escapatoria y no sé tú, pero yo no quiero morir a manos de La Salvación.

—Estoy de acuerdo —fue lo primero que dijo Claudia. Todos la miraron—. Esto no va a ninguna parte.

Paula y Hugo se quejaron, no podían creer lo que estaban escuchando.

—Gracias —dijo Sofía.

—Es que creo que nos estamos jugando la vida tontamente —añadió Claudia—. Y yo quiero seguir viendo a mi novia, a mis padres, mis perros…—Era una de las pocas veces que Claudia hablaba de sí misma y de su vida privada.

—No me lo puedo creer, ¿te vas a poner de su parte? —le recriminó Paula a su compañera.

—Pues sí —respondió Claudia—. Me pongo de su parte porque creo que tiene razón.

—A ver, esto no se trata de ponerse de parte de nadie. —Sofía trató de hacer de mediadora—. Se trata de que todos estemos a salvo.

—Es que no queremos estar a salvo —dijo Hugo—. Queremos que Gabriel esté muerto.

—Eso no va a pasar —replicó Sofía—. No si significa que muere otro de nosotros. —Todos se quedaron en silencio—. ¿Vale? Así que se acabó.

Paula y Hugo volvieron a tomar sus asientos derrotados.

—Joder, y yo me acabo de comprar un coche—dijo Hugo.

Paula y Sofía sonrieron de medio lado.

—Entonces, ¿ya está? —preguntó Paula con la esperanza de que Sofía se arrepintiera y echara para atrás sus planes de deshacer SOMBRA.

—Me temo que sí —respondió Sofía.

En la sala reinó el silencio durante varios minutos, cada uno de los detectives estaba absorto en sus pensamientos, preocupados por su futuro individual, después de todo, habían dedicado toda su vida laboral a perseguir a La Salvación y ahora, sin SOMBRA, no solo tendrían que buscar otro oficio al que dedicarse, sino que también se les quedaría un vacío interior muy difícil de rellenar.

—Hoy es vuestro último día de trabajo —añadió—. No solo he venido a daros las malas noticias, también quería daros las gracias. —Todos dirigieron su atención a Sofía—. No sabéis cuánto aprecio vuestra dedicación y compromiso, con SOMBRA y también conmigo. Habéis trabajado como si hubierais querido vengar a vuestra propia familia y no tengo palabras para agradecerlo. Habéis sido los mejores compañeros que se puede pedir. Y quién sabe, a lo mejor el destino nos vuelve a juntar. —Sofía no creía en el destino, pero tenía la esperanza de que alguna fuerza mística volviera a unirles.

—Claro que sí —dijo Claudia dándole una palmadita en la espalda.

—No me puedo creer que esto se acabe, ¿qué voy a hacer ahora? —Hugo parecía demasiado ansioso como para haber escuchado las palabras de Sofía.

—Hugo, sobrevivirás, tranquilo —dijo Paula acostumbrada a los ataques de pánico de su compañero—. Bueno, pues habrá que despedirse, ¿no?

Sofía abrazó a sus compañeros uno por uno y todos ellos le agradecieron la oportunidad de haber trabajado en SOMBRA durante todos esos años. Aunque el ambiente era emotivo no hubo lágrimas, todos consiguieron reprimirlas y en su lugar se pusieron de acuerdo en celebrar sus despidos todos juntos tomando algo en cualquier bar de la ciudad. Eso sí, tendría que ser otro día. Ahora Sofía tenía que hablar con Marta.

Sofía llamó a la puerta de su mejor amiga y cuando esta la vio, tragó saliva, como si hubiera sido la propia policía quién se hubiese presentado allí para detenerla.

—¡Sofía! ¿Qué tal? —dijo Marta con excesiva alegría. Estaba tratando de compensar su metedura de pata para amortiguar el sermón que la detective estaba a punto de darle.

—Hola —contestó Sofía con calma. No entendía a qué venía ese

furor de su mejor amiga, se habían visto pocos días atrás.

Sofía entró sin que Marta la invitara a pasar y se sentó en el sofá, parecía angustiada.

—Sofía, te lo puedo explicar…—comenzó a decir Marta.

—Nicole ha venido a verme —dijo mirando a la nada.

—¿Nicole? —Marta se quitó el delantal para ajustarse a la seriedad de la situación, dada la expresión de Sofía—. ¿Quién es Nicole?

—Dalia. Dalia quería decir —suspiró.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo te ha encontrado? —dijo tratando de disimular.

—No tengo ni idea. —Sofía parecía demasiado inquieta con la reciente visita de Nicole, como para preocuparse de averiguar cómo había encontrado su nueva casa. Marta se sentó al lado de su amiga y le agarró la mano.

—Sofía, ¿qué pasa? —Marta se preocupó al ver el estado en el que se encontraba la detective.

—Qué no pasa —respondió—. No sé por dónde empezar, hay tantas cosas que no sabes…

—Pues empieza, empieza, voy a por un café.

Marta trajo las bebidas y se sentó frente a Sofía, preparada para escuchar todo lo que tenía que decir.

—Dalia no es Dalia. —Un comienzo simple, pero conciso.

Marta frunció el ceño.

—Vas a tener que desarrollar más porque no entiendo nada. —Sujetaba la taza en su mano, estaba a punto de darle un sorbo, pero las palabras de su amiga la habían confundido tanto que no pudo proceder.

—Dalia es Nicole.

Marta hizo un gesto con la cabeza que indicaba que no comprendía de lo que hablaba Sofía y si seguía siendo tan escueta no iba a conseguir entenderlo.

—¡Sofía! ¡Espabila! Me tienes en ascuas. —Sacudió la taza de café al gesticular y casi derramó el contenido sobre sí misma.

—A ver, te acuerdas de La Salvación, ¿verdad?

—Pues claro, ¿cómo no me voy a acordar?

—Pues resulta que Nicole, la que nosotras creíamos que se llamaba Dalia, es hija del Santo, el dueño y fundador de todo —intentó explicarlo de la manera más clara posible, pero Marta seguía igual de confundida.

—¿Qué? ¿Que tu ex es una narcotraficante?

Sofía hizo un gesto con el cuello para indicar que no era del todo así.

—No exactamente, pero sí se dedica al crimen organizado.

Marta soltó la taza y puso un gesto horrorizado, le estaba costando mucho procesar toda aquella información. Se levantó del sillón, estaba muy agitada. A Marta no se le había ocurrido otra cosa que mandar a una delincuente a casa de su mejor amiga, entró en pánico.

—¿Y tú estás bien? —le agarró la mano a Sofía que estaba de lo más confusa ante la reacción desproporcionada de su mejor amiga.

—Yo sí… Marta, ¿qué te pasa?

—Ay, Dios mío. Sofía, que yo… que yo…

—Que tú, ¿qué? Marta, me estás poniendo de los nervios.

—¡Que le di tu dirección! —Se tapó la boca con la mano como si así el impacto de sus palabras fuera a ser menor—. Que vino aquí, a mi casa y me dio mucha pena y…

—Marta, tranquilízate. No es una asesina en serie, no me ha hecho nada, ¿lo ves? —Sofía exhibió sus extremidades ilesas para que Marta pudiera comprobar que se encontraba en perfecto estado.

—¿Entonces? ¿A qué se dedica? —dijo recuperando su asiento.

—Al blanqueo de capitales. Lava dinero.

—Ah, bueno. —Marta hizo un gesto despreocupado con la mano para quitarle importancia—. ¿Quién no ha tenido problemas con Hacienda alguna vez?

Sofía rio.

—¿Has dicho que le has dado mi dirección? —preguntó extrañada, como si las palabras de su amiga le hubieran llegado con retraso.

Marta asintió avergonzada.

—Es que, si la hubieras visto, Sofía… Estaba rara, parecía muy triste, nunca la había visto así, era como si acabara de vivir un acontecimiento traumático, no sé de qué otra manera explicarlo. Y a mí me dio una pena verla… Además, entró aquí y fue tan simpática con mi madre… que por cierto dijo que era muy guapa.

Sofía sonrió.

—Sí lo es, sí.

—Luego vino a la cocina y me ayudó cuando me quemé la mano y no supe decirle que no, la verdad. Fue tan correcta y educada que me cuesta creer lo que estás diciendo.

—Bueno, qué esperas, lleva toda la vida dedicándose a eso, se le da muy bien engañar a la gente.

—Pues sí, desde luego, tiene mérito. —Marta enarcó las cejas con sorpresa, como si admirara la personalidad camaleónica de Nicole.

—Cuando vino a mi casa también estaba muy rara, decía que estaba triste por lo nuestro, pero no sé qué pensar, parecía que había algo más detrás de sus palabras —dijo pensativa.

—¿Y estás segura de que no te hizo nada? —Volvió a alarmarse.

—Segura—insistió—. Si Nicole no es mala persona, de hecho, tiene un corazón de oro. Por eso me sentí tan traicionada cuando descubrí que pertenecía a La Salvación. Me sentí engañada, estúpida… y muy dolida. Mucho.

—¿Por eso rompisteis?

—Sí.

Por fin. El misterio se había resuelto. Marta ya conocía el motivo de la ruptura y ahora podrían hablar del tema debidamente.

—No me extraña —dijo Marta—. Encima te estuvo mintiendo todo el tiempo.

Sofía asintió.

—¿Sabes que es lo peor? —dijo con la voz temblorosa, al borde de las lágrimas—. Lo mucho que quiero estar con ella. La echo de menos, Marta. —Una lágrima resbaló por la mejilla de la detective.

—Ay, amiga. —Marta apenó el gesto y se sentó junto a Sofía para rodearla con sus brazos—. No te tortures, es normal. Es imposible que separes lo que sientes por ella de lo que haya hecho. Ahora tienes que hacer el esfuerzo de no acercarte a ella, pero es un trabajo, ¿qué creías? ¿Que te ibas a desenamorar en dos días? —Marta la apretujó en sus brazos.

—No me extraña que seas psicóloga —dijo secándose las lágrimas—. Se te da bien dar consejos.

—Menos mal porque me gano la vida con ello —bromeó Marta —. También me tienes acostumbrada a tus bollodramas, para qué nos vamos a engañar.

—Tienes razón, siempre vengo con las mismas historias —se lamentó.

—No, no, tranquila, si a mí me encanta escucharlas. Ya sabes que detrás de una gran lesbiana siempre hay una gran amiga heterosexual escuchando.

Sofía sonrió. Aquella era una frase que Samuel solía decir a menudo.

—Tuve un momento de debilidad —dijo Sofía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Marta.

—Cuando vino a verme me dijo unas cosas tan…

—¿Bonitas?

—No solo eso, sino también sinceras. Todo lo que me dijo me lo dijo muy en serio y a mi casi me flaquean las piernas al escucharla, tuve que hacer un ejercicio de autocontrol sobrehumano para no lanzarme a sus labios y perdonarle todo.

—Vaya, Sofía, sí que estás mal, nunca te había visto así.

—Lo sé —respondió—. ¿Sabes que es lo más patético? —Sofía

cogió su bolso y sacó un paquete de tabaco precintado que Marta cogió inmediatamente.

—¿Y esto? —Frunció el ceño—. ¿Has empezado a fumar? ¿A estas alturas? —preguntó examinando el paquete.

—No —respondió—. Lo compré por ella.

—Por ella, ¿por qué?

—Cuando nos vimos por primera vez en el hotel vino a pedirme fuego y como yo no fumo no le pude dar. No pudimos hablar de nada y ahí se quedó la conversación —relató—. Entonces, como fue tan frustrante no poder darle lo que me pedía y verla alejarse, al día siguiente compré un paquete de tabaco y un mechero —sacó el mechero y se lo enseñó—. Lo hice con la esperanza de que la vida nos volviera a juntar por casualidad y así poder regalárselo. No sé, quizá hubiera sido una buena excusa para acercarme a ella.

—Vaya, para que luego digan que el romanticismo ha muerto. —Marta cogió el mechero igual que había hecho con los cigarrillos y lo examinó. —Estás coladita, ¿eh?

Hasta las trancas —dijo con melancolía—. Me lo he intentado negar todo este tiempo, pero ha sido inútil, siento por ella lo mismo que siento desde el primer día. Quiero verla, quiero besarla, quiero tocarla, quiero acostarme con ella…—suspiró—. Y un sinfín de cosas más.

Marta se sorprendió con el arrebato de sinceridad de su mejor amiga, que casi nunca hablaba de sus sentimientos.

—Voy a decir una locura y si no te gusta lo que oyes tienes todo el derecho del mundo a cruzarme la cara, ¿vale? —Gesticuló con las manos solicitando tranquilidad por parte de Sofía que enarcó una ceja expectante—. ¿Y si la perdonas? ¿Y si volvéis? Si estáis loquita la una por la otra…

—No puedo —dijo cortante—. No puedo —repitió tratando de convencerse a sí misma.

—¿Por qué?

—Samuel está muerto por su culpa.

—¿Qué? —Marta puso una cara de espanto digna de cartel de película de terror.

—Durante el robo fue ella quién lo delató. —Sofía omitió el pequeño detalle de que Nicole no estaba en pleno uso de sus facultades mentales cuando aquello ocurrió.

—¿Me estás diciendo que Samuel está muerto por culpa de Nicole?

—Algo así, bueno es más complicado que eso, pero, en resumen, sí. Nicole estuvo involucrada —explicó.

Marta volvió a sentarse y miró a un lado y a otro como si así fuera a encontrar las respuestas a las tantas preguntas que tenía.

Estaba aturdida y trataba de procesar lo que le acababa de decir Sofía que cuanto más hablaba más la sorprendía. El primer golpe de Sofía había sido decirle que su ex, no solo pertenecía, sino que también era dueña de una de las organizaciones criminales más importantes del mundo y que por eso habían puesto fin a su relación. Sofía lo contó como si fuera un motivo normal que ocurriese a diario, pero a Marta le estaba costando digerir aquella información tan compleja.

El segundo golpe había sido que, cuando Marta aún se estaba recuperando del primero, Sofía le dijera que Nicole estaba involucrada en la muerte de Samuel. Parecía una historia de ficción y Marta no sabía cómo iba a procesar todo aquello.

Marta se quedó pensando, si Nicole se preocupaba tanto por el bienestar de Sofía y de todo lo que la rodeaba—ella misma lo había comprobado cuando la morena se había presentado en su casa en busca de la detective—¿por qué iba a hacer algo tan ruin como provocar la muerte de Samuel y luego esperar que Sofía la perdonara sin más? Aquello no tenía sentido. O Nicole era muy retorcida y lo ocultaba muy bien o quizá había algo más detrás de la muerte del detective.

—Sofía —dijo aun recuperándose del shock. Sofía la miró—¿Tú estás segura de que Nicole quería a Samuel muerto? Es que no me cuadra.

—¿Por qué no? Simplemente se lo quería quitar del medio. Me imagino que no solo porque Samuel estaba metiendo las narices en La Salvación sino también para que no me pudiera contar a lo que se dedicaba Nicole. Yo lo veo bastante sencillo.

—Supongo—Marta seguía pensativa—. Pero tú misma has dicho que Nicole no es una persona malvada y cuando vino aquí a mí también me dio la sensación de que no lo era. ¿Tú crees que mataría a tu mejor amigo y pretendía ocultártelo? —preguntó extrañada.

—A mí también me costó mucho entenderlo, Marta, pero se dedica a eso. A ser una hija de puta —dijo con rabia—. Solo quería aprovecharse de mí.

—Es que yo creo que si quisiera aprovecharse de ti ya te habría quitado del medio —sugirió—. A ti, a Paula, a Hugo y a Claudia. ¿No crees que hubiera mandado a alguien para acabar con SOMBRA? De hecho, si no lo ha hecho probablemente sea precisamente porque lo ha impedido ella.

—¡Marta! —se quejó—. No me comas la cabeza, es muy grave lo que ha hecho.

—Si ya lo sé, pero a lo mejor estás renunciando a ella solo porque eres un poquito orgullosa y quieres culpar a Nicole de todos tus males.

—Hombre, un poco de culpa sí que tiene —respondió. Sofía se

quedó reflexionando en silencio durante unos segundos—. A ver, en realidad…

Sofía le explicó a Marta la situación tan compleja en la que había muerto Samuel y en cómo Nicole le había intentado explicar varias veces que ella estaba semiinconsciente cuando aquello ocurrió. Marta le recriminó a su amiga haber omitido una parte tan importante de la historia.

—Es que parece que no te afecta que Samuel esté muerto —le reprochó la detective.

—Sofía, ¿cómo puedes decir eso? —Marta parecía dolida—. Claro que me afecta, sigo pasando el luto igual que tú. Pero me parece que la situación es más compleja que reducirlo todo a que Nicole tenga la culpa. Y que estar enfadada para siempre con ella te va a consumir la energía. No te estoy diciendo que la perdones, ni mucho menos, pero igual deberías bajar un poco la guardia y dejar que se explique sin lanzaros cuchillos a la yugular.

—No te soporto —dijo Sofía—. Odio que siempre tengas la razón —admitió a regañadientes.

—Yo también te quiero —bromeó Marta.

—Pero no. —Negó con la cabeza—. Esta vez no me vas a hacer entrar en razón. No quiero perdonarla ni que me explique nada, nunca podría tenerla en mi vida sabiendo que ha hecho todo lo que ha hecho. Es superior a mí.

—Bueno, la vida da muchas vueltas, ¿quién sabe?

—La vida es una broma de mal gusto y aún de peor gusto es haberme puesto a Nicole en el camino, así que dejémoslo así —dijo tajante.

—Bueno. —Marta dio una palmadita y se levantó del sofá dando por finalizada la conversación—. También es válido que no la quieras volver a ver, después de todo no es ninguna santa. —Marta ofreció otro punto de vista para mostrar apoyo a Sofía y ayudar a que su amiga pudiera aclararse, aunque por la determinación de sus palabras, parecía que ya estaba todo decidido.

—Gracias, Marta —le puso la mano en el hombro—. Por ser mi terapeuta y por ser mi amiga.

—Te voy a empezar a cobrar las sesiones porque nunca había tenido una paciente tan cabezona como tú —bromeó.

—Adiós —dijo Sofía antes de salir por la puerta.

—Nos vemos —contestó Marta dándole una palmadita en el trasero—. Y si necesitas cualquier cosa, silba —le guiñó el ojo y cerró la puerta.

Capítulo 32

Sofía llegó a casa aún más confundida de lo que estaba cuando había ido a hablar con Marta. El don de la palabra que tenía su amiga siempre lograba hacerla entrar en razón, pero esta vez solo sentía confusión por no saber si los consejos que le había dado Marta eran buena idea o no.

Perdonar a Nicole era los más sencillo y lo más rápido, no echarla de menos le permitiría vivir con toda tranquilidad, incluso habiendo puesto fin a su relación podrían verse a menudo y mantener una bonita amistad. Por otra parte, no sabía si el remedio iba a ser peor que la enfermedad porque perdonándola, Sofía iba a recordar la muerte de su madre y la de Samuel cada vez que mirase a Nicole a la cara y aquello solo generaría rencor y toxicidad entre ellas, lo que destruiría cualquier posibilidad remota de una mantener una buena relación.

Cuando entró a su casa de lo primero de lo que se percató fue de la puerta del baño abierta. «Qué raro», pensó. Si Sofía tenía alguna manía incurable aquella era la de cerrar todas las puertas de su casa antes de salir, dejarlas abiertas le daba una sensación de caos y desorden que no sabía explicar. Después de cerrarlas se giró para ir a su habitación, su teléfono cayó al suelo y sus pies permanecieron inmóviles.

—Hola —dijo aquella voz grave.

—¿Has venido a matarme? —preguntó Sofía con calma y dejó las llaves sobre la mesa. Bruno asintió—. Llegas un poco tarde, ya hemos cerrado SOMBRA.

—Eso no importa. Yo solo sigo órdenes —dijo sacando la pistola de la funda.

—¿Y no te han enseñado que no hay que entablar conversaciones con las personas que estás a punto de matar? —inquirió—. A ver si te voy a dar pena y no vas a hacer bien el único trabajo que tienes que hacer, tu jefe se enfadaría mucho. —Sofía se sentó en el sofá y lo miró a la cara.

—Mi jefe sabe perfectamente de lo que soy capaz, como de

dejar tirado a tu amiguito para que lo cosan a balazos —respondió él mientras se daba golpecitos en la mano con la pistola.

Sofía tensó la mandíbula y sonrió de medio lado.

—Vaya, tienes ingenio. Te creía más…

—Más, ¿qué? —preguntó enfadado. La tensión escalaba muy rápido, a Bruno se le borró la sonrisa de la cara tan pronto Sofía comenzó a insinuar insultos y otras ofensas.

—Corto. Te creía más corto y más lento —dijo y, por la cara de Bruno, había logrado ofenderlo tanto como quería.

—Por algo Nicole me prefiere a mí.

Sofía rio con ironía.

—¿Has venido para pelear por Nicole? Porque te informo que es toda tuya, entre nosotras no hay nada.

—¿Ah, no? —preguntó—. ¿Puedo preguntar qué ha pasado?

—Bueno, ya sabes. No me gusta que maten a mi familia y amigos. Detalles que molestan —dijo con sarcasmo.

—¿Qué es lo que tiene Nicole que te gusta tanto? —A Bruno no le importaba escuchar la historia de amor que se trajeron las dos mujeres porque sabía que en cuanto Sofía dijera algo que no fuera de su agrado, le colocaría una bala entre ceja y ceja en menos de lo que canta un gallo.

—¿Y a ti? ¿Qué tiene Nicole que hace que vengas a matarme porque no soportas los celos? —Sofía sabía perfectamente que Bruno quería quitársela del medio no por La Salvación ni por las órdenes de Gabriel, sino para eliminar la competencia de un plumazo y que Nicole lo eligiera a él. Sofía también sabía que Bruno no era competencia para ella y aunque estuviera muerta, Nicole seguía prefiriéndola a ella.

—¿Es que no te has acostado con ella? Es increíble en la cama, parece una profesional. —Sofía lo miró con desprecio—. Y lo buena que está, joder… En mi vida había visto una mujer con ese cuerpo. —Bruno gesticuló con las manos como si estuviera sujetando algo muy pesado en cada una de ellas y Sofía entendió perfectamente a qué se refería Bruno con «ese cuerpo».

—Vaya, eres todo un romántico, ¿eh? No me extraña que Nicole te prefiera a ti —se burló logrando que Bruno alzara su pistola.

Sofía no tenía miedo, a eso se refería Samuel con que era «una tía dura», después de todo tenía el puesto más importante en SOMBRA por sus nervios de acero y su templanza, después de todo lo que había pasado, un hombre con pistola no iba a lograr achantarla. La detective solo había sentido miedo durante la infiltración de Samuel y el verdadero terror cuando vio cómo arrastraron su cuerpo inerte hacia el interior de la casa.

Sofía pensó en Nicole y en todo lo que le gustaba de ella. Lo

que había dicho Bruno eran obviedades que podría ver cualquier persona a simple vista, pero Sofía sonrió al recordar el ingenio de Nicole, lo divertida que era y todas las veces que la había hecho reír. También le enterneció pensar en lo protectora que era, en cómo era capaz de mover cielo y tierra para que Sofía siempre estuviera bien. A la detective también le divertía lo caprichosa que era Nicole y el poco autocontrol que tenía a la hora de gastar dinero, era como haberle dado una tarjeta de crédito a una niña de cinco años.

Todos los recuerdos se le agolparon mientras Bruno la estaba encañonando con el arma.

—Contesta —le ordenó él.

—Me gusta exactamente lo mismo que a ti. —Sofía se levantó y se acercó a Bruno. Lo miró a los ojos y le plantó cara—. Y siento decirte que Nicole preferiría una tortura china antes de que la volvieras a tocar.

Bruno apretó los dientes y presionó el gatillo, pero un clic fue todo lo que se escuchó y Sofía sonrió al ver la torpeza de Bruno que había entrado en pánico y miraba su arma incrédulo cuando comprobó que no había funcionado como él esperaba. Sofía fue más rápida que él y golpeó el arma liberándola de las manos de Bruno. El arma se deslizó por el suelo y antes de que Bruno pudiera hacer cualquier movimiento, Sofía sacó su pistola y en cuestión de segundos, ahora era ella quién lo apuntaba a él.

Bruno levantó las manos y permaneció inmóvil, tragó saliva antes de hablar.

—Si disparas, Nicole te va odiar —dijo en un intento desesperado de que la detective no apretara el gatillo.

Sofía rio.

—Creo que me va a odiar más si no lo hago. —Acercó el arma más a él y la presionó contra su frente, pero justo cuando estaba a punto de disparar, con un movimiento extremadamente veloz, Bruno la golpeo y su arma calló al suelo.

Sofía salió disparada a por su pistola, pero dio de bruces contra el suelo cuando Bruno le puso la zancadilla. El joven arrastró a Sofía de la pierna y la acercó hacia él. Cuando Sofía estaba a su altura se colocó sobre ella y sin perder más el tiempo le golpeó con el puño en la cara.

La detective ya estaba sangrando, pero antes de que Bruno pudiera aturdirla, en un movimiento habilidoso logró escurrirse entre sus piernas y liberarse de su cuerpo. Bruno, en lugar de prestar atención a Sofía, que acababa de escapársele, dirigió su mirada al arma que había en el suelo y cuando la estaba rozando con la punta de los dedos, el pie de Sofía apareció de la nada y pateó el arma hasta un rincón de la habitación, que cuando impactó con una de las

paredes, disparó la última bala que tenía.

Sin ser consciente de ello, Bruno cogió la pistola y apuntó a Sofía, que permaneció quieta con toda la tranquilidad del mundo. Sin discursos esta vez, el joven apretó el gatillo y tuvo una reacción muy similar a cuando su pistola no había funcionado.

—Hoy no es tu día, ¿eh? —dijo Sofía con chulería.

La respuesta de Bruno fue lanzarle su propia pistola a la cara y darle de lleno. Si antes estaba sangrando, lo que salía por sus orificios nasales ahora eran cataratas de sangre, por no hablar del hematoma que iba a cultivar en los próximos días. Sofía se llevó las manos a la cara y rabió de dolor, no recordaba que una pistola fuese tan pesada hasta que no la había sentido golpear directamente su rostro.

Bruno no perdió el tiempo y en lugar de volver a atacar a la detective, corrió a la cocina y cogió el primer cuchillo que vio sobre la encimera sin que Sofía se pudiera percatar de nada de lo que estaba ocurriendo, pue seguía demasiado concentrada en mitigar el dolor que estaba sintiendo. Mientras tanto, el joven caminó con toda la calma del mundo hacia ella, dándole un toque teatrero a la escena.

Cuando Sofía alzó la mirada solo sintió confusión, Bruno la tenía enfrente, desarmada y ni siquiera la estaba tocando. Pero su gozo se esfumó cuando vio que en la mano sostenía uno de sus propios cuchillos. Sintió como si le hubiesen derramado un jarro de agua fría que la había congelado y ahora le impedía moverse.

—Supongo que ya está —dijo ella.

—No te voy a decir que digas últimas palabras porque ya has hablado demasiado —respondió él y, sin más preámbulos, atravesó la piel de la detective con la fina hoja.

Sofía no comprendía lo que estaba pasando hasta que no vio la sangre inundando su abdomen. Sintió como un calor le bañaba la zona y cuanta más sangre salía de su cuerpo más calor sentía. Después lo último que recordaba era la imagen de Bruno a cámara lenta extrayendo el cuchillo para volver a clavarlo en la boca del estómago. Esta vez Bruno no extrajo el cuchillo porque las sirenas de policía dispararon todas sus alarmas y priorizó la huida.

Sofía veía borroso, pero lo suficientemente bien como para ver a Bruno escapándose por una de las ventanas como lo haría una cucaracha yéndose a su escondite después de encender la luz.

Cuando Bruno ya no estaba y la adrenalina se le había pasado, Sofía comenzó a sentir un intenso dolor en el torso que le hizo perder el equilibrio. Cayó al suelo y soltó un quejido. Jamás había sentido un dolor tan fuerte en toda su vida, lo último que recordaba que le había hecho tanto daño fue despedirse de Nicole por última vez y en eso estaba pensando ahora.

Pensaba en Nicole justo antes de morir y en lo insignificante y

efímera que es la vida. Quizá algún día la podría haber perdonado, quizá en un universo alternativo hubieran tenido otra oportunidad, pero eso ya no importaba, solo eran suposiciones y nunca hubieran sabido qué podría haber sido de ellas si las cosas no hubiesen sido de esa manera.

La detective palideció, todo a su alrededor daba vueltas, estaba empapada en sangre y no podía creer que fuese a morir tan sola, sin ni siquiera ver por última vez a Marta o a su padre. Lo había dado todo por acabar con La Salvación y ahora lo único que sentía era arrepentimiento, sino hubiera perdido el tiempo con ese asunto podría llevar una vida tranquila y nada de aquello estaría ocurriendo.

No quería pensar en nada más, así que se concedió el placer de cerras los ojos y dejar que una oscuridad inmensa se apoderara de todo su ser.

◆◆◆

Nicole sabía que algo raro estaba pasando cuando escuchó aquellos murmullos en la habitación de al lado. Sin tener que salir, ya sabía que se trataba de Bruno y de Gabriel, que habían tenido la poca discreción de haberse puesto a hablar de negocios junto a alguien que no los debería estar escuchando.

Nicole había pasado todo el día echa un ovillo en su cama, llorando a mares y alternando ese entretenimiento con mirar al techo al borde del colapso mental. Sus pensamientos solo giraban alrededor de los dos peores acontecimientos de su vida, cada uno por motivos completamente diferentes, y ellos eran la ruptura con Sofía, y el más reciente que la hacía temblar por las noches, el acto salvaje que había cometido Bruno al violarla, algo que le hacía pensar que las personas no eran mejor que los animales y que no había ninguna diferencia entre Bruno y una criatura despiadada salida de un cuento de terror. La morena ya no lograba distinguir por qué motivo lloraba, pero lo que sí sabía era que como aquella mezcla de sentimientos no le dieran un descanso iba a terminar por deshacerse del dolor y evaporarse.

En el fondo agradeció que aquellos dos se pusieran hablar cerca de ella porque así tendría algo con lo que distraerse y durante unos minutos podría olvidar cómo su vida había ido cuesta abajo últimamente.

—Hazlo rápido. La matas y te vas, sin distracciones —dijo Gabriel. Nicole frunció el ceño, le parecía muy raro que su hermano encargara una muerte rápida a Bruno y aún más que no se lo contara a ella. Gabriel, aunque se creía el último jefe de La Salvación, siempre contaba con su hermana para cualquier tipo de trabajo, si bien no enviaba a ella para realizarlos, las tenía en cuenta para la parte más administrativa y para que ella pudiera estar al tanto de todo, después

de todo, era una Mendoza más y debía mantenerse al día de todo lo que pasaba dentro del negocio.

—Entonces… ¿lo hago? ¿De verdad? —preguntó Bruno con la voz temblorosa. Tenía miedo.

Nicole había visto a Bruno asustado de Gabriel en incontables ocasiones, y eso era algo que la irritaba profundamente, era un cobarde que solo se atrevía a dar la cara para ejercer violencia en personas físicamente más débiles que él.

La mirada que Gabriel le lanzó a Bruno en respuesta fue suficiente para que el chico acatara las órdenes.

—Toma, está llena de balas. —Gabriel le entregó una pistola con silenciador a Bruno.

Nicole observaba la escena por el resquicio de la puerta sin que ninguno de los hombres se percatara de que había una oyente no deseada en la conversación.

—Pero… ¿y Nicole? —se atrevió a preguntar Bruno.

Nicole sintió cómo el estómago le daba un vuelco al

escuchar su nombre, lo que sea que fueran a hacer o a quién fueran a matar estaba relacionado con ella y ya podía estar imaginando de quién se trataba. Tenía que hacer algo y tenía que actuar cuanto antes.

Nicole se llevó las manos a la cabeza impaciente, no sabía por dónde empezar, ella no tenía la fuerza suficiente para deshacerse de Gabriel y Bruno por sí sola, pero tenía que frenarlos de algún modo. Esperó y volvió a espiar las conversación.

—Bruno. —Gabriel colocó la mano en su hombro—. Nicole todavía no se da cuenta, pero más tarde nos lo agradecerá. Para ella y para nosotros lo más importante es La Salvación y tenemos que protegerla de cualquiera que intente hacerle daño. —Gabriel optó por el razonamiento antes que por la violencia en vista de que Bruno no atendía a razones, porque si se atrevía a replicar otra vez la respuesta de Gabriel iba a ser mucho menos amigable.

Aquellas palabras fueron más que suficientes para que la joven confirmara sus sospechas.

Cuando Bruno abandonó la habitación, Nicole aprovechó para indagar un poco más y se decidió a entrar.

—Hola —saludó a su hermano.

Gabriel se giró con desgana y analizó el rostro de Nicole.

—Y a ti, ¿qué te pasa? —preguntó al ver la cara hinchada de su hermana.

Nicole se había olvidado por completo de ese pequeño detalle, la amargura que la envolvía recientemente se manifestaba en sus ojos, igual que sus labios, en sus mejillas enrojecidas y en general en su aspecto descuidado, algo muy raro de ver en ella. Su melena azabache

estaba revuelta de haberse retorcido en su cama durante días, no llevaba maquillaje y tampoco se había cambiado de ropa.

La morena se secó las lágrima cuando escuchó a su hermano, en un intento inútil de disimular su apariencia triste. —Nada. Estaba viendo una película muy triste—mintió—.

¿Y esto? —dijo cogiendo la pistola que Gabriel le había dado a Bruno hacía unos minutos—. Qué bonita.

—Sí. Es mía, pero se la voy a prestar a Bruno.

Si ser la hermana de Gabriel Mendoza tenía alguna ventaja, era que Gabriel se solía ir de la lengua con ella más que con nadie. Al fin y al cabo, era su hermana y la confianza y familiaridad que generaba ella no la podía generar nadie.

—¿Por qué lleva silenciador? —preguntó examinando el arma.

—Nunca sabes cuando vas a tener que protegerte de alguien y si lo haces, mejor que sea con discreción —respondió con toda la soltura del mundo, como si hubiera tenido esa respuesta preparada y hubiera estado esperando para usarla.

—Ah —fue todo lo que dijo Nicole. Sintió la tentación de seguir preguntando, pero sabía que si lo hacía solo iba a lograr levantar sospechas, así que decidió callar y fingir que no quería saber nada más —. Bueno, me voy a terminar la película.

Sin levantar la mirada de su teléfono, Gabriel hizo un sonido gutural a modo de respuesta y Nicole abandonó la habitación. Volvió al cuarto contiguo y cerró la puerta, después se tumbó en la cama y agudizó el oído todo lo que pudo.

Pasaron varios minutos hasta que Nicole escuchó los pasos de su hermano saliendo de la sala y cuando lo hizo, se levantó, veloz como un rayo y caminó descalza. Se alegró al comprobar que la pistola seguía allí, miró a un lado y a otro para comprobar que en el perímetro no había nadie que la estuviera vigilando y se acercó al arma. Sacó el cargador y retiró todas las balas, después lo volvió a colocar dentro de la pistola y abandonó la habitación con las balas en la mano.

Como si no hubiera pasado nada volvió a su cuarto y metió las balas en el primer cajón que vio, encendió la televisión y bajó el volumen. Pasaron apenas unos segundos hasta que Bruno y Gabriel volvieron.

—Lo tienes claro, ¿verdad? Hazlo rápido y vuelve aquí cuando hayas terminado —insistió Gabriel.

—Sí, no te preocupes. Será un abrir y cerrar de ojos.

Tan pronto los escuchó alejarse, Nicole cogió su teléfono y marcó el número de emergencias.

—¿Hola?

—Buenas tardes, ¿cuál es su emergencia? —preguntó la

teleoperadora.

—Buenas tardes, una amiga está a punto de ser atacada con un arma de fuego por un hombre muy violento —dijo Nicole apresurándose lo máximo que pudo en pronunciar todas aquellas sílabas.

—De acuerdo, no se separe del teléfono.

Nicole obedeció y se mantuvo al teléfono contestando pacientemente todas y cada una de las preguntas que le hizo aquella mujer. No lograba entender a qué venían algunas de las consultas ni cómo iba a ser útil responderlas, sentía que aquella mujer le estaba haciendo perder el tiempo a ambas, pero reunió toda la educación que supo hasta que la conversación se terminó.

—Muy bien, hemos enviado distintas patrullas a la ubicación que nos ha indicado, gracias por su paciencia.

Cuando escuchó aquellas palabras, sin tan siquiera despedirse, la joven cogió el primer calzado que vio, su bolso y corrió hacia la calle.

Afortunadamente, Nicole había dejado el coche aparcado en la puerta de la casa la noche anterior, normalmente lo metía en el garaje, pero últimamente nunca sabía cuándo iba a tener que salir corriendo así que lo dejó preparado por si acaso. Su intuición no le había fallado y agradeció el ingenio que su genética le había otorgado mientras montaba en el vehículo y aceleraba como nunca lo había hecho antes.

Mientras conducía todas sus extremidades temblaban como la de un alumno al realizar el examen práctico del permiso de conducir, agarraba el volante con fuerza, lo apretaba como si fuera a escaparse. Los semáforos rojos nunca habían sido tantos ni tan largos, los peatones nunca habían sido tan molestos y Nicole nunca se había visto antes teniendo que hacer una yincana para llegar a su destino. Pero lo hizo. Después de esquivar transeúntes y mobiliario urbano, llegó a su destino.

Derrapó al frenar y dejó el coche aparcado de cualquier manera, ni siquiera recordaba si lo había cerrado, pero lo importante era que ya estaba subiendo las escaleras hacia el primer piso.

Sin aliento llegó a la puerta y la golpeó con el hombro, varias veces, pero lo único que logró fue lesionarse. Era un edificio antiguo y Nicole estaba convencida que una persona más fuerte que ella podría derribar la puerta con facilidad. Así que decidió volver a probar, esta vez con el pie.

Esta vez no tuvo que insistir mucho para que la puerta cediera, estaba tan exaltada que se había olvidado por completo de que siempre llevaba una ganzúa en el bolso, pero eso ya daba igual, porque estaba dentro y cuando caminó comprobó que sus sospechas eran ciertas. Su peor pesadilla se había hecho realidad cuando vio el

cuerpo sin vida de Sofía en el suelo.

Nicole se lanzó hacia la detective como si ella misma fuera del equipo de emergencias y sin importarle el charco de sangre que bañaba el suelo la rodeó con los brazos.

—¡Sofía! Sofía, Sofi…—A medida que llamaba su nombre y la detective no respondía su voz iba perdiendo fuerza—. Sofía, cielo —dijo con voz temblorosa.

Nicole se echó el pelo hacia atrás y manchó su melena de sangre que ahora era roja igual que sus manos y toda su ropa. Miró su rostro y sentía que perdía las fuerzas cuando comprobó la palidez de la piel de la mujer que tenía entre los brazos.

—Sofía, Sofía…—Dio unas palmaditas a sus mejillas con la esperanza de que contestara, pero no sirvió de nada.

El equipo médico acompañado de la policía entró entonces como una exhalación y se arrodilló junto al cuerpo de Sofía.

—Aparte, por favor—. La médica dio un empujoncito a Nicole que soltó el cuerpo de Sofía para cedérselo. Obedeció y se alejó para no estorbarles.

Tres personas rodeaban a la detective, trataban de reanimarla y taponar sus heridas. Nicole no quería ver más y apartó la mirada de todos aquellos procedimientos médicos.

—¿Desde cuándo está así? —preguntó uno de los médicos.

Nicole lo miró a los ojos, pero no contestó. No había escuchado nada, se encontraba demasiado impactada ante la posibilidad de perder a Sofía para siempre.

—¿Me escucha? —alzó la voz—¿Se encuentra bien?

Nicole reaccionó con retraso.

—¿Eh? ¿Qué? —balbuceó.

—¿Cuánto tiempo hace que la ha encontrado? —insistió aquel hombre.

—He llegado hace dos minutos, más o menos.

El equipo de emergencias continuó con su tareas y Nicole se sentó en uno de los taburetes de la cocina.

—Señorita—. Nicole suspiró, no se había sentado y ya la estaban llamando otra vez. Miró hacia aquella voz grave que la había llamado y vio a un hombre uniformado—. Venga por aquí, vamos a hacerle unas preguntas.

¿Preguntas? Nicole no estaba en estado de contestar nada, aún le temblaban las manos, estaba desorientada y todavía no había podido procesar lo que estaba ocurriendo.

—Está en estado de shock, no puede contestar nada—protestó una de las médicas—. Va a tener que esperar —le dijo al policía que ya había sacado su libretita y esperaba a que Nicole hablase.

Nicole no lo exteriorizó, pero agradeció enormemente que

aquella mujer interviniera porque no sabía qué excusa le iba a poner a la policía y francamente, tampoco le apetecía pensar en nada.

En realidad, no le temía a las consecuencias, aunque entrara en la cárcel su hermano movería unos hilos y estaría fuera en un abrir y cerrar de ojos, pero lo último que le apetecía era atravesar todo aquel procedimiento, así que se limitó a permanecer sentada y observar la desagradable escena.

Capítulo 33

Nicole llegó a su casa cual piloto profesional de carreras, con una velocidad y eficiencia sorprendentes. Bajó del vehículo hecha un basilisco y fue a buscar a su hermano, ignorando al personal de servicio que la saludaba y a todo lo que la rodeaba. Se chocó con varias personas, pero ni siquiera pidió perdón, estaba demasiado obnubilada con la búsqueda de Gabriel como para preocuparse por pequeños detalles.

Lo encontró exactamente donde imaginaba que estaría, fumando un cigarrillo con una copa de licor al lado, como siempre.

—¿Cómo has podido? ¿Eh? Te pedí que no lo hicieras. ¡Te lo supliqué! —Nicole estaba fuera de sí, un poco más recuperada del shock pues las lágrimas habían comenzado a resbalar por su rostro. Tenía la cara enrojecida, estaba furiosa, la última vez que Gabriel la había visto así, había sido cuando eran niños y él le había roto su juguete favorito.

—¿Ya te has enterado? —preguntó con desgana—. Vaya, me hubiera gustado decírtelo yo mismo.

—¿Cómo puedes ser tan psicópata? ¿Qué te ha hecho ella?

—¿Es que no lo sabes o qué? Tú misma me lo dijiste —dijo con cierto enfado—. Metió las narices donde no debía, investigó. Nicole, nadie intenta hacerle daño a La Salvación y sale ileso. ¿Qué pretendías? ¿Qué la dejara pasearse por aquí libremente?

—Lo había dejado, lo había dejado y lo sabes —dijo dolida—. Sofía ya no estaba investigando, ni a ti ni a nadie. Cerró la agencia de investigación, lo sabes ¿no?

—¿Y qué me garantiza a mí que no volvería a meterse en nuestros asuntos? Era demasiado arriesgado dejarla por ahí campando a sus anchas. Y los siguientes van a ser sus amigos.

—Gabriel, por favor. Era inofensiva. No tenía nada que hacer con La Salvación, ¿crees que ella sola iba a acabar con miles de personas? —preguntó increpándolo.

—De inofensiva no tenía nada, consiguió entrar aquí, estuvo hablando conmigo, es una experta, me podría haber matado.

Nicole quería decir muchas cosas, pero logró frenarse. Llegados a ese punto no le podía importar menos que Sofía hubiera logrado acabar con su hermano, de hecho, en esos momentos sentía que, si lo hubiera hecho, incluso le hubiera quitado un peso de encima.

La joven había sospechado que las promesas de su hermano eran falsas, ella misma sabía mejor que nadie de lo que era capaz una persona tan perturbada como él, pero decidió creerle. Decidió creerle porque si no sentía que se iba a volver loca pensando en que la detective podría ser asesinada en cualquier momento. Por suerte, Nicole nunca había dejado de permanecer alerta y gracias a ello Sofía aún estaba viva, en estado crítico, pero viva y eso era algo que Gabriel no podría saber, lo más conveniente era que siguiera pensando que Sofía estaba muerta.

Gabriel tenía razón y Nicole sabía perfectamente que la detective no tenía nada de inofensiva, era muy capaz de destruir a La Salvación y acabar con su hermano y con Bruno por sí sola, ya lo había demostrado colándose en la fiesta de disfraces y en el robo, pero Nicole solo quería que Gabriel se olvidara de ella de una vez por todas, si Sofía había dejado de investigar realmente ya no habría de qué preocuparse, aunque ahora había dos opciones:

Que el intento de asesinato hacia la detective la asustara tanto que dejara su labor de investigar a La Salvación para siempre o que aquello la hubiera hecho enfadar tanto que ahora iría a por ellos con más fuerza que nunca.

—Gabriel, es una mujer joven, es mucho más débil que tú, no puede hacerte daño. ¿Por qué le has tenido que hacer esto? —preguntó entre lágrimas—. ¿Y por qué me lo has tenido que hacer a mí? Me has destrozado. —Se llevó las manos a la cabeza.

—Nicole, esto no es nada personal contra ti. Algún día me lo agradecerás.

—¿Que te voy a agradecer qué? Que hayas matado a mi…— Nicole dejó de hablar al recordar que Gabriel no tenía ni idea de la relación sentimental que tenía con Sofía y afortunadamente Gabriel pareció no haberle dado importancia a sus palabras.

—¡Nicole! —gritó él. Parecía que ya se había hartado de las protestas de su hermana—. Ya está hecho, olvídalo. Es lo mejor para todos y es lo mejor para ti si quieres conservar tu trabajo.

—¿Pero tú crees de verdad que lo que me importa ahora es este puto trabajo? ¡Me has quitado lo más importante! La única amiga que he tenido de verdad en toda mi vida, la única persona que se ha acercado a mí desinteresadamente. Eres un monstruo. —Lo miró con desprecio.

Nicole era la única que se podía permitir el lujo de hablarle de aquella manera a Gabriel y no sufrir las consecuencias.

—No eres mejor que yo, tú también lo eres. Te dedicas exactamente a lo mismo que yo, así que no intentes dar lecciones de moral porque gracias a ser un monstruo somos ricos y no tenemos que preocuparnos de nada.

—Ricos, ¿a qué precio, Gabriel? Yo ya lo he perdido todo. —Nicole sentía cómo su relación fraternal se estaba resquebrajando en esos precisos instantes.

—Nicole, déjate de estupideces. En unos días se te habrá pasado esta pataleta y volverás a estar agradecida de vivir como una reina.

Nicole rio con ironía.

—No —dijo tajante—. Quizá algún día vuelva suplicándote que me dejes volver, pero esto se acabó. No pienso seguir en un sitio en el que no se respetan mis decisiones ni mis opiniones. —Gabriel la miraba como si no estuviera comprendiendo nada de lo que decía—. Pero desde hoy, mi trabajo con La Salvación se ha acabado.

—No puedes desertar —dijo Gabriel.

—Claro que puedo. Y es lo que voy a hacer. —Dio media vuelta.

—Si te vas ahora no vuelvas —le advirtió—. Si te vas no te voy a dejar volver.

Nicole no pudo echar a andar. Llevaba meses planteándose dejar atrás La Salvación y todo lo que tenía que ver con ella, pero siempre la aterrorizaba lo mismo: no saber a dónde ir. La morena nunca había hecho nada que no se relacionara con crímenes e ilegalidad y mucho menos aún formarse académicamente para realizar cualquier trabajo que no fuera blanquear dinero. Era una mujer inteligente y avispada, pero se temía que solo con aquellas cualidades no iba a encontrar nada con lo que sobrevivir. Aún seguía teniendo mucho dinero, mucho más que el de cualquier persona promedio que encontrara cada vez que salía a la calle, pero en algún momento se le iba a acabar y tendría que buscar algo que le diera de comer mientras sus futuros planes de volver a la riqueza triunfaban.

Nicole sentía ganas de vomitar cada vez que pensaba que lo podía perder todo por una decisión precipitaba, pero estaba convencida de que Gabriel no cumpliría sus amenazas de no dejarla volver. Al fin y al cabo, eran hermanos y siempre le tendría una puerta abierta. Pero estaba harta de depender de La Salvación en todos los sentidos, anhelaba una vida más tranquila, sin sobresaltos y sobre todo sin tener que preocuparse de que las personas que quería estaban en constante peligro, así que decidió dejar, y sobre todo esperar, que la vida la sorprendiera gratamente y sin volver a mirar a Gabriel, se dirigió a la salida.

Su momento de orgullo duró poco, porque antes de que pudiera

atravesar la puerta, Bruno irrumpió en la sala. Lo primero que vio Nicole fueron sus manos impregnadas de sangre, el hombre torpe ni siquiera se había tomado la molestia de borrar sus huellas y había caminado por la calle con restos de sangre de otra persona por todo el cuerpo. Nicole se quedó helada, había olvidado que su hermano había mandado a Bruno a matar a Sofía.

El joven, que en un primer momento buscó a Gabriel con la mirada, se quedó tan petrificado como Nicole al verla ahí de pie. Si pretendía ocultarle lo que acababa de hacer ya era tarde, la joven lo había pillado con las manos en la masa.

Bruno volvió a mirar a Gabriel, estaba muy confundido, no sabía con qué crisis lidiar primero así que fue Nicole la que lo decidió.

—¿Has sido tú, no? —dijo encarándosele—. ¿Has sido tú? —Le golpeó con el bolso. Sabía perfectamente que había sido él, pero solo quería que fuera valiente por una vez en su vida y lo confesara—. ¡Has sido tú! ¡Dilo, cobarde de mierda! —No tuvo la paciencia suficiente para esperar una respuesta, así que contestó por él.

Antes de que Bruno tratara de darle una explicación a Nicole, Gabriel interrumpió.

—¿Qué ha pasado? —Gabriel se levantó alarmado y frunció el ceño—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás manchado de sangre?

Nicole miró a los dos confundida. ¿Qué era lo que no entendía Gabriel? Él mismo había mandado a Bruno a asesinar a Sofía y así lo había hecho él. Nicole no entendía a qué venía el escándalo.

Bruno aún no se había movido ni había hablado desde que había hecho su entrada. Mantenía los brazos en la misma posición, como si no quisiera tocar nada para no mancharlo de sangre.

—¿Qué has hecho, imbécil? —Gabriel apretó los dientes.

Bruno parecía a punto de entrar en crisis, estaba sudando, al borde de las lágrimas y parecía que iba a colapsar en cualquier momento.

—Eh…—balbuceó—. Todo se ha complicado —dijo con voz temblorosa.

Nicole se hizo a un lado. Viendo la escena tenía la sensación de que Gabriel estaba a punto de darle su merecido a Bruno, así que se limitó a observar cómo su hermano se encaraba al joven.

—¿Qué quieres decir? ¿La has matado o no la has matado? —Se acercó aún más al muchacho.

—La pistola no tenía balas —contestó Bruno.

Nicole apartó la mirada y ocultó la sonrisa malvada que se le había dibujado.

—¿Qué coño estás diciendo? Claro que tenía balas, lo comprobamos antes de que te fueras, ¿no te acuerdas?

—Sí, lo sé. Yo cogí la pistola antes de irme, estaba exactamente

en el mismo lugar en el que la dejé, pero cuando la disparé no salió nada.

—¿Y qué se te ha ocurrido hacer? ¿Eh? —Alzó la voz—. ¿A qué viene tanta sangre?

—He tenido que improvisar —contestó.

Nicole lo miró con desprecio, pero el desprecio pronto se convirtió en angustia al entender a qué se refería Bruno. Recordó el cuerpo de Sofía yaciendo en el suelo bañado por un charco de sangre que salía de su propio abdomen. Se preguntó si se habría recuperado o si sus heridas le estarían jugando una mala pasada.

—Bruno, ¿qué cojones estás diciendo? ¿Qué coño has hecho?

—La pistola no tenía balas, entones ella sacó un arma. Intenté dispararle con su pistola, pero todo se complicó, forcejeamos y al final la tuve que atacar con lo primero que vi, que fue un cuchillo —respondió él.

—¿Cómo puedes ser tan inútil? —gritó Gabriel—. ¡Te

dije que lo hicieras rápido! ¡Dejando el menor rastro posible! —Gabriel estaba enfurecido, Nicole nunca lo había visto así—. Madre mía, menudo rastro de sangre has tenido que dejar…—Gabriel caminó de un lado a otro, nervioso—-. Bueno, ¿está muerta no?

Se hizo el silencio. Bruno no tenía ni idea de si Sofía había muerto o no, él había huido de la casa al escuchar las alarmas y no le había dado tiempo a comprobar si el asesinato había sido llevado a cabo con éxito.

Quería mentir. Trató de mentir y decirle a Gabriel que, efectivamente, Sofía ya había dejado de ser un problema, pero la manera tan intimidante en la que ambos lo estaban mirando se lo impidió.

—No lo sé —dijo por fin.

—¿Qué? —Gabriel cada vez estaba más agresivo. Apretó

los dientes y miró a Bruno con incredulidad—. ¿Cómo que no lo sabes?

—La policía llegó justo después de que apuñalara a Sofía Quirós.

A Nicole le iba el corazón a mil, apartó la mirada y se alejó. Sentía que estaban a punto de entender que había sido ella quién había alertado a las autoridades, pero por suerte, Gabriel estaba demasiado ocupado con reprender a Bruno por sus actos.

—¿La policía? No me lo puedo creer. —Se echó el pelo hacia atrás—. Ha sido la primera vez que te mando a hacer una tarea semejante solo, ¿y me estás diciendo que lo único que tenías que hacer no lo has hecho?

—Lo siento, jefe. No volverá a ocurrir.

Nicole vio a Bruno rogarle a su hermano y lo único que podía

pensar era en el hombre tan patético que era, en el modo en el que se volvía pequeño e insignificante cuando Gabriel estaba cerca y en lo cobarde que era en realidad. Solo era un hombre que algún día tuvo las expectativas de convertirse en un reconocido criminal que marcaría historia, pero lo único que había conseguido había sido convertirse en el perrito faldero de su hermano. Y así iba a permanecer. Siempre por debajo de Gabriel.

—Pues claro que no volverá a ocurrir —contestó Gabriel y lo apuntó con su pistola.

—No, no, no, por favor. —Bruno se arrodilló y las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas.

Nicole apartó la mirada, conocía perfectamente el desenlace de aquella situación, no era la primera vez que lo presenciaba.

Bruno agarró la pierna de la joven y esta lo miró mientras él le rogaba.

—Por favor, por favor, por favor… Haz algo. —Bruno se arrodillaba ante Nicole y entre lágrimas le suplicaba que detuviera a su hermano, ella era la única que lo podía hacer. Pero después de unos segundos Nicole no habló y lo único que pudo hacer fue apartarse cuando escuchó el estruendo de la pistola.

La sangre le manchó toda la ropa, ahora tendría que cambiarse.

◆◆◆

Lo que más le sorprendió a Sofía al abrir los ojos era seguir viva, la última vez que los había cerrado estaba convencida de que no iba a volver a despertar, sin embargo, ahí seguía, tumbada en la cama de una habitación que no lograba reconocer. No conseguía recordar qué había pasado ni cómo había llegado hasta ahí, solo tenía la sensación de que algo terrible le había ocurrido y que en esos momentos debería estar muerta.

—Sofía, ¿cómo estás? —la voz alegre de la doctora irrumpió en la habitación.

Claro. Estaba en el hospital. Debería haberlo sospechado al escuchar los soniditos del monitor de constantes vitales, pero la médica había entrado tan rápido que no le había concedido tiempo para que pudiera procesar nada, era como hubiera estado tras la puerta esperando al momento en el que Sofía abriera los ojos.

Sofía trató de moverse, pero lo único que consiguió fue hacerse daño, no había sido hasta que la doctora entró cuando se dio cuenta de lo mucho que le dolía todo el cuerpo.

—Mal—contestó—. Me duele todo —dijo con una expresión de dolor en el rostro por el movimiento que acababa de hacer.

—Es normal. Has recibido dos puñaladas —replicó la doctora como si fuese culpa de Sofía encontrarse allí, malherida—. Hemos

tenido que operarte de urgencia.

Entonces lo recordó. Recordó la pelea con Bruno, la adrenalina del momento, cómo sus armas habían fallado y cómo él había acabado apuñalándola en dos ocasiones. Recordó también las sirenas que había oído mientras ella desfallecía y cómo Bruno había huido al escucharlas.

Era extraño, ¿cómo había llegado el equipo médico hasta allí? Ella no había tenido la oportunidad de alertar a nadie y, en teoría, solo ella y Bruno sabían que se encontraban en el mismo lugar y que él estaba a punto de tratar de asesinarla.

—Sofía, sé que no te encuentras bien, pero la policía está fuera esperándote, quieren hacerte unas preguntas.

La detective suspiró. Respirar le provocaba un dolor intenso alrededor de todo el cuerpo, no sabía cómo iba a hacer para contestar preguntas tan delicadas y francamente lo último que le apetecía en esos instantes era pensar en las respuestas.

—Vale —fue lo único que dijo. Si tenía que acabar con aquello quería hacerlo cuanto antes.

—¿Les digo que pasen?

—Sí.

Sofía pasó varias horas intentando convencer a los policías de que no conocía al hombre que la había atacado, que creía que había sido un intento de robo y que no quería poner denuncia. Les explicó también que todo había ocurrido demasiado rápido como para recordar el aspecto de aquel hombre. Los agentes no se creían nada, pero tras varias horas de preguntas, decidieron dar por finalizada la entrevista a Sofía y le dijeron que quizá volverían más tarde. La detective agradeció su interés y se despidió de ellos.

La doctora volvió para darle nueva medicina a Sofía que tardó pocos minutos en actuar. Justo cuando comenzaba a sentirse mejor, volvieron a llamar a la puerta.

—Adelante.

—Hola —dijo con un tono de voz casi imperceptible—. ¿Cómo estás?

Sofía sonrió al ver a Marta, su amiga era la única persona cuya presencia podía tolerar en esos momento de salud tan delicada.

—Hola.

—Por favor, dime que esto no tiene nada que ver con que le diera la dirección de tu nueva casa a Nicole —dijo Marta con un hilillo de voz.

—No. —Le tomó la mano—. Tranquila. Esto me lo he buscado yo solita —dijo con amargura.

—No digas eso. La culpa de lo que te ha pasado solo la tienen ellos, no te tortures —dijo al borde de las lágrimas.

—Marta, ¿qué te pasa? —preguntó al ver el rostro compungido de su amiga.

—Nada, nada. Es que me siento un poco culpable.

—¿Por qué? —preguntó la detective.

—No sé… —respondió dubitativa—. Igual si yo no le hubiera dado tu dirección a Nicole no te habrían encontrado y ahora no estarías aquí.

—Pues deja de sentirte así, nada de lo que ha pasado tiene que ver contigo, ¿te queda claro? —dijo tajante.

Marta asintió.

—¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras? —dijo Marta para cambiar de tema.

—Nunca me habría imaginado que me podría doler el cuerpo de esta manera—contestó—. Me han dado unos calmantes y ahora estoy mejor, pero cuando he despertado me sentía como si me hubiese atropellado un autobús. Por cierto, ¿cómo sabías que estaba aquí? ¿Cómo te has enterado?

Marta calló y su mirada lo dijo todo. Torció los labios e inclinó la cabeza como si quisiera responder, pero no se atreviera.

—Vale, déjalo. Ya lo he entendido —dijo y miró al techo. Sofía frunció el ceño—. ¿Y cómo se ha enterado ella?

—No lo sé, pero si estás aquí es gracias a Nicole. Ella fue la que llamó a emergencias antes de que su ex llegara a tu casa.

Al parecer, vio algo raro y prefirió asegurarse.

Sofía suspiró. Estaba desesperada, desesperada y muy confundida, cada vez tenía menos claro lo que sentía por Nicole y si quería matarla o le estaba agradecida para siempre. Le había salvado la vida y Sofía no sabía cómo gestionar semejante hazaña, pero al mismo tiempo, si no le hubiera vendido a su hermano quizá nunca la hubieran atacado, o sí. Si SOMBRA seguía metiendo las narices donde no debía, probablemente Gabriel se habría acabado enterando igualmente de lo que tramaba Sofía y habría intentado darle caza de todas formas. La detective ya no tenía nada claro.

—¿Cómo fue? —preguntó Sofía.

—Ella se presentó en tu casa para evitar que ese cabrón te hiciera daño, pero cuando llegó fue demasiado tarde. Te vio ahí tirada, en el suelo, desangrándote y justo en ese momento llegaron los médicos —explicó Marta—. Después me llamó y casi me da un infarto cuando me lo contó todo, no…

—¿Ha venido? —la detective interrumpió la explicación de su amiga.

Marta negó con la cabeza.

—Tu padre y yo nos hemos estado alternando, pero ella no ha aparecido por aquí. Te lo juro.

Sofía se lamentó. En el fondo tenía la esperanza de que Nicole siguiera preocupada por ella y de poder volverla a ver. Aunque fuera por última vez.

—Gracias. —Sonrió con melancolía.

Marta apretó la mano de Sofía.

—Solo espero que si alguna vez me apuñalan también vengas a verme.

Sofía rio.

—Dalo por descontado.

Capítulo 34

Por primera vez en mucho tiempo, Hugo, Claudia y Paula tenían un encuentro de lo más tranquilo.

Las ahora antiguas oficinas de SOMBRA aún contaban con todo el equipamiento del que habían disfrutado durante todos aquellos años. Los escritorios seguían intactos repartidos por toda la enorme sala principal, y sobre ellos aún se encontraban los ordenadores. Incluso los documentos que imprimían a diario seguían inmóviles sobre las mesas. Era como si el lugar se hubiese convertido en unas oficinas fantasma, abandonadas, que con el paso de los años solo podrían albergar moho, polvo, y algunos insectos o alimañas. Si nadie se había molestado en recoger nada de allí era porque, probablemente, nadie había llamado al anuncio de «Se alquila» que Sofía había colgado en una de las ventanas, y eso les daba esperanza. Mientras las oficinas siguieran allí siempre podrían volver, y quizá Sofía podría dar la orden de retomar la caza de Los Mendoza.

Por lo pronto ahí estaban los tres una vez más, esperando a Sofía que les había pedido reunirse como en los viejos tiempos.

—¿A vosotras os ha dicho por qué quería reunirnos aquí? —preguntó Hugo.

—No —dijo Claudia.

—Ni idea —añadió Paula.

Habían pasado tan solo unos días desde que la detective les había anunciado el fin de SOMBRA y ya los había vuelto a convocar, los tres estaban confundidos al respecto y no entendían a qué venía la urgencia por volverse a ver.

Las oficinas estaban vacías, el eco resonaba por toda la habitación cada vez que uno de ellos hablaba o se movían en las sillas. Todo tenía un aspecto triste, lúgubre, los detectives estaban acostumbrados al bullicio, al ruido, al movimiento, normalmente, en esa misma sala en la que se encontraban, decenas de personas estarían caminando de un lado para otro, con papeles, ordenadores y otros dispositivos en la mano. Todo ello daba una sensación de ajetreo y ocupación que Paula, Claudia y Hugo anhelaban. Pero su nostalgia se

interrumpió cuando los tres giraron sus cabezas al escuchar el sonido de la puerta y Sofía entró cojeando.

—¡Sofía! —Paula se levantó de la silla al ver a su compañera en esas condiciones.

Claudia y Hugo la imitaron.

—Estoy bien, estoy bien. —Gesticuló con las manos para indicar que no necesitaba ayuda y todos le dejaron espacio.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Hugo con un gesto horrorizado.

—Bruno —dijo sin fuerzas, intentando llegar a una de las sillas.

—¿Qué? —preguntó nuevamente el chico.

—¿Por qué no nos has contado nada? —dijo Claudia.

—Bueno, digamos que ha sido todo muy rápido, ni siquiera yo he podido procesar lo que ha pasado.

—¿Por qué te ha hecho esto? ¿Gabriel te está buscando para matarte? —preguntó Paula.

—Sí, pero sospecho que también es por Nicole. Por los celos y eso —respondió con toda calma, como si no hubieran intentado asesinarla unos días atrás.

—¿Qué es lo que te ha hecho? Y, sobre todo, ¿cómo es que sigues viva?

—Intentó dispararme, pero su arma no tenía balas, forcejeamos y al final me apuñaló dos veces.

—¿Qué cojones…? —dijo Hugo—. ¿Cómo has sobrevivido a dos puñaladas?

—Fue Nicole. —Todos guardaron silencio y se miraron entre sí incómodos—. Ella llamó a la policía antes de que se produjera el ataque y…

—¿Estás viva gracias a una de las jefas de La Salvación? —preguntó Paula incrédula—. Creo que esto es algo que nadie esperaba.

Sofía se limitó a asentir y a suspirar.

—¿Y por qué nos has reunido aquí? —preguntó Claudia.

—Quiero que volvamos —contestó la detective.

—¿Que volvamos a dónde? —dijo Hugo.

—A trabajar. A SOMBRA.

Claudia y Hugo comenzaron a dar saltitos de alegría cuando escucharon las palabras de la detective, mientras esta sonreía al observar la escena.

—¿En serio? —Paula trató de asegurarse, aquello le pareció demasiado bonito como para ser real. Había pasado los últimos días intentando encontrar un nuevo trabajo y ni siquiera sabía por dónde empezar.

Sofía asintió y Paula se sumó a las celebraciones de sus compañeros.

—¿Y a qué viene este cambio? —Claudia cesó el festejo intrigada por ese cambio repentino de planes.

—Quiero que se acabe todo esto y hasta que nosotros no le pongamos fin, La Salvación va a seguir haciendo lo de siempre — dijo Sofía y todos asintieron—. A nadie le importa esta causa más que a nosotros, si no nos encargamos de darles caza nadie va a hacerlo. Y eso es muy injusto.

—¿Qué sugieres? —preguntó Paula.

—La orden es matar, a Gabriel, a Bruno, a… A todo aquel miembro importante o cualquier persona que se entrometa en nuestro camino. Ya han demostrado que lo único que sirve con ellos es la fuerza bruta, a partir de ahora, toda la información que recabemos va a ser para encontrar a Gabriel y matarlo, ¿os queda claro?

Todos volvieron a asentir.

No era la primera vez que Sofía daba aquellas órdenes. Después de la muerte de Samuel habían cambiado los planes de encontrar a Gabriel Mendoza y llevarlo ante la justicia por ponerle precio a su cabeza, y quién primero lo matara, sería el ganador. Pero ahora el nuevo plan se extendía a todo aquel miembro de La Salvación que pudiera suponer un problema, no iban a tener piedad, se acabó darles una oportunidad de justicia, ahora todo aquel que se entrometiera acabaría jugándose la vida con cualquiera de los detectives.

—¿El plan se extiende a…? —Hugo titubeó—. ¿Nicole?

—Si supone un problema sí —respondió Sofía—. Es una Mendoza, al fin y al cabo. No podemos fiarnos de ella. Si hay que elegirla a ella o a nosotros, mejor que seamos nosotros. —Sofía estaba recostada en una de las sillas y apoyaba las piernas en otra, tenía los brazos cruzados y miraba al frente, como si sus compañeros no estuvieran allí. Parecía que no sentía nada y que estaba muy segura de las órdenes que acababa de dar.

—Sofía, ¿estás segura de lo que acabas de decir? —preguntó Paula. Posó su mano en el hombro de la detective, persuadiéndola para que meditara sus decisiones—. Estás muy involucrada sentimentalmente con ella, no sé si es buena idea matarla a la primera de cambio.

—Estaba, Paula, estaba. Hace semanas que no la veo y no planeo volverla a ver. Si pretende entrometerse habrá que acabar con ella igual que con los demás. No es que me guste, no es que me agrade, pero si no nos queda otra opción… Ya lo he dicho, es ella o nosotros.

Todos se quedaron en silencio sin saber cómo continuar aquella conversación, parecían no adaptarse bien a la idea de acabar con la vida de la ex pareja de su jefa y menos que fuera ella misma quién hubiera dado dichas instrucciones.

—Bueno, confiemos entonces en que no se entrometa —dijo Paula.

Ninguno de los tres detectives había conocido personalmente a Nicole, pero conocían de sobra la intensa relación que había mantenido con Sofía y lo enamoradas que parecían estar, de hecho, Paula, Hugo y Claudia nunca habían visto a Sofía de tan buen humor como durante el período que las dos mujeres estuvieron juntas. Habían descubierto que Sofía era en el fondo una persona mucho más amable y alegre de lo que aparentaba ser y su verdadera personalidad se había dejado entrever mientras estuvo con Nicole.

Fue entonces cuando la pequeña televisión que colgaba de una de las esquinas de la sala principal llamó la atención de todos los presentes y la voz de la presentadora del noticiero interrumpió la conversación que estaban teniendo.

Noticia de última hora: Una de las líderes y miembros principales de la organización criminal conocida como La Salvación ha sido arrestada esta mañana. Nicole Mendoza, hermana del famoso Gabriel Mendoza, era el cerebro de muchas de las operaciones que esta organización había llevado a cabo. Su identidad ha sido descubierta a lo largo de las últimas semanas, después de varios hechos delictivos en los que La Salvación se había visto involucrada.

Este es, sin duda, un paso muy importante para acabar con la criminalidad organizada en nuestro país y en el resto del mundo…

Todos dejaron de escuchar. Los cuatro jóvenes se quedaron boquiabiertos al ver las imágenes de Nicole siendo arrestada en plena calle. En su larga trayectoria como detectives, nunca habían escuchado una noticia relacionada con la detención de Los Mendoza, Nicole había sido la primera a la que habían logrado capturar, y francamente, no sabían qué pensar. No cabía duda de que eran grandes noticias, pero al mismo tiempo les resultaba extraño que alguien de La Salvación pudiera estar detenido e incluso, próximamente, en prisión. En cualquier caso, escuchar la noticia fue como escuchar música para sus oídos, después de tantos años de esfuerzo por fin se hacía algo de justicia y al menos una de ellos iba a ser puesta a disposición judicial.

Después de procesar los hechos, los detectives, excepto Sofía, que permanecía recostada en la silla tratando de hacerse a la idea de la detención de su ex pareja, se abrazaron y se dieron la enhorabuena. Aunque ellos no hubieran sido quienes detuvieron a Nicole directamente, aquello era fruto de sus investigaciones y su arduo trabajo durante tantos años.

Hugo miró a Sofía que permanecía de brazos cruzados.

—Sofía. Sofía. ¿No estás contenta? —Hugo posó la mano en su hombro y la movió con suavidad para ver si obtenía algún tipo de

reacción de su compañera—. Es la primera vez que ocurre algo así, es la primera vez que uno de Los Mendoza entra en la cárcel.

—Sí, sí… —respondió ella sin prestar demasiada atención a lo que decía Hugo.

—Sofía, ya no te tienes que preocupar por ella ni por hacerle daño. Está fuera. No puede entrometerse en nuestra misión de ir a por los demás —añadió Paula.

—Sí…—Sonrió melancólica.

—¿Qué te pasa? —preguntó Paula.

—Paula, no seas insensible, es su ex pareja, puede que la eche de menos…—dijo Hugo.

—No, no es eso —respondió la detective.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

—Es que no creo que dure mucho tiempo detenida, la verdad. Sabemos el poder que tienen, van a mover sus hilos y Nicole estará fuera en un par de días.

—Bueno, pero si la han detenido es por algo, ¿no? Significará algo bueno. —Claudia trató de ser positiva.

—Claro, esto es un avance. El próximo será Gabriel, ya lo verás —añadió Paula.

Entonces, la presentadora volvió a interrumpirles.

Además, Bruno González, la mano derecha de Gabriel Mendoza, ha sido asesinado. Las autoridades han hallado su cuerpo abandonado en una de las carreteras nacionales con una herida de arma de fuego.

—Dios mío. —Paula se llevó la mano a la boca con sorpresa.

Los detectives no sabían que noticia les había impresionado más, si la detención de Nicole o el asesinato de Bruno, y tampoco sabían cuál les alegraba más.

—Bueno, a ese ya no le tenemos que matar nosotros —dijo Claudia—. Uno menos del que preocuparse.

—Ha tenido que ser Gabriel —dijo Sofía—. Por no haberme matado.

—Bueno, esto sí que hay que celebrarlo, ¿no?

Claudia y Paula miraron a Hugo como si acabara de meter la pata.

—¿Sabéis qué os digo? Que tenéis razón. Esto es más de lo que hemos conseguido nunca y no sabemos cuándo volveremos a lograr algo así. —Sofía se levantó de la silla—. Así que os informo de que vuestra primera misión consiste en ir a El Clavel a celebrar la detención y muerte de esos cabrones.

—¡Sí!

—¡Vamos!

Aquella era también una buena manera de homenajear a Samuel. Salieran mal o bien los planes, Samuel siempre tenía la misma

idea: celebrar. Según Samuel, si una investigación no avanzaba o una de las misiones no salía como esperaban, salir a tomar algo era la mejor manera de afrontar los problemas. Relajarse y distraerse era justo lo que necesitaban después de un fracaso, porque de ese modo estarían más despiertos para hacer frente a cualquier revés que se les volviera a presentar en el trabajo y así poder continuar las investigaciones de una manera más fluida. Sofía sabía que todo eso era, en el fondo, una excusa para ingerir cantidades desproporcionadas de alcohol y, de hecho, ella casi nunca se apuntaba a los planes, pero dado que hacía mucho tiempo que no se juntaba con sus compañeros fuera del trabajo y que a Samuel le encantaría la idea, pensó que no haría daño a nadie por despertarse al día siguiente con resaca.

Mientras todos se dirigían hacia la salida, la detective pensó en Nicole y en como la policía la llevaba hacia el vehículo con las manos esposadas a la espalda. Sofía nunca había visto una detención tan elegante, la morena no había hecho ningún escándalo ni había intentado impedir que le colocaran las esposas, llevaba uno de sus típicos vestidos blancos y la mirada que lanzó a la cámara hizo que a Sofía casi le diera un vuelco el corazón. Se metió en el vehículo policial en silencio, sin decir nada, estaba muy seria, pero parecía no temer en absoluto las consecuencias que su detención le pudiera traer.

Llegaron a El Clavel, era viernes por la noche y estaba abarrotado. Sofía sintió cierta compasión por Mario, el chico era el único trabajador del bar y no sabía cómo el pobre iba a dar abasto con tanta gente y solo dos manos.

Mario vio entrar a Sofía por la puerta y la saludó alegremente desde la otra punta del bar, dejó lo que estaba haciendo y fue a atenderla a ella primero.

—¡Sofía! ¡Cuánto tiempo! Qué alegría verte por aquí —la saludó mientras se secaba las manos con un trapo desgastado—. Hola —saludó a los demás—. ¿Qué queréis tomar?

Sofía miró a sus compañeros para que le dieran sugerencias.

—Una ronda de cervezas —dijo Hugo.

—Ahora mismo.

Mario fue a la barra a preparar las bebidas mientras los demás tomaron asiento.

Hacía tiempo que Sofía no se divertía tanto y tenía una conversación relajada que no estuviera relacionada con el trabajo con sus compañeros. Estuvieron bebiendo, hablando y, sobre todo, riendo.

El local estaba repleto de buen ambiente, era como si todos los clientes se hubiesen puesto de acuerdo en dejar los problemas a un lado esa noche y disfrutar. Todos los presentes eran ruidosos,

hablaban muy alto, bromeaban y nadie molestaba a nadie porque todas las personas tenían ganas de pasarlo bien.

Hacía tiempo que la detective no tomaba alcohol y por eso mismo, se había propuesto dejarse llevar y no contar los tragos que tomaba. Fue en la tercera ronda de cervezas, cuando Sofía ya estaba un poco achispada, cuando entró Marta por la puerta. Ahora sí.

Ya estaban todos.

—¡Marta! —Sofía se levantó de la silla como una exhalación, como si no hubiera visto a su amiga en diez años. Fue hasta ella y la apretujó entre sus brazos.

—Sofía…—Marta separó a Sofía de su cuerpo y frunció el ceño —. ¿Has bebido?

—Un poco —dijo entre risitas propias de la intoxicación etílica.

—¿Qué haces aquí? —Miró a la mesa de la que se había levantado Sofía y vio a Hugo, Paula y Claudia—. ¿Y ellos?

¿Como es que has venido con tus compañeros?

—Hemos vuelto —respondió serenándose un poco—. Vamos a volver a trabajar —carraspeó.

—Sofía… ¿después de lo que te ha pasado? —preguntó disgustada, señalando las obvias lesiones que su amiga todavía sufría.

—Precisamente por eso hemos vuelto —contestó—. Marta, han intentado matarme y no sé cuándo lo van a volver a intentar. Quiero adelantarme a ellos. Quiero adelantarme y ponerles fin, son ellos o yo.

—¿No te parece demasiado peligroso?

—Sí, pero si no fuera peligroso me lo habría pensado antes de dedicarme a esto.

—No tienes por qué hacerlo.

—Sí, tengo que hacerlo. Por mí, por Samuel, por mi madre y por ti.

—¿Por mí?

—Claro, si yo estoy en peligro todo mi círculo lo está.

—Vaya, me dejas muy tranquila —dijo con sarcasmo.

—Tranquila. —Le dio una palmadita en el hombro—. Antes de que puedan acercarse a ti van a estar muertos.

—¿Y Nicole? ¿Qué sabes de ella?

—La han detenido.

—¿Qué? —Marta se sorprendió mucho al escuchar la noticia.

Sofía asintió.

—Como lo oyes, acaba de salir en las noticias.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—No tengo ni idea —dijo dándole un sorbo a su cerveza—. Ni lo quiero saber. Nicole ya es el pasado.

Marta no sabía si alegrarse o no de la detención de Nicole, no se imaginaba las consecuencias que podría traer aquello, ni si era algo

bueno o malo.

—¿Y tú cómo lo llevas?

—Estupendamente —respondió Sofía.

—¿Segura? —Marta miró a su amiga como si no estuviera muy convencida de la respuesta que le acababa de dar.

—Sí. —Dio otro sorbo a la bebida—. Si Nicole entra en prisión va a ser un problema menos, una persona menos de la que preocuparse. Así no puede entrometerse en las investigaciones… ni en mi vida personal.

En realidad, Sofía estaba más preocupada de no volver a involucrarse sentimentalmente con Nicole que de que pudiera ser un estorbo para sus avances profesionales. Si la morena permanecía presa, no habría manera de toparse con ella o de que apareciera de repente y desestabilizara su vida personal, nadie podría hacer que se encontraran y eso era lo único que deseaba, no volverla a ver.

—Bueno, me alegro entonces —dijo Marta sin demasiada convicción.

—Ven, únete a nosotros. —Sofía le dio un empujoncito para dirigirla a su mesa.

Los seis estuvieron bebiendo hasta bien entrada la madrugada, Mario había cerrado el local y Marta lo había obligado a sumarse a la fiesta. El chico, que no conocía la manera de decir que no, aceptó y juntos estuvieron celebrando, sin saber muy bien el qué.

Sofía miraba a Marta mientras esta hacía que todos rieran con sus bromas, su ingenio estaba más despierto con el alcohol y cada pocos minutos hacía algún comentario que arrancaba las risas de todos. En eso, le recordaba a Nicole, tenían un sentido del humor parecido. Marta había comenzado a hablar de su relación con Mario bajos los efectos del alcohol y el pobre muchacho no sabía dónde meter la cabeza, apenas hablaba de sí mismo y parecía odiar que la atención se dirigiera hacia él.

—Pero bueno, yo puedo ser muy persuasiva y gracias a eso ahora estamos juntos, ¿verdad, cariño? —había dicho enganchándose a su brazo.

—Bueno, yo lo llamaría más bien acoso —bromeó Sofía y todos los presentes rieron.

—¿Acoso? Qué exagerada —replicó Marta—¿Tú te sentías acosado? —preguntó mirando a Mario.

—Un poco. —Las carcajadas fueron esta vez más sonoras. Mario, que prácticamente no había hablado en toda la noche, lo había hecho para bromear con Marta que permanecía boquiabierta ante el inesperado comentario de su novio.

Poco después de que Mario aclarara a Marta que era una broma

y que no tenía por qué ofenderse, todos coincidieron en que era hora de marcharse. La madrugada los había alcanzado y ninguno era capaz de seguir tomando más alcohol por lo que lo mejor era irse a descansar, así que se despidieron y cada uno tomó un camino diferente.

Sofía se tambaleaba mientras intentaba llegar hasta el portal del edificio, en esos momento echaba de menos su casa más que nunca, ahora tendría que saludar al portero y subir tres plantas hasta llegar a su piso y eso era lo último que le apetecía en aquellos momentos.

Mientras fantaseaba con quedarse a dormir en uno de los sofás del recibidor sacó las llaves y se le cayeron al suelo. Fue entonces cuando escuchó aquella voz tan familiar.

Sofía Quirós. —Sofía sentía que el corazón se le iba a salir por la boca cuando escuchó que alguien la llamaba por su nombre y apellido en mitad de la madrugada. La punta de sus dedos rozaba las llaves, que aún seguían en el suelo mientras que ella permanecía inmóvil, con la mitad superior de su cuerpo arqueada, haciendo una especie de reverencia. Creía estar segura de saber de quién se trataba, pero deseaba con todas sus fuerzas estar equivocada. Hasta que tomó el coraje de levantar la cabeza y ver a Gabriel Mendoza frente a ella, con la sonrisa de psicópata que ya conocía tan bien—. Mi hermana me ha hablado mucho de ti.

FIN DEL PRIMER LIBRO